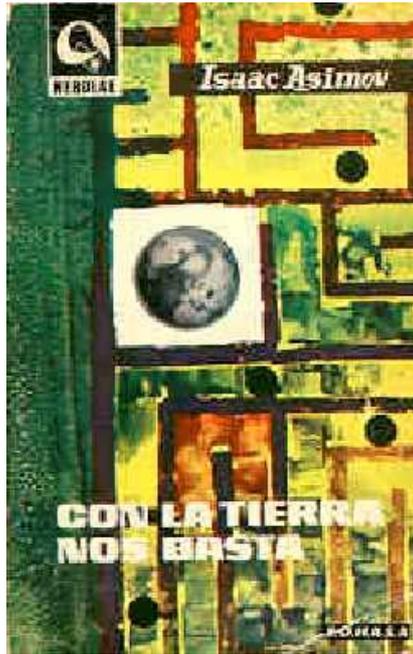


CON LA TIERRA NOS BASTA



Isaac Asimov



Isaac Asimov

Título Original: Earth Is Room Enough
Traducción de Francisco Blanco
© 1957 By Isaac Asimov
© 1991 Ediciones Martínez Roca, S.A.
Gran vía 774 - Barcelona
ISBN: 84-270-0682-9
Edición Digital de Arácnido
R6 08/02

ÍNDICE

- El Pasado Muerto** («The Dead Past») © 1956.
Las Bases del Éxito en la Ciencia Ficción («¿?») © 1954.
Sufragio Universal («Franchise») © 1955.
Treta Dimensional («The Brazen Locked Room») © 1956.
Cosas de Niños («Kid Stuff») © 1953.
El Lugar Acuático («The Watery Place») © 1956.
Espacio Vital («Living Space») © 1956.
El Mensaje («The Message») © 1955.
Satisfacción Garantizada («Satisfaction Guaranteed») © 1951.
Fuego Infernal («Hell-Fire») © 1956.
La Trompeta del Juicio Final («The Last Trump») © 1955.
¡Cómo se Divertían! («The Fun They Had») © 1951.
El Chistoso («Jokester») © 1956.
El Bardo Inmortal («The Immortal Bard») © 1954.
Un Día... («Someday») © 1956.
Los Sufrimientos del Autor («¿?») © ¿?.
Soñar es Asunto Privado («Dreaming Is a Private Thing») © 1955.

EL PASADO MUERTO

Arnold Potterley, doctor en filosofía, era profesor de historia antigua. La cosa en sí no tenía nada de peligrosa. Lo que cambiaba la cuestión más allá de todo lo imaginable era que efectivamente parecía un profesor de historia antigua.

Thaddeus Araman, decano de la Facultad de Cronoscopia, hubiera sabido cómo actuar si el doctor Potterley se hubiese hallado en posesión de una mandíbula ancha y cuadrada, unos ojos centelleantes, nariz aquilina y anchas espaldas.

Pero el caso era que estaba mirando fijamente por encima de su escritorio a un tipo de aspecto apacible, con una pequeña nariz semejante a un botón, y cuyos opacos ojos azules le contemplaban a su vez. Iba pulcramente vestido y su aspecto era vago y desleído, desde el ralo cabello castaño hasta los relucientes zapatos que completaban su atavío de clase media.

Araman dijo complaciente:

—¿En qué puedo servirle, doctor Potterley?

El interpelado respondió con una voz tenue que iba muy bien con el resto de su persona:

—Señor Araman, he acudido a usted porque es la máxima autoridad en cronoscopia.

Araman sonrió.

—No exactamente. Por encima de mí está el comisario de Investigaciones Mundiales, y sobre él el secretario general de las Naciones Unidas. Y desde luego, por encima de ambos, los pueblos soberanos de la Tierra.

El doctor Potterley meneó la cabeza.

—Ellos no se interesan por la cronoscopia... He acudido a usted, señor, porque llevo dos años intentando obtener un permiso para hacer algo con respecto..., con respecto a la cronoscopia, es decir en relación con mis investigaciones sobre la antigua Cartago. No me ha sido posible obtener tal permiso. Mis garantías de investigación son correctas. No se ha dado irregularidad alguna en cualquiera de mis intentos intelectuales. Sin embargo...

—Estoy seguro que no se trata en absoluto de irregularidad —manifestó Araman en tono apaciguador.

Sacó las delgadas hojas de la carpeta marcada con el nombre de Potterley. Se trataba de reproducciones tomadas de Multivac, cuya mente, ampliamente analógica, constituía el archivo supremo de la facultad. Una vez concluido el asunto, las hojas podían ser destruidas y, en caso necesario, reproducidas de nuevo en pocos minutos. Mientras volvía las páginas, la voz del doctor Potterley prosiguió con queda monotonía:

—Debo aclararle que mi problema reviste la mayor importancia. Cartago significa el antiguo mercantilismo llevado a su apogeo. La Cartago prerromana fue el paralelo antiguo de la América preatómica al menos en lo que se refiere a su apego al comercio y a los negocios en general. Sus hombres fueron los marinos y exploradores más audaces antes de la llegada de los vikingos, y mucho más expertos e intrépidos que los tan ensalzados griegos... Conocer Cartago a fondo resultaría muy provechoso. Todo cuanto sabemos sobre la ciudad se deriva de los escritos de sus más enconados enemigos, los griegos y los romanos. Cartago nunca escribió en defensa propia, y si lo hizo sus obras no se conservan. Como consecuencia de ello, a los cartagineses se les ha colgado el descrédito de ser los villanos de la historia. Tal vez se haya cometido con ellos una gran injusticia. Un panorama de la época pondría las cosas en su lugar...

El historiador dijo aún mucho más. Araman habló por fin, dando todavía vueltas a las hojas que tenía ante él.

—Debe usted tener en cuenta, doctor Potterley, que la cronoscopia, o el panorama de una época si lo prefiere, es un proceso difícil.

El doctor Potterley, al verse interrumpido, frunció el entrecejo y replicó:

—Únicamente solicito ciertas escenas seleccionadas de épocas y lugares que yo indicaría.

Araman suspiró.

—Incluso algunas escenas, incluso una sola... El nuestro es un arte increíblemente delicado. Está la cuestión del enfoque, la obtención de la debida perspectiva y el mantenimiento de la escena. Y la sincronización del sonido, que proviene de circuitos completamente independientes.

—Pero le aseguro que mi problema reviste la suficiente importancia como para justificar un considerable esfuerzo...

—Sí, desde luego —convino al punto Araman, puesto que negar la importancia de un problema de investigación ajeno supondría una grosería imperdonable—. Pero tiene que comprender la gran complicación de la vista más sencilla. Además, hay una larga cola en espera del cronoscopio, y una mayor aún para el empleo de Multivac, que nos guía en nuestro manejo de los controles.

Potterley se agitó en su butaca con aire desdichado.

—¿Y no se puede hacer nada? Durante dos años...

—Es una cuestión de prioridad. Lo siento. ¿Un cigarrillo?

El historiador se echó hacia atrás como sobresaltado por la sugerencia, con los ojos súbitamente desorbitados, fijos en el paquete que se le tendía. Araman, sorprendido, lo retiró e inició un movimiento, como si fuese a tomar uno y luego lo pensase mejor.

Potterley exhaló un suspiro de alivio al desaparecer de su vista el paquete.

—¿No existe algún medio de arreglar este asunto? ¿Por ejemplo, incluyéndome en la lista tan adelante como fuese posible? —sugirió—. No sé cómo explicarme...

Araman sonrió. Otros, en circunstancias semejantes, le habían ofrecido dinero. Como es natural, tampoco les había servido de nada.

—Las decisiones sobre la prioridad se toman mediante un proceso de cálculo —dijo—. No está en mi mano alterarlas arbitrariamente.

Potterley se puso envaradamente en pie, irguiendo su metro sesenta y cinco de estatura.

—En ese caso, buenos días.

—Buenos días, doctor Potterley. Y créame que lo siento...

Araman tendió su mano, que el historiador rozó ligeramente, marchándose acto seguido. Araman apretó un botón y apareció al instante su secretaria, a la que tendió el expediente de Potterley.

—Tenga —dijo—. Ya puede disponer de él.

A solas de nuevo, sonrió con amargura. Un renglón más en su servicio de un cuarto de siglo a la raza humana. Servicio a través de la negativa.

Al menos, aquel tipo había sido fácil de despachar. A veces había que recurrir a la presión académica, e incluso a la retirada de concesiones.

Cinco minutos más tarde, había olvidado al doctor Potterley. Cuando pensó más tarde en ello, ni siquiera logró recordar haber sentido en aquel momento ningún atisbo del peligro.

Durante el primer año de frustración, Arnold Potterley había experimentado sólo eso..., frustración. Sin embargo, durante el segundo, aquella frustración dio lugar a una idea que primero le atemorizó y luego le fascinó. Dos cosas le disuadieron de llevarla a la práctica, ya que el indudable hecho que se oponía por completo a la ética no constituía barrera alguna.

La primera consistía en su obstinada esperanza en que el gobierno acabaría por concederle el permiso, por lo cual no necesitaría otro recurso. Mas ésta esperanza había naufragado al fin en la entrevista sostenida con Araman.

La segunda no había sido una esperanza, sino una triste toma de conciencia de su propia incapacidad. Él no era físico, y no conocía a físico alguno capaz de prestarle ayuda. La Facultad de Física se componía de hombres muy preparados e inmersos por entero en su especialidad. En el mejor de los casos, se negarían a escucharle. Y en el peor, le acusarían de anarquía intelectual. E incluso podría ocurrir que su teoría básica sobre Cartago fuese descartada.

No quería correr ese riesgo. Ahora bien, la cronoscopia suponía el único medio para llevar a cabo su tarea. Sin la concesión del permiso, se encontraba perdido, atado de pies y manos.

La primera sospecha indicando que tal vez consiguiera superar el segundo obstáculo le asaltó una semana antes de su entrevista con Araman, aunque de momento no la reconoció. Sucedió durante uno de los tés de la universidad. Potterley asistía sin falta a esas reuniones. Lo consideraba un deber, y él solía cumplir religiosamente sus deberes. Una vez en ellas, no obstante, pensaba que no tenía por qué trabar una conversación ligera o hacerse nuevos amigos. Se tomaba parcamente una o dos tazas, cambiaba unas palabras corteses con el decano de tal o cual facultad, dedicaba una ligera sonrisa al resto de los circunstantes y abandonaba temprano la reunión.

En otras circunstancias, no habría prestado atención al tímido joven que se mantenía en pie, inmóvil, en un rincón. Jamás habría soñado siquiera en dirigirle la palabra. Sin embargo, cierta concatenación de causas le condujo a hacerlo, contrariamente a su naturaleza.

Aquella mañana, en el desayuno, su mujer le había anunciado en tono melancólico que había soñado de nuevo con Laurel, esta vez con una Laurel ya crecida, aunque con el mismo rostro infantil de sus tres años. Potterley la dejó hablar. Hubo una época en que se empeñó en combatir la excesiva preocupación de su esposa por el pasado y la muerte. Nunca recobrarían a Laurel. Ni los sueños ni la conversación lo lograrían. Mas si eso apaciguaba a Caroline Potterley..., que soñara y hablara.

Aun así, cuando el historiador fue a dar su clase por la mañana, se sintió de pronto afectado por las sandeces de su mujer. ¡Laurel hecha una mujer...! Su única hija había muerto hacía casi veinte años. Durante todo ese tiempo, cada vez que pensaba en ella la veía como una pequeña de tres años.

«Si siguiese con vida —pensó—, no tendría tres años, sino cerca de los veintitrés.»

Sin poderlo evitar, se encontró imaginando a Laurel en su progresivo crecimiento hasta llegar a esa edad. No lo lograba del todo, pero lo intentaba. Laurel usando maquillaje. Laurel saliendo con muchachos. ¡Laurel... a punto de casarse!

Así que, al ver a aquel joven rondando en torno a los grupos compuestos por los profesores de la facultad, que circulaban muy tiesos, se le ocurrió quijotesca que un joven semejante podía haberse casado con Laurel. Acaso aquel mismo joven...

Laurel podría haberlo conocido en la universidad, o bien una noche en que le hubieran invitado a cenar en casa de los Potterley. Y podrían haberse atraído mutuamente. Laurel hubiera sido bonita, eso desde luego, y el muchacho tenía buen aspecto. Atezado de rostro, de expresión resuelta y excelente porte.

La vaga quimera se desvaneció pronto. No obstante, Potterley continuó mirando con bobalicona fijeza al muchacho, no como a un ser extraño, sino como a un posible yerno en un tiempo que pudo haber sido. Y sin saber cómo, se vio encaminándose hacia él. Como en una especie de autohipnosis. Le tendió la mano.

—Soy Arnold Potterley, de la Facultad de Historia. Es usted nuevo aquí, ¿verdad?

El joven le miró ligeramente asombrado, pasando su vaso a la mano izquierda, a fin de estrechar con la derecha la que se le tendía.

—Me llamo Jonas Foster —se presentó a su vez—. Soy profesor auxiliar de física. Acabo de empezar este semestre.

Potterley hizo un leve ademán de asentimiento con la cabeza, manifestando a continuación:

—Le deseo una agradable estancia y un gran éxito.

Eso fue todo por el momento. Potterley había recuperado el dominio de sí mismo, y se retiró, turbado. Lanzó una furtiva ojeada hacia atrás por encima del hombro, pero la ilusión de parentesco se había desvanecido. La realidad volvía a ser consistente. Se sentía enfadado consigo mismo por dejarse arrastrar por la estúpida cháchara de su mujer.

Una semana después, precisamente mientras Araman se hallaba en el uso de la palabra, le asaltó de nuevo el recuerdo del joven. Un profesor de física... Un nuevo profesor. ¿Había estado él sordo en aquel momento? ¿Se había producido un cortocircuito entre su oído y su cerebro? ¿O bien hubo una autocensura automática, motivada por la inminente entrevista con el decano de Cronoscopia?

Cuando la entrevista fracasó, fue el pensamiento del joven con quien había cambiado sólo dos frases el que impidió a Potterley insistir en sus ruegos para que se tomase en consideración su propuesta. Casi estaba ansioso por marcharse.

Y ya de vuelta a la universidad, en el autogiro de servicio rápido, casi deseó haber sido supersticioso. Entonces, se hubiera consolado con el pensamiento que aquel encuentro casual, sin aparente significado, constituía en realidad un augurio.

Jonas Foster no era novato en las lides académicas. La larga y ardua pugna que conducía al doctorado convertía a cualquiera en un veterano. Y el trabajo adicional de enseñanza durante el posdoctorado obraba como un estimulante.

Pero ahora se había convertido en el profesor auxiliar Jonas Foster. La dignidad del profesorado le situaba en una posición más avanzada y sus relaciones con los demás profesores habían cambiado.

Por un lado, ellos habrían de votarle o no para futuras promociones. Por otro, él no se hallaba en situación de decir tan pronto, en su calidad de nuevo, qué miembro de la facultad tenía o no vara alta con el decano o hasta con el rector de la universidad. No se imaginaba a sí mismo como un experto en la política del claustro. Por lo demás, estaba seguro que, aun en caso de proponérselo, sería muy mediocre. No obstante, le convenía hacer unos pinitos en la materia, aunque fuera tan sólo para probárselo a sí mismo.

Y así, Foster había prestado atención al historiador, el cual, pese a la suavidad de sus modales, parecía irradiar una cierta tensión. Por eso no le rechazó bruscamente, desembarazándose de él como había sido su primer impulso.

Recordaba bastante bien a Potterley. Potterley se le había acercado en aquel té (la reunión había sido de lo más anodino). Su colega le había dirigido un par de envaradas frases, con ojos un tanto vidriosos, y luego, pareciendo volver en sí, se había escabullido.

Aquello había divertido a Foster. Ahora, en cambio... ¿Se proponía Potterley, de manera deliberada, trabar conocimiento con él, o más bien causarle la impresión de ser una especie de bicho raro, excéntrico pero inofensivo? ¿O tal vez estuvo tanteando las opiniones de Foster, hurgando posibles convicciones inestables? A buen seguro, ya lo habían hecho antes de darle su nombramiento. Sin embargo...

Potterley podía ser serio, sincero, no darse cuenta de lo que estaba haciendo. O podía saber muy bien lo que estaba haciendo y ser sólo un bribón, más o menos peligroso.

Así pues, Foster murmuró:

—Bien, usted dirá...

Lo hizo para ganar tiempo, sacando a la par un paquete de cigarrillos para ofrecerle uno a Potterley y encender él otro muy lentamente.

Potterley se apresuró a rechazarlo.

—Por favor, doctor Foster, nada de tabaco.

Foster respondió, perplejo:

—Lo siento, señor.

—No, no. Soy yo quien debe excusarse. No puedo soportar el olor del tabaco...
Cuestión de idiosincrasia. Lo siento.

Se había puesto sumamente pálido. Foster dejó a un lado los cigarrillos y aunque echando de menos el tabaco, fue directamente al grano:

—Me halaga que pida usted mi consejo y todo eso, doctor Potterley, pero no soy un especialista en neutrónica. Nunca llegaría a ser un buen profesional en esa dirección. Hasta el hecho de exponer una opinión se saldría de mi campo y, francamente, preferiría no entrar en particularidades.

El enjuto rostro del profesor adoptó una dura expresión.

—¿Qué quiere usted decir con eso que no es un especialista en neutrónica? No es usted nada todavía. No ha recibido ningún permiso. ¿O sí?

—Estoy sólo en mi primer semestre.

—Lo sé. Y supongo que ni siquiera habrá presentado aún una solicitud de permiso.

Foster esbozó una semisonrisa. En tres meses de universidad, no había logrado dar forma adecuada a sus primeras solicitudes de un permiso de investigación como para ser estimado como un escritor científico profesional, sin mencionar a la Comisión Investigadora.

Por fortuna, el decano de su facultad lo había aceptado bastante bien. «Tómese tiempo, Foster —le había aconsejado—, y organice sus pensamientos. Asegúrese de conocer su camino y adonde conduce y, una vez que reciba su permiso, le será formalmente reconocida su especialización. A partir de entonces, para bien o para mal, le pertenecerá durante el resto de su carrera.» El consejo era bastante trivial, pero la trivialidad tiene a menudo el mérito de la verdad, y Foster así lo reconoció.

—Por educación y por inclinación, doctor Potterley —dijo ahora—, me interesa la hiperóptica y, secundariamente, la gravimetría. Así fue como me describí a mí mismo al solicitar este puesto. Aunque no sea aún mi especialización oficial, algún día lo será. No puede ser de otro modo. En cuanto a la neutrónica, jamás estudié esa materia.

—¿Y por qué no? —preguntó al punto Potterley.

Foster le miró fijamente. Aquella especie de ruda curiosidad sobre el estado profesional del prójimo le resultaba siempre irritante. Y en el límite mismo de la cortesía, con una pizca de aspereza, respondió:

—No había ningún curso sobre neutrinos en mi universidad.

—¡Santo Dios! ¿Y a qué universidad pertenecía usted?

—Al Instituto de Ingenieros —contestó con calma Foster.

—¿Y no había ningún curso sobre neutrinos?

—Pues no. —Foster sintió que se sonrojaba y se aprestó a la defensa—. Es una materia sumamente especializada, sin gran calor. Quizá lo tenga la cronoscopia, pero constituye su única aplicación práctica. Un callejón sin salida.

El historiador le miró con grave fijeza.

—Dígame. ¿Sabe dónde puedo encontrar a alguien experto en neutrónica?

—No, no lo sé —respondió secamente Foster.

—Bien, ¿conoce entonces alguna escuela que enseñe esa especialidad?

—Tampoco.

Potterley sonrió de modo forzado y carente de humor. Foster sintió el insulto escondido en aquella sonrisa y se molestó lo bastante como para decir:

—Deseo advertirle, que usted se está excediendo en sus palabras.

—¿Cómo?

—Digo que, como historiador, su interés por cualquier clase de ciencias físicas, su interés profesional, es...

Hizo una pausa, incapaz de decidirse a pronunciar el término.

—¿Contrario a la ética?

—En efecto.

—Mis investigaciones me han conducido a ello —manifestó Potterley en un sordo e intenso murmullo.

—En tal caso, debería dirigirse a la Comisión Investigadora. Si ellos permiten...

—Ya he acudido a ellos y no he recibido satisfacción alguna.

—Entonces resulta obvio que debe abandonar su propósito.

Foster sabía que sus palabras sonaban pomposamente virtuosas, pero no iba a permitir que aquel hombre le indujera a una manifestación de anarquía intelectual. Estaba demasiado al comienzo de su carrera como para correr riesgos estúpidos.

Pensó que la observación parecía haber producido su efecto en Potterley, puesto que sin preámbulo alguno, éste explotó en una rápida y fogosa tormenta verbal de irresponsabilidad.

Dijo que los eruditos sólo podrían ser libres en el caso que se les permitiera seguir libremente los libres vaivenes de su curiosidad. La investigación, constreñida en un molde prefijado por los mismos poderes que custodiaban la llave, se convertía en una esclava, condenada al estancamiento. Nadie tenía derecho a dictar los intereses intelectuales de otro.

Foster escuchó toda la perorata con marcado escepticismo. Nada de aquello le sonaba extraño. La había oído proferida con el mismo entusiasmo por compañeros de colegio a fin de escandalizar a sus profesores y, en una o dos ocasiones, él mismo se había divertido pronunciándola. Cualquiera que abordara la historia de la ciencia sabía que muchos hombres pensaron de ese modo en su día.

Sin embargo, a Foster le parecía extraño —y casi contra natura— que un hombre de ciencia moderno se permitiese tales insensateces. Nadie abogaría porque se dirigiese una fábrica permitiendo a cada obrero hacer lo que se le ocurriese en cada momento, ni por que se gobernase un barco con arreglo a las nociones casuales y en pugna de cada tripulante. Había que dar por descontada, en cada caso, la existencia de una gestión supervisora central. ¿Y por qué una factoría o un barco deberían beneficiarse de una dirección y un orden, y no ocurrir lo mismo con la investigación científica?

Se podría argüir que el cerebro humano se diferencia en gran medida —desde el punto de vista cualitativo— de un barco o una factoría, pero la historia del esfuerzo intelectual demuestra lo contrario.

Cuando la ciencia se hallaba aún en pañales, y la maraña de todo o de casi todo lo conocido permanecía al alcance de una mente individual, tal vez no hubiera necesidad de una dirección. Caminar a ciegas por las regiones no definidas de la ignorancia conducía a veces a maravillosos hallazgos, por simple casualidad.

Pero al extenderse al campo de los conocimientos, se hizo preciso absorber cada vez más datos, antes que se pudieran organizar viajes que mereciesen la pena al dominio de lo ignorado. El hombre tuvo que especializarse. El investigador necesitaba los recursos de una biblioteca que le sería imposible recopilar por sí mismo, e instrumentos que tampoco podía procurarse por sus propios medios. Y así, cada vez con mayor frecuencia, el investigador individual cedió el paso al equipo de investigación y a la institución investigadora.

Los fondos necesarios a la investigación se hicieron asimismo mayores, a medida que los instrumentos indispensables para tal fin se multiplicaban. ¿Qué instituto era ya tan pequeño como para no requerir un microrreactor nuclear o, cuando menos, una computadora trifásica?

En siglos pasados, las fortunas particulares no alcanzaban a subvencionar la investigación. Hacia 1940, únicamente el gobierno, las grandes industrias y las universidades importantes o los centros de investigación se hallaban capacitados para pagar las investigaciones básicas.

En 1960, hasta las mayores universidades dependían por entero de las asignaciones gubernamentales, mientras que los institutos de investigación subsistían gracias a las exenciones de impuestos y las suscripciones públicas. Ya en el año 2000, los monopolios industriales se habían convertido en dependencias del gobierno mundial. En consecuencia, la financiación de la investigación, y por lo tanto su dirección, se centralizaron del modo más natural en un departamento de estado.

Todo funcionaba perfectamente. Cada rama de la ciencia se adaptaba a las necesidades del público, y las varias especialidades científicas se coordinaban de manera razonable. El adelanto material del último medio siglo era argumento de bastante peso para demostrar que la ciencia no caía en el estancamiento.

Foster intentó decir algo de todo esto, pero fue atajado por un impaciente ademán de Potterley, que le atacó:

—Está repitiendo como un loro la propaganda gubernamental. Tiene ante usted un ejemplo de los errores que comete la opinión oficial. ¿Es que no puede creerlo?

—Francamente, no.

—¿Ah, no? Ha dicho usted que la inspección del tiempo es un callejón sin salida, que la neutrínica no tiene importancia alguna. Eso es lo que ha dicho, ¿no? Lo ha manifestado categóricamente. Y sin embargo, nunca la ha estudiado. Confiesa una completa ignorancia en la materia. Ni siquiera la enseñaban en su escuela...

—¿No constituye ese simple hecho una prueba suficiente?

—¡Ah, ya veo! No se enseñaba porque carecía de importancia. Y carecía de importancia porque no se enseñaba... ¿Se siente usted satisfecho de semejante razonamiento?

—Así lo afirman los libros —aventuró Foster, en creciente confusión.

—Y eso es todo, ¿eh? Los libros dicen que la neutrínica carece de importancia. Sus profesores se lo dijeron a usted porque lo habían leído en ellos. Y los libros lo dicen porque otros profesores lo escribieron. ¿Y quién lo dice por experiencia y conocimiento personal? ¿Quién se molesta en investigarlo? ¿Sabe usted de alguien?

—No creo que por ese camino lleguemos a ninguna parte, doctor Potterley. Tengo trabajo y...

—Un minuto. Sólo quiero probar una cosa. Ver cómo le suena a usted. Yo digo que el gobierno se dedica a eliminar sistemáticamente la investigación neutrínica y cronoscópica básicas. Está suprimiendo la aplicación de la cronoscopia.

—¡Hombre, no!

—¿Y por qué no? Son muy capaces. Toda investigación depende de una dirección centralizada. Si rechazan la concesión de subvenciones para la investigación en cualquier rama de la ciencia, dicha rama muere. Y ellos han matado la neutrínica. Podían hacerlo y lo han hecho.

—¿Pero por qué?

—No sé por qué. Me gustaría averiguarlo. Lo hubiera hecho, de saber lo bastante. Acudí a usted porque se trataba de un profesor joven, con una instrucción de nuevo cuño. ¿Tiene usted ya endurecidas sus arterias intelectuales? ¿No queda curiosidad alguna en su interior? ¿No desea saber! ¿No desea respuestas!

El historiador escudriñaba intensamente el rostro de Foster. Su nariz estaba a pocos milímetros de distancia, y Foster se sentía tan confuso que no pensó en apartarse.

Estaría en todo su derecho si le conminase a marcharse. Incluso en caso necesario podría arrojarle de allí.

No fue el respeto a la edad y a la posición lo que le detuvo. No estaba seguro tampoco que los argumentos de Potterley le hubiesen convencido. Más bien se trataba de un pequeño orgullo de colegial.

¿Por qué su universidad no daba ningún curso sobre neutrinos? Ahora que pensaba en ello, dudaba que en su biblioteca hubiese siquiera un simple libro sobre tal materia. No recordaba haberlo visto nunca.

Se puso a pensar en esta cuestión.

Y eso fue su perdición.

Caroline Potterley había sido antaño una mujer atractiva. Y había ocasiones, tales como cenas o funciones universitarias, en que mediante un considerable esfuerzo conseguía ostentar aún restos de su antigua belleza.

En las situaciones ordinarias se abandonaba. Era la expresión que ella misma se aplicaba en los momentos de autoaborrecimiento. Con los años, se había metido en carnes, pero su flaccidez no se debía enteramente a la grasa. Era como si los músculos hubiesen cedido y claudicado, hasta el punto que arrastraba los pies al andar, tenía bolsas bajo los ojos y las mejillas le colgaban. Hasta su pelo grisáceo parecía más bien desmayado que simplemente lacio. Y su cabello liso y caído, tan sólo el resultado de un supino abandono a la fuerza de la gravedad.

Caroline Potterley se contempló en el espejo y admitió hallarse en uno de sus malos días. Sabía el motivo también.

Se trataba del sueño de Laurel. Aquel sueño extraño, con Laurel ya mayor. Desde que lo tuvo, se había sentido desgraciada.

Sin embargo, lamentaba habérselo contado a Arnold. No debiera haberle dicho nada. Él nunca se lo reprochaba, pero no era bueno para él. Durante los días que siguieron, se mostró particularmente retraído. Quizá se debiera a que estaba preparándose para aquella importante conferencia con el alto funcionario gubernamental (pese a afirmar que no esperaba éxito alguno), mas también podía ser a causa del sueño de ella.

Era mucho mejor en los viejos tiempos, cuando él la atacaba acremente.

—¡Vamos, Caroline, deja ya en paz el pasado! ¡Hablar de ello no la volverá a la vida, ni tampoco los sueños...!

Había sido tremendo para ambos. Horrible. Ella había estado a la sazón ausente de casa, y a partir de ese instante nunca la abandonó el sentimiento de culpabilidad. De haberse quedado en casa, de no haber salido inútilmente de compras, habrían estado los dos disponibles, y quizá uno de ellos habría logrado salvar a Laurel.

El pobre Arnold no lo había conseguido. Dios sabía que lo intentó, hasta el punto de casi perecer en la empresa. Había salido de la casa en llamas tambaleándose, chamuscado y semiciego, con Laurel muerta en sus brazos.

Una pesadilla que jamás se desvanecía por entero.

En cuanto a Arnold, se fue recubriendo poco a poco de una concha, cultivando una suave mansedumbre que nada podía afectar ni quebrantar. Se tornó puritano, y hasta abandonó sus vicios pequeños, sus cigarrillos, su tendencia a una ocasional exclamación irreverente o con ribetes de impía. Obtuvo su beca para la preparación de una nueva historia de Cartago, y lo subordinó todo a su trabajo.

Ella intentó ayudarle. Se lanzó a la búsqueda de referencias, mecanografió sus notas y las microfilmó. Luego, todo cesó súbitamente.

Cierta noche, salió disparada del despacho hacia el cuarto de baño, acometida de náuseas. Su marido la siguió, confuso y preocupado.

—¿Qué sucede, Caroline? —preguntó, al tiempo que le tendía una copa de coñac para reanimarla.

—¿Es verdad eso? ¿Por qué lo hacían?

—¿Lo hacían quiénes?

—Los cartagineses...

Él se quedó mirándola, y ella se lo explicó con rodeos, incapaz de expresarse de manera directa.

Al parecer, los cartagineses adoraban a Moloch, representado por un ídolo de bronce, hueco, con un horno en el vientre. En épocas de crisis nacional, se reunían los sacerdotes y el pueblo y, tras las debidas ceremonias e invocaciones, arrojaban a las llamas a criaturas vivas, a las cuales se atiborraba de golosinas y delicados manjares hasta el final, a fin que la eficacia del sacrificio no se desbaratara por desagradables gritos y lamentos de pánico. Tras el instante crucial, batían timbales y tambores, a fin de ahogar todo chillido de los niños. Y los padres se hallaban presentes, sin duda muy contentos y satisfechos, pues el sacrificio era agradable a los dioses...

El entrecejo de Arnold Potterley se frunció sombríamente. Ruines mentiras de enemigos de los cartagineses, manifestó. Debiera haberla prevenido sobre el particular... Después de todo, tales embustes propagandísticos no eran infrecuentes. Según los griegos, los antiguos hebreos adoraban a una cabeza de asno en un sanctasanctorum. Y según los romanos, los cristianos primitivos odiaban a la Humanidad y sacrificaban a criaturas paganas en las catacumbas.

—¿De modo que no lo hacían? —preguntó Caroline.

—Estoy seguro que no. Quizá los primitivos fenicios... El sacrificio humano se da con frecuencia en las culturas primitivas. Pero Cartago no era una cultura primitiva en sus días de grandeza. Por regla general, el sacrificio humano se sustituye por actos simbólicos, como la circuncisión. Tanto griegos como romanos tal vez tomaron erróneamente algún símbolo cartaginés por el rito completo original, sea por ignorancia o por pura malicia.

—¿Estás seguro?

—No puedo estarlo aún, Caroline. Sin embargo, una vez que obtenga pruebas suficientes, las presentaré para conseguir un permiso de utilización de la cronoscopia, con lo cual se zanjará la cuestión de una vez por todas.

—¿La cronoscopia?

—Sí, el viaje visual por el tiempo. Enfocaríamos la antigua Cartago en alguna época de crisis, por ejemplo el desembarco de Escipión el Africano en el año 202 antes de Cristo, y veríamos con nuestros propios ojos el acontecimiento. Tú también lo verás, te lo prometo.

Tras estas palabras, le dio una palmadita acompañada de una alentadora sonrisa. Ella siguió soñando cada noche durante dos semanas con Laurel, y no volvió a ayudar a Arnold en su proyecto sobre Cartago. Ni tampoco él solicitó su cooperación.

Ahora, Caroline hacía acopio de fuerzas antes que llegase su marido, quien la había llamado a su regreso a la ciudad para comunicarle que se había entrevistado con el funcionario gubernamental y que todo había resultado según lo previsto. Lo cual significaba fracaso. Y sin embargo, no se había traslucido en su voz la menor muestra de depresión. Sus facciones aparecían bien serenas en la pantalla del televisor. Tenía otra gestión que hacer, dijo, antes de volver a casa.

De lo que se deducía que volvería tarde, pero eso no le importaba. Ninguno de los dos se preocupaba de manera particular por las horas de las comidas, ni por cuándo se sacaban los alimentos de la nevera o se hacía funcionar la calefacción o la refrigeración.

Ahora bien, cuando llegó se sintió sorprendida. No había en su esposo nada que de manera obvia sugiriese algo desagradable. La besó como siempre, sonrió, se quitó el sombrero y preguntó si todo había marchado bien durante su ausencia. Todo absolutamente normal... O casi.

Había aprendido a detectar pequeñas cosas, minucias, y le pareció que los pasos de su marido eran un tanto presurosos. Lo bastante para que sus habitadas pupilas descubrieran que se encontraba en estado de tensión.

—¿Ha sucedido algo? —le interrogó.

—Pasado mañana tendremos un invitado a cenar, Caroline. ¿No te importa?

—Pues no. ¿Alguien a quien conozco?

—No. Un joven profesor auxiliar. Uno nuevo. He hablado con él...

Súbitamente, giró como un torbellino hacia ella y la asió por los codos. Los sujetó un instante y luego los soltó, como desconcertado por haber demostrado su emoción.

—Casi no le saqué nada en limpio —dijo—. Imagínatelo. Es verdaderamente terrible, terrible, la manera en que todos nos hallamos uncidos al yugo, el cariño que le tenemos al arnés.

La señora Potterley no estaba muy segura de haber comprendido, pero durante el último año había observado que su marido se tornaba más rebelde y cada vez más osado en sus críticas contra el gobierno.

—No le habrás hablado a tontas y a locas... —se alarmó.

—¿Qué quieres decir con eso? Va a efectuar una investigación relacionada con la neutrínica para mí.

«Neutrínica» no significaba para la señora Potterley más que un tetrasílabo sin el menor sentido, pero sabía que no tenía nada que ver con la historia. Dijo débilmente:

—Arnold, no me gusta que hagas eso. Perderás tu puesto. Es...

—Es anarquía intelectual, querida —la atajó él—. Esa es la frase que deseabas, ¿no? Pues bien, sí, soy un anarquista. Si el gobierno no me permite proseguir mis investigaciones, las continuaré por mi cuenta y, una vez que haya mostrado el camino, otros lo seguirán... Y si no lo hacen, no importa. Es Cartago lo que cuenta, y el conocimiento humano, no tú y yo.

—Pero no conoces a ese joven. ¿Y si fuese un agente del comisario de Investigaciones?

—No lo parece. Asumiré el riesgo. —Cerró el puño derecho y lo frotó suavemente contra la palma de la mano izquierda—. Está a mi lado ahora. Lo juraría. No puede remediarlo. Reconozco la curiosidad intelectual cuando la veo en los ojos, el rostro y la actitud de un hombre. Una dolencia fatal para un científico domado. Aún hoy lleva su tiempo extirparla, y los jóvenes son vulnerables... ¿Y por qué detenernos ante nada? ¿Por qué no construir nuestro propio cronoscopio y decirle al gobierno que se vaya a...?

Se detuvo de repente, meneó la cabeza y se marchó.

—Espero que todo vaya bien —suspiró la señora Potterley, sintiéndose segura que no sería así y temiendo de antemano por la posición de su esposo y la seguridad de su vejez.

Sólo a ella, entre todos, le asaltaba el fuerte presentimiento de un cercano conflicto. El peor de los conflictos, desde luego.

Jonas Foster llegó casi con media hora de retraso a casa de los Potterley, domiciliados al exterior del recinto universitario. Hasta aquella misma tarde no había decidido si iría. Luego, en el último momento, pensó que no podía cometer la enormidad social de rechazar una invitación a cenar una hora antes de la concertada. Eso..., y el aguijón de la curiosidad.

La cena fue interminable. Foster comía sin apetito. La señora Potterley parecía estar ausente, emergiendo sólo de su abstracción para preguntarle si estaba casado y lanzar un bufido de desprecio al contestarle él que no. El doctor Potterley le interrogaba de manera átona respecto a su historia profesional y asentía cortésmente con la cabeza.

Todo transcurría con tanta gravedad —tanto aburrimiento en realidad— como era posible.

Foster pensó: «Parece tan inofensivo...» Había pasado los dos últimos días informándose sobre el doctor Potterley. De modo muy casual, desde luego, casi a hurtadillas. No se sentía particularmente ansioso porque le vieran en la Biblioteca de Ciencias Sociales. La historia se había convertido en una materia marginal, y la mayoría de las veces las obras históricas eran leídas por el público en general para entretenerse o para su propia edificación.

Sin embargo, un físico no formaba parte en absoluto del «público en general». Si Foster empezaba a leer libros de historia, tan cierto como la relatividad que sería considerado un bicho raro; y al cabo de cierto tiempo el decano de su facultad se preguntaría si el nuevo profesor era realmente «el hombre idóneo para la tarea».

Por lo tanto, había actuado con cautela. Se sentaba en los puestos más apartados y mantenía la cabeza baja cuando entraba o salía en sus horas libres.

Según descubrió, el doctor Potterley había escrito varios libros y una docena de artículos sobre las culturas del Mediterráneo antiguo. Los últimos, todos ellos publicados en *Historical Reviews*, se referían al Cartago prerromano, y adoptaban un punto de vista simpatizante.

Al menos, eso concordaba con las palabras de Potterley, y suavizó un tanto las sospechas de Foster. De todos modos, se daba cuenta que hubiese sido más sensato y seguro zanjar la cuestión desde un principio.

Un científico no debía dejarse arrastrar por la curiosidad, pensó, muy insatisfecho consigo mismo. Se trataba de un rasgo peligroso.

Tras la cena, fue conducido al despacho de Potterley. Por un momento, se quedó perplejo en el umbral. Las paredes estaban totalmente cubiertas de libros.

No películas. Las había, desde luego, pero superadas con mucho por los libros, impresos en papel. Nunca hubiese pensado que existiesen aún tantos libros en buenas condiciones.

Foster se sintió molesto. ¿Con qué propósito guardaba tantos libros en casa? Seguramente estarían mejor en la biblioteca de la universidad o, en el peor de los casos, en la del congreso, si alguien quería tomarse la molestia de investigar fuera de los microfilmes.

Había algo secreto en una biblioteca particular. Despedía como una vaharada de anarquía intelectual. Este último pensamiento tranquilizó de modo extraño a Foster. Prefería que Potterley fuese un auténtico anarquista que un agente provocador desempeñando su papel.

Y de pronto, las horas comenzaron a pasar asombrosamente rápidas.

—Ya ve usted —dijo Potterley, con voz clara y nada agitada—. Fue un simple hallazgo, si es posible un hallazgo para alguien que no ha empleado nunca el cronoscopio en su trabajo. Claro está, no podía solicitar su uso, puesto que se trataba de investigación no autorizada.

—Sí —asintió lacónicamente Foster, un tanto sorprendido porque una consideración tan pequeña detuviese a aquel hombre.

—Empleé métodos indirectos...

Lo había hecho, en efecto. Foster se sintió perplejo ante el volumen de la correspondencia sostenida para elucidar insignificantes detalles de la cultura del antiguo Mediterráneo, sobre la cual se las arreglaba una y otra vez para hacer una observación casual:

—Desde luego, no habiendo dispuesto nunca del cronoscopio...

O bien:

—Pendiente de aprobación mi solicitud de datos cronoscópicos, que por el momento parece improbable que acepten...

—Pero éstas no son cosas tontas ni arbitrarias —prosiguió—. El Instituto de Cronoscopia publica mensualmente un folleto en el que se incluyen artículos concernientes al pasado, con los descubrimientos determinados por el examen visual del tiempo. Únicamente uno o dos descubrimientos... Lo que primero me impresionó fue la completa trivialidad de la mayoría de ellos, su insipidez. ¿Por qué tales investigaciones debían tener prioridad sobre mi labor? Por lo tanto, escribí a quien competía para que se intensificase la búsqueda en las direcciones descritas en el folleto. Invariablemente, como

ya le he mostrado a usted, no habían empleado el cronoscopio. Vamos ahora a analizarlo punto por punto.

Por fin, Foster, con la cabeza dándole vueltas a causa de los detalles meticulosamente reunidos por Potterley, preguntó:

—¿Pero por qué?

—No sé por qué —respondió Potterley—, aunque tengo una teoría. La invención original del cronoscopio fue obra de Sterbinski..., ya lo ve, conozco bien el tema... Obtuvo una gran publicidad. Más tarde, el gobierno se hizo cargo del aparato y decidió suprimir cualquier ulterior investigación a través del mismo. Pero luego pensó que tal vez la gente sintiera curiosidad por conocer el motivo por el que no se utilizara. La curiosidad es un vicio muy grande, doctor Foster...

El físico convino para sí mismo que, en efecto, lo era.

—Imagínese pues la utilidad de pretender que el cronoscopio estaba siendo empleado —prosiguió Potterley—. Dejaba de constituir un misterio para convertirse en un lugar común. No sería ya objeto adecuado para la legítima curiosidad, ni un incentivo para la ilícita.

—Y usted se sintió curioso... —apuntó Foster.

Potterley le miró, inquieto, y replicó con acento de enojo:

—En mi caso era distinto... Yo cuento con algo que debe ser llevado a cabo. Y no podía aceptar la ridícula manera en que pretendían mantenerme el margen.

«Y un tanto paranoico, además», pensó lúgubrementemente Foster.

Sin embargo, paranoico o no, había llegado a alguna conclusión. Foster ya no podía seguir negando que algo peculiar se encerraba en la cuestión de los neutrinos.

Ahora bien, ¿qué perseguía Potterley? Esa cuestión aún le inquietaba. Si Potterley no se proponía poner a prueba su ética personal, ¿qué deseaba de él? Analizó lógicamente la cuestión. Si un anarquista intelectual, con un toque de paranoia, quería emplear un cronoscopio y estaba convencido que los poderes constituidos se interponían de modo deliberado en su camino, ¿qué podía hacer?

«Suponiendo que yo fuese uno de esos poderes, ¿qué es lo que haría...?» Habló lentamente:

—Tal vez el cronoscopio no exista...

Potterley dio un respingo. Su impasibilidad general pareció casi resquebrajarse. Por un instante, Foster vislumbró algo en él que no tenía nada que ver con la calma. Pero el historiador recobró en el acto su equilibrio y dijo:

—No, no, tiene que haber un cronoscopio.

—¿Por qué? ¿Lo ha visto usted? ¿O yo? Quizá sea ésa la explicación de todo. Quizá no oculten deliberadamente el cronoscopio del que se apoderaron. A lo mejor, ni siquiera lo han conseguido.

—Pero Sterbinski existió. Y construyó un cronoscopio. Es un hecho.

—Así lo dicen los libros... —repuso Foster fríamente.

—Escúcheme. —Potterley tendió la mano, tomando de la manga a Foster—. Necesito el cronoscopio. No me diga que no existe. Lo que vamos a hacer es descubrir lo suficiente sobre los neutrinos para ser capaces de...

Se detuvo, y Foster se alisó la manga. No precisaba que el otro terminara la frase. La completó él mismo:

—¿Construir uno propio?

Potterley le miró irritado, como si hubiese preferido que no se mostrase tan categórico. Sin embargo, respondió:

—¿Y por qué no?

—Porque eso está descartado —replicó Foster—. Si lo que hemos leído es cierto, Sterbinski precisó veinte años para construir su máquina, y varios millones en substanciales subvenciones. ¿Cree que usted y yo podríamos duplicarla ilegalmente?

Suponiendo que dispusiéramos de tiempo, que no disponemos, y suponiendo que consiguiéramos extraer bastantes datos de los libros, cosa que dudo, ¿de dónde sacaríamos el dinero y el equipo? ¡Por todos los cielos! Dicen que el cronoscopio llena un edificio de cinco pisos...

—¿No quiere ayudarme, entonces?

—Mire, le diré algo. Hay un medio que quizá me permita descubrir algo...

—¿Cuál es?

—No se preocupe. Carece de importancia. Pero puedo descubrir lo bastante para decirle si el gobierno está impidiendo o no deliberadamente que se investigue mediante el cronoscopio. Confirmarle en su convicción o bien demostrarle que esa convicción es errónea. No sé qué bien puede hacerle a usted en cualquier caso, pero sólo llegaré hasta ahí. Es mi límite.

Potterley se quedó mirando al joven cuando finalmente se marchó. Estaba enojado consigo mismo. ¿Por qué se había descuidado tanto como para permitir a aquel tipo sospechar que pensaba en un cronoscopio propio? Resultaba prematuro.

¿Y por qué aquel joven novicio dudaba incluso de la existencia del cronoscopio?

Tenía que existir. Forzosamente. ¿A qué conducía negarlo?

¿Y por qué no habría de construirse otro? La ciencia había avanzado mucho en los cincuenta años transcurridos desde la época de Sterbinski. Todo cuanto se necesitaba eran conocimientos.

Que el más joven reuniera esos conocimientos. Que se fijara una pequeña suma de los mismos como límite, allá él. Habiendo tomado el camino de la anarquía, no había límite alguno. Si el muchacho no se veía impulsado a proseguir por algo que llevaba en su interior, los primeros pasos supondrían un error suficiente para forzar al resto. Potterley estaba seguro de no vacilar en caso que fuera preciso emplear el chantaje.

Hizo pues un ademán con la mano, en gesto final de despedida, y miró hacia arriba. Estaba comenzando a llover.

¡Desde luego! Chantaje si fuese necesario. Todo con tal que no le detuviesen en su camino...

Foster condujo su coche a través de los desiertos arrabales de la ciudad, notando apenas la lluvia.

Era un estúpido, se decía a sí mismo, pero se sentía incapaz de dejar las cosas tal como estaban. Tenía que saber. Maldecía su brote de indisciplinada curiosidad, pero necesitaba saber.

De todos modos, no acudiría a nadie más que a tío Ralph. Se juró en forma vehemente que se detendría allí. No quedaría prueba alguna contra él, ninguna evidencia real. Tío Ralph sería discreto.

En cierto sentido, se sentía secretamente avergonzado de tío Ralph. No se lo había mencionado a Potterley, en parte por precaución y en parte porque no quería enfrentarse a una ceja alzada y a la inevitable media sonrisa. Los escritores científicos profesionales, por muy útiles que fuesen, se hallaban un tanto al margen de la sociedad, aptos sólo para ser tratados con un desprecio protector. Claro que, como clase, conseguían más dinero que los científicos investigadores. Sólo que hacían peor las cosas.

Sin embargo, había ocasiones en las que contar con un escritor científico en la familia resultaba muy conveniente. Careciendo de una verdadera instrucción, no tenían que especializarse. Por consiguiente, un buen escritor científico lo conocía prácticamente todo... Y tío Ralph era uno de los mejores.

Ralph Nimmo no tenía ningún título universitario y más bien se mostraba orgulloso de ello.

—Un título supone el primer paso por el camino de la perdición —dijo en cierta ocasión a Jonas Foster, cuando ambos eran considerablemente más jóvenes—. Uno no quiere desperdiciarlo, por lo que sigue trabajando para conseguir uno superior y dedicarse luego a la investigación doctoral. Y acaba por ignorarlo todo en el mundo, a excepción de una brizna sobre una subdivisión de nada. En cambio, si uno mantiene su mente cuidadosamente aislada de toda esa batahola de información hasta alcanzar la madurez, llenándola sólo con inteligencia y entrenándola en el puro pensamiento, tendrá un poderoso instrumento a su disposición y podrá convertirse en un escritor científico.

Nimmo recibió su primera asignación a la edad de veinticinco años, después que hubo completado su aprendizaje y cuando llevaba en el terreno unos tres meses. Le llegó el encargo en forma de un compacto manuscrito, cuyo lenguaje no permitía destello alguno de comprensión al lector, por muy calificado que fuese, sin un atento estudio y cierta inspirada labor conjetural. Nimmo remendó el mamotreto, lo revisó de cabo a rabo (tras cinco largas y exasperantes entrevistas con los autores, que eran biofísicos), haciendo el lenguaje metódico y comprensible y suavizando el estilo hasta transformarlo en una agradable prosa.

—¿Por qué no? —decía tolerante a su sobrino, que replicaba a sus censuras sobre los títulos, acusándole de colgarse a los flecos de la ciencia—. El fleco reviste su importancia. Tus científicos no saben escribir. ¿Y por qué habrían de saber? No se espera que sean grandes maestros del ajedrez o virtuosos del violín. ¿Por qué esperar entonces que sepan unir las palabras? ¿Por qué no dejar eso también a los especialistas? ¡Santo Dios, Jonas! Lee su literatura de hace un siglo. Descartando el hecho que la ciencia de entonces está ya anticuada, lo mismo que algunas de las expresiones empleadas, intenta leerla y sacarle algún sentido. Pura cháchara de aficionados. Páginas y páginas publicadas inútilmente. Artículos enteros totalmente incomprensibles...

—Pero no obtienes ninguna recompensa, tío Ralph —protestó el joven Foster, que estaba a punto de comenzar su carrera de profesor universitario y se sentía casi deslumbrado por ella—. Podrías haber sido un formidable investigador.

—Sí que obtengo recompensa —replicó Nimmo—. No creas ni por un momento que no. Desde luego, un bioquímico o un estratometeorólogo no me darán ni la hora, pero me pagan bastante bien. Mira lo que sucede cuando algún químico de primera clase se encuentra con que la Comisión ha cortado su subvención anual para los escritores científicos. Luchará más duramente para que se me concedan a mí, o a alguien como yo, fondos suficientes que para lograr un ionógrafo registrador.

Sonrió con amplia mueca, y Foster le correspondió. En el fondo, estaba orgulloso de su panzudo y carirredondo tío, cuyos dedos semejaban sarmientos y cuya vanidad le hacía peinar su mata de pelo en forma coqueta sobre la desierta coronilla y vestirse con estudiada negligencia. Avergonzado y a la vez orgulloso.

Ahora, Foster penetró en el desordenado apartamento de su tío con un talante en absoluto propicio a la sonrisa. Tenía nueve años más, y también los tenía tío Ralph. Durante aquellos nueve años, le habían llegado a éste papeles tras papeles, procedentes de todas las ramas de la ciencia, para que los puliera, y algo de cada uno de ellos había quedado retenido en su capacitada mente.

Nimmo estaba comiendo uvas, tomándolas una por una con gran lentitud. Lanzó un racimo a Foster, quien lo atrapó en el aire, agachándose luego para recoger algunos granos caídos al suelo.

—Déjalos, no te preocupes —dijo Nimmo negligentemente—. Alguien aparece por aquí una vez por semana para la limpieza. ¿Qué sucede? ¿Algún problema con tu solicitud de subvención?

—En realidad, todavía no la he presentado.

—¿Que no? Muévete, chico. ¿O es que esperas a que me ofrezca para hacerte la redacción final?

—No podría pagarte, tío.

—¡Bah! Todo quedaría en la familia. Concédeme los derechos de todas las versiones destinadas a la divulgación, y el dinero no necesitará cambiar de mano.

—Si hablas en serio, trato hecho.

—Trato hecho entonces.

Era un trueque, desde luego, pero Foster conocía lo bastante la ciencia de escribir que poseía Nimmo como para darse cuenta que le compensaría. Un descubrimiento espectacular de interés público sobre el hombre primitivo, o sobre una nueva técnica quirúrgica, o sobre cualquier rama de la navegación espacial, significaría un artículo que daría ríos de dinero en cualquier medio de comunicación.

Por ejemplo, fue Nimmo quien redactó de nuevo, para el consumo científico de las masas, la serie de papelotes en los que Bryce y sus colaboradores habían dilucidado la fina estructura de dos virus cancerosos. Por ese trabajo había pedido la despreciable suma de mil quinientos dólares, siempre que se incluyeran los derechos de las ediciones de divulgación. Más tarde, dio al mismo trabajo una forma semidramática para su lectura en vídeo tridimensional, percibiendo un anticipo de veinte mil dólares, más los derechos por un plazo de siete años.

Foster dijo de sopetón:

—Tío, ¿qué sabes sobre los neutrinos?

—¿Neutrinos? —Los ojos de Nimmo parecieron sorprendidos—. ¿Estás trabajando en eso? Creía que te dedicabas a la óptica seudogravitatoria.

—Oficialmente, sí. Pero ahora me intereso por la neutrínica.

—¿Cómo diablos se te ha ocurrido...? En mi opinión, te pasas de la raya. Lo sabes, ¿no es así?

—Supongo que no informarás a la Comisión sólo porque yo sienta una pequeña curiosidad sobre algo.

—Debería hacerlo, antes que la cosa te acarree un disgusto. La curiosidad supone un peligro profesional para los científicos. La he visto actuar. Uno se halla tranquilamente enfrascado en un problema y de repente la curiosidad le lleva por un camino extraño. Y lo siguiente que sabe es que ha adelantado tan poco en su propio problema, que no se justifica la renovación de su subvención. He visto más...

—Todo cuanto deseo saber es lo que ha pasado por tus manos sobre neutrinos en estos últimos tiempos —respondió pacientemente Foster.

Nimmo se recostó, masticando con calma y con aire caviloso una uva.

—Nada. Nada en absoluto. No recuerdo haber visto ni siquiera un artículo sobre la cuestión.

—¿Qué? —exclamó manifiestamente sorprendido Foster—. ¿Quién hace entonces ese trabajo?

—Puesto que me lo preguntas, te diré que no lo sé. No recuerdo que nadie hablara de ello en las asambleas anuales. No me parece que se haga mucho trabajo sobre el particular.

—¿Por qué no?

—¡Eh, no muerdas que no te he hecho nada! Sospecho que...

—¿No lo sabes? —atajó exasperado Foster.

—¡Humm...! Te diré lo que sé sobre la cuestión neutrínica. Conciérne a las aplicaciones de movimientos de los neutrinos y a las fuerzas implicadas...

—Claro, claro... Del mismo modo que la electrónica trata de las aplicaciones de los electrones y las fuerzas implicadas, y la gravimetría trata de las aplicaciones de los campos de gravitación artificial. Para eso no te necesitaba. ¿Es todo cuanto sabes?

—Y la neutrínica es la base de la perspectiva del tiempo... Y es todo cuanto sé —añadió serenamente Nimmo.

Foster se recostó también en su butaca y se restregó con fuerza la rasurada mejilla. Se sentía enojado e insatisfecho. Sin habérselo formulado de manera explícita en su mente, había tenido la seguridad que, como fuese, Nimmo conocería algunos informes recientes, que habría abordado interesantes facetas de la neutrínica moderna, y en consecuencia le permitiría volver a Potterley para manifestar al viejo historiador que estaba equivocado, que sus datos eran erróneos y sus deducciones engañosas.

Y luego, podría haber vuelto a enfrascarse en su propio trabajo.

Ahora, en cambio...

«Así pues —se dijo indignado—, es verdad que no están haciendo mucha labor en ese terreno... ¿Supone eso una deliberada supresión? ¿Y si la neutrínica es una disciplina estéril? Quizá lo sea. No lo sé, ni tampoco Potterley. ¿Para qué malgastar los recursos intelectuales de la Humanidad en nada? Tal vez el trabajo se efectúe en secreto por alguna razón legítima. Tal vez...»

Tenía que saberlo. No podía dejar las cosas como estaban. ¡No podía!

—¿Existe algún texto sobre neutrínica, tío Ralph? —preguntó—. Quiero decir una exposición clara y sencilla. Elemental...

Nimmo meditó, mientras sus mofletudas mejillas exhalaban una serie de suspiros.

—Haces las más condenadas preguntas que... El único que conozco es el de Sterbinski y otro nombre... Nunca lo he visto a fondo, pero sí le eché un vistazo en cierta ocasión... Sterbinski y LaMarr, eso es.

—¿Fue Sterbinski el inventor del cronoscopio?

—Eso parece. Las pruebas incluidas en el libro deben ser buenas.

—¿Hay una edición reciente? Sterbinski murió hace treinta años.

Nimmo se encogió de hombros, sin responder.

—¿Podrías encontrarla?

Quedaron silenciosos ambos durante unos momentos. Nimmo balanceaba su voluminoso cuerpo, haciendo crujir la butaca en que se hallaba sentado. Al fin, el escritor científico dijo:

—¿Puedes explicarme qué te propones con todo esto?

—No puedo. ¿Pero quieres ayudarme de todos modos, tío Ralph? ¿Me conseguirás un ejemplar de ese texto?

—Bien, tú me has enseñado cuanto sé sobre seudogravimetría, así que debo mostrarme agradecido. Verás..., te ayudaré con una condición.

—¿Cuál?

El viejo se puso súbitamente muy serio al responder:

—Que vayas con cuidado, Jonas. Pretendas lo que pretendas, te encuentras con toda evidencia fuera de la raya. No eches por la borda tu carrera sólo porque sientes curiosidad por algo que no te han encargado y que no te concierne... ¿Comprendido?

Foster asintió, aunque apenas le había oído. Estaba pensando frenéticamente.

Una semana después, la rotunda figura de Ralph Nimmo penetró en el apartamento de dos piezas de Jonas Foster, en el recinto universitario, y dijo con ronco cuchicheo:

—He conseguido algo.

—¿Qué? —preguntó Foster con inmediata avidez.

—Una copia del Sterbinski y LaMarr... —dijo mostrándola, o más bien una esquina de la misma, cubierta por su amplio gabán.

Foster miró de modo casi automático a puertas y ventanas para cerciorarse que estaban cerradas y corridos los visillos. Alargó la mano. El estuche que encerraba la película aparecía descascarillado por la vetustez, y la propia película, oscurecida y quebradiza.

—¿Es todo? —preguntó Foster en tono mordaz.

—¡Gratitud, muchacho, gratitud!

Nimmo tomó asiento y metió la mano en un bolsillo para sacar una manzana.

—Desde luego que te estoy agradecido. ¡Pero es tan antiguo!

—Y suerte que lo he conseguido. Intenté obtener una película de la biblioteca del Congreso. Nada. El libro está retirado de la circulación.

—¿Y cómo lograste éste?

—Lo robé —respondió el escritor científico con pasmosa tranquilidad, mientras mordisqueaba el corazón de la manzana—. En la biblioteca pública de Nueva York.

—¿Qué?

—Fue muy sencillo. Naturalmente, tengo acceso a las estanterías. Me subí a una cuando no rondaba nadie por allí, agarré el estuche y me largué con él. Son muy confiados... No lo echarán de menos durante años. Pero procura que no te lo vea nadie, sobrino...

Foster miró fijamente la película, como si se tratase de pornografía.

Nimmo dejó a un lado el corazón de la manzana y sacó otra del bolsillo de su gabán, mientras decía:

—Es muy divertido. No hay nada más reciente en todo el terreno de la neutrónica. Ni una monografía, ni un artículo, ni una nota sobre su progreso. Nada en absoluto desde el cronoscopio.

—¡Vaya, vaya...! —comentó Foster, ausente.

Foster trabajaba cada atardecer en casa de Potterley, pues no se fiaba de la seguridad de su apartamento en el recinto universitario para aquella labor. Y su tarea de los atardeceres se tornaba para él más real que la destinada a su propia subvención. A veces le preocupaba, pero lo apartaba de su mente.

Al principio, su trabajo sólo consistió en examinar y repasar la película con el texto. Posteriormente, empezó a pensar (en ocasiones, incluso mientras parte del libro seguía pasando a través del proyector de bolsillo sin que nadie la mirase).

De cuando en cuando, Potterley venía a visitarle, sentándose con ojos ávidos, como si esperase que se solidificaran los toscos procesos, haciéndose visibles en todos sus repliegues. Sólo interfería de dos maneras. No permitía a Foster que fumara y, a veces, hablaba.

No se trataba de una conversación en absoluto, sino más bien de un monólogo en voz baja, con el cual al parecer no esperaba siquiera despertar la atención. Algo así como si se aliviara de la presión ejercida en su interior.

¡Cartago! ¡Siempre Cartago!

Cartago, la Nueva York del antiguo Mediterráneo. Cartago, imperio comercial y reina de los mares. Cartago, todo lo que Siracusa y Alejandría pretendían ser. Cartago, calumniada por sus enemigos e inarticulada en su propia defensa.

Había sido antaño derrotada por Roma y luego expulsada de Sicilia y Cerdeña, pero consiguió más que resarcirse de sus pérdidas mediante sus nuevos dominios en España. Y dio nacimiento a Aníbal para sumir a los romanos en el terror durante dieciséis años...

Al final volvió a perder por segunda vez, se resignó a su destino y tornó a construir, con sus rotas herramientas, una vida claudicante en un territorio mermado, pero con tanto éxito que la celosa Roma la forzó deliberadamente a una tercera guerra. Y entonces Cartago, contando sólo con sus manos desnudas y su tenacidad, forjó armas y obligó a Roma a una campaña de dos años que no acabó hasta la completa destrucción de la ciudad; sus habitantes se arrojaron a las hogueras de sus casas incendiadas, prefiriendo esta muerte cruel a la rendición.

—¿Acaso un pueblo combatiría así por una ciudad y un sistema de vida tan deplorables como los antiguos escritores los pintaron? —comentaba Potterley—. Aníbal fue mejor general que ninguno de los romanos, y sus soldados le siguieron con absoluta fidelidad. Hasta sus más enconados enemigos le alabaron. Era un cartaginés. Ahora está

de moda decir que fue un cartaginés atípico, mejor que los demás, algo así como un diamante arrojado a la basura. Si así fuera, ¿por qué se mostró tan fiel a Cartago hasta su muerte, tras varios años de exilio? Hablan de Moloch...

Foster no siempre escuchaba, pero a veces no podía impedirlo, y se estremecía y se sentía mareado ante el sangriento relato de los niños sacrificados.

Mas Potterley proseguía porfiado:

—Sólo que no es verdad. Se trata de un embuste lanzado hace dos mil quinientos años por griegos y romanos. Ellos tenían también sus esclavos, sus crucifixiones y torturas, sus combates de gladiadores. No eran precisamente unos santos. La historia de Moloch forma parte de lo que épocas posteriores llamarían la propaganda de guerra, la gran mentira. Puedo probar que fue un embuste. Puedo demostrarlo. ¡Y por el cielo que lo haré! Sí, lo haré...

Y mascullaba su promesa una y otra vez, lleno de celo.

La señora Potterley le visitaba también, pero con menos frecuencia, en general los martes y los jueves, cuando su marido tenía que ocuparse de alguna clase nocturna y, en consecuencia, no se hallaba presente.

Se sentaba y permanecía inmóvil, hablando apenas, con el rostro blando y apagado, los ojos inexpresivos, y una actitud distante y retraída.

La primera vez, Foster se sintió incómodo y sugirió que se marchara.

Ella respondió con voz átona:

—¿Le molesto?

—No, desde luego que no —mintió Foster—. Sólo que...

No acertó a completar la frase.

Ella asintió, como aceptando una invitación a quedarse. Luego abrió un bolso de paño que había traído consigo y sacó de él una resmilla de hojas de vitrón, que se puso a manipular con rapidez y delicados movimientos mediante un par de gráciles despolarizadores trifásicos, cuyos alambres, conectados a una batería, daban la impresión que estaba sosteniendo una gran araña.

Cierta tarde, dijo quedamente:

—Mi hija Laurel tiene su misma edad.

Foster se sobresaltó ante su inesperado tono y el contenido de sus palabras.

—No sabía que tuviese usted una hija, señora Potterley.

—Murió. Hace años.

El vitrón se iba convirtiendo gracias a las diestras manipulaciones en la forma irregular de una prenda de vestir que Foster no llegaba a identificar. No le quedaba sino murmurar de manera vacua:

—Lo siento.

La señora Potterley suspiró:

—Sueño con ella a menudo.

Alzó sus ojos azules y distantes hacia él. Foster retrocedió y miró a otro lado.

Otra tarde, mientras tiraba de una hoja de vitrón para despegarla de su vestido, ella preguntó:

—¿Qué es eso del panorama del tiempo?

La observación interfería con una secuencia particular de sus pensamientos, por lo que Foster respondió secamente:

—El doctor Potterley se lo explicará.

—Ya lo ha intentado. Sí que lo ha intentado. Pero se muestra demasiado impaciente conmigo. La mayor parte de las veces la llama cronoscopia. ¿Cree que realmente se ven cosas del pasado, como en las imágenes tridimensionales? ¿O bien sólo traza pequeños contornos de puntos, como la computadora que usted emplea?

Foster miró con disgusto su computadora. Funcionaba bastante bien, pero cada operación debía ser controlada manualmente, obteniéndose las respuestas en clave. Si pudiera utilizar la de la universidad... Bueno, para qué soñar. Ya se sentía bastante conspicuo llevando una computadora de mano bajo el brazo cada atardecer, cuando abandonaba su despacho.

—No he visto nunca por mí mismo un cronoscopio —dijo—, pero tengo la impresión que con él se ven realmente las imágenes y se oyen los sonidos.

—¿Se oye también hablar a la gente?

—Así lo creo. —Y luego añadió, casi desesperado—: Mire, señora Potterley, esto debe resultarle espantosamente aburrido. Comprendo que no desee desatender a un invitado, pero, de verdad, señora Potterley, no debiera sentirse obligada a...

—No me siento obligada —le atajó ella—. Me limito a estar sentada, esperando.

—¿Esperando? ¿Esperando qué?

Ella respondió en tono sosegado:

—Se lo oí a usted aquella primera tarde. Cuando habló por vez primera con Arnold. Estuve escuchando detrás de la puerta.

—¿Ah, sí?

—Sí... Ya sé que no es correcto, pero me encontraba tan preocupada por Arnold. Tenía la intuición que él iba a hacer algo que no debía, y quería saber qué. Y cuando le oí...

Se detuvo, inclinándose hacia el vitrón y hurgando en él.

—¿Oír qué?

—Que se negaba usted a construir un cronoscopio...

—Desde luego que me negué.

—Pensé que quizá cambiase de parecer.

Foster le lanzó una mirada penetrante.

—¿Quiere decir que baja usted aquí con la esperanza que yo construya un cronoscopio?

—Espero que lo haga, doctor Foster. ¡Oh, sí! Estoy convencida que lo hará.

Fue como si de pronto se hubiese desprendido un denso velo de su rostro, dejando aparecer claras y distintas sus facciones, infundiéndole color a sus mejillas, vida a sus ojos, y las vibraciones de cierta inminente excitación a su voz.

—¿No sería maravilloso disponer de uno? —cuchicheó—. ¡Los seres del pasado revivirían! Faraones y reyes y..., la gente corriente. Espero que construya uno, doctor Foster. Realmente... lo espero.

Pareció como si la impresionara la intensidad de sus propias palabras, y dejó que las hojas de vitrón se deslizaran de su regazo. Se levantó y corrió hacia la escalera, asombrada y angustiada, de su desmañada escapatoria. Foster la siguió con la mirada, en muda contemplación.

El incidente afectó en gran medida las noches de Foster y le dejó insomne y penosamente entumecido para pensar. Casi como una indigestión mental.

Por fin, sus solicitudes de subvención llegaron renqueantes hasta Ralph Nimmo. Apenas albergaba esperanzas. Pensaba entorpecido: «No las aprobarán».

Si no las aprobaban, causaría desde luego un escándalo en la facultad y, probablemente, aquello supondría la no renovación de su puesto en la universidad, al final del curso académico.

Sin embargo, casi no le preocupaba la cuestión. Era el neutrino, sólo el neutrino y exclusivamente el neutrino lo que llenaba su mente. Su rastro, su pista, su curva gráfica describía un brusco viraje, conduciéndole solitario por sendas no cartografiadas, que ni siquiera Sterbinski y LaMarr habían seguido.

Llamó a Nimmo.

—Tío Ralph —le dijo—. Necesito algunas cosas. Te llamo desde fuera de la universidad.

El rostro de Nimmo en la pantalla de vídeo aparecía jovial, pero su voz sonó cortante al responder:

—Lo que necesitas es un curso de redacción. Me está costando una barbaridad de tiempo poner tu solicitud en lenguaje inteligible. Si es por eso por lo que me llamas...

—No, no te llamo por eso. Necesito...

Carraspeó unas líneas sobre un trozo de papel y lo sostuvo ante el receptor. Nimmo hipó.

—¡Oye! ¿Cuántos trucos me crees capaz de emplear?

—Puedes conseguírmelo, tío. Sé que puedes...

Nimmo releyó la lista con aire grave, moviendo silenciosamente sus gordezuelos labios.

—¿Y qué sucederá cuando acoples todas esas cosas? —preguntó luego.

Foster meneó la cabeza.

—Te reservaré todos los derechos de las publicaciones de divulgación, sea lo que sea, como siempre. Pero por favor no me hagas preguntas ahora.

—Bien, sabes que no puedo hacer milagros.

—Haz éste. Debes hacerlo. Eres un escritor científico, no un investigador. No debes tomar en cuenta nada. Tienes amistades y relaciones. Harán la vista gorda, para que te dediques el tiempo necesario a su próxima publicación, ¿no es así?

—Sobrino, tu fe es conmovedora. Lo intentaré...

Y Nimmo lo logró. Material y equipo fueron trasladados a última hora de la tarde, en un coche particular de turismo. Nimmo y Foster lo descendieron con el esfuerzo y los gruñidos de hombres no acostumbrados a la labor manual.

Potterley, de pie en la entrada del sótano, preguntó quedamente una vez que se hubo marchado Nimmo:

—¿Para qué es todo esto?

Foster se apartó el cabello que le caía sobre la frente y se aplicó un suave masaje a una de sus muñecas, que se había dislocado.

—Voy a proceder a unos sencillos experimentos.

—¿Ah, sí?

Los ojos del historiador destellaban de excitación. Foster se sentía explotado, como si una tenaz voluntad le arrastrara por un camino peligroso, como si viese claramente la fatalidad que le esperaba al final de ese camino y, sin embargo, avanzase decidido y ávido por él. Y lo peor de todo, aquella voluntad tenaz era la suya propia.

Era Potterley quien lo había empezado todo, Potterley, que ahora estaba allí, recreándose en su contemplación. Pero la fuerza que le apremiaba era sólo suya. Y así, dijo agriamente:

—A partir de ahora, deseo aislamiento, Potterley. No puedo tenerles a usted y a su mujer correteando de aquí para allá, molestándome.

Al mismo tiempo, pensaba: «Si mis palabras le ofenden, que me eche. Así se acabará todo esto». No obstante, en lo más profundo de su corazón, no creía que el ser excluido le detuviese. No sucedió nada. Potterley no mostró el menor síntoma de sentirse ofendido. Su tierna mirada no varió.

—Desde luego, doctor Foster, desde luego —asintió—. Todo el aislamiento que usted desee...

Foster se le quedó mirando mientras se retiraba. Ya estaba solo para caminar por la senda, perversamente satisfecho y a la par odiándose por su contento.

Decidió dormir sobre un catre en el sótano de Potterley y pasar en aquel sitio sus fines de semana.

Durante ese período, le llegó la noticia que le habían sido otorgadas las subvenciones (gracias a la intervención de Nimmo). La secretaría envió a alguien para comunicárselo, felicitándole al mismo tiempo.

Foster miró con ausente fijeza hacia la remota lejanía y murmuró: «¡Señor, qué contento estoy!», con tan poca convicción que el enviado frunció el entrecejo y se despidió sin más palabras.

Foster no volvió a pensar en la cuestión. Era un extremo de menor cuantía, que no merecía ni fijarse en él. Planeaba algo de real importancia para aquella misma tarde, una prueba climática.

Transcurrió una tarde, y otra, y otra más, y por último, macilento y casi fuera de sus cabales por la excitación, llamó a Potterley. Éste bajó las escaleras y paseó la mirada por los artilugios de fabricación casera, diciendo luego con su suave voz:

—Las facturas de la electricidad han sido muy elevadas. No lo digo por el gasto, sino porque temo que el municipio formule algunas preguntas... ¿Se puede hacer algo para remediarlo?

Era un atardecer caluroso, pero Potterley llevaba cuello duro y traje completo. Foster, que se había quedado en camiseta, alzó unos ojos legañosos y dijo con voz entrecortada:

—No será por mucho tiempo, doctor Potterley. Le he llamado para decirle algo... Se puede construir un cronoscopio. Uno pequeño, desde luego, pero se puede construir...

Potterley se asió a la barandilla de la escalera, y su cuerpo se combó. Hasta que logró decir en un cuchicheo:

—¿Se puede construir aquí?

—Aquí mismo, en el sótano —respondió cansinamente Foster.

—¡Santo Dios! Usted dijo...

—Ya sé lo que dije —exclamó impaciente Foster—. Dije que era imposible. No sabía nada entonces. Ni siquiera Sterbinski sabía nada...

Potterley meneó la cabeza.

—¿Está seguro? ¿No se equivoca, doctor Foster? ¿No se engaña? No podría soportar que...

—No, no estoy equivocado. ¡Maldita sea! Si a mí me bastó con la simple teoría, hace ya tiempo que podríamos haber dispuesto de un visor del tiempo..., hace más de cien años, cuando se postuló por vez primera el neutrino. El engorro fue que los investigadores originales lo consideraron simplemente como una misteriosa partícula, sin masa o carga, imposible de detectar. Algo que sólo servía para equilibrar la contabilidad y preservar la ley de la conservación de la energía.

No estaba seguro que Potterley supiera de qué estaba hablando. No le importaba. Necesitaba un desahogo. Sólo lo conseguiría a partir de algo exterior a sus coagulados pensamientos... Y precisaba asimismo un telón de fondo para lo que iba a decir a Potterley. Así que prosiguió:

—Fue Sterbinski el primero en descubrir que el neutrino atraviesa la barrera transversal del espacio-tiempo, que viaja a través del tiempo con tanta facilidad como a través del espacio. Y fue asimismo Sterbinski el primero en bosquejar un método para detener los neutrinos. Inventó un registrador neutrínico y aprendió cómo interpretar el patrón del chorro neutrínico. Naturalmente, la corriente resultó afectada y desviada por toda las materias con que había tropezado a su paso a través del tiempo. Descubrió que las desviaciones podían ser analizadas y convertidas en imágenes de la materia que había producido la desviación. La visión del tiempo se hacía así posible. Hasta las vibraciones de aire pueden ser detectadas y convertidas en sonido.

Potterley había dejado de escuchar definitivamente.

—Sí, sí. ¿Pero cuándo construirá usted el cronoscopio?

Foster le detuvo, perentorio:

—Déjeme terminar. Todo depende del método empleado para detectar y analizar el chorro neutrínico. El método de Sterbinski era arduo y vago. Requería montañas de energía. Pero yo he estudiado la seudogravedad, doctor Potterley, la ciencia de los

campos gravitatorios artificiales. Me he especializado en el comportamiento de la luz en tales campos. Se trata de una ciencia nueva. Sterbinski no conocía nada de ella. De haberlo conocido, habría descubierto, cosa que está al alcance de cualquiera, un método mejor y más eficaz de detección de los neutrinos mediante el empleo de un campo pseudogravitatorio. Y si hubiese conocido más a fondo la neutrínica, lo hubiese visto al instante.

El rostro de Potterley se aclaró un tanto.

—Ya lo sabía yo —dijo—. Aun obstaculizando la investigación neutrínica, no hay medio por el que el gobierno se asegure que los descubrimientos en otros sectores de la ciencia no se reflejen sobre ella. Eso da la medida del valor de la dirección centralizada de la ciencia. Se me ocurrió la idea hace mucho tiempo, doctor Foster, antes aun que viniera usted a trabajar aquí.

—Por lo cual le felicito. Pero hay algo...

—No piense en eso. Respóndame. ¿Cuándo construirá el cronoscopio?

—Estoy intentando decirle algo, doctor Potterley. Un cronoscopio no le servirá de nada. «Ya está dicho», pensó.

Muy despacio, Potterley descendió por la escalera y se plantó ante él.

—¿Que significa eso? ¿Cómo que no me servirá de nada?

—Pues..., que no verá usted Cartago. Eso era lo que tenía que decirle. Jamás podrá ver Cartago con él.

Potterley denegó con la cabeza.

—No, no —dijo—. Se equivoca. De tener el cronoscopio, una vez debidamente enfocado...

—No, doctor Potterley. No se trata de enfoque. Hay factores marginales que afectan al chorro neutrínico, como afectan a las partículas subatómicas. Lo que denominamos el principio de indeterminación. Una vez registrado e interpretado el chorro, aparece el factor marginal fortuito como una vellosidad, un «ruido», como dicen los chicos de comunicaciones. Y cuanto más se penetra en el tiempo, tanto mayor es esa vellosidad, ese ruido. Al cabo de un rato, éste oculta la imagen. ¿Lo comprende?

—Dando más potencia... —insinuó Potterley con voz desmayada.

—No serviría de nada. Cuando la interferencia empaña el detalle, al amplificar éste se amplifica aquélla también. No se ve nada en una película quemada por el sol por mucho que se amplíe, ¿no es así? Métselo en la cabeza. La naturaleza física del Universo impone sus límites. Los movimientos térmicos ocasionales de las moléculas del aire imponen los suyos a la intensidad con que un sonido puede ser detectado por un instrumento cualquiera. La longitud de una onda luminosa o de una onda eléctrica impone sus límites al tamaño de los objetos captados por cualquier aparato. Lo mismo sucede con la cronoscopia. Hay un límite a la visión en el tiempo.

—¿Qué límite? ¿Hasta dónde se alcanza?

Foster inspiró con fuerza.

—Lo máximo es un siglo y cuarto.

—Pero el boletín mensual que publica la Comisión abarca casi toda la historia antigua...

—El historiador rió a sacudidas—. Debe estar equivocado. El gobierno posee datos de hasta tres mil años antes de Cristo.

—¿Y cuándo se decidió a creerlo? —preguntó Foster con desdén—. Comenzó usted este asunto demostrándome que el gobierno mentía, que jamás historiador alguno empleó el cronoscopio. ¿No ve ahora el porqué? A ningún historiador le sirve de nada, excepto al que se interesa por la historia contemporánea. No hay ningún cronoscopio que permita una visión del tiempo más allá del año 1920.

—Tiene que estar equivocado. Usted no lo sabe todo —se obstinó Potterley.

—Como quiera, pero la verdad no se plegará a su conveniencia. Afróntela. Lo que está haciendo el gobierno es perpetuar un engaño.

—¿Por qué?

—Se me escapan las razones.

La nariz chata de Potterley se contrajo, y sus ojos se abrieron hasta casi saltar de las órbitas.

—Pura teoría, doctor Foster —dijo—. Construya un cronoscopio. Constrúyalo y pruebe.

Foster le asió súbita y firmemente por los hombros.

—¿Cree usted que no lo he hecho? —gritó con vehemencia—. ¿Piensa que se lo habría contado todo sin antes comprobarlo por todos los medios a mi alcance? He construido uno. Ahí lo tiene. ¡Mire!

Corrió hacia los conmutadores y palancas de potencia, los manipuló uno por uno, hizo girar una resistencia, ajustó unos botones y apagó la luz del sótano.

—Espere un momento —advirtió—. Debe calentarse.

Se produjo un pequeño fulgor cerca del centro de una de las paredes. Potterley farfulló algo ininteligible, mientras que Foster insistía:

—¡Mire!

La luz se intensificó y brillantó, y aparecieron formas en claroscuro. ¡Hombres y mujeres! Imágenes empañadas, vagas, con brazos y piernas que semejaban simples rayas. Pasó un coche de antiguo modelo, difuso también, pero reconocible como perteneciente a los que usaban motor de combustión interna por gasolina.

Foster comentó:

—Mediados del siglo XX, en algún lugar indeterminado. No he captado aún sonido alguno, pero existe la posibilidad de añadirlo. De todos modos, la mitad del siglo XX es lo más lejos que se puede llegar. Créame, es el mejor enfoque a nuestro alcance.

—Construya un aparato mayor —insistió Potterley—. Más potencia. Mejore sus circuitos.

—No se puede vencer el principio de indeterminación, de la misma manera que no se puede vivir en el Sol. Existen unos límites físicos imposibles de traspasar.

—Está usted mintiendo. No le creo. Yo...

Sonó una nueva voz, que se alzó estridente para hacerse oír:

—¡Arnold! ¡Doctor Foster!

El joven físico se volvió al instante. El doctor Potterley se quedó paralizado un largo rato, y luego dijo sin volverse:

—¿Qué pasa, Caroline? ¡Déjanos!

—¡No! —replicó la señora Potterley descendiendo la escalera—. Lo he oído todo. No pude resistir la tentación de escuchar... ¿Es verdad que tiene un visor del tiempo aquí, doctor Foster? ¿Aquí en el sótano?

—Pues sí, señora Potterley. Una especie de visor del tiempo, aunque no resulta gran cosa. Aún no he obtenido el sonido y las imágenes aparecen empañadas. De todos modos, funciona.

La señora Potterley entrelazó las manos y las mantuvo estrechamente apretadas contra su pecho.

—¡Qué maravilloso! ¡Qué maravilloso! —exclamaba, en una especie de arrobó.

—No tiene nada de maravilloso —rezongó Potterley con acento burlón—. Este joven necio es incapaz de llegar más allá de...

—¡Oiga...! —profirió exasperado Foster.

—¡Por favor! —gritó la señora Potterley—. Escúchame, Arnold. ¿No te das cuenta que, con sólo que alcance veinte años, podremos ver de nuevo a Laurel? ¿Qué nos importan a nosotros Cartago y los tiempos antiguos? Podremos ver a Laurel. Volverá a renacer para nosotros. Deje la máquina aquí, doctor Foster. Enséñenos cómo funciona...

Foster miró con fijeza a la señora Potterley y después a su marido, cuyo rostro se había tornado blanco. Y aunque la voz de éste seguía siendo baja y uniforme, su calma se había desvanecido en parte cuando barbotó por fin:

—¡Eres una estúpida!

—¡Arnold! —protestó débilmente Caroline.

—Sí, una estúpida, he dicho. ¿Qué es lo que quieres ver? El pasado..., el pasado muerto. ¿Hizo Laurel algo que no debiera? ¿Quieres ver algo acaso que no debieras haber visto? ¿Quieres pasar de nuevo tres años contemplando a una chiquilla que jamás volverá a crecer por mucho que la mires?

Su voz estuvo a punto de quebrarse, pero se contuvo. Se aproximó más a su esposa y, posando una mano sobre su hombro, la sacudió con energía, diciendo a la par:

—¿Es que no sabes lo que te sucederá si lo haces? Vendrán a buscarte porque te habrás vuelto loca. Sí, loca. ¿Quieres un tratamiento mental? ¿Deseas someterte a la prueba psíquica?

La señora Potterley se desasíó. No había en ella resto alguno de blandura o de vaguedad. Por el contrario, se había convertido en una marimacho, clamando:

—¡Quiero ver a mi hija, Arnold! Ella está en esa máquina y la quiero ver.

—No está en esa máquina. Su imagen quizá... ¿Cómo no lo comprendes? ¡Una imagen! Algo carente de realidad...

—¡Pues yo quiero a mi pequeña! —repuso con terquedad la señora Potterley—. ¿Me oyes? —Se abalanzó hacia su marido, chillando y con los puños contraídos—. ¡Quiero ver a mi pequeña!

El historiador retrocedió ante la furia del asalto, dejando escapar una exclamación, mientras Foster se adelantaba para interponerse entre ambos. De pronto, la señora Potterley, sollozando violentamente, cayó desplomada al suelo.

Potterley se volvió. Sus ojos parecían buscar algo con desespero. Con súbito movimiento, asió un tirante del aparato, arrancándolo de su base, y esgrimiéndolo remolineante ante Foster —perplejo ante lo que sucedía—, le contuvo amenazador, al tiempo que decía jadeante:

—¡Atrás! Si da un paso más, le mato. ¡Lo juro!

Blandió su arma enérgicamente. Foster se echó en efecto hacia atrás. Potterley se volvió furioso a la máquina y, tras el primer chasquido del cristal, el físico se quedó mirándole atónito. Potterley descargó su rabia sobre cada parte del aparato y, por último, permaneció inmóvil, rodeado de cascotes y astillas, empuñando aún su tirante, ya roto también.

—Y ahora, salga de aquí —dijo en un murmullo—. ¡Y no vuelva nunca más! Si le costó algo esto, envíeme una factura y se la pagaré... Hasta el doble de su valor.

Foster se encogió de hombros, se puso la chaqueta y se dirigió a la escalera del sótano, oyendo los fuertes sollozos de la señora Potterley. Al llegar al rellano, volvió la cabeza y, en una rápida ojeada, vio al doctor Potterley inclinándose sobre su esposa, con el rostro convulso por la pena.

Dos días después, cuando finalizaba la jornada escolar, Foster buscaba aburrido algunos datos para sus proyectos recientemente aprobados, datos que deseaba llevar a su apartamento para su posterior estudio. De pronto, apareció el doctor Potterley.

El historiador iba vestido con mayor pulcritud que nunca. Alzó su mano en un gesto muy vago para significar un saludo y demasiado rudimentario para suponer un ruego. Foster se le quedó mirando con asombrada fijeza.

—He esperado hasta las cinco, hasta que usted estuviera... —manifestó indeciso el doctor Potterley desde el dintel de la abierta puerta del despacho—. ¿Puedo entrar?

Foster hizo con la cabeza un ademán de asentimiento.

—Supongo que debo excusarme por mi conducta —comenzó Potterley—. Me sentí tan horriblemente decepcionado que perdí el dominio de mí mismo. Fue inexcusable...

—Acepto sus excusas —respondió Foster—. ¿Es eso todo?

—Mi esposa le llamó a usted, creo.

—Así es, en efecto.

—Se ha dejado dominar completamente por la histeria. Me dijo que lo hizo, pero yo no estaba seguro...

—Pues sí, me llamó.

—Quisiera saber... ¿Sería tan amable de decirme qué deseaba?

—Quería un cronoscopio... Al parecer, disponía de algún dinero propio. Y estaba dispuesta a pagar.

—¿Y se comprometió usted a algo?

—Le respondí que no me ocupaba de negocios de fabricación.

—Bien —respiró Potterley, y su pecho se expandió en un suspiro de alivio—. Por favor, no haga caso a ninguna de sus llamadas. Todavía no está..., no está del todo...

—Mire, doctor Potterley —manifestó Foster—. No voy a meterme en sus querellas domésticas, pero haría usted mejor en prepararse. Construir un cronoscopio se halla al alcance de cualquiera. Disponiendo de unas cuantas piezas sencillas, adquiridas por medio de un centro de ventas, puede ser hecho en un taller casero. Las partes del vídeo, en todo caso.

—Pero nadie, aparte de usted, ha pensado en ello, ¿no es así? Nadie lo ha hecho.

—No es mi intención mantenerlo en secreto.

—¡Pero no puede publicarlo! ¡Es una investigación ilegal!

—Eso ya no tiene ninguna importancia, doctor Potterley. Si pierdo mis subvenciones, perdidas están. Si a la universidad no le place, dimitiré. No, no tiene importancia alguna.

—¡Usted no puede hacer eso!

—Hasta ahora, no le había importado que perdiese subvenciones y posición. ¿Por qué se ha vuelto tan tierno ahora? Permítame explicarle algo. Cuando me abordó usted por vez primera, yo creía en la investigación organizada y directa, en otras palabras, en la situación establecida. Le consideré a usted un intelectual anarquista, doctor Potterley, y peligroso. Ahora bien, por una razón que ignoro, me he dejado arrastrar a la anarquía, y durante meses he realizado grandes cosas. Tales cosas no fueron ejecutadas debido a que yo sea un brillante científico. En absoluto. Simplemente, al ser dirigida la investigación científica desde arriba, habían quedado lagunas fáciles de colmar por quienquiera que mirase en la dirección debida. Y cualquiera lo hubiera hecho de no interponerse activamente el gobierno... Y ahora compréndame. Sigo creyendo en la utilidad de la investigación dirigida. No estoy en favor de un retroceso a la anarquía total. Mas debe haber una zona intermedia. La investigación dirigida puede tener cierta flexibilidad. Debe permitirse a un científico que sacie su curiosidad, al menos durante su tiempo libre.

Potterley tomó asiento y dijo conciliador:

—Discutamos eso, Foster. Aprecio su idealismo. Usted es joven, y desea la Luna. Pero no se destruya a sí mismo defendiendo nociones fantásticas sobre lo que debe ser la investigación. Yo le metí en esto. Soy el responsable y me lo reprocho amargamente. Actué de manera emocional. Mi interés por Cartago me cegó y me convertí en un maldito estúpido.

Foster le interrumpió:

—¿Quiere usted decir que ha cambiado por completo de opinión en dos días? ¿Que Cartago no significa nada? ¿Que los obstáculos del gobierno a la investigación no son nada?

—Hasta un solemne necio como yo puede aprender, Foster. Mi mujer me enseñó algo. Comprendo ahora la razón para la supresión de la neutrínica por parte del gobierno. Hace dos días, no lo sabía. Y comprendiéndolo, lo apruebo. Ya vio la manera en que mi esposa reaccionó ante la noticia que había un cronoscopio en el sótano. Me había imaginado un cronoscopio empleado de manera exclusiva en la investigación. Todo cuanto ella vio fue el neurótico placer de retornar a un pasado personal, a un pasado muerto. El investigador puro, Foster, forma parte de una minoría. Las personas como mi mujer nos abrumarían

numéricamente. Para el gobierno, alentar la cronoscopia significaría la posibilidad para cualquiera de conocer el pasado de cualquiera. Los funcionarios del gobierno se verían expuestos al chantaje y a una indecorosa presión. ¿Existe alguien en el mundo con un pasado absolutamente limpio? Se habría hecho imposible un gobierno organizado.

Foster se pasó la lengua por los labios.

—Tal vez —dijo—. Quizá el gobierno tiene una justificación a sus propios ojos. Sin embargo, hay un importante principio implicado en la cuestión. ¿Quién sabe qué otros avances científicos se hallan coartados debido a que se impone a los hombres de ciencia el caminar por un estrecho sendero? Aunque el cronoscopio se convierta en el terror de unos cuantos políticos, merece la pena pagar ese precio. El público debe percatarse que la ciencia debe ser libre. Y no veo un medio más espectacular de hacerlo que publicando mi descubrimiento del modo que sea, legal o ilegalmente.

La frente de Potterley estaba sudorosa, pero su voz siguió inalterable al responder:

—No sólo unos cuantos políticos, doctor Foster. No piense eso. También yo me sentiría aterrorizado. Mi mujer se pasaría el tiempo con nuestra hija muerta. Se retiraría cada vez más de la realidad. Y se volvería loca viendo repetidamente las mismas escenas. Y no sería yo el único aterrorizado. Lo estarían también otras personas, pues mi mujer no constituiría el único caso. Criaturas buscando a sus padres fallecidos, o gente reviviendo su propia juventud. Tendríamos a todo el mundo refugiándose en el pasado.

—No permitiré que los juicios morales se interpongan en mi camino —replicó Foster—. En ninguna época de la historia se dio progreso alguno, sin que el hombre tuviera la ingenuidad de falsearlo. Así que la Humanidad debe tener también la ingenuidad de prevenir. En cuanto al cronoscopio, sus sondeadores del pasado muerto se cansarían pronto. Captarían a sus amados padres en algunas de las cosas que hicieron y perderían su entusiasmo. Bien, todo esto resulta demasiado trivial. En lo que a mí respecta, se trata de un principio importante.

—Olvide su principio. ¿Por qué no considera a los hombres y mujeres también como principio? ¿No comprende que mi esposa revivirá el incendio que mató a nuestra pequeña? No podrá evitarlo. La conozco. Lo seguirá paso a paso, intentando impedirlo. Lo vivirá una y otra vez, esperando cada una de ellas que no suceda. ¿Cuántas veces quiere usted matar a Laurel...?

La voz del profesor se había tornado algo ronca. Un astuto pensamiento atravesó la mente de Foster.

—¿Qué es lo que teme usted que sepa su mujer, doctor Potterley? ¿Qué sucedió la noche del incendio?

Las manos del historiador se alzaron súbitamente para cubrir su cara. Estalló en secos sollozos. Foster se volvió, desasosegado, y se puso a mirar por la ventana.

Al cabo de un rato, dijo Potterley:

—Hacia ya mucho tiempo que no pensaba en ello... Caroline había salido. Yo cuidaba de la pequeña. Entré en su dormitorio, ya anochecido, para ver si se había destapado. Llevaba el cigarrillo encendido... En aquella época fumaba. Debí haberlo aplastado antes de dejarlo en el cenicero, sobre la cómoda. Normalmente prestaba atención a ese detalle. La chiquilla estaba bien. Volví a la sala de estar y me quedé dormido ante el vídeo. Me desperté sofocado, rodeado de fuego. No sé cómo se inició.

—Pero teme que lo provocara la colilla de su cigarrillo, ¿no es eso? —dijo Foster—. Un cigarrillo que, por una vez, se descuidó de apagar...

—No lo sé. Intenté salvarla, pero estaba ya muerta cuando la saqué en mis brazos.

—Y supongo que no confesó usted nunca a su esposa el detalle.

Potterley negó con la cabeza.

—Pero tuve que vivir con el recuerdo.

—Y ahora, ella lo descubrirá si tiene acceso a un cronoscopio... Quizá no fuera el pitillo. Tal vez lo apagó usted bien. ¿No es también posible?

Las lágrimas se habían secado en el rostro de Potterley, y el rojo de sus mejillas se iba desvaneciendo.

—No puedo correr ese riesgo —dijo—. Pero no se trata sólo de mí, Foster. El pasado contiene terrores para la mayoría de la gente. No los desencadene sobre la raza humana.

El muchacho empezó a pasear por la habitación. En cierto modo, aquello explicaba la razón del irracional deseo de Potterley de alabar a los cartagineses, de deificarlos y de desmentir la historia de sus crueles sacrificios a Moloch. Liberándolos de la culpabilidad del infanticidio por el fuego, simbólicamente se liberaba también del mismo pecado.

Así, el mismo fuego que le había conducido al deseo de construir el cronoscopio, le estaba conduciendo ahora al de su destrucción.

Miró con melancolía al viejo.

—Me doy cuenta de su posición, doctor Potterley —dijo—, pero esto sobrepasa con mucho sus sentimientos personales. Tengo que liberar a la ciencia de su asfixia.

Potterley replicó furioso:

—Lo que quiere decir es que desea la fama y la riqueza que van aparejadas a tal descubrimiento.

—No sé nada de riqueza, pero supongo que eso cuenta. Al fin y al cabo, soy humano.

—¿No quiere pues callar sus conocimientos?

—No, bajo ninguna circunstancia.

—En ese caso...

El historiador se puso en pie y se quedó por un instante inmóvil, con feroz mirada. Foster sintió un raro escalofrío de terror. El hombre era más pequeño que él, más viejo y débil, y no parecía armado. Sin embargo...

—Si está pensando en matarme, o alguna locura por el estilo —dijo—, sepa que toda la información se halla a buen recaudo, donde la hallará la persona apropiada si yo desaparezo o muero.

—¡No diga sandeces! —exclamó Potterley, y abandonó la habitación.

Foster cerró la puerta con llave y se sentó a pensar. Le abrumaba la sensación de haberse portado como un estúpido. No tenía guardada información alguna en lugar seguro, desde luego. Tal acción melodramática no se le habría ocurrido de ordinario. Pero ahora lo llevaría a cabo.

Sintiéndose cada vez más majadero, pasó una hora anotando las ecuaciones de la aplicación de la óptica seudogravitatoria al registro neutrónico, añadiendo algunos diagramas para los detalles mecánicos de la construcción. Y metiéndolo todo en un sobre, lo lacró y garabateó el nombre de Ralph Nimmo.

Pasó una noche más bien inquieta y, a la mañana siguiente, camino de la universidad, depositó el sobre en un banco, con las pertinentes instrucciones al empleado, quien le hizo firmar el correspondiente permiso de apertura de la caja que contendría el sobre, para ser entregado a la persona nombrada en caso de fallecimiento de su depositario.

Llamó luego a Nimmo para confiarle la existencia del sobre, negándose quisquillosamente a decir nada sobre su contenido.

Jamás se había sentido tan consciente del propio ridículo como en aquel momento.

Aquella noche y la siguiente, Foster durmió sólo a ratos, enfrentado al arduo problema práctico de la publicación de los datos obtenidos de manera contraria a la ética.

Desde luego, la revista Actas de la Sociedad de Seudogravimetría, la mejor publicación entre las que conocía, no aceptaría nada que no incluyese el mágico pie: El trabajo expuesto ha sido posible gracias al permiso número tal de la Comisión Investigadora de las Naciones Unidas.

Ni tampoco —y con doble motivo— lo haría sin los debidos requisitos la Revista de Física.

Claro que había otras publicaciones de menor importancia, que pasarían por alto la naturaleza del artículo con miras sensacionalistas, mas ello requeriría una pequeña negociación financiera, en la cual vacilaba en embarcarse. En suma, tal vez fuese preferible subvenir al costo de publicación de un folleto para su general distribución entre los eruditos. En tal caso, incluso podría dispensarse de los servicios de un escritor científico, sacrificando la corrección a la velocidad. Pero primero necesitaba hallar un impresor de confianza. Tal vez tío Ralph conociera a alguno.

Recorrió el pasillo que conducía a su despacho. Se preguntaba ansiosamente si no estaría desperdiciando el tiempo, demorándose en la indecisión, y si debería correr el riesgo de llamar a Ralph desde su teléfono. Se hallaba tan absorto en sus profundos pensamientos que no se dio cuenta que su habitación estaba ocupada, hasta que, al volverse desde el ropero, se aproximó a su mesa.

El doctor Potterley se encontraba allí, acompañado de un hombre a quien Foster no reconoció.

Se les quedó mirando.

—¿Qué significa esto? —dijo.

Potterley respondió:

—Lo siento, pero tenía que pararle los pies.

Foster continuó mirándole fijamente.

—¿De qué está hablando?

El desconocido tomó la palabra:

—Permítame que me presente. —Tenía unos dientes grandes, un tanto desiguales, que sobresalían mucho al sonreír—. Soy Thaddeus Araman, decano de la Facultad de Cronoscopia. Y he venido aquí por cierta información que el doctor Potterley me ha transmitido y que ha sido confirmada por nuestras propias fuentes...

Potterley añadió sin aliento:

—Yo cargo con toda la culpa, doctor Foster. Ya he explicado que fui yo quien le persuadió contra su voluntad a que empleara medios no éticos. Me he ofrecido a aceptar toda la responsabilidad y el castigo inherente. No deseo perjudicarlo en ningún sentido. ¡Pero la cronoscopia no debe ser autorizada!

Araman asintió:

—En efecto, ha aceptado la reprimenda y cargado con la responsabilidad, pero este asunto no se encuentra ya en sus manos.

—¿Y bien? —replicó Foster—. ¿Qué van a hacer? ¿Retirarme todo apoyo para subvenciones de investigación?

—Está en mi mano —repuso Araman.

—¿Ordenar a la universidad que me destituya?

—También está en mi mano.

—Muy bien, entonces siga adelante. Considérelo hecho. Abandonaré ahora mismo mi despacho, al mismo tiempo que usted. Ya enviaré luego a buscar mis libros. Y si insiste, los dejo aquí. ¿Es eso todo?

—No, no es todo —manifestó Araman—. Debe comprometerse a no efectuar ninguna investigación ulterior en cronoscopia y, naturalmente, a no construir ningún cronoscopio. Permanecerá bajo vigilancia durante un tiempo indefinido, a fin de asegurarnos que cumple su promesa.

—¿Y si me niego a hacer tal promesa? ¿Qué recurso le queda? Efectuar una investigación al margen de mi terreno tal vez no sea ético, pero en todo caso no constituye un delito.

—Mi joven amigo —explicó pacientemente Araman—, en el caso de la cronoscopia, sí lo constituye. Y de ser necesario, se le metería en la cárcel y se le mantendría en ella.

—¿Y por qué? —barbotó Foster—. ¿Qué hay de mágico en la cronoscopia?

—Pues mire usted, la cosa es que no podemos permitirnos ulteriores desarrollos en ese terreno —contestó Araman—. En lo que a mí concierne, mi tarea consiste sobre todo en asegurarme de ello y naturalmente debo cumplir con mi misión. Por desgracia, yo no tenía conocimiento alguno, ni tampoco nadie en la facultad, que la óptica de los campos seudogravitatorios tuviese tal inmediata aplicación a la cronoscopia. Nos adjudicaremos un cero por nuestra general ignorancia. Pero en adelante, la investigación será debidamente dirigida también en ese aspecto.

—No servirá de nada —replicó Foster—. Siempre habrá alguien para aplicar lo que ni usted ni yo hemos soñado. Todas las ciencias se eslabonan formando una única pieza. Si se detiene una parte, se detiene todo.

—No dudo que sea verdad..., en teoría. Sin embargo, desde el punto de vista práctico, nos las hemos arreglado muy bien para mantener la cronoscopia arrumbada durante cincuenta años al mismo nivel de Sterbinski. Y habiéndole capturado a usted a tiempo, doctor Foster, esperamos continuar haciéndolo así de modo indefinido. No habríamos llegado tan cerca del desastre de haber concedido yo al doctor Potterley algo más de consideración. —Se volvió hacia el historiador y alzó las cejas en señal de autodesprecio—. Temo, doctor, que le despaché como a un simple profesor de historia en nuestra primera entrevista. De haber cumplido con mi deber, le hubiese seguido la pista y esto no habría sucedido.

—¿Se permite a alguien el empleo del cronoscopio que es propiedad del gobierno? —preguntó bruscamente Foster.

—A nadie que no pertenezca a nuestra división; bajo ningún pretexto. Lo confieso puesto que resulta evidente que usted ya lo sospechaba. Y le prevengo, en consecuencia, que cualquier repetición del hecho será considerada como delito criminal, y no como una simple falta de ética.

—¿Y su cronoscopio no alcanza más allá de ciento veinticinco años poco más o menos?

—En efecto.

—¿De modo que el boletín que publican con historias de perspectivas visuales de antiguas épocas no pasa de ser un engaño?

Araman respondió con gran frialdad:

—Dados sus actuales conocimientos al respecto, es evidente que posee la certidumbre de ello. Sin embargo, confirmo su observación. El boletín mensual es un engaño.

—En tal caso, no prometeré dejar a un lado mis conocimientos sobre la cronoscopia —decidió Foster—. Si quiere encarcelarme, adelante. Mi defensa en el juicio bastará para hacer tambalear el frágil castillo de naipes de la investigación dirigida y derrumbarlo. Dirigir la investigación es una cosa. Suprimirla y privar a la Humanidad de sus beneficios es algo muy distinto.

—¡Bah! Vayamos al grano, doctor Foster —se impacientó Araman—. Si no coopera usted, irá directamente a la cárcel desde aquí. No se le permitirá ver a ningún abogado, no será usted acusado, no tendrá un juicio. Sencillamente, permanecerá encarcelado.

—¡Vamos! —repuso Foster—. Exagera usted. No estamos en el siglo XX...

Se oyó un agitado movimiento fuera del despacho, una serie de taconeos y una estridente voz, que Foster estaba seguro de reconocer. Se abrió la puerta con violencia, y tres figuras entrelazadas se precipitaron al interior.

Una vez dentro, uno de los hombres alzó un fusil inyector y asestó un culatazo sobre la cabeza de otro, que dejó escapar ruidosamente el aire de sus pulmones y se tambaleó.

—¡Tío Ralph! —gritó Foster.

Araman frunció el entrecejo.

—Deje eso sobre la silla y vaya en busca de un poco de agua —ordenó.

Ralph Nimmo, frotándose la cabeza con cauteloso disgusto, dijo:

—No había necesidad de emplear la brutalidad, Araman.

—El guardián debió emplearla antes y sacarle de aquí, Nimmo —replicó Araman—. Habría estado usted mejor fuera.

—¿Se conocen? —preguntó Foster a su tío.

—He tenido algunos tratos con este hombre —respondió Nimmo, restregándose aún la cabeza—. Si está en tu despacho, sobrino, es que andas en dificultades.

—Y usted también —manifestó con enojo Araman—. Ya sé que el doctor Foster le consultó sobre literatura neutrónica.

Nimmo arrugó el entrecejo y lo distendió con un respingo, como si el fruncimiento le hubiese producido dolor.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Y qué más sabe de mí?

—Lo sabremos todo muy pronto. Entretanto, esta cuestión basta para implicarle a usted. ¿Qué le trae por aquí?

—Mi querido doctor Araman —empezó Nimmo, recuperando algo de su desenvoltura—. Anteayer, el zascandil de mi sobrino me telefoneó. Había depositado cierta misteriosa información...

—¡No se lo digas! ¡No le digas nada! —gritó Foster.

Araman le lanzó una fría mirada.

—Lo sabemos todo al respecto, doctor Foster. La caja de depósito ha sido abierta y sacado su contenido.

—¿Pero cómo pudo usted saber...?

La voz de Foster se apagó en una especie de furioso desencanto. Nimmo dijo:

—De todos modos, pensé que la red debía estar cerrándose en torno a él y, después de tomar mis disposiciones, vine a decirle que dejara a un lado lo que se ha propuesto. No vale la pena jugarse la carrera por ello...

—¿Quiere decir que sabe lo que está haciendo? —preguntó Araman.

—No me lo ha dicho —contestó Nimmo—, pero soy un escritor científico, con una tremenda cantidad de experiencia. Sé qué parte de un átomo está formada por electrones. El muchacho, Foster, se especializa en óptica pseudogravitatoria y me inició también en la materia. Me encargó que le consiguiese un texto sobre los neutrinos, pero antes de entregárselo lo hojeé. Así fui atando cabos. Me pidió luego que le facilitase ciertas piezas de equipo físico, lo cual se añadió a la evidencia. Atájeme si me equivoco, pero creo que mi sobrino ha construido un cronoscopio semiportátil de baja potencia. ¿Sí o no...?

—Sí.

Caviloso, Araman sacó un cigarrillo de su estuche, sin prestar la menor atención al doctor Potterley, que lo observaba todo en silencio, como sumido en un sueño. Potterley se echó hacia atrás, jadeante, apartándose del blanco cilindro.

—Otro error de mi parte —continuó Araman—. Debería dimitir... Tenía que haberme ocupado también de usted, Nimmo, en vez de concentrarme tanto en Potterley y Foster. Desde luego, no disponía de mucho tiempo y tarde o temprano usted habría acabado por presentarse, pero eso no me excusa. Bueno, Nimmo, queda arrestado.

—¿Y por qué? —preguntó el escritor científico.

—Por investigación no autorizada.

—No me he dedicado a ninguna investigación. No puedo, no siendo científico inscrito. Y hasta en el caso que la hiciera, no supone ningún delito criminal.

Foster intervino salvajemente:

—No te servirá de nada, tío Ralph. Este burócrata fabrica sus propias leyes.

—¿Cuál, por ejemplo? —preguntó Nimmo.

—Por ejemplo, el encarcelamiento sin juicio.

—¡Mentiras! —exclamó Nimmo—. No estamos en el siglo vein...

—Ya probé eso —le atajó Foster—. Le importa un comino.

—¡Mentiras, te digo! —vociferó Nimmo—. Mire usted, Araman, tanto mi sobrino como yo tenemos parientes y relaciones que no han perdido contacto con nosotros, debe saberlo. Y el profesor tendrá también a alguien, supongo. No puede usted hacernos desaparecer así como así. Habrá preguntas, y se originará un escándalo. No estamos en el siglo XX. Si lo que pretende es amedrentarnos, pierde el tiempo.

Araman retorció el cigarrillo entre sus dedos y lo arrojó violentamente al suelo.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¡No sé qué hacer! Nunca había sucedido nada semejante... Miren, ustedes tres, estúpidos, no tienen idea de lo que intentan hacer. No comprenden nada. ¿Quieren escucharme?

—Está bien, escucharemos —dijo ceñudo Nimmo.

Foster se sentó en silencio, con los ojos coléricos y los labios apretados. Las manos de Potterley se enroscaban como dos serpientes entrelazadas.

—Para ustedes el pasado es el pasado muerto. Si han discutido alguna vez la cuestión, apuesto doble contra sencillo a que han empleado esta frase. El pasado muerto... Si hubieran oído tantas veces como yo estas palabras, se les atragantarían como a mí... Cuando la gente piensa en el pasado, lo hace como si estuviese muerto, muy lejos, desaparecido tiempo atrás. Y nosotros les incitamos a que piensen así. Cuando informamos sobre la visión del tiempo, siempre hablamos de siglos lejanos, a pesar que ustedes, caballeros, saben que es imposible ver más allá de un siglo o poco más. El pueblo lo acepta. El pasado significa Grecia, Roma, Cartago, Egipto, la Edad de Piedra. Cuanto más muerto, mejor... Ahora bien, ustedes tres saben que el límite es una centuria, poco más o menos. Por lo tanto, ¿qué significa el pasado para ustedes? Su juventud. Su primer amor. Su madre fallecida. Hace veinte años, treinta años, cincuenta... Cuanto más muertos estén, mejor... Pero, ¿cuándo comienza realmente el pasado?

Se detuvo, lleno de cólera. Los circunstantes le miraban fijamente, y Nimmo se agitó desasosegado.

—Bien —prosiguió Araman—. ¿Cuándo comienza? ¿Hace un año? ¿Cinco minutos? ¿Un segundo? ¿No es obvio que el pasado comenzó hace un instante? El pasado muerto es apenas otro nombre para el presente vivo. ¿Qué importa si se enfoca el cronoscopio hacia el pasado de un siglo o de un segundo? ¿No están ustedes contemplando el presente? ¿No empieza él mismo a consumirse?

—¡Maldita sea! —exclamó Nimmo.

—¡Eso es, maldita sea! —le remedó Araman—. Después que Potterley acudió a mí con su historia anteanoche, ¿cómo suponen que les seguí a ustedes dos? Pues me serví del cronoscopio, fijando momentos clave hasta el presente.

—¿Y fue así como supo lo de la caja en el banco? —preguntó Foster.

—Y todos los demás hechos importantes. Y díganme, ¿qué suponen que sucedería si permitiésemos que se pusiera en circulación un cronoscopio casero? Al principio, la gente se limitaría a contemplar su juventud, la de sus padres, y así sucesivamente, pero no pasaría mucho tiempo sin que captasen todas sus posibilidades. El ama de casa olvidaría a su pobre madre fallecida y se pondría a observar a sus vecinos y a su marido en la oficina. El comerciante y el negociante vigilarían a sus competidores, y el patrón a sus empleados. No existiría ya nada privado. Las tertulias y el espionaje tras las cortinas no serían nada en comparación con esto. En todo momento habría alguien contemplando y vigilando a las estrellas del espectáculo. No habría manera de escapar al acecho. Ni siquiera en la oscuridad, puesto que el cronoscopio puede ser ajustado al infrarrojo, y las figuras humanas se verían gracias al calor que desprende el cuerpo. Se verían borrosas, por supuesto, con los contornos oscuros, pero eso incrementaría tal vez la excitación... Incluso los hombres que están al cargo de la máquina ahora se aprovechan a veces, a pesar de la reglamentación en contra...

Nimmo parecía desanimado.

—Siempre queda el recurso de prohibir la fabricación privada...

Araman le atajó con violencia:

—Claro. ¿Pero cree que serviría de algo, que resultaría eficaz? ¿Se puede legislar con éxito contra la bebida, el tabaco, el adulterio o el chismorreó en las esquinas? Y esa mezcla de entremetimiento y lascivia se apoderaría de la Humanidad con mayor fuerza que ningún otro vicio. ¡Santo Dios! No hemos sido capaces en mil años de extirpar el tráfico de estupefacientes, y habla usted de legislación contra un artilugio que permite observar al prójimo a su antojo y en cualquier momento y que puede ser construido en un taller casero...

—No publicaré nada —afirmó con súbito impulso Foster.

—Ninguno de nosotros hablará —asintió casi entre sollozos Potterley—. Siento mucho...

Nimmo intervino a su vez:

—Ha dicho que no me había observado por el cronoscopio, Araman.

—No me dio tiempo —respondió Araman en tono cansino—. Las cosas no se mueven a mayor velocidad en el cronoscopio que en la vida real. No se puede acelerar como una película. Pasamos veinticuatro horas enteras intentando captar los incidentes más importantes de los seis últimos meses en que intervinieron Potterley y Foster. No quedó tiempo para más. De todas formas, fue bastante.

—No, no lo fue —repuso Nimmo.

—¿A qué se refiere? —prorrumpió Araman con súbita e infinita alarma en su voz.

—Ya le conté que mi sobrino Jonas me llamó para decirme que había depositado una importante información en la caja de seguridad de un Banco. Actuó como si se encontrara en un apuro. Es mi sobrino, y yo tenía que sacarle del atolladero. Me llevó cierto tiempo. Luego vine aquí para decirle lo que había hecho. También a usted le comuniqué que antes de venir había dispuesto unas cuantas cosas... Sí, se lo dije después que su esbirro me aporreara.

—¿Qué? ¿Qué dispuso usted? ¡Por todos los cielos...!

—Algo muy sencillo. Envié los detalles del cronoscopio portátil a una media docena de mis fuentes regulares de publicidad.

No se pronunció una palabra. Ni un sonido. Ni una respiración. Todos los presentes se hallaban más allá de cualquier demostración.

—¡No me mire de esa manera! —se indignó Nimmo—. ¿No comprende mi punto de vista? Me corresponden los derechos de divulgación. Jonas lo admitirá. Sabía que a él no se le permitiría publicar su descubrimiento científicamente por ningún camino legal. Yo estaba seguro que él planeaba hacerlo por vía ilegal y que por esa razón había depositado sus papeles en la caja de seguridad. Pensé que, si me adelantaba a exponer los detalles, toda la responsabilidad recaería sobre mí. Su carrera quedaría a salvo. Y si a mí me privaban en consecuencia de mi licencia de escritor científico, mi exclusiva sobre los datos cronográficos bastaría para el resto de mi vida. Jonas se pondría furioso, ya lo esperaba, pero le explicaría el motivo y nos repartiríamos los beneficios al cincuenta por ciento... ¡No me mire de ese modo, caramba! ¿Cómo iba yo a saber...?

—Nadie sabía nada —repuso Araman con amargura—, pero todos ustedes dieron por supuesto que el gobierno era estúpidamente burocrático, indigno, tiránico, dado a prohibir la investigación para mandarla al diablo. No se les ocurrió a ninguno que intentáramos proteger a la Humanidad en la medida de nuestras fuerzas.

—Deje de hablar de generalidades —gimió Potterley—. Que nos dé los nombres de las personas a quienes comunicó...

—Demasiado tarde —le interrumpió Nimmo, encogiéndose de hombros—. Ya ha pasado el tiempo suficiente para que la noticia se difundiera. Mis corresponsales se habrán puesto en contacto con buen número de físicos para comprobar mis datos antes de seguir adelante, y ellos se transmitirán las noticias. Y una vez que los científicos encajen los neutrinos con los campos seudogravitatorios, el cronoscopio casero es cosa

hecha. Antes que transcurra la semana, al menos cinco mil personas sabrán construir un pequeño cronoscopio. ¿Y cómo detenerlos a todos? —Sus mofletudas mejillas cedieron—. Supongo que no habrá ningún medio de devolver la efímera nube al interior de la linda y reluciente esfera de uranio...

Araman se puso en pie, dirigiéndose al profesor:

—Se hará todo lo posible, Potterley, pero convengo con Nimmo en que es demasiado tarde. No sé qué clase de mundo tendremos de ahora en adelante. No puedo decirlo. En todo caso, es seguro que el mundo que conocimos ha quedado destruido por completo. Hasta ahora, toda costumbre, todo hábito, hasta el más minúsculo sistema de vida tenía garantizada cierta reserva, cierto aislamiento... Todo eso se ha desvanecido.

Y saludando a cada uno de los presentes de manera ceremoniosa, añadió:

—Han creado entre los tres un nuevo mundo. Les felicito, caballeros. ¡Que el cuerno de la abundancia se derrame sobre sus cabezas, la mía y la de todos...! ¡Y que cada uno de ustedes vaya a asarse en el infierno para siempre! Se levanta el arresto.

LAS BASES DEL ÉXITO EN CIENCIA FICCIÓN

(Con mis excusas a W. S. Gilbert)

Si la ficción científica deseas cultivar
y destacar en ella con lustre sin igual,
práctica de las ciencias la jerga singular,
sin importarte un bledo usarla bien o mal.
Pulsares y quasares, tesáricas y falacias,
en un místico estilo, de pulida elocuencia,
harán que los fanáticos, sin entender palabra,
esperen tus escritos con febril impaciencia.

Y en tanto que tú surcas las sendas espaciales,
entonarán a coro, a golpe de incensario:
¡Un joven que planea a alturas siderales...!
¡Qué dotes de invención! ¡Qué hombre extraordinario!

No hay misterio en el éxito. Basta copiar la historia.
Todo está en ella ya, instante por instante.
El Imperio Romano —su expansión y su gloria—,
trasladado a los cielos, brillará rutilante.
La trama es una brisa y, si así lo decides,
por el hiperespacio recorrerás parsecs.
Y si plagias un poco a Gibbon y a Tucídides...,
como nadie se entera, carece de interés.

Y en tanto que prosigues tu andar meditabundo,
entonarán a coro, a golpe de incensario:
¡Un joven tan versado en la historia del mundo...!
¡Qué auténtico talento! ¡Qué hombre extraordinario!

Aparta de tu héroe la amorosa pasión.
No existe el sexo.

Inmerso en la política —sus sombríos ardides—,
ciégalo para el resto.
Dale sólo una madre. La mujer, con sus ansias
de oropel y de joyas,
podría distraerle de sus sueños sublimes
y desviar el rumbo de su gran psicohistoria.

Y en tanto que recorres tan austero camino,
entonarán a coro, a golpe de incensario:
¡Un joven que se ciñe así a lo masculino...!
¡Cuán grande es su fuerza! ¡Qué hombre extraordinario!

SUFRAGIO UNIVERSAL

Linda, que tenía diez años, era el único miembro de la familia que parecía disfrutar al levantarse.

Norman Muller podía oírla ahora a través de su propio coma drogado y malsano. Finalmente había logrado dormirse una hora antes, pero con un sueño más semejante al agotamiento que al verdadero sueño.

La pequeña estaba ahora al lado de su cama, sacudiéndole.

—¡Papaíto! ¡Papaíto, despierta! ¡Despierta!

—Está bien, Linda —dijo.

—¡Pero papaíto, hay más policías por ahí que nunca! ¡Con coches y todo!

Norman Muller cedió. Se incorporó con la vista nublada, ayudándose con los codos. Nacía el día. Fuera, el amanecer se abría paso desgadamente, como germen de un miserable gris..., tan miserablemente gris como él se sentía. Oyó la voz de Sarah, su mujer, que se ajetreaba en la cocina preparando el desayuno. Su suegro, Matthew, carraspeaba con estrépito en el cuarto de baño. Sin duda, el agente Handley estaba listo y esperándole.

Había llegado el día.

¡El día de las elecciones!

Para empezar, había sido un año igual a cualquier otro. Acaso un poco peor, puesto que se trataba de un año presidencial, pero no peor en definitiva que otros años presidenciales.

Los políticos hablaban del electorado y del vasto cerebro electrónico que tenían a su servicio. La prensa analizaba la situación mediante computadoras industriales (el New York Times y el Post-Dispatch de San Luis poseían cada uno el suyo propio) y aparecían repletos de pequeños indicios sobre lo que iban a ser los días venideros. Comentaros y articulistas ponían de relieve la situación crucial, en feliz contradicción mutua.

La primera sospecha indicando que las cosas no ocurrirían como en años anteriores se puso de manifiesto cuando Sarah Muller dijo a su marido en la noche del 4 de octubre (un mes antes del día de las elecciones):

—Cantwell Johnson afirma que Indiana será decisivo este año. Y ya es el cuarto en decirlo. Piénsalo, esta vez se trata de nuestro estado.

Matthew Hortenweiler asomó su mofletado rostro por detrás del periódico que estaba leyendo, posó una dura mirada en su hija y gruñó:

—A esos tipos les pagan por decir mentiras. No les escuches.

—Pero ya son cuatro, padre —insistió Sarah con mansedumbre—. Y todos dicen que Indiana.

—Indiana es un estado clave, Matthew —apoyó Norman, tan mansamente como su mujer—, a causa del Acta Hawkins-Smith y todo ese embrollo de Indianápolis. Es...

El arrugado rostro de Matthew se contrajo de manera alarmante. Carraspeó:

—Nadie habla de Bloomington o del condado de Monroe, ¿no es eso?

—Pues... —empezó Norman.

Linda, cuya cara de puntiaguda barbilla había estado girando de uno a otro interlocutor, le interrumpió vivamente:

—¿Vas a votar este año, papi?

Norman sonrió con afabilidad y respondió:

—No creo, cariño.

Mas ello acontecía en la creciente excitación del mes de octubre de un año de elecciones presidenciales, y Sarah había llevado una vida tranquila, animada por sueños respecto a sus familiares. Dijo con anhelante vehemencia:

—¿No sería magnífico?

—¿Que yo votase?

Norman Muller lucía un pequeño bigote rubio, que le había prestado un aire elegante a los juveniles ojos de Sarah, pero que, al ir encaneciendo poco a poco, había derivado en una simple falta de distinción. Su frente estaba surcada por líneas profundas, nacidas de la inseguridad, y en general su alma de empleado nunca se había sentido seducida por el pensamiento de haber nacido grande o de alcanzar la grandeza en ninguna circunstancia. Tenía mujer, un trabajo y una hija. Y excepto en momentos extraordinarios de júbilo o depresión, se inclinaba a considerar su situación como un adecuado pacto concertado con la vida.

Así pues, se sentía un tanto embarazado y bastante intranquilo ante la dirección que tomaban los pensamientos de su mujer.

—Realmente, querida —dijo—, hay doscientos millones de seres en el país, y en lances como éste creo que no deberíamos desperdiciar nuestro tiempo haciendo cábalas sobre el particular.

—Mira, Norman —respondió su mujer—, no son doscientos millones, lo sabes muy bien. En primer lugar, sólo son elegibles los varones entre los veinte y los sesenta años, por lo cual la probabilidad se reduce a uno por cincuenta millones. Por otra parte, si realmente es Indiana...

—Entonces será poco más o menos de uno por millón y cuarto. No apostarías a un caballo de carreras contra esa ventaja, ¿no es así? Anda, vamos a cenar.

Matthew murmuró tras su periódico:

—¡Malditas estupideces!

Linda volvió a preguntar:

—¿Vas a votar este año, papi?

Norman meneó la cabeza y todos se dirigieron al comedor.

Hacia el 20 de octubre, la excitación de Sarah había aumentado considerablemente. A la hora del café, anunció que la señora Schultz, que tenía un primo secretario de un miembro de la asamblea, le había contado que «todo el papel» estaba por Indiana.

—Dijo que el presidente Villiers pronunciaría incluso un discurso en Indianápolis.

Norman Muller, que había soportado un día de mucho trajín en el almacén, descartó las palabras de su mujer con un fruncimiento de cejas.

—Si Villiers pronuncia un discurso en Indiana —dijo Matthew Hortenweiler, crónicamente insatisfecho de Washington—, eso significa que piensa que Multivac conquistará Arizona. El cabeza de bellota ése no tendría redaños para ir más allá.

Sarah, que ignoraba a su padre siempre que le resultaba decentemente posible, se lamentó:

—No sé por qué no anuncian el estado tan pronto como pueden, y luego el condado, etcétera. De esa manera, la gente que fuese quedando eliminada descansaría tranquila.

—Si hicieran algo por el estilo —opinó Norman—, los políticos seguirían como buitres los anuncios. Y cuando la cosa se redujera a un municipio, habría un congresista o dos en cada esquina.

Matthew entornó los ojos y se frotó con rabia su cabello ralo y gris.

—Son buitres de todos modos. Escuchen...

—Vamos, padre... —murmuró Sarah.

La voz de Matthew se alzó sin tropiezos sobre su protesta:

—Miren, yo andaba por allí cuando entronizaron a Multivac. Él terminaría con los partidismos políticos, dijeron. No más dinero electoral despilfarrado en las campañas. No habría otro don nadie introducido a presión y a bombo y platillo de publicidad en el Congreso o la Casa Blanca. ¿Y qué sucede? Pues que hay más campaña que nunca, sólo que ahora la hacen en secreto. Envían tipos a Indiana a causa del Acta Hawkins-Smith y otros a California para el caso que la situación de Joe Hammer se convierta en crucial. Lo que yo digo es que se deben eliminar todas esas insensateces. ¡Hay que volver al bueno y viejo...!

Linda preguntó de súbito:

—¿No quieres que papi vote este año, abuelito?

Matthew miró a la chiquilla.

—No lo entenderías. —Se volvió a Norman y Sarah—. En un tiempo, yo voté también. Me dirigía sin rodeos a la urna, depositaba mi papeleta y votaba. Nada más que eso. Me limitaba a decirme: ese tipo es mi hombre y voto por él. Así debería ser.

Linda dijo, llena de excitación:

—¿Votaste, abuelo? ¿Lo hiciste de verdad?

Sarah se inclinó hacia ella con presteza, tratando de paliar lo que muy bien podía convertirse en una historia incongruente, trascendiendo al vecindario.

—No es eso, Linda. El abuelito no quiso decir realmente votar. Todo el mundo hacía esa especie de votación cuando tu abuelo era niño, y también él, pero no se trataba realmente de votar.

Matthew rugió:

—No sucedió cuando era niño. Tenía ya veintidós años, y voté por Langley. Fue una auténtica votación. Quizá mi voto no contase mucho, pero era tan bueno como el de cualquiera. Como el de cualquiera —recalcó—. Y sin ningún Multivac para...

Norman intervino entonces:

—Está bien, Linda, ya es hora de acostarte. Y deja de hacer preguntas sobre las votaciones. Cuando seas mayorcita, lo comprenderás todo.

La besó con antiséptica amabilidad, y ella se puso en marcha, renuente, bajo la tutela materna, con la promesa de ver el visor desde la cama hasta las nueve y cuarto, si se prestaba primero al ritual del baño.

—Abuelito —dijo Linda.

Y se quedó ante él con la mandíbula caída y las manos a la espalda, hasta que el periódico del viejo se apartó y asomaron las espesas cejas y unos ojos anidados entre finas arrugas. Era el viernes 31 de octubre.

—¿Sí?

Linda se aproximó y posó ambos antebrazos sobre una de las rodillas del viejo, de manera que éste tuvo que dejar a un lado el periódico.

—Abuelito —volvió a la carga la pequeña—, ¿de verdad que votaste alguna vez?

—Ya me oíste decir que sí, ¿no es cierto? ¿No irás a creer que cuento bolas?

—Nooo... Pero mamá dice que todo el mundo votaba entonces.

—Pues claro que lo hacían.

—¿Cómo podían hacerlo? ¿Cómo podía votar todo el mundo?

Matthew miró gravemente a su nieta y luego la alzó, sentándola sobre sus rodillas. Por último, moderando el tono de su voz, dijo:

—Mira, Linda, hasta hace unos cuarenta años, todo el mundo votaba. Pongamos que deseábamos decidir quién debía ser el nuevo presidente de los Estados Unidos... Demócratas y republicanos nombraban a su respectivo candidato, y cada uno decía cuál de los dos quería. Una vez pasado el día de las elecciones, se hacía el recuento de votos de las personas que deseaban al candidato demócrata y las que deseaban al republicano. Y el que había recibido más votos se llevaba la palma. ¿Lo ves?

Linda asintió.

—¿Cómo sabía la gente por quién votar? —preguntó—. ¿Se lo decía Multivac?

Las cejas de Matthew se fruncieron, y adoptó un aspecto severo.

—Se basaban tan sólo en su propio criterio, pequeña.

La niña se apartó un tanto del viejo, y éste volvió a bajar la voz:

—No estoy enojado contigo, Linda. Pero mira, a veces llevaba toda la noche contar..., sí, hacer el recuento de lo que opinaban unos y otros, a quién habían votado. Todo el mundo se impacientaba. Por ello se inventaron máquinas especiales, capaces de comparar los primeros votos con los de los mismos lugares en años anteriores. De esta manera, la máquina preveía cómo se presentaba la votación en su conjunto y quién sería elegido. ¿Lo entiendes?

—Como Multivac —asintió ella.

—Las primeras computadoras eran mucho más pequeñas que Multivac. Pero las máquinas fueron aumentando de tamaño y, al mismo tiempo, iban siendo capaces de indicar cómo iría la elección a partir de menos y menos votos. Por fin, construyeron Multivac, que puede preverlo a partir de un solo votante.

Linda sonrió al llegar a la parte familiar de la historia y exclamó:

—¡Qué bonito!

Matthew frunció de nuevo el entrecejo.

—No, no tiene nada de bonito. No quiero que una máquina decida lo que yo hubiera votado sólo porque un chistoso de Milwaukee dice que está en contra que se suban las tarifas. A mí tal vez me hubiese dado por votar a ciegas sólo por gusto. O quizá me hubiese negado a votar en absoluto. Y tal vez...

Pero Linda se había escurrido de sus rodillas y se batía en retirada.

En la puerta tropezó con su madre, quien llevaba aún puesto el abrigo. Ni siquiera había tenido tiempo de quitarse el sombrero.

—Apártate un poco, Linda —ordenó, jadeante aún—. No me cierres el paso.

Al ver a Matthew, dijo, mientras se quitaba el sombrero y se alisaba el pelo:

—Vengo de casa de Agatha.

Matthew miró a su hija con aire desaprobador y, desdeñando la información, se limitó a gruñir y recoger el periódico.

Sarah se desabrochó el abrigo y continuó:

—¿A que no sabes lo que me ha dicho?

Matthew alisó el periódico con un crujido, para proseguir la lectura interrumpida por su nieta.

—Ni lo sé ni me importa.

—¡Vamos, padre...!

Pero Sarah no tenía tiempo para enfadarse. Necesitaba comunicar a alguien las noticias, y Matthew era el único receptor a mano a quien confiarlas.

—Joe, el marido de Agatha, es policía, ya sabes, y dice que anoche llegó a Bloomington todo un cargamento de agentes de la secreta.

—No creo que anden tras de mí.

—¿Es que no te das cuenta, padre? Agentes de la secreta... Y casi ha llegado el momento de las elecciones. ¡En Bloomington!

—Quizá anden en busca de algún ladrón de bancos.

—No ha habido un robo en ningún banco de la ciudad desde hace muchos años... ¡Padre, eres imposible!

Y Sarah abandonó la habitación.

Tampoco Norman Muller recibió las noticias con mayor excitación, al menos perceptible.

—Bueno, Sarah, ¿y cómo sabía Joe, el marido de Agatha, que se trataba de agentes de la secreta? —preguntó con calma—. No creo que anduviesen por ahí con los carnets pegados en la frente.

Pero a la tarde siguiente, cuando ya noviembre tenía un día, Sarah anunció triunfalmente:

—Todo Bloomington espera que sea alguien de la localidad el votante. Así lo publica el News, y también lo dijeron por la radio.

Norman se agitó desasosegado. No podía negarlo, y su corazón desfallecía. Si Bloomington iba a ser alcanzado por el rayo de Multivac, ello supondría periodistas, espectaculares transmisiones por vídeo, turistas y toda clase de..., de perturbaciones. Norman apreciaba la tranquila rutina de su vida, y la distante y alborotada agitación de los políticos se estaba aproximando de un modo que resultaba incómodo.

—Un simple rumor —rechazó—. Nada más.

—Pues espera y verás. No tienes más que esperar.

Según se desarrollaron las cosas, el compás de espera fue extraordinariamente corto. El timbre de la puerta, sonó con insistencia. Cuando Norman Muller la abrió, se vio frente a un hombre de elevada estatura y rostro grave.

—¿Qué desea? —preguntó Norman.

—¿Es usted Norman Muller?

—Sí.

Su voz sonó singularmente opaca. No resultaba difícil averiguar, por el porte del desconocido, que representaba a la autoridad. Y la naturaleza de su súbita visita era tan manifiesta como inimaginable le pareciese hasta unos momentos antes.

El hombre mostró su documentación, penetró en la casa, cerró la puerta tras de sí y dijo con acento oficial:

—Señor Norman Muller, en nombre del presidente de los Estados Unidos, tengo el honor de informarle que ha sido usted elegido para representar al electorado norteamericano el día martes 4 de noviembre del año 2008.

Con gran dificultad, Norman Muller logró caminar sin ayuda hasta su butaca, en la cual se sentó con el rostro pálido y casi sin sentido, mientras Sarah traía agua, le frotaba asustada las manos y le cuchicheaba apretando los dientes:

—No vayas a desmayarte ahora, Norman. Elegirán a otro...

Cuando por fin logró recuperar el uso de la palabra, Norman murmuró a su vez:

—Lo siento, señor.

—¡Bah! No tiene importancia —le tranquilizó el visitante. Todo rastro de formalidad oficial parecía haberse desvanecido tras la notificación, dejando sólo un hombre abierto y más bien amistoso—. Es la sexta vez que me corresponde comunicarlo al interesado y he visto toda clase de reacciones. Ninguna de ellas se ajustó a la que vieron en el vídeo. Saben a lo que me refiero, ¿verdad? Un aire de consagración y entrega y un personaje que dice: «Será para mí un gran privilegio servir a mi país...» Toda esa serie de cosas...

El agente rió para alentarles. La risa con que Sarah le acompañó tuvo un acento de aguda histeria. El agente prosiguió:

—Permaneceré con ustedes durante algún tiempo. Mi nombre es Phil Handley. Les agradeceré que me llamen Phil. Señor Muller, no podrá abandonar la casa hasta el día de las elecciones. Usted, señora, informará al almacén que su marido está enfermo. Puede salir a hacer la compra, pero deberá despacharla con la mayor brevedad posible. Y desde luego, guardará una absoluta reserva sobre el particular. ¿De acuerdo, señora Muller?

—Sí, señor. Ni una palabra —confirmó Sarah, con un vigoroso asentimiento de cabeza.

—Perfecto, señora Muller. —Handley adoptó un tono muy grave al añadir—: Tenga en cuenta que esto no es un juego. Por lo tanto, salga sólo en caso que le sea absolutamente preciso y, cuando lo haga, la seguirán. Lo siento, pero estamos obligados a actuar así.

—¿Seguirme?

—Nadie lo advertirá... No se preocupe. Y será sólo durante un par de días, hasta que se haga el anuncio formal a la nación. En cuanto a su hija...

—Está en la cama —se apresuró a decir Sarah.

—Bien. Se le dirá que soy un pariente o amigo de la familia. Si descubre la verdad, deberá permanecer encerrada en casa. Y en todo caso, su padre será mejor que no salga.

—No le gustará nada —dudó Sarah.

—No queda más remedio. Y ahora, puesto que nadie más vive con ustedes...

—Al parecer, está muy bien informado sobre nosotros —murmuró Norman.

—Bastante —convino Handley—. De todos modos, éstas son por el momento mis instrucciones. Intentaré, por mi parte, cooperar en la medida de lo posible y no causarles molestias. El gobierno pagará mi mantenimiento, así que no supondré ningún gasto para ustedes. Cada noche, seré relevado por alguien que se instalará en esta habitación. No habrá problemas de acomodo para dormir. Y ahora, señor Muller...

—¿Sí, señor?

—Llámeme Phil —repitió el agente—. Estos dos días preliminares antes del anuncio formal servirán para que se acostumbre a ver su posición. Preferimos que se enfrente a Multivac en un estado mental lo más normal posible. Descanse tranquilo e intente tomarse todo esto como si se tratase de su trabajo diario. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Norman. De pronto, denegó violentamente con la cabeza—. ¡Pero yo no deseo esa responsabilidad! ¿Por qué yo?

—Muy bien, vayamos al grano. Multivac sopesa toda clase de factores conocidos, billones de ellos. Pero existe un factor desconocido, y creo que seguirá siéndolo por mucho tiempo. Dicho factor es el módulo de reacción de la mente humana. Todos los norteamericanos están sometidos a la presión moldeadora de lo que los otros norteamericanos hacen y dicen, de las cosas que a él se le hacen y de las que él hace a los demás. Cualquier norteamericano puede ser llevado ante Multivac para determinar la tendencia de todas las demás mentes del país. En un momento dado, algunos norteamericanos resultan mejores que otros a tal fin. Eso depende de los acontecimientos del año. Multivac le seleccionó a usted como al más representativo del actual. No el más despejado, ni el más fuerte, ni el más dichoso, sino el más representativo. Y no vamos a dudar de Multivac, ¿no es así?

—¿Y no podría equivocarse? —preguntó Norman.

Sarah, que escuchaba impaciente, le interrumpió:

—No le haga caso, señor. Está nervioso... En realidad, es muy instruido y ha seguido siempre las cuestiones políticas de cerca.

—Multivac toma las decisiones, señora Muller —respondió Handley—. Y él eligió a su esposo.

—¿Pero seguro que lo sabe todo? —insistió Norman tercamente—. ¿No podría haber cometido un error?

—Pues sí. No hay motivo para no ser franco. En 1993, el votante seleccionado murió de un ataque dos horas antes del instante fijado para notificarle su elección. Multivac no predijo aquello. Le era imposible. Un votante puede ser mentalmente inestable, moralmente improcedente, incluso desleal. Multivac no puede conocerlo todo sobre todos, si no se le proporcionan los datos. Por eso, siempre se seleccionan algunos candidatos más. No creo que tengamos que recurrir a ninguno de ellos en esta ocasión. Usted está en buen estado de salud, señor Muller, y ha sido investigado a fondo. Sirve.

Norman ocultó el rostro entre las manos y se quedó inmóvil.

—Mañana por la mañana se encontrará perfectamente bien —intervino Sarah—. Tiene que acostumbrarse a la idea, eso es todo.

—Desde luego —asintió Handley.

En la intimidad del dormitorio, Sarah Muller se expresó de distinta y más enérgica manera. El estribillo de su perorata era el siguiente:

—Compórtate como es debido, Norman. Parece como si intentaras lanzar por la borda la suerte de tu vida.

Norman musitó desesperado:

—Me atemoriza, Sarah. Todo este asunto...

—¿Y por qué, santo Dios? ¿Qué otra cosa debes hacer más que responder a una o dos preguntas?

—Demasiada responsabilidad. Me abruma.

—¿Qué responsabilidad? No existe ninguna. Multivac te seleccionó, ¿no? Pues a él le corresponde la responsabilidad. Todo el mundo lo sabe.

Norman se incorporó, quedando sentado en la cama, en súbito arranque de rebeldía y angustia.

—Se supone que todo el mundo lo sabe. Pero no lo saben. Ellos...

—Baja la voz —siseó Sarah en tono glacial—. Van a oírte hasta en la ciudad.

—No me oirán —replicó Norman, pero bajó en efecto la voz hasta convertirla en un cuchicheo—. Cuando se habla de la Administración Ridgely de 1988, ¿dice alguien que ganó con promesas fantásticas y demagogia racista? ¡Qué va! Se habla del «maldito voto MacComber», como si Humphrey MacComber fuese el único responsable por las respuestas que dio a Multivac. Yo mismo he caído en eso... En cambio, ahora pienso que el pobre tipo no era sino un pequeño granjero que nunca pidió que le eligieran. ¿Por qué echarle la culpa? Y ya ves, ahora su nombre está maldito...

—Te portas como un niño —le reprochó Sarah.

—No, me porto como una persona sensible. Te lo digo, Sarah, no aceptaré. No pueden obligarme a votar contra mi voluntad. Diré que estoy enfermo. Diré...

Pero Sarah ya tenía bastante.

—Ahora, escúchame —masculló con fría cólera—. No eres tú el único afectado. Ya sabes lo que supone ser el Votante del Año. Y de un año presidencial para colmo. Significa publicidad, y fama, y posiblemente montones de dinero...

—Y luego volver a la oficina.

—No volverás. Y si vuelves, te nombrarán jefe de departamento por lo menos..., siempre que tengas un poco de seso. Y lo tendrás, porque yo te diré lo que debes hacer. Si juegas bien las cartas, controlarás esa clase de publicidad y obligarás a los Almacenes Kennell a un contrato en firme, a una cláusula concediéndote un salario progresivo y a que te aseguren una pensión decente.

—Pero ése no es exactamente el objetivo de un votante, Sarah.

—Pues será el tuyo. Si no te crees obligado a hacer nada ni por ti ni por mí, y conste que no pido nada para mí, piensa en Linda. Se lo debes.

Norman exhaló un gemido.

—Bien, ¿estás de acuerdo? —le atosigó Sarah.

—Sí, querida —murmuró Norman.

El 3 de noviembre se publicó el anuncio oficial. A partir de entonces, Norman no se encontraba ya en situación de retirarse, aun en el caso de reunir el valor necesario para intentarlo.

Sellaron su casa, y agentes del servicio secreto hicieron su aparición en el exterior, bloqueando todo acceso.

Al principio, sonó sin cesar el teléfono, pero fue Phillip Handley quien respondió a todas las llamadas, con una amable sonrisa de excusa. Al fin, la central pasó todas las llamadas al puesto de policía.

Norman pensó que de ese modo se ahorrraba no sólo las alborozadas (y envidiosas) felicitaciones de los amigos, sino también la pesada insistencia de los vendedores que husmeaban una perspectiva y la artera afabilidad de los políticos de toda la nación... Quizás hasta las amenazas de muerte de los inevitables descontentos.

Se prohibió que entrasen periódicos en la casa, a fin de mantenerle al margen de cualquier presión, y se desconectó amable pero firmemente la televisión, a pesar de las indignadas protestas de Linda.

Matthew gruñía y se metía en su habitación; Linda, pasada la primera racha de excitación, hacía pucheros y lloriqueaba porque no le permitían salir de casa; Sarah dividía su tiempo entre la preparación de las comidas para el presente y el establecimiento de planes para el futuro, en tanto que la depresión de Norman seguía alimentándose a sí misma.

Y la mañana del martes 4 de noviembre del año 2008 llegó por fin. Era el día de las elecciones.

El desayuno se sirvió temprano, pero sólo comió Norman Muller, y aun él de manera mecánica. Ni la ducha ni el afeitado lograron devolverle a la realidad, ni desvanecer su convicción de estar tan sucio por fuera como sucio se sentía por dentro.

La voz amistosa de Handley hizo cuanto pudo para infundir cierta normalidad en el gris y hosco amanecer. La predicción meteorológica había señalado un día nuboso, con perspectivas de lluvia antes del mediodía.

—Mantendremos la casa aislada hasta el regreso del señor Muller. Después, dejaremos de estar colgados de su cuello.

El agente del servicio secreto vestía ahora su uniforme completo, incluidas las armas en sus pistoleras, abundantemente tachonadas de cobre.

—No nos ha causado molestia alguna, señor Handley —dijo Sarah con bobalicona sonrisa.

Norman se bebió dos tazas de café bien cargado, se secó los labios con una servilleta, se levantó y dijo con aire decidido:

—Estoy dispuesto...

Handley se levantó a su vez.

—Muy bien, señor. Y gracias, señora Muller, por su amable hospitalidad.

El coche blindado atravesó con un ronquido las calles vacías. Siempre lo estaban aquel día, a aquella hora determinada.

Handley dio una explicación al respecto:

—Desvían siempre el tráfico desde el atentado que por poco impide la elección de Leverett en el 92. Habían puesto bombas.

Cuando el coche se detuvo, Norman fue ayudado a descender por el siempre cortés Handley. Se encontraba en un pasaje subterráneo, junto a cuyas paredes se alineaban soldados en posición de firmes.

Le condujeron a una estancia brillantemente iluminada. Tres hombres uniformados de blanco le saludaron sonrientes.

—¡Pero esto es un hospital! —exclamó Norman.

—No tiene importancia alguna —replicó al instante Handley—. Se debe sólo a que el hospital dispone de las comodidades necesarias...

—Bien, ¿y qué debo hacer yo?

Handley inclinó la cabeza, y uno de los tres hombres vestidos de blanco se adelantó.

—Yo me encargaré de él a partir de ahora, agente.

Handley saludó con desenvoltura y abandonó la habitación.

El hombre de blanco dijo:

—¿No quiere sentarse, señor Muller? Yo soy John Paulson, calculador jefe. Le presento a Samson Levine y Peter Dorogobuzh, mis ayudantes.

Norman estrechó envaradamente las manos de todos. Paulson era hombre de mediana estatura, con un rostro de perenne sonrisa, y un evidente tupé. Usaba gafas de montura de plástico, de modelo anticuado. Mientras hablaba, encendió un cigarrillo. Norman rehusó el que le fue ofrecido.

—En primer lugar, señor Muller —dijo Paulson—, deseo que sepa que no tenemos prisa alguna. En caso necesario, permanecerá con nosotros todo el día, para que se acostumbre al ambiente y descarte la idea que se trata de algo insólito, para que olvide su aspecto... clínico. Creo que sabe a qué me refiero.

—Sí, desde luego —contestó Norman—. Pero me gustaría que todo hubiese terminado ya.

—Comprendo sus sentimientos. Sin embargo, deseamos exponerle con exactitud el procedimiento. En primer lugar, Multivac no está aquí.

—¿Que no está?

Aun en medio de su abatimiento, había deseado ver a Multivac, del que se decía que medía más de kilómetro y medio de largo, que tenía una altura equivalente a tres pisos y que cincuenta técnicos recorrían sin cesar los corredores interiores de su estructura. Una de las maravillas del mundo.

Paulson sonrió.

—En efecto, no es portátil —confirmó—. De hecho, se encuentra emplazado en un subterráneo, y pocos son los que conocen el lugar preciso. Muy lógico, ¿verdad?, ya que supone nuestro supremo recurso natural. Créame, las elecciones no constituyen su única función.

Norman pensó que el hombre de blanco se mostraba deliberadamente parlanchín, pero de todos modos se sentía intrigado.

—Me gustaría verlo...

—No lo dudo. Mas para ello se necesita una orden presidencial, refrendada luego por el departamento de seguridad. Sin embargo, nos mantenemos en conexión con Multivac por transmisión de ondas. Cuanto él diga puede ser interpretado aquí, y cuanto nosotros digamos le será transmitido. Así que, en cierto sentido, nos hallamos en su presencia.

Norman miró a su alrededor. Las máquinas y aparatos que había en la estancia carecían de significado para él.

—Permítame que se lo explique, señor Muller —prosiguió Paulson—. Multivac posee ya la mayoría de la información necesaria para decidir todas las elecciones, nacionales, provinciales y locales. Únicamente necesita comprobar ciertas imponderables actitudes mentales y, para ello, recurriremos a usted. No podemos predecir qué preguntas formulará, aunque está en lo posible que no tengan mucho sentido para usted..., ni siquiera para nosotros en realidad. Tal vez le pregunte qué opina sobre la recogida de basuras en su ciudad o si considera preferibles los incineradores centrales. O bien, si tiene usted un médico de cabecera o acude a la seguridad social... ¿Comprende?

—Sí, señor.

—Pues bien, pregunte lo que pregunte, usted responderá como mejor le plazca. Y si cree que debe extenderse un poco en su explicación, hágalo. Puede hablar durante una hora si lo juzga necesario.

—Sí, señor.

—Una cosa más. Debemos emplear algunos sencillos aparatos que registrarán automáticamente su presión sanguínea, las pulsaciones, la conductividad de la piel y las ondas cerebrales mientras habla. La maquinaria le parecerá formidable, pero es totalmente indolora... Ni siquiera la notará.

Los otros dos técnicos se atareaban ya con relucientes y pulidos aparatos, de ruedas engrasadas.

—¿Desean comprobar si estoy mintiendo o no? —preguntó Norman.

—De ningún modo, señor Muller. No se trata en absoluto de detección de mentiras, sino de una simple medida de la intensidad emotiva. Por ejemplo, si la máquina le pregunta su opinión sobre la escuela de su pequeña, quizá conteste usted: «A mi entender, está atestada». Mas ésas son sólo palabras. Por la manera en que reaccionen su cerebro, corazón, hormonas y glándulas sudoríparas, Multivac juzgará con exactitud con qué intensidad se interesa usted por la cuestión. Descubrirá sus sentimientos, los traducirá mejor que usted mismo.

—Jamás oí cosa igual —manifestó Norman.

—Estoy seguro que no. La mayoría de los detalles de Multivac son secretos celosamente guardados. Cuando se marche, se le pedirá que firme un documento jurando que jamás revelará la naturaleza de las preguntas que se le formularon, como tampoco sus respuestas, ni lo que se hizo o cómo se hizo. Cuanto menos se conozca a Multivac, menos oportunidades habrá de presiones exteriores sobre los hombres que trabajan a su servicio o se sirven de él para su trabajo. —Sonrió melancólico—. Nuestra vida resulta bastante dura...

—Lo comprendo.

—Y ahora, ¿desearía comer o beber algo?

—No, gracias. Nada por el momento.

—¿Alguna otra pregunta que formular?

Norman meneó la cabeza en gesto negativo.

—En ese caso, usted nos dirá cuando se halla dispuesto.

—Ya lo estoy.

—¿Seguro?

—Por completo.

Paulson asintió. Alzó una mano en dirección a sus ayudantes, quienes se adelantaron con su aterrador instrumental. Muller sintió que su respiración se aceleraba mientras les veía aproximarse.

La prueba duró casi tres horas, con una breve interrupción para tomar café y una embarazosa sesión con un orinal. Durante todo ese tiempo, Norman Muller permaneció encajonado entre la maquinaria. Al final, tenía los huesos molidos.

Pensó sardónicamente que le sería muy fácil mantener su promesa de no revelar nada de lo que había acontecido. Las preguntas ya se habían reducido a una especie de vagarosa bruma en su mente.

Había pensado que Multivac hablaría con voz sepulcral y sobrehumana, resonante y llena de ecos. Ahora concluyó que aquella idea se la había sugerido la excesiva espectacularidad de la televisión. La verdad le decepcionó en extremo. Las preguntas aparecían perforadas sobre una cinta metálica, que una segunda máquina convertía en palabras. Paulson leía a Norman estas palabras, en las que se contenía la pregunta, y luego dejaba que las leyese por sí mismo.

Las respuestas de Norman se inscribían en una máquina registradora, repitiéndolas para que las confirmara. Se anotaban entonces las enmiendas y observaciones suplementarias, todo lo cual se transmitía a Multivac.

La única pregunta que Norman recordaba de momento era una incongruente bagatela:

—¿Qué opina usted del precio de los huevos?

Ahora todo había terminado. Los operadores retiraron suavemente los electrodos conectados a diversas partes de su cuerpo, desligaron la banda pulsadora de su brazo y apartaron la maquinaria a un lado.

Norman se puso en pie, respiró profundamente, se estremeció y dijo:

—¿Ya está todo? ¿Se acabó?

—No, no del todo —respondió Paulson, sonriendo animoso—. Debemos pedirle que se quede durante otra hora.

—¿Y por qué? —preguntó Norman con cierta acritud.

—Es el tiempo preciso para que Multivac incluya sus nuevos datos entre los trillones que ya dispone. Sepa usted que existen miles de alternativas, algo sumamente complejo... Puede suceder que se produzca algún raro debate aquí o allá, que algún interventor en Phoenix, Arizona, o bien alguna asamblea en Wilkesboro, Carolina del Norte, formulen alguna duda. En tal caso, Multivac precisará hacerle una o dos preguntas decisivas.

—No —se negó Norman—. No quiero pasar de nuevo por eso.

—Probablemente no sucederá —trató de tranquilizarle Paulson—. Raras veces ocurre... De todos modos, deberá quedarse por si acaso. —Cierta tono acerado, un tenue matiz, asomó a su voz—. No tiene opción, ya lo sabe. Debe quedarse.

Norman se sentó con aire fatigado, encogiéndose de hombros.

—No podemos dejarle leer el periódico —añadió Paulson—, pero si quiere una novela policíaca, o jugar al ajedrez..., cualquier cosa en fin que esté en nuestra mano proporcionarle para que se entretenga, dígalo sin reparos.

—No deseo nada, gracias. Esperaré.

Paulson y sus ayudantes se retiraron a una pequeña habitación, contigua a la estancia en que Norman había sido interrogado. Y éste se dejó caer en un butacón tapizado de plástico, cerrando los ojos.

Tendría que aguardar a que transcurriese aquella hora lo mejor posible.

Bien arrellanado en su asiento, poco a poco fue cediendo su tensión. Su respiración se hizo menos entrecortada y, al entrelazar las manos, no advirtió ya ningún temblor en sus dedos.

Tal vez no hubiese ya más preguntas. Tal vez hubiese acabado de modo definitivo.

Y si todo había terminado, ahora vendrían los desfiles de antorchas y las invitaciones para hablar en toda clase de solemnidades. ¡El Votante del Año!

Él, Norman Muller, un vulgar empleado de un almacén de Bloomington, Indiana, un hombre que no había nacido grande ni había realizado jamás acto alguno de grandeza, se hallaría en la extraordinaria situación de impulsar a otro a la grandeza.

Los historiadores hablarían con serenidad de la Elección Muller del año 2008. Ése sería su nombre, la Elección Muller.

La publicidad, el puesto mejor, el chorro de dinero que tanto interesaba a Sarah, ocupaban sólo un rincón de su mente. Todo ello sería bienvenido, desde luego. No lo rechazaría. Pero, por el momento, era otra cosa lo que comenzaba a preocuparle.

Se agitaba en él un latente patriotismo. Al fin y al cabo, representaba a todo el electorado. Era el punto focal de todos ellos. En su propia persona, y durante aquel día, se encarnaba todo Estados Unidos...

Se abrió la puerta, despertando su atención y despabilándole por completo. Durante unos instantes, sintió que se le encogía el estómago. ¡Que no le hicieran más preguntas!

Pero Paulson sonreía.

—Hemos terminado, señor Muller.

—¿No más preguntas, señor?

—No hay ninguna necesidad. Todo ha quedado completamente claro. Será usted escoltado hasta su casa y volverá a ser un ciudadano particular..., en la medida en que el público lo permita.

—Gracias, muchas gracias. —Norman se sonrojó—. Me preguntaba... ¿Quién ha sido elegido?

Paulson meneó la cabeza.

—Tendrá que esperar al anuncio oficial. El reglamento se muestra muy severo al respecto. No podemos decírselo ni siquiera a usted. Supongo que lo comprende...

—Desde luego.

Norman parecía embarazado.

—El servicio secreto tendrá dispuestos los papeles necesarios para que usted los firme.

—Sí.

De pronto, Norman se sintió orgulloso, lleno de energía. Ufano y arrogante. En este mundo imperfecto, el pueblo soberano de la primera y mayor Democracia Electrónica había ejercido una vez más, a través de Norman Muller (a través de él), su libre derecho al sufragio universal.

TRETA TRIDIMENSIONAL

—Vamos, vamos —dijo Shapur con bastante cortesía, considerando que se trataba de un demonio—. Está usted desperdiciando mi tiempo. Y el suyo propio también, podría añadir, puesto que sólo le queda media hora.

Y su rabo se enroscó.

—¿No es desmaterialización? —preguntó caviloso Isidore Wellby.

—Ya le he dicho que no.

Por centésima vez, Wellby miró el bronce que le rodeaba por todas partes sin solución de continuidad. El demonio se había permitido el impío placer (¿de qué otra clase iba a ser?) de señalar que el piso, el techo y las cuatro paredes carecían de rasgos diferenciales, y estaban formados todos ellos por planchas de bronce de sesenta centímetros soldadas sin unión.

Era la última estancia cerrada, y Wellby disponía sólo de otra media hora para salir de ella. El demonio le contemplaba con expresión de concentrada anticipación.

Isidore Wellby había firmado diez años antes, que se cumplían aquel día.

—Pagamos de antemano —insistió Shapur en tono persuasivo—. Diez años de todo cuanto desee, dentro de lo razonable. Al final, pasará a ser un demonio. Uno de los nuestros, con un nuevo nombre de demoníaca potencia y todos los privilegios que eso incluye. Apenas se dará cuenta que está condenado. De todos modos, aunque no firme, tal vez acabe igual en el fuego, por el simple curso de los acontecimientos. Nunca se sabe... Fíjese en mí. No lo hago tan mal. Firmé, disfruté de mis diez años, y aquí estoy. No lo hago tan mal.

—En ese caso, si puedo terminar por condenarme, ¿por qué se muestra tan ansioso para que firme? —preguntó Wellby.

—No resulta fácil reclutar directivos para el infierno —respondió el demonio con un franco encogimiento de hombros, que intensificó el débil olor a bióxido sulfúrico que se

advertía en el aire—. Todo el mundo especula para llegar al cielo. Una pobre especulación, pero así es. Yo creo que usted es demasiado sensible para eso. Pero entretanto nos encontramos con más almas condenadas de las que somos capaces de atender y una creciente penuria en el plano administrativo.

Wellby, que acababa de ser licenciado del ejército con muy poco entre las manos, a excepción de una cojera y la carta de despedida de una muchacha a la que en cierto modo amaba aún, se pinchó el dedo y suspiró.

Lógicamente, leyó primero el pequeño impreso. Tras la firma con su sangre, se depositaría en su cuenta cierta cantidad de poder demoníaco. No sabía en detalle cómo se manejaban aquellos poderes, ni siquiera la naturaleza de los mismos. Sin embargo, vería colmados sus deseos de tal modo que parecerían el producto de mecanismos perfectamente normales.

Desde luego, no se cumpliría ningún deseo que interfiriese con los designios superiores y con los propósitos de la historia humana. Wellby enarcó las cejas ante esta cláusula.

Shapur carraspeó.

—Una precaución que nos ha sido impuesta por..., ¡ejem!..., Arriba. Sea razonable. La limitación no le supondrá obstáculo alguno.

—Parece también una cláusula trampa.

—Algo de eso, sí. Después de todo, debemos comprobar sus aptitudes para el puesto. Como ve, se establece que, al finalizar sus diez años, deberá ejecutar una tarea para nosotros, una labor que sus poderes demoníacos le harán perfectamente posible realizar. No le diremos aún la naturaleza de esa tarea, pero dispondrá de diez años para estudiar sus poderes. Considere toda la cuestión como un examen de ingreso.

—Y si no paso la prueba, ¿qué?

—En tal caso —respondió el demonio—, será usted una vulgar alma condenada. —Y como al fin y al cabo era demonio, sus ojos fulguraron humeantes ante la idea, y sus ganchudos dedos se retorcieron como si los sintiera ya profundamente clavados en las partes vitales de su interlocutor. No obstante, añadió con suavidad—: ¡Oh, vamos! La prueba será sencilla. Preferimos tenerle como directivo que como un alma más en nuestras manos.

A Wellby, sumido en melancólicos pensamientos sobre su inasequible amada, le importaba muy poco por el momento lo que sucedería al cabo de diez años. Firmó.

Los diez años pasaron rápidamente. Como el demonio había predicho, Isidore Wellby se mostró razonable y las cosas marcharon bien. Aceptó un trabajo y, como aparecía siempre en el momento adecuado y en el lugar oportuno y siempre decía la palabra apropiada al hombre apropiado, alcanzó pronto un puesto de gran autoridad.

Las inversiones que hacía resultaban invariablemente beneficiosas. Y lo más gratificante fue que su chica volvió a él con el arrepentimiento más sincero y la más satisfactoria adoración.

Su casamiento fue feliz y bendecido con cuatro criaturas, dos varones y dos hembras, todos ellos inteligentes y con un comportamiento razonable. Al final de los diez años, se hallaba en la cúspide de su autoridad, reputación y riqueza, en tanto que su mujer, al madurar, se había vuelto todavía más bella.

Y a los diez años (en el día justo, naturalmente) de establecer el pacto, se despertó para encontrarse, no en su dormitorio, sino en una horrible cámara de bronce de la más espantosa solidez, sin más compañía que la de un ávido demonio.

—Todo lo que tiene que hacer es salir de aquí y se convertirá en uno de los nuestros —le explicó Shapur—. Lo conseguirá con facilidad empleando con lógica sus poderes demoníacos, siempre que sepa cómo manejarlos. A estas alturas, debería saberlo.

—Mi mujer y mis pequeños se inquietarán mucho por mi desaparición —dijo Wellby, con un comienzo de arrepentimiento.

—Hallarán su cadáver —manifestó el demonio en tono de consuelo—. Habrá muerto al parecer de un ataque al corazón. Celebrarán unos funerales magníficos. El sacerdote anunciará su subida al cielo, y nosotros no le desilusionaremos, como tampoco a quienes le estén escuchando. Vamos, Wellby, dispone usted de tiempo hasta el mediodía.

Wellby, que se había acorazado en su inconsciente durante los diez años para este momento, se sintió menos asaltado por el pánico de lo que podía haberlo estado. Miró inquisitivo a su alrededor.

—¿Está herméticamente cerrada esta habitación? ¿No hay aberturas secretas?

—Ninguna en paredes, piso o techo —dijo el demonio con deleite profesional ante su obra—. Ni tampoco en las intersecciones de cualquiera de las superficies. ¿Va a renunciar?

—No, no. Deme tan sólo tiempo.

Wellby meditó intensamente. No había señal alguna de cierre en la estancia. Sin embargo, se notaba como una corriente de aire. Tal vez penetrase por desmaterialización a través de las paredes. Quizá también el demonio había entrado así. Estaba en lo posible que él, Wellby, pudiera desmaterializarse para salir. Lo preguntó.

El demonio le respondió con una risita entre sus dientes afilados.

—La desmaterialización no forma parte de sus poderes. Ni tampoco la empleé yo para entrar.

—¿Está seguro?

—La cámara es de mi propia creación —manifestó petulante el demonio—. La construí especialmente para usted.

—¿Y penetró desde el exterior?

—Así fue.

—¿Y yo también podría hacerlo con los poderes demoníacos que poseo?

—En efecto. Mire, seamos precisos. No puede moverse a través de la materia, pero sí en cualquier dimensión, por un simple esfuerzo de su voluntad. Arriba y abajo, a derecha e izquierda, oblicuamente, etcétera, mas no atravesar la materia en modo alguno.

Wellby siguió cavilando, mientras Shapur le señalaba la suma e inmovible solidez de las paredes de bronce, del piso y del techo, y su inquebrantable acabado.

A Wellby le pareció obvio que Shapur, por mucho que creyera en la necesidad de reclutar directivos, estaba pura y simplemente conteniendo su demoníaco placer ante la posibilidad de ver en sus garras una vulgar alma condenada, para jugar con ella al gato y al ratón.

—Cuando menos —dijo Wellby, con afligido intento de aferrarse a la filosofía—, me quedará el consuelo de pensar en los diez felices años que disfruté. Seguro que eso significará un alivio y un consuelo hasta para un alma condenada en el infierno.

—En absoluto —denegó el demonio—. ¿Qué clase de infierno sería si se permitiesen consuelos? Todo cuanto uno obtiene en la Tierra por pacto con el diablo, como en su caso (o el mío), es punto por punto lo mismo que se habría logrado sin tal pacto, de haber trabajado con laboriosidad y plena confianza en... Arriba. Eso es lo que transforma tales convenios en algo tan auténticamente demoníaco.

Y el demonio rió con una especie de regocijado aullido.

Wellby exclamó lleno de indignación:

—¿Quiere decir que mi mujer hubiese vuelto a mí aunque no hubiese firmado el contrato?

—Está en lo posible —respondió Shapur—. Todo cuanto sucede es por voluntad de... Arriba. Ni siquiera nosotros podemos cambiar eso.

El pesar de aquel momento debió agudizar los sentidos de Wellby, pues fue entonces cuando se desvaneció, dejando la habitación vacía, excepto por la presencia de un sorprendido demonio. Y la sorpresa de éste se tornó furia cuando reparó en el contrato

con Wellby que había estado sosteniendo en su mano hasta aquel momento para la acción final, en un sentido o en otro.

Diez años (día por día, claro) después que Isidore Wellby hubiera firmado su pacto con Shapur, el demonio penetró en su despacho y le dijo con el mayor enojo:

—¡Mire aquí...!

Wellby alzó la vista de su trabajo, asombrado.

—¿Quién es usted?

—Sabe demasiado bien quién soy.

Y miró al hombre con ojos duros y penetrantes.

—En absoluto —respondió Wellby.

—Creo que dice la verdad, pero le refrescaré la memoria.

Y así lo hizo en el acto, detallando los acontecimientos de los últimos diez años.

—¡Ah, sí! —dijo Wellby—. Puedo explicarlo, desde luego, ¿pero está seguro que no seremos interrumpidos?

—No, no lo seremos —respondió ceñudo el demonio.

—Bueno, pues me hallaba en aquella cámara cerrada de bronce y...

—No me interesa eso. Lo que quiero es saber...

—¡Por favor! Déjeme que lo cuente a mi modo.

El demonio contrajo las mandíbulas y exhaló tal cantidad de bióxido sulfúrico que Wellby tosió y adoptó una expresión de sufrimiento.

—Si quisiera apartarse un poco... —rogó—. Gracias... Así, pues, me hallaba en aquella cámara cerrada de bronce y recuerdo que usted me exponía la ausencia de toda solución de continuidad en las cuatro paredes, el piso y el techo. Y se me ocurrió preguntarme por qué especificaba eso. ¿Qué más había, aparte de las paredes, el piso y el techo? Definía usted un espacio tridimensional, completamente circunscrito. Y eso era, en efecto. Tridimensional. La habitación no estaba incluida en la cuarta dimensión. No existía de forma indefinida en el pasado. Dijo que la había creado para mí. Pensé entonces que, si uno se trasladaba al pasado, llegaría a un punto en el tiempo, en el que no existía la cámara y, por lo tanto, se hallaría fuera de la misma. Más aún, usted había dicho que podía moverme en cualquier dimensión, y el tiempo se considera sin la menor duda una dimensión. En todo caso, tan pronto como decidí moverme hacia el pasado, me retrotraje a tremenda velocidad, y de repente el bronce desapareció.

Shapur clamó acongojado.

—Ya me lo imagino. No podría haber escapado de otra manera. Es ese contrato suyo lo que me preocupa. No se ha convertido en una vulgar alma condenada. De acuerdo, eso forma parte del juego. Pero al menos debe ser uno de los nuestros, un ejecutivo. Para eso se le pagó. Si no lo entrego abajo, me veré en un enorme lío.

Wellby se encogió de hombros.

—Lo siento por usted, desde luego, pero no puedo ayudarle. Debí haber creado la cámara de bronce inmediatamente después que yo estampara mi firma en el documento. Como no fue así, al salir de ella me encontré justo en el momento en que establecíamos nuestro convenio. Allí estaba usted de nuevo y allí estaba yo. Usted empujando el contrato hacia mí, y una pluma con la que me había de pinchar el dedo. Sin duda, al retroceder en el tiempo, el futuro se borró de mi recuerdo, pero no del todo al parecer. Al tenderme usted el contrato, me sentí inquieto. No recordé el futuro, pero me sentí inquieto. Por lo tanto, no firmé. Le devolví el contrato en blanco.

Shapur rechinó los dientes.

—Debí darme cuenta. Si las reglas de la probabilidad afectasen a los demonios, debiera haberme desplazado con usted a este nuevo mundo supuesto. Tal como han sucedido las cosas, todo cuanto me queda por decir es que ha perdido los diez años felices que le abonamos. Es un consuelo. Y ya le atraparemos al final. Otro consuelo.

—¿Ah, sí? —replicó Wellby—. ¿De modo que hay consuelos en el infierno? A través de los diez años que he vivido realmente, ignoré lo que quizá hubiera obtenido. Pero ahora que me trae usted a la memoria el recuerdo de «los diez años que pudieron haber sido», recuerdo también que en la cámara de bronce me dijo que los convenios demoníacos no daban nada que no se obtuviera mediante la laboriosidad y la confianza en... Arriba. He sido laborioso y he confiado.

Los ojos de Wellby se posaron sobre la fotografía de su bella esposa y los cuatro hermosos hijos. Luego, paseó la vista por el lujoso despacho, decorado con el mejor gusto.

—Puedo muy bien escapar por completo al infierno. También el decidir esto se halla fuera de su poder —añadió.

Y el demonio, lanzando un horrible chillido, se desvaneció para siempre.

COSAS DE NIÑOS

Pasada la primera punzada de náusea, Jan Prentiss dijo:

—¡Maldita sea...! ¡No eres más que un insecto!

Se trataba de la confirmación de un hecho, no de un insulto. La cosa que se posaba sobre el escritorio de Prentiss respondió:

—Desde luego.

Tenía unos treinta centímetros de longitud. Muy delgado, parecía la diminuta caricatura de un ser humano. Sus articulados brazos y piernas nacían a pares en la parte superior de su cuerpo, las segundas más largas y gruesas que los primeros, extendiéndose a lo largo del cuerpo y plegándose hacia delante en la rodilla.

La criatura se apoyaba sobre estas rodillas, y el extremo de su veloso abdomen asomaba sobre el escritorio de Prentiss.

Éste tuvo tiempo sobrado para reparar en todos los detalles, pues el objeto no ponía objeción alguna al examen. Al contrario, se mostraba complacido, como si estuviera acostumbrado a despertar admiración.

—¿Quién eres? —preguntó Prentiss, dudando de su propia racionalidad.

Cinco minutos antes, sentado ante su máquina, trabajaba pausadamente en el cuento que había prometido al editor Horace W. Browne para el número mensual de la *Farfetched Fantasy Fiction*. Se sentía muy bien, en perfecta forma.

Y de pronto, había vibrado una ráfaga de aire justo a la derecha de la máquina de escribir, remolineando y condensándose luego en el pequeño horror que columpiaba sus negros y relucientes pies al borde de la mesa escritorio.

Prentiss se preguntó distraído cómo iba a contarle más tarde. Era la primera vez que su profesión afectaba tan crudamente a sus sueños. Tenía que ser un sueño, se dijo.

—Soy un avaloncio —habló el pequeño ser—. En otras palabras, soy de Avalón.

Su diminuto rostro acababa en una boca de tipo mandibular. Los ojos tenían irisaciones de múltiples tonalidades, y sobre cada ojo emergían dos ondeantes antenas de unos siete centímetros y medio de largo. No presentaba muestra alguna de nariz.

Pues claro que no, pensó Prentiss aturdido. Sin duda respira a través de orificios situados en el abdomen. En consecuencia, tal vez hablase con el abdomen. O quizá emplease la telepatía.

—¿Avalón? —repitió estúpidamente, y pensó: «¿Avalón? ¿El país de las hadas en tiempos del rey Arturo?»

—Eso es —dijo la criatura, respondiendo con afabilidad a su pensamiento—. Soy un elfo.

—¡Oh, no!

Prentiss se llevó las manos a la cara, las volvió a apartar y comprobó que el elfo seguía en el mismo sitio, aporreando con los pies el cajón superior del escritorio. Prentiss no era aficionado a la bebida, ni tampoco persona nerviosa. De hecho, sus vecinos le consideraban un tipo muy prosaico. Poseía un vientre respetable, una cantidad de pelo razonable pero no excesiva sobre su cabeza, una esposa cariñosa y un espabilado hijo de diez años. Desde luego, sus vecinos ignoraban que pagaba la hipoteca de su casa escribiendo fantasías de diversos tipos.

Sin embargo, hasta ahora su vicio secreto no le había afectado la mente. Claro que su mujer solía menear la cabeza al referirse a su afición. Opinaba que con eso desperdiciaba y hasta prostituía su talento.

—¿Quién va a leer ese tipo de cosas? —le decía—. Todas esas cosas sin valor sobre demonios, gnomos, anillos mágicos, duendes, trasgos... ¡Todas esas chiquilladas, si quieres mi sincera opinión...!

—Estás en un completo error —replicaba Prentiss con engallada tiesura—. Las modernas fantasías son muy sofisticadas, elaborados tratamientos de motivos populares. Tras la fachada de la voluble y locuaz irrealidad, subyacen con frecuencia tajantes comentarios sobre el mundo de hoy. La fantasía al estilo moderno constituye esencialmente un alimento para adultos.

Blanche se encogía de hombros. Tales comentarios no suponían nada nuevo para ella.

—Además —añadía él—, gracias a esas fantasías pagamos la hipoteca, no lo olvides.

—Tal vez —replicaba ella—. Pero sería mejor que te dedicaras a las novelas de misterio. Así, al menos, venderías hasta cuatro ediciones e incluso nos permitiríamos confesar a los vecinos lo que haces para vivir.

Prentiss gimió para sí mismo. Si Blanche entrase en aquel momento y le encontrase hablando solo... (resultaba demasiado real para un sueño; por fuerza, se trataba de una alucinación), se vería obligado a escribir novelas de misterio de por vida..., o a dejar su trabajo.

—Te equivocas por completo —habló el elfo—. No se trata ni de un sueño ni de una alucinación.

—¿Por qué no te marchas entonces?

—Eso me propongo. Este lugar no corresponde a mi ideal de vida. Y tú vendrás conmigo.

—¿Quién, yo? Ni hablar. ¿Quién diablos crees que eres para decirme lo que debo hacer?

—Si piensas que ésa es una manera respetuosa de hablar a un representante de una cultura más antigua, habría mucho que decir respecto a tu educación.

—Tú no representas a una cultura más antigua...

Le hubiera gustado añadir: «No eres más que un producto de mi imaginación.» Pero había sido escritor durante demasiado tiempo como para decidirse a utilizar semejante tópico.

—Nosotros, los insectos —adujo glacialmente el elfo—, existíamos medio billón de años antes que se inventase el primer mamífero. Vimos aparecer a los dinosaurios y los vimos desaparecer. En cuanto a ustedes, los seres humanos..., no son más que unos recién llegados.

Por primera vez, se fijó Prentiss que en el lugar de donde emergían los miembros del elfo, se advertía un tercer par atrofiado, lo cual intensificaba la «insecticidad» del objeto. La indignación de Prentiss aumentó.

—No necesitas desperdiciar tu compañía con inferiores sociales —dijo.

—No lo haría —replicó el elfo—, pero la necesidad obliga a veces, ya sabes. Se trata de una historia bastante complicada. Sin embargo, cuando la hayas oído, desearás cooperar.

Prentiss se agitó inquieto.

—Mira, no dispongo de mucho tiempo. Blanche..., mi mujer, aparecerá por aquí de un momento a otro. Y se asustará.

—No vendrá. He bloqueado su mente.

—¿Qué?

—Algo completamente inofensivo, te lo aseguro. Pero después de todo, no podíamos permitir que nos molestasen, ¿verdad?

Prentiss volvió a sentarse en su silla, sintiéndose aturdido y desamparado.

El elfo prosiguió:

—Los elfos comenzamos nuestra asociación con ustedes, los seres humanos, inmediatamente después que se iniciase la última era glacial. Como puedes imaginarte, aquélla fue una época desdichada para nosotros. No disponíamos de caparzones como algunos animales, ni podíamos vivir en madrigueras como hicieron vuestros toscos antecesores. Mantenernos calientes precisaba de increíbles cantidades de energía psíquica.

—¿Increíbles cantidades de qué?

—De energía psíquica. Tú no conoces nada de todo eso. Tu mente es demasiado burda para captar el concepto. Por favor, no interrumpas... La necesidad nos condujo a experimentar con los cerebros de tus congéneres. Imperfectos, pero de gran tamaño. Las células eran ineficaces, casi inútiles, pero había gran número de ellas. Usamos esos cerebros como aparatos de concentración, una especie de lente psíquica, incrementando así la energía disponible que nuestras propias mentes destilaban. Sobrevivimos a dicha era glacial gracias a nuestro ingenio, sin necesidad de retirarnos a los trópicos como en eras glaciales precedentes. Desde luego, nos echamos a perder. Al volver el calor, no abandonamos a los seres humanos. Seguimos utilizándolos para aumentar en general nuestro nivel de vida. Viajábamos más rápidamente, comíamos mejor, hacíamos más cosas. Perdimos para siempre nuestro antiguo, simple y virtuoso sistema de vida. Y luego, estaba también la leche.

—¿La leche? —exclamó Prentiss—. No veo la relación.

—Un líquido divino. Sólo la probé una vez en mi vida. Pero nuestra poesía clásica habla de ella en tonos superlativos. En los viejos días, los hombres nos abastecían de ella en gran cantidad. Por qué los mamíferos de todas clases eran bendecidos con ella y no los insectos constituye un completo misterio... ¡Qué gran desgracia que los seres humanos nos abandonaran!

—¡Ah! ¿Les abandonaron?

—Hace doscientos años.

—Bien por nosotros.

—No seas mezquino —le reconvinó el elfo con severidad—. Fue una asociación útil para ambas partes, hasta que ustedes aprendieron a manejar las energías físicas en cantidad. Precisamente el tipo de gran hazaña de la que sus mentes son capaces.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Es difícil de explicar. Era estupendo para nosotros iluminar nuestras fiestas nocturnas con luciérnagas cuya luz sosteníamos gracias a la energía psíquica de dos «hombres de vapor». Pero entonces ustedes, las criaturas humanas, instalaron la luz eléctrica. Nuestra recepción a través de las antenas que poseemos alcanza a kilómetros de distancia, y ustedes inventaron el telégrafo, el teléfono y la radio. Nuestros gnomos extraían el mineral con mucha mayor eficacia que los seres humanos, hasta que ustedes descubrieron la dinamita. ¿Me sigues?

—No.

—Seguramente no esperarás que unas criaturas sensitivas y superiores como los elfos, se resignasen a que un grupo de peludos mamíferos les sobrepasase. No hubiera sido tan malo de haber logrado imitar el desarrollo electrónico, pero nuestras energías

psíquicas se mostraron insuficientes al respecto. Bueno, acabamos por apartarnos de la realidad. Nos marchitamos, languidecimos y decaímos. Llámalo si quieres complejo de inferioridad, pero desde hace dos siglos fuimos abandonando lentamente al género humano y nos retiramos a centros como Avalón.

Prentiss pensaba a toda velocidad.

—Pongamos las cosas en claro. ¿Pueden manejar nuestras mentes?

—Desde luego.

—¿Puedes hacerme creer que eres invisible? Hipnóticamente, quiero decir...

—Una burda expresión..., pero sí.

—Y hace un momento cuando apareciste, alzaste una especie de bloqueo mental, ¿no es eso?

—Responderé a tus pensamientos, más que a tus palabras: no estás durmiendo, no estás loco y no soy ninguna entidad sobrenatural.

—Sólo trataba de asegurarme. Conjeturo pues que puedes leer en mi mente.

—En efecto. Una labor más bien sucia y muy poco agradable, pero lo hago cuando debo hacerlo. Tu nombre es Prentiss y te dedicas a escribir relatos fantásticos. Tienes una larva que, en este momento, se encuentra en el lugar donde las instruyen. Sé mucho sobre ti.

—¿Y dónde se encuentra exactamente Avalón?

—Nunca lo hallarías. —El elfo castañeteó sus mandíbulas dos o tres veces—. Y no especules sobre la posibilidad de prevenir a las autoridades. Te meterían en un manicomio. Sin embargo, por si crees que el conocimiento puede servirte de algo, Avalón se encuentra en medio del Atlántico y resulta totalmente invisible. Desde que inventaron el barco de vapor, los seres humanos se mueven de modo tan irracional, que nos hemos visto obligados a guarecer toda la isla bajo un escudo psíquico. Desde luego, tienen que producirse incidentes. En cierta ocasión, una nave inmensa y bárbara chocó contra nosotros. Se precisó de toda la energía psíquica de la población entera para dar a la isla la apariencia de un iceberg. «Titanic» creo que era el nombre pintado en la nave. Y en nuestros días, los aviones vuelan sobre nosotros sin parar y, a veces, algunos de ellos se estrellan en nuestro suelo. En cierta ocasión, recogimos un cargamento de botes de leche. Fue entonces cuando la probé.

—Bien, pero... ¡Maldita sea! ¿Por qué no sigues entonces en Avalón? ¿Por qué lo abandonaste?

—Me lo ordenaron —respondió con enojo el elfo—. ¡Los muy imbéciles!

—¿Cómo dices?

—Ya sabes lo que sucede cuando uno es algo diferente. No soy como el resto de ellos, y los pobres imbéciles, apegados a la tradición, lo tomaron a mal. Pura envidia. Ésa es la verdadera explicación. ¡Envidia!

—¿Y en qué sentido eres diferente?

—Dame esa bombilla. Basta con que la desenrosques. No necesitas una lámpara para leer durante el día.

Prentiss obedeció. Con un estremecimiento de repulsión, depositó el objeto en las pequeñas manos. Cuidadosamente, los dedos del elfo, tan tenues y alargados que parecían zarcillos, abarcaron la base de latón.

El filamento de la bombilla enrojeció poco a poco.

—¡Santo Dios! —exclamó Prentiss.

—Ése es mi gran talento —manifestó con orgullo el elfo—. Ya te he dicho que los elfos nunca habían logrado adaptar la energía psíquica a la electrónica. Yo sí lo he conseguido. Porque no soy un elfo vulgar, sino un mutante. ¡Un superelfo! Correspondo al estadio siguiente de nuestra evolución. Mira, esta luz se debe exclusivamente a la actividad de mi propia mente. Observa lo que ocurre cuando empleo la tuya como foco.

Y al decirlo, el filamento de la bombilla se tornó incandescente hasta resultar penoso para la vista, mientras que una sensación vaga, cosquilleante pero no desagradable, penetraba en el cráneo de Prentiss.

La bombilla se apagó, y el elfo la dejó sobre el escritorio, detrás de la máquina de escribir.

—No lo he intentado todavía —manifestó ufano—, pero creo que puedo también fisionar el uranio.

—Sí, pero..., mantener una bombilla encendida requiere energía. ¿Cómo vas a mantenerla...?

—Ya te he hablado de la energía psíquica. ¡Gran Oberón! Trata de comprenderlo, humano.

Prentiss se sentía cada vez más inquieto. Preguntó con cautela:

—¿Y en qué pretendes emplear ese don que posees?

—Volveré a Avalón, desde luego. Debería dejar a aquellos imbéciles que corrieran a su ruina, pero un elfo debe tener cierto patriotismo, aun siendo un coleóptero.

—¿Un qué?

—Nosotros, los elfos, no formamos en absoluto una especie... Yo desciendo del escarabajo, ¿sabes?

Se puso en pie sobre el escritorio y volvió la espalda a Prentiss. Lo que había parecido una simple cutícula negra y reluciente se abrió y se alzó de pronto, emergiendo dos alas membranosas y veteadas.

—¡Ah! ¿Puedes volar?

—Se precisa ser un verdadero necio para no darse cuenta que peso demasiado para volar —dijo desdeñoso el elfo—. Pero son atractivas, ¿verdad? ¿No te gusta su iridiscencia? Comparadas con ellas, las alas de los lepidópteros resultan desagradables. Chillonas y poco delicadas. Más aún, siempre las tienen al descubierto.

—¿Los lepidópteros? —exclamó Prentiss, sumido ya en una total perplejidad.

—Sí, del clan de las mariposas. Unos petulantes. Pavoneándose a la vista de los humanos para que los admiren. Espíritus mezquinos, en cierto modo. Por eso vuestras leyendas prestan siempre a las hadas alas de mariposa, en vez de escarabajo, pese a ser éstas mucho más bellas y diáfanas. Daremos a los lepidópteros lo que se merecen, cuando volvamos, tú y yo.

—Oye...

—Piensa en nuestras orgías nocturnas sobre el césped mágico... Un fulgor de destellante luz, brotando de ensortijamientos de tubos de neón —atajó el elfo, moviéndose pendularmente en lo que parecía el éxtasis propio de su especie—. Despediremos a los enjambres de avispas que uncimos a nuestros carros volantes e instalaremos en su lugar motores de combustión interna. Dejaremos de acurrucarnos en hojas cuando llega la hora de dormir y construiremos fábricas para producir colchones decentes. Te lo aseguro, viviremos... Y los demás tendrán que comer basura por haberme expulsado.

—¡Pero yo no puedo acompañarte! —baló Prentiss—. Tengo mis responsabilidades... Me debo a mi mujer y a mi hijo. No pretenderás arrancar a un hombre de sus..., de sus larvas, ¿no?

—No soy cruel —respondió el elfo, posando su mirada sobre Prentiss—. Tengo un alma sensible, como corresponde a mi condición. Sin embargo, ¿qué alternativa me queda? Debo disponer de un cerebro humano para el enfoque, de lo contrario no lograría nada. Y no todos los cerebros humanos son idóneos.

—¿Por qué no?

—¡Gran Oberón, criatura! Un cerebro humano no es algo pasivo, de madera o de piedra. Tiene que cooperar. Y únicamente cooperará si se da cuenta cabal de nuestra

facultad de duendes para manipularlo. Por ejemplo, tu cerebro me sirve, pero el de tu mujer me resultaría inservible. Me llevaría años hacerle comprender quién y qué soy.

—¡Eso es un maldito insulto! —protestó Prentiss—. ¿Pretendes decirme que creo en hadas y duendes? Pues quiero que sepas que soy un racionalista integral.

—¿Ah, sí? Cuando me revelé a ti, pensaste ligeramente en sueños y alucinaciones, pero me hablaste, me aceptaste. Tu mujer habría chillado y caído en un ataque de histeria.

Prentiss quedó silencioso. No se le ocurría respuesta alguna.

—Ahí está el problema —dijo desalentado el elfo—. Prácticamente todos los humanos se han olvidado de nosotros desde que les abandonamos. Sus mentes se han cerrado, convirtiéndose en inútiles. Desde luego, sus larvas creen en las leyendas sobre el «pueblo diminuto», pero sus cerebros están aún subdesarrollados y sólo son aptos para procesos sencillos. Cuando maduran, pierden la creencia. Francamente, no sé qué haría si no fuese por ustedes, los escritores de relatos fantásticos.

—¿A qué te refieres con eso de escritores de relatos fantásticos?

—Ustedes son los pocos adultos que siguen creyendo en el pueblo de los insectos. Y tú, Prentiss, el que más de todos. Te has dedicado a escribir relatos fantásticos por espacio de veinte años.

—Estás loco. No creo en las cosas que escribo.

—Sí que crees. No puedes remediarlo. Quiero decir que, mientras escribes, te tomas muy en serio el tema que tratas. Y con el tiempo, tu mente ha aprendido de manera natural la utilidad... ¡Bah! ¿Para qué discutir? Ya te he utilizado. Viste iluminarse la bombilla. Así pues, debes venir conmigo.

—Pero es que no quiero. —Prentiss se apartó obstinado—. ¿Vas a imponerte a mi voluntad?

—Podría hacerlo. Sin embargo, corro el peligro de hacerte daño, cosa que no deseo. Por ejemplo, en caso que no accedas a venir, haría pasar una corriente eléctrica de alto voltaje a través de tu mujer. Me repugnaría muchísimo verme obligado a ello, pero según tengo entendido tus propios congéneres ejecutan así a los enemigos públicos, de manera que sin duda hallarías el castigo menos horrible que yo. No desearía parecer brutal ni siquiera a los ojos de un humano.

Prentiss sintió que el sudor perlaba el corto pelo de sus sienes.

—Espera —dijo—, no hagas nada de eso. Examinemos la cuestión.

El elfo extendió sus membranosas alas, las agitó y volvió a plegarlas.

—Hablar, hablar, hablar... ¡Qué agotador! Seguramente tendrás leche en casa. No eres un anfitrión muy atento. De lo contrario, me habrías ofrecido algo para refrescarme.

Prentiss trató de enterrar el pensamiento que acababa de ocurrírsele, de apartarlo en lo posible de la superficie de su mente. Dijo, como al azar:

—Tengo algo mejor que leche. Iré a buscarlo.

—Quédate donde estás. Llama a tu mujer. Ella lo traerá.

—Pero no quiero que te vea... Se asustaría.

—No te preocupes por eso —repuso el duende—. La manejaré de tal modo que no se turbará lo más mínimo.

Prentiss levantó el brazo.

—Un ataque por tu parte resultaría siempre más lento que la corriente eléctrica con que heriría a tu mujer.

El brazo de Prentiss descendió. Se encaminó a la puerta de su despacho, llamando desde ella:

—¡Blanche!

La vio abajo, en la sala de estar, sentada en el sofá próximo al librero. Parecía dormir con los ojos abiertos. Prentiss se volvió hacia el duende:

—Creo que le pasa algo...

—Está sólo en estado de relajación. Te oírás. Dile lo que debe hacer.

—¡Blanche! —volvió a llamar Prentiss—. Trae la jarra del ponche y un vaso pequeño, ¿quieres?

Sin otra señal de vida, a excepción del simple movimiento, Blanche se puso en pie y desapareció de su vista.

—¿Qué es ponche? —preguntó el elfo.

Prentiss simuló entusiasmo.

—Una mezcla de leche, azúcar y huevos, batida hasta que toma una deliciosa consistencia. La leche no es más que una pócima comparada con esto.

Blanche entró con el ponche. Su lindo rostro aparecía inexpresivo. Sus ojos se volvieron hacia el elfo, pero no se iluminaron con el brillo de la comprensión.

—Aquí lo tienes, Jan —dijo.

Y se sentó en la vieja butaca de cuero situada junto a la ventana, con las manos desmadejadas sobre el regazo. Prentiss la contempló inquieto por un instante.

—¿Vas a dejarla aquí? —preguntó al elfo.

—Sí, así será más fácil de controlar... Bien, ¿no vas a ofrecerme ese ponche?

—¡Ah, sí, desde luego! Aquí lo tienes.

Vertió el blanco y espeso líquido en el vaso de cóctel. Dos noches antes, había preparado cinco botellas para los chicos de la New York Fantasy Association, y lo había regado generosamente con alcohol, sabiendo que así era como les gustaba.

Las antenas del elfo se agitaron con violencia.

—¡Un aroma celestial! —musitó.

Enlazó con los extremos de sus delgados brazos el pie de la pequeña copa y la alzó hasta su boca. El nivel del líquido descendió. Una vez llegado a la mitad, bajó el vaso, suspirando.

—¡Oh, lo que se ha perdido mi pueblo! ¡Qué creación! ¿Cómo puede existir algo semejante? Nuestros historiadores cuentan que, en tiempos muy antiguos, un duende excepcionalmente feliz se las arregló para ocupar el puesto de una larva humana recién nacida, disfrutando así del líquido fresco. Sin embargo, no creo que ni siquiera él probara nada semejante a esto...

Prentiss preguntó con un asomo de interés profesional:

—Así que ésa es la idea que subyace bajo todas esas historias de sustitución de niños, ¿eh?

—Exactamente. La hembra humana posee un gran don. ¿Por qué no aprovecharlo?

El duende volvió la vista al escote de Blanche y suspiró de nuevo. Prentiss le instó (no con demasiada avidez, sino con cierta condescendencia):

—Puedes beber cuanto quieras.

También él contempló a Blanche, en espera que diese alguna muestra de animación, síntoma que el control del elfo empezaba a disminuir.

—¿Cuándo regresa tu larva del lugar de instrucción? La necesito —dijo éste.

—Pronto, pronto —respondió nervioso Prentiss.

Consultó su reloj de pulsera. En realidad, su hijo Jan estaría de vuelta en unos quince minutos, pidiendo a gritos un trozo de tarta y un vaso de leche.

—¡Llénala —apremió el elfo—. ¡Anda, llénala!

Y saboreó complacido la nueva copa.

—En cuanto llegue la larva, te marcharás.

—¿Adónde?

—A la biblioteca. Tráete algunas obras sobre electrónica. Necesito detalles sobre cómo construir televisores, teléfonos y todo eso. Debo recoger datos y normas para el tendido, instrucciones para la construcción de tubos de vacío... ¡Detalles, Prentiss, detalles! Nos espera una tarea tremenda. Perforación petrolífera, refinado, motores, agricultura

científica... Entre tú y yo erigiremos una nueva Avalón. Una Avalón técnica. Un país de hadas científico. Crearemos un nuevo mundo.

—¡Grandioso! —aplaudió Prentiss—. Pero no descuides tu bebida...

—Ya ves. La idea va prendiendo en ti —exclamó el elfo—. Y obtendrás tu recompensa. Tendrás una docena de mujeres para ti solo.

Prentiss miró automáticamente a Blanche. Ninguna señal de haber oído, mas, ¿quién podría asegurarlo?

—Me basta con la que tengo...

—Vamos, vamos —manifestó el elfo en tono de censura—, sé sincero. Ustedes, los varones humanos, son bien conocidos de nuestro pueblo como criaturas lascivas y bestiales. Durante generaciones, nuestras madres han atemorizado a sus criaturas amenazándolas con la venida del ser humano... ¡Ah, la juventud! —exclamó, alzando la copa en el aire y brindando—: ¡Por mi propia juventud!

Y la vació de un trago.

—¿Por qué no la llenas otra vez? —sugirió al punto Prentiss—. Anda, vuévela a llenar. Así lo hizo el elfo.

—Quiero tener muchos hijos. Elegiré las mejores hembras coleópteros y multiplicaré mi linaje. La mutación proseguirá. En estos momentos soy el único, pero cuando seamos una docena, o cincuenta, los cruzaré y desarrollaré..., desarrollaré la raza del superelfo. Una raza de electro... ¡Hip...! De electrónicas maravillas e infinito futuro... Si pudiese beber un poco más... ¡Néctar! ¡El néctar primigenio!

Se oyó el súbito ruido de una puerta abierta de par en par y una voz juvenil que llamaba:

—¡Mami! ¡Eh, mami!

El elfo, con sus brillantes ojos algo turbios, continuó:

—Y después, comenzaremos a ocuparnos de los seres humanos. Primero, un poco de fe. El resto ya se lo..., hip..., enseñaremos. Será como en los viejos tiempos, pero mejorado. Un elfismo más eficaz, una unión más estrecha...

La voz del pequeño Jan se oyó más próxima, teñida de impaciencia:

—¡Eh, mami! ¿Es que no estás en casa?

Prentiss sintió que se le dilataban los ojos a causa de la tensión. Blanche seguía sentada rígidamente. La voz del elfo se tornaba pastosa, su equilibrio un poco inestable. Prentiss pensó que aún estaba a tiempo, si se atrevía a correr el riesgo.

—¡Vuelve a sentarte! —ordenó perentorio el elfo—. No vayas a cometer una estupidez... Desde el primer momento en que estableciste tu ridículo plan, sabía que había alcohol en el ponche. Los seres humanos se pasan de listos. Los duendes tenemos muchos proverbios sobre ustedes. Por fortuna, el alcohol nos produce muy poco efecto. Si al menos lo hubieras preparado a base de aguardiente, con una pizca de miel... ¡Vaya, aquí está la larva! ¿Cómo estás, pequeña cría de hombre?

Había detenido la copa a medio camino de sus mandíbulas al aparecer Jan hijo en el dintel de la puerta. El chico tenía diez años. Llevaba la cara moderadamente sucia, y el pelo inmoderadamente enredado. Sus ojos grises reflejaron una expresión de extrema sorpresa, y sus libros escolares oscilaron al final de la correa que los ataba y cuyo extremo sostenía en la mano.

—¡Papá! —exclamó—. ¿Qué le pasa a mamá? Y... ¿Y qué es eso?

El elfo ordenó a Prentiss:

—Anda, corre a la biblioteca. No perdamos más tiempo. Ya sabes los libros que necesito.

Todo rastro de incipiente embriaguez se había volatilizado de la criatura. La moral de Prentiss se derrumbó. Aquel ser había estado jugando con él.

Se levantó para cumplir la orden, mientras el elfo seguía diciendo:

—Y no me salgas con nada humano. Nada de trucos. Recuerda que tengo como rehén a tu mujer. Puedo utilizar la mente de la larva para matarla. Basta con ella. Sin embargo, no deseo hacerlo. Soy miembro de la Sociedad Ética Duendística, que propugna un trato considerado para los mamíferos hembras, por lo que puedes confiar en mis nobles principios, siempre que cumplas mis instrucciones.

Prentiss sintió que le inundaba un vehemente impulso de marcharse. Dando traspiés, se encaminó a la puerta.

—¡Papá, esto habla! —gritó el pequeño Jan—. Dice que va a matar a mamá. ¡Eh, no te vayas!

Prentiss se hallaba ya fuera de la habitación, cuando oyó al duende decir:

—No me mires con esa fijeza, larva. No haré daño a tu madre si haces exactamente lo que te digo. Soy un elfo, un duende. Ya sabes lo que es eso.

Y había llegado a la puerta delantera cuando oyó la voz atiplada de su hijo gritar salvajemente, al par que Blanche lanzaba chillido tras chillido, en estremecido tono de soprano.

El fuerte aunque invisible resorte que le arrastraba fuera de la casa saltó y se desvaneció. Cayó de espaldas, se enderezó y se precipitó escaleras arriba...

Blanche, visiblemente animada de palpitante vida, se hallaba en un rincón, rodeando con sus brazos a un lloroso Jan.

Sobre el escritorio, había un aplastado caparazón negro, cubriendo una pulpa pringosa, de la que manaba un líquido incoloro.

El chiquillo sollozaba histéricamente:

—¡Le pegué! ¡Le di con los libros! ¡Le estaba haciendo daño a mamá!

Pasó una hora. Prentiss sintió que el mundo de la normalidad iba filtrándose de nuevo por los intersticios que había dejado la criatura de Avalón. El elfo quedó reducido a cenizas en el incinerador que había detrás de la casa. El único resto de su existencia se reducía a una húmeda mancha al pie de la mesa del despacho.

Blanche seguía con una palidez enfermiza. Marido y mujer hablaron cuchicheando:

—¿Cómo está el chico?

—Viendo la televisión.

—¿Se encuentra bien?

—Él está estupendamente, pero yo voy a tener pesadillas durante semanas.

—Lo sé. Ocurrirá así a menos que descartemos lo pasado de nuestras mentes. No creo que volvamos a ver otra de esas... cosas por aquí.

—No puedo explicarte lo espantoso que fue —dijo Blanche—. Oí cada palabra que decía, incluso cuando me encontraba abajo, en la sala de estar.

—Se trataba de telepatía, ¿sabes?

—Me resultaba imposible moverme. Luego, cuando te marchaste, logré hacerlo ligeramente. Intenté gritar, pero todo cuanto conseguí fue gemir y sollozar. De repente, Jan lo aplastó, y entonces me sentí libre. No comprendo cómo sucedió.

Prentiss sintió una triste satisfacción.

—Creo que yo sí lo sé. Me tenía bajo su control debido a que acepté la verdad de su existencia. Y te tenía a raya a ti a través de mí. Cuando abandoné la habitación, la creciente distancia hizo más difícil el empleo de mi mente como una lente psíquica. Pudiste comenzar a moverte. Cuando llegué a la puerta de la calle, el elfo pensó que ya era hora de pasar la conexión de mi mente a la del chiquillo. Ése fue su error.

—¿En qué sentido?

—Se imaginó que todos los niños creen en hadas y duendes. Estaba equivocado. Los chicos norteamericanos de hoy no creen en eso. Jamás oyeron hablar de ellos. Creen en Tom Corbett, en Hopalong Cassidy, en Dick Tracy, en Howdy Doody, en Superman y en otra docena de cosas, pero no en los cuentos de hadas. El duende no se dio cuenta de

los súbitos cambios culturales logrados por los libros y revistas de historietas y por la televisión. Cuando intentó captar la mente de Jan, no lo consiguió. Antes que recobrar su equilibrio psíquico, el chico le atacó de modo fulminante, presa de pánico al pensar que iba a hacerte daño. Siempre lo dije, Blanche. Los antiguos motivos populares de leyenda sobreviven sólo en las obras modernas de literatura fantástica, y ésta es sólo pasto para los adultos. ¿Comprendes ahora mi punto de vista?

—Sí, querido —respondió Blanche con humildad.

Prentiss se metió las manos en los bolsillos y rió quedamente entre dientes.

—Mira, Blanche, la próxima vez que vea a Walt Rae, le diré que he decidido escribir sobre eso. Me parece que ya es hora que los vecinos sepan...

Jan hijo, sosteniendo en la mano una enorme rebanada de pan con mantequilla, entró en el despacho de su padre en busca del oscurecido recuerdo. Papá le dio unas palmaditas en la espalda y mamá le sirvió más pan con mantequilla. Estaba comenzando a olvidarlo todo. Sobre la mesa del despacho había un ser estrafalario capaz de hablar que...

Mas todo había sucedido con tanta rapidez que los detalles se entremezclaban en su cerebro.

Se encogió de hombros y, a la última luz del sol del atardecer, lanzó una ojeada a la cuartilla a medio escribir metida en la máquina de su padre y luego al pequeño montón de papel sobre la mesa.

Leyó un rato, frunció los labios y murmuró:

—¡Caray! Otra vez esas bobadas de hadas y duendes. ¡Siempre cosas de niños!

Y abandonó la habitación.

EL LUGAR ACUÁTICO

Jamás tendremos viajes espaciales. Y lo que es más, ningún extraterrestre aterrizará nunca en la Tierra... Al menos ninguno más.

No me estoy mostrando simplemente pesimista. A decir verdad, el viaje espacial es posible, y los extraterrestres han aterrizado. Lo sé. Las astronaves cruzan el espacio entre un millón de mundos, pero nunca llegaremos a ellos. Eso también lo sé. Y todo a causa de un ridículo error.

Me explicaré.

Fue en efecto un error de Bart Cameron, por lo demás muy comprensible. Bart Cameron es el sherif de Twin Gulch, Idaho, y yo, su delegado. Bart Cameron, hombre de por sí impaciente, se impacienta todavía más cuando debe efectuar su declaración de renta. Cosa natural, ya que, además de su cargo de sherif, posee un almacén —que él mismo regenta—, tiene intereses en un rancho de ovejas, hace algún trabajo de experimentación, disfruta de una pensión por ser un veterano inválido (una rodilla estropeada) y otras cosas por el estilo, lo cual lógicamente complica su declaración de renta.

No le iría tan mal si permitiera que algún recaudador de impuestos le llenara los impresos, pero insiste en hacerlo personalmente, lo cual le convierte en un hombre amargado. Hacia el 14 de abril, está inabordable.

Así, no pudo ocurrir nada peor que el hecho que el platillo volante aterrizara justo el 14 de abril de 1956.

Yo lo vi aterrizar. Mi silla estaba apoyada contra la pared, en el despacho del sherif, y me hallaba mirando a las estrellas a través de las ventanas, sintiéndome demasiado

perezoso para volver a mi tienda y preguntándome si debía presentar mi dimisión y largarme o quedarme escuchando las maldiciones y juramentos de Cameron, mientras repasaba sus columnas de cifras por cientovigesimalésima vez.

Al principio semejaba una estrella fugaz. Luego, la estrella de luz se ensanchó en dos chorros parecidos a escapes de cohete, y por último el objeto descendió con suavidad y sin detenerse, sin un sonido. Una hoja seca habría producido un murmullo más fuerte al caer y chocar contra el suelo. Dos hombres salieron del aparato.

Fui incapaz de decir ni hacer nada; ni tragar saliva ni apuntar con el dedo, ni siquiera desorbitar los ojos. Me quedé sentado e inmóvil.

¿Y Cameron? Ni siquiera alzó la vista.

Hubo un golpe en la puerta, que no estaba cerrada y acabó de abrirse, entrando los dos hombres del platillo volante. Yo habría pensado que se trataba de unos ciudadanos cualesquiera, de no haber visto el artefacto aterrizar en la maleza. Llevaban trajes de un tono gris que recordaba el carbón vegetal, con blancas camisas y guantes marrones. Calzaban zapatos negros y lucían sombreros flexibles del mismo color. Eran de tez oscura, pelo negro y ondulado y ojos castaños. Sus caras y miradas mostraban una expresión de gran seriedad, y medían alrededor del metro cincuenta. Tenían un gran parecido.

¡Dios, qué asustado me sentía!

Cameron, en cambio, alzó la vista al abrirse la puerta y frunció el entrecejo. Creo que, de ordinario, habría reído hasta saltársele el botón del cuello de la camisa al ver indumentarias como aquéllas en Twin Gulch, pero se hallaba tan absorto en la redacción de sus impresos que ni siquiera esbozó una sonrisa.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó, dando unas palmadas sobre los impresos de la declaración, en evidente señal que no disponía de mucho tiempo.

Uno de los dos individuos se adelantó.

—Hemos mantenido a su gente bajo observación durante mucho tiempo.

Pronunciaba cada palabra cuidadosamente y como por separado.

—¿A mi gente? Toda mi familia se reduce a mi mujer. ¿En qué lío se ha metido?

El tipo prosiguió:

—Escogimos esta localidad para nuestro primer contacto debido a su aislamiento y su tranquilidad. Sabemos que es usted el jefe aquí.

—Soy el sheriff, si se refiere a eso. Vamos, escúpalo. ¿Qué les sucede?

—Hemos puesto gran cuidado en adoptar su forma de vestir, incluso su aspecto.

—¿Ésa es mi forma de vestir?

Sin duda, se había fijado en los atavíos de aquellos seres por primera vez.

—La forma de vestir de su clase social dominante. También hemos aprendido su idioma.

Por la expresión de Cameron, se vio que se encendía una luz en su cerebro:

—¡Ah! ¿Son ustedes extranjeros?

A Cameron le importaban un comino los extranjeros, no habiendo conocido a muchos de ellos a no ser en el ejército, pero por regla general procuraba mostrarse amable con ellos.

—¿Extranjeros? —repitió el hombre del platillo—. Pues sí, realmente lo somos. Venimos del lugar acuático que vuestro pueblo llama Venus.

Yo estaba reuniendo fuerzas para pestañear, pero no me condujo a nada. Había visto el platillo volante. Lo había visto aterrizar. ¡Tenía que creer en sus palabras! Aquellos hombres..., o más bien aquellos seres..., provenían de Venus.

Pero Cameron nunca pestañeaba.

—Está bien —dijo—. Se encuentran en los Estados Unidos. Todos tenemos los mismos derechos, sin que importen la raza, el credo, el color o la nacionalidad. Estoy a su servicio. ¿En qué puedo serles útil?

—Deseamos que tome disposiciones inmediatas para que los hombres importantes de sus Estados Unidos, como los llaman ustedes, vengan aquí para entablar las discusiones conducentes a la adhesión de su pueblo a nuestra organización.

Cameron empezó a ponerse rojo.

—¿Que nuestro pueblo se adhiera a su organización? Formamos parte de la ONU, y Dios sabe de cuántas más. ¿Y se imaginan que voy a traer al presidente aquí, eh? ¿Ahora mismo? ¿A Twin Gulch? ¿Mediante un mensaje urgente?

Me miraba como si buscara una sonrisa en mi cara, pero me hubiera caído al suelo de retirarme la silla en que estaba sentado.

—La rapidez es muy de desear —manifestó el hombre del platillo.

—¿Y desea que acudan también los componentes del Congreso? ¿Y los senadores?

—Si cree que servirán de alguna ayuda...

Cameron estalló. Golpeando con el puño los impresos de su declaración de renta, aulló:

—¡Pues ustedes no me sirven de nada y no dispongo de tiempo para atender a todos los chiflados que se presenten por aquí, en especial si son extranjeros! ¡Váyanse al diablo! Y pronto. Si no desaparecen inmediatamente, les meteré en la cárcel por perturbar la paz. ¡Y no les dejaré salir en su vida!

—¿De modo que quiere que nos marchemos? —preguntó el hombre de Venus que llevaba la voz cantante.

—¡Y en seguida! ¡Váyanse a pasear por donde han venido y no vuelvan nunca más! No quiero verles otra vez por aquí. Ni a ustedes ni a nadie por el estilo.

Los dos hombres se miraron. En sus caras hubo una serie de ligeras contracciones. Después, el mismo que había llevado todo el tiempo la voz cantante afirmó:

—Puedo ver en su mente que realmente desea con gran intensidad que se le deje solo. No entra en nuestras costumbres forzar a participar en nuestra organización a quien no lo desea. Respetamos su aislamiento y nos vamos. No volveremos. Dispondremos un círculo de prevención en torno a su pueblo. Nadie entrará en él, y tampoco su gente podrá traspasarlo.

—¡Oiga usted! —barbotó Cameron—. Ya estoy harto de tantas tonterías, así que voy a contar hasta tres...

Los dos venusianos giraron sobre sus talones y se marcharon, y yo supe que todo cuanto habían dicho era cierto. Les estuve escuchando, cosa que Cameron no hacía, debido a que sólo pensaba en su declaración de renta. Para mí fue como si oyese sus mentes... ¿Comprenden lo que quiero decir? Sabía que crearían una especie de valla en torno a la Tierra que nos mantendría como en un corral, impidiéndonos abandonarla y que otros entrasen en ella. Lo sabía.

Cuando ambos individuos desaparecieron, recuperé el habla... Demasiado tarde.

—¡Cameron! —chillé—. ¡Por el amor de Dios, venían del espacio! ¿Por qué los ha despedido?

—¿Del espacio? —repitió, mirándome con fijeza.

—¡Mire! —aullé.

No sé cómo lo conseguí, pesando como pesa trece kilos más que yo, pero le tomé del cuello de la camisa y casi lo arrastré hasta la ventana.

Estaba demasiado sorprendido para resistirse. Cuando recuperó lo bastante el sentido como para dar aparentes muestras que iba a asestarme un puñetazo, reparó en lo que acontecía en el exterior, a través de la ventana, y se quedó sin respiración.

Los dos individuos entraban en aquel momento en el platillo volante, grande, redondo, reluciente y poderoso. Se alzó un poco, ligero como una pluma. Surgió un fulgor rojo anaranjado en uno de sus lados, fulgor que se tornó cada vez más brillante, al tiempo que la nave se hacía más pequeña, hasta convertirse de nuevo en una estrella fugaz, que fue desvaneciéndose lentamente.

—¿Sherif, por qué los ha despedido? —insistí—. Tenían que ver al presidente. Ahora no volverán nunca más.

—Pensé que eran extranjeros —se disculpó Cameron—. Han dicho que habían tenido que aprender nuestro idioma. Y hablaban de una manera muy graciosa.

—Claro, claro... Extranjeros.

—Ellos lo confirmaron. Parecían italianos. Yo pensé en efecto que eran italianos.

—¿Cómo podían ser italianos? Han dicho que venían del planeta Venus. Les he oído muy bien. Eso es lo que han dicho.

—¡El planeta Venus...!

Los ojos de Cameron se abrieron desmesuradamente, redondeándose como los de un búho.

—Eso es. Lo denominaron lugar acuático, o algo semejante. Ya sabe que Venus tiene gran cantidad de agua.

Así que ya ven. Se debió sólo a un error, un estúpido error del tipo que cualquiera puede cometer. Pero a causa de él, la Tierra no conseguirá nunca efectuar viajes espaciales. Jamás aterrizaremos en la Luna, ni nos visitarán de nuevo los venusianos. Y todo por culpa de Cameron y su maldita declaración de renta.

Entretanto, él murmuraba:

—¿Venus? ¡Cuando hablaron del lugar acuático, pensé que se referían a Venecia!

ESPACIO VITAL

Clarence Rimbro no ponía más objeciones al hecho de vivir en la única casa de un planeta deshabitado de las que pondría cualquier otra persona entre el trillón de habitantes de la Tierra.

Si alguien le hubiese preguntado con respecto a sus posibles objeciones, habría mirado desconcertado a su interlocutor. Sin duda, su casa era mucho más espaciosa que ninguna de la Tierra, y mucho más moderna. Contaba con abastecimiento independiente de aire y de agua y guardaba gran cantidad de alimentos en sus frigoríficos. Se hallaba aislada del planeta sin vida al cual la fijaba un campo de fuerzas, pero las habitaciones se alzaban junto a una granja de dos hectáreas (bajo cristales, desde luego), la cual, gracias a la benéfica luz solar, daba flores para el placer y vegetales para la salud. Hasta criaba unos cuantos pollos. Procuraba a la señora Rimbro alguna labor para las tardes y significaba un lugar para que los dos pequeños Rimbro jugaran cuando se cansaban de estar encerrados.

Además, si se deseaba volver a la verdadera Tierra, si se insistía en ello, si se quería de verdad tener gente y aire alrededor, así como agua para nadar, sólo se precisaba cruzar la puerta delantera de la casa.

Entonces, ¿dónde estaba la dificultad?

Tampoco hay que olvidar que en el planeta sin vida sobre el que se hallaba emplazada la casa de Rimbro, el silencio era total, excepto en caso de viento o lluvia, con sus monótonos efectos. Y el aislamiento, completo, así como cabal la sensación de absoluta propiedad respecto a los tres millones de kilómetros cuadrados de la superficie planetaria.

Clarence Rimbro apreciaba todo aquello a su distante manera. Era contable, hábil en el manejo de modelos de computadoras muy perfeccionadas, preciso en sus modales e indumentaria, no muy dado a la sonrisa bajo su breve y bien recortado bigote y debidamente consciente de su propia valía. Cuando iba del trabajo a casa, pasaba por el lugar que hubiera ocupado su vivienda en la verdadera Tierra. Jamás dejaba de mirarlo con cierta presunción.

Bueno, por razones de negocios o trabajo, o por una especie de perversión mental, había quien vivía aún en la verdadera Tierra. Mala cosa. Después de todo, el suelo de la Tierra tenía que proporcionar los minerales y abastecer del básico alimento a su trillón de habitantes (en cincuenta años, llegarían a dos trillones). En esas condiciones, el espacio suponía un premio. Las casas de la Tierra no podían ser mayores, y a las personas que vivían en ellas no les quedaba más remedio que someterse al hecho.

Incluso el proceso de regresar a la suya encerraba un suave placer. Penetraba en el disco comunitario que le estaba asignado (y que semejaba más bien, como todos ellos, un achaparrado obelisco) e invariablemente hallaba a otros que esperaban para utilizarlo. Y aún llegarían más, antes que él alcanzara el extremo de la línea. Se trataba de una época sociable.

«¿Cómo es su planeta?» «¿Y cómo es el suyo?» La acostumbrada charla intrascendente. A veces, alguien tropezaba con problemas. Averías en la maquinaria o tormentas que alteraban desfavorablemente el terreno. Pero no a menudo.

Así pasaba el tiempo, y Rimbro llegaba a la cabeza de la línea. Metía su llave en la ranura, componía la debida combinación y entraba en una nueva pauta de probabilidad, la suya particular, la que se le había asignado cuando se casó y se convirtió en ciudadano productor, una pauta de probabilidad en la cual la vida no se desarrollaba nunca en la Tierra. Y girando hacia su particular Tierra sin vida, penetraría en su propio hogar.

Simplemente así.

Jamás se preocupaba de las demás probabilidades. ¿Con pretexto de qué? No les concedía ni un solo pensamiento. Había un número infinito de posibles Tierras, cada una de las cuales existía en su propio nicho, en su propia pauta de probabilidad. Puesto que, en un planeta como la Tierra, había según los cálculos alrededor de un cincuenta por ciento de posibilidades que se desarrollase la vida, la mitad de las posibles Tierras (infinitas, puesto que la mitad de infinito es igual a infinito) poseían vida, y la otra mitad (asimismo infinita) no la poseían. Y el vivir sobre unos trescientos billones de Tierras desocupadas suponía la existencia de trescientos billones de familias, cada una de ellas con su propia y magnífica casa, equipada con la energía suministrada por el sol de esa probabilidad, y cada una de ellas en paz y seguridad. El número de Tierras así ocupadas se incrementaba en millones a diario.

Cierto día, cuando Rimbro regresó al hogar, su esposa, Sandra, le dijo al entrar:

—He oído un ruido de lo más peculiar.

Se alzaron las cejas de Rimbro, en tanto miraba inquisitivo a su mujer. Aparte de cierto temblor en sus delgadas manos y cierto decaimiento reflejado en las comisuras de su apretada boca, parecía normal.

—¿Ruido? ¿Qué ruido? Yo no oigo nada.

Se detuvo, con el abrigo a medio camino del criado mecánico, que lo esperaba pacientemente.

—Ahora ha cesado —explicó Sandra—. Era como un golpeteo sordo o como un retumbar. Se oía un rato y luego se detenía, para volver de nuevo y cesar otra vez. Jamás había oído nada por el estilo.

Rimbro colgó el abrigo y dijo:

—Pero eso es completamente imposible...

—Te digo que lo oí.

—Examinaré la maquinaria —murmuró él—. Puede que algo funcione mal.

Sin embargo, sus ojos expertos no descubrieron nada en ella. Encogiéndose de hombros, se fue a cenar. Escuchó el zumbido de los criados mecánicos entregados a sus diversas tareas, se detuvo a contemplar al que secaba los platos y ordenaba los cubiertos y comentó, frunciendo los labios:

—Quizás alguno de estos artilugios esté mal ajustado. Lo repararé.

—No fue nada semejante a eso, Clarence.

Rimbro se acostó sin preocuparse más por la cuestión. Se despertó al sentir la mano de su mujer que le sacudía por el hombro. Tendió la suya hacia el conmutador que conectaba la iluminación de las paredes.

—¿Qué sucede? ¿Qué hora es?

Ella meneó la cabeza.

—¡Escucha! ¡Escucha!

«¡Santo Dios! —pensó Rimbro—. En efecto, hay un ruido.» Un rumor sordo o una especie de ronquido que se intensificaba y se desvanecía.

—¿Un temblor de tierra? —murmuró.

Desde luego, pensó, de vez en cuando se producía alguno en todos los planetas, aunque por regla general se evitaban las zonas expuestas a ellos.

—¿Hubiera durado todo el día? —preguntó malhumorada Sandra—. Me parece que se trata de algo distinto. —Y luego manifestó el secreto terror de toda ama de casa nerviosa—: Creo que hay alguien en el planeta con nosotros. Este mundo está habitado.

Rimbro hizo lo único que lógicamente podría hacer. Al llegar la mañana, llevó a su esposa e hijos a casa de su suegra. Y en cuanto a él, se tomó también un día para ir a la Oficina de Alojamiento del sector.

Aquella cuestión le tenía muy fastidiado.

Bill Ching, de la Oficina de Alojamiento, era de baja estatura, jovial y orgulloso de su ascendencia en parte mongola. Pensaba que las pautas de probabilidad habían solucionado hasta el último de los problemas. Alee Mishnoff, de la misma oficina, creía en cambio que significaban un cepo en el que había sido atrapada la Humanidad de modo irremediable. En su juventud se había especializado en arqueología, estudiando una serie de temas antiguos, de los que continuaba atiborrada su delicadamente equilibrada cabeza. Su rostro lograba parecer sensitivo a pesar de sus espesas cejas. Acariciaba una idea que hasta entonces no se había atrevido a compartir con nadie, aunque su preocupación por ella le había apartado de la arqueología y metido en la cuestión del alojamiento.

A Ching le gustaba decir: «¡Al diablo con Malthus!» Venía a ser su marca de fábrica.

—Sí, al diablo con Malthus —dijo una vez más—. Probablemente hemos llegado al límite de la superpoblación. Por muy de prisa que nos dupliquemos y reduplicemos, el Homo sapiens forma siempre un número finito. Y los mundos deshabitados son infinitos. Por lo demás, no hay razón para construir sólo una casa en cada planeta; podemos construir cien, mil, un millón. Contamos con mucho espacio y mucha energía para cada probabilidad solar.

—¿Más de una casa en cada planeta? —repitió Mishnoff en tono desabrido.

Ching sabía muy bien a qué se refería. Cuando se habían establecido las pautas de probabilidad, la propiedad exclusiva de un planeta constituyó un poderoso incentivo para los primeros colonizadores. Era una idea atrayente para el esnobismo y la tendencia al despotismo que existían en cada cual. «No hay hombre tan pobre —rezaba el eslogan publicitario— como para no poseer un imperio tan grande como Gengis Khan.» Anunciar una colonización múltiple supondría una afrenta para todo aquel que se estimara en algo.

Ching se encogió de hombros.

—Bueno, requeriría una preparación psicológica previa. Es lo único que se precisa para poner en marcha todo el asunto.

—¿Y la alimentación?

—Ya sabe que estamos instalando explotaciones hidropónicas y plantas de cultivo de levaduras en otras pautas de probabilidad. Y de necesitarlo, podríamos cultivar su suelo.

—Usando ropa especial e importando oxígeno.

—Nos queda el recurso de reducir el dióxido de carbono mediante el oxígeno, hasta que las plantas prendan y actúen por sí mismas.

—Calcule un millón de años.

—Mishnoff, el problema con usted es que lee demasiados libros de historia antigua. Eso le inspira tendencias obstruccionistas.

Pero Ching tenía demasiada genio blando para decir aquello en serio, y Mishnoff continuó con sus libros y sus preocupaciones. Anhelaba que llegase el día en que, tras reunir el valor necesario, acudiría al director de la sección para exponerle sin rodeos, como un escopetazo, lo que le causaba tanta desazón.

Ahora, se enfrentaban a un tal señor Clarence Rimbro, ligeramente sudoroso y muy enojado por el hecho de haber necesitado las horas más provechosas de dos días para llegar hasta esa oficina.

El punto álgido de su exposición consistía en lo siguiente:

—Digo que ese planeta está habitado. Por lo tanto me niego a quedarme en él.

Una vez que hubo escuchado su relato por completo, Ching recurrió al método suave de la diplomacia.

—Un ruido como ése se debe sin duda alguna a un fenómeno natural.

—¿Qué clase de fenómeno natural? —preguntó Rimbro—. Deseo una investigación. Si se trata de un fenómeno natural, quiero saber su origen. Afirmando que el lugar está habitado. Hay vida en él, puedo jurarlo. No pago mi renta por compartir el planeta. Y menos con dinosaurios, a juzgar por el jaleo que arman.

—Veamos, señor Rimbro, ¿cuánto tiempo lleva viviendo en su mundo?

—Quince años y medio.

—¿Y ha habido siempre una evidencia de vida?

—La hay ahora. Y como ciudadano con tarjeta de producción de categoría A-1, pido una investigación.

—Desde luego que investigaremos, señor. Sólo deseamos convencerle que todo está en orden. ¿Se da cuenta del cuidado con que seleccionamos nuestras pautas de probabilidad?

—Soy experto en estadística. Se supone que debo estar bastante enterado de eso —respondió al punto Rimbro.

—Entonces sabrá a buen seguro que nuestras computadoras no pueden fallar. Jamás eligen una probabilidad que haya sido elegida antes. Les resulta imposible. Y se hallan programadas para escoger pautas de probabilidad en las que la Tierra tenga una atmósfera de dióxido de carbono y en las cuales, por lo tanto, no se ha desarrollado nunca la vida vegetal y menos aún la animal. Si las plantas hubieran evolucionado, el dióxido de carbono se habría reducido a oxígeno. ¿Lo comprende?

—Lo comprendo muy bien. No he venido aquí para escuchar conferencias. Deseo que procedan ustedes a una investigación, nada más. Es realmente humillante pensar que comparto mi mundo, mi propio mundo, con alguien más. No estoy dispuesto a soportarlo.

—No, desde luego que no —masculló Ching, evitando la sardónica ojeada de Mishnoff—. Nos presentaremos allí antes de la noche.

Y con todo el equipo necesario, se dirigieron al lugar de viraje.

—Quería preguntarle algo —le dijo Mishnoff a Ching—. ¿A qué viene esa rutina de «no hay que preocuparse, señor»? Siempre se preocupan. ¿Qué consigue con eso?

—Debo intentarlo. No debieran preocuparse —respondió Ching con petulancia—. ¿Ha oído hablar alguna vez de un planeta con atmósfera de dióxido de carbono que estuviese habitado? Además, Rimbro pertenece al tipo de los que expanden rumores. Los huelo. Si se le anima un poco, terminará por decir que su sol se transformó en nova.

—Sucede a veces.

—¿Y qué? Desaparece una casa y muere una familia. Oiga, usted es un obstruccionista. En los antiguos tiempos, esos que tanto le gustan, había una inundación en China o en otra parte cualquiera y miles de personas perecían, pese a que la población no excedía de un despreciable billón o dos.

—¿Cómo sabe usted que el planeta de Rimbro no tiene vida? —murmuró Mishnoff.

—Atmósfera de dióxido de carbono.

—Pero suponga...

No, aquello no serviría. No podía decirlo. Terminó débilmente:

—Suponga que se desarrolla una vida vegetal y animal capaz de subsistir a base de dióxido de carbono.

—Jamás ha sido observada.

—En un número infinito de mundos todo puede suceder. —Y añadió en un murmullo—: Todo debe suceder.

—Las probabilidades son de una entre un duodecillón —respondió Ching, encogiéndose de hombros.

Llegaron al punto de viraje y, utilizando el dispositivo de giro de su vehículo —para enviarlo al área de almacenamiento de Rimbro— penetraron en la pauta de probabilidad de éste. Ching tomó la delantera, siguiéndole Mishnoff.

—Magnífica casa —manifestó Ching con satisfacción—. Bonito modelo. Muy buen gusto.

—¿Oye algo? —preguntó Mishnoff.

—No.

Ching entró en el huerto.

—¡Vaya! —gritó—. ¡Gallinas rojas de Rhode Island!

Mishnoff le siguió, mirando el techo de cristal. El sol presentaba el mismo aspecto que el de un trillón de otras Tierras. Dijo con aire ausente:

—Tal vez haya vida vegetal naciente. Tal vez la concentración de dióxido de carbono empiece a disminuir. La computadora no lo advertiría.

—Y habrían de transcurrir millones de años antes que la vida animal se organizara y algunos millones más antes que emergiera del mar.

—¿Y por qué tendría que seguir ese proceso?

Ching pasó un brazo por los hombros de su compañero.

—Rumia usted demasiado —le reconvino—. Algún día me dirá lo que realmente le preocupa, en vez de sólo sugerirlo. Entonces lo solucionaremos.

Mishnoff se desprendió del brazo, frunciendo el entrecejo, incómodo. La tolerancia de Ching se le hacía siempre difícil de soportar.

—¡Déjese de psicoterapias...! —comenzó. Y se detuvo casi al punto, para cuchichear—: ¡Escuche!

Se oyó un ruido sordo y lejano. Y se volvió a oír.

Colocaron el sismógrafo en el centro de la habitación, activaron el campo energético que penetraba hacia abajo y lo fijaron rígidamente al lecho rocoso, quedándose en contemplación de la oscilante aguja.

—Ondas de superficie tan sólo —dijo Mishnoff—. Muy superficial. Nada subterráneo.

Ching se ensombreció un tanto.

—¿Qué es entonces? —preguntó.

—Será mejor que busquemos afuera. —El rostro de Mishnoff estaba gris de aprensión—. Debemos colocar un sismógrafo en otro punto para determinar la posición del foco.

—Naturalmente —asintió Ching—. Yo saldré con el otro sismógrafo. Espéreme aquí.

—No —exclamó Mishnoff con gran energía—. Iré yo.

Se sentía aterrorizado, pero no tenía otra alternativa. Si era lo que temía, había que prepararse. Él estaba prevenido. Enviar fuera a un Ching que nada sospechaba sería desastroso. Y no podía avisar a Ching. Seguro que no le creería.

Pero, como Mishnoff no tenía madera de héroe, temblaba al revestir el traje autónomo. Manoseó nervioso el interruptor, intentando disolver localmente el campo de fuerza, a fin de dejar libre la salida de urgencia.

—¿Hay algún motivo para que desee ir usted? —preguntó Ching, contemplando las ineptas manipulaciones de su compañero—. Que conste que no me opongo.

—Todo va bien. Ya salgo —contestó Mishnoff con la garganta seca.

Atravesó la puerta que conducía a la desolada superficie de un mundo sin vida. Un mundo presuntamente sin vida.

El panorama no le era desconocido. Lo había visto docenas de veces. Roca pelada, erosionada por el viento y la lluvia, encostrada y cubierta de arena en los barrancos. Un arroyo batía ruidoso contra su lecho de piedra. Todo pardo y gris, sin muestra alguna de verdor. Ni el menor sonido de vida.

Sin embargo, el sol era el mismo y, al caer la noche, las constelaciones serían las mismas también.

El lugar de habitación se hallaba situado en la región que en la verdadera Tierra corresponde a El Labrador. De hecho, también se trataba aquí de El Labrador. Se había calculado que aproximadamente sólo en una entre un cuatrillón de Tierras se daban cambios importantes en el desarrollo geológico. Los continentes se reconocían muy bien, salvo por muy pequeños detalles.

A pesar de la situación y de la época del año —octubre—, la temperatura resultaba pegajosamente elevada, debido al efecto de almacenamiento del dióxido de carbono en la atmósfera de aquel mundo muerto.

Metido en su traje, y a través del visor transparente, Mishnoff lo contemplaba todo con ojos sombríos. Si el epicentro del ruido se encontraba próximo, bastaría ajustar el segundo sismógrafo a cosa de kilómetro y medio para la fijación. En caso contrario, tendría que traerse un patín aéreo. Bien, comenzaría por asumir la hipótesis de menor complicación.

Metódicamente, echó a andar por la ladera de un cerro rocoso, con la intención de instalarse en la cima. Al llegar a ella, jadeante y muy molesto por el calor, descubrió que no necesitaba ninguna instalación. El corazón le aporreaba con tal fuerza en el pecho que apenas alcanzaba a oír su propia voz al aullar en el micrófono instalado ante su boca:

—¡Eh, Ching, hay una construcción en marcha!

—¿Qué?

La exclamación del otro restalló en sus oídos. No existía error alguno. El suelo estaba siendo nivelado. Había maquinaria en pleno funcionamiento, y la roca volaba a causa de los explosivos.

—Están efectuando voladuras. A eso se debe el ruido —vociferó Mishnoff.

—¡Pero eso es imposible! —gritó de nuevo Ching—. La computadora no habría elegido por dos veces la misma pauta de probabilidad. No puede.

—Usted no comprende... —comenzó Mishnoff.

Pero Ching seguía su propio proceso mental.

—Vaya allí, Mishnoff. Yo salgo también.

—¡No, maldita sea! ¡Quédese donde está! —gritó Mishnoff alarmado—. Manténgase en contacto por radio conmigo. Y por el amor de Dios, permanezca dispuesto a salir volando hacia la Tierra tan pronto como le avise.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa?

—Aún no lo sé. Deme una oportunidad para descubrirlo.

Ante su propia sorpresa, notó que sus dientes castañeteaban.

Mascullando jadeantes maldiciones contra la computadora, las pautas de probabilidad y la necesidad insaciable de espacio vital por parte de un trillón de seres humanos que se expandían como una bocanada de humo, Mishnoff dio unos pasos vacilantes hacia el otro lado del declive, haciendo rodar las piedras, que despertaron peculiares ecos.

Un hombre salió a su encuentro, vestido asimismo con un traje impermeable, diferente en muchos detalles del de Mishnoff, pero destinado con toda evidencia al mismo propósito, llevar oxígeno hasta los pulmones.

Mishnoff jadeó sin aliento en su micrófono:

—¡Atención, Ching! Un hombre viene hacia mí. Mantenga el contacto.

Notó que los latidos de su corazón se incrementaban y el ritmo de sus pulmones se hacía más lento. Los dos hombres se miraban ahora mutuamente con fijeza. El otro era rubio, de facciones afiladas. Su sorpresa era demasiado patente para ser fingida.

El recién llegado dijo con voz dura:

—Wer sind Sie? Was machen Sie hier? (¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?)

Mishnoff se sintió apabullado. Había estudiado el alemán antiguo durante dos años, en la época en que esperaba dedicarse a la arqueología, y comprendió la pregunta, pese a que la pronunciación difería de la que le enseñaran.

Tartamudeó estúpidamente:

—Sprechen Sie Deutsch? (¿Habla usted alemán?)

Y acto seguido debió murmurar algo tranquilizador con destino a Ching, cuya agitada voz preguntaba qué significaba aquel galimatías.

El hombre que hablaba alemán no respondió a su pregunta, sino que repitió:

—Wer sind Sie? (¿Quién es usted?) —Y añadió con impaciencia—: Hier ist für einen verrückten Spass keine Zeit. (No tenemos tiempo para bromas estúpidas.)

Tampoco a Mishnoff le daba la impresión de enfrentarse a una broma particularmente estúpida. Sin embargo, volvió a preguntar:

—Sprechen Sie Planetisch? (¿Habla usted planetario?)

No conocía la palabra alemana correspondiente a «lenguaje corriente planetario». Demasiado tarde pensó que debía haber dicho «inglés».

El otro hombre le miró con ojos desorbitados y barbotó:

—Sind Sie wahnsinnig? (¿Está usted loco?)

Mishnoff se sentía casi dispuesto a concederlo. En débil autodefensa, dijo:

—¡No estoy loco, maldita sea! Quiero decir... Auf der Erde woher Sie gekom... (De la Tierra de donde usted ha veni...)

Se detuvo al no recordar las palabras germanas adecuadas. Pero una idea le roía la mente. Tenía que hallar algún medio de comprobarla. Continuó desesperado:

—Welches Jahr ist es jetzt? (¿En qué año estamos?)

Seguro que el forastero, que dudaba ya que él estuviera en sus cabales, quedaría convencido de su demencia ante su pregunta. Bueno, al menos Mishnoff conocía el alemán suficiente para formularla.

El otro murmuró algo que sonó como un claro juramento germano, pero acabó por contestar:

—Es ist doch zweitausenddreihundervierundsechzig, und warum... (Pues en el dos mil trescientos sesenta y cuatro. ¿Por qué...?)

Siguió un torrente de palabras en un alemán incomprensible por completo. En todo caso, aquello le bastaba por el momento. Si había traducido de manera correcta, el año era el 2364, que equivalía a unos dos mil en el pasado. ¿Cómo podía ser?

—Zweitausenddreihundervierundsechzig? (¿Dos mil trescientos sesenta y cuatro?) —murmuró.

—Ja, ja —corroboró el otro con manifiesto sarcasmo—. Zweitausenddreihundertvierundsechzig. Der ganze Jahr lang ist es so gewesen. (Sí, sí. Dos mil trescientos sesenta y cuatro. Así ha sido durante todo el año.)

Mishnoff se encogió de hombros. La manifestación indicando que todo el año lo había sido suponía una floja agudeza incluso expresada en alemán, y no ganaba nada con la traducción. Se quedó pensativo.

Su interlocutor acentuando su tono irónico, prosiguió:

—Zweitausenddreihundervierundsechzig nach Hitler. Hilft das Ihnen vielleicht? Nach Hitler! (Dos mil trescientos sesenta y cuatro después de Hitler. ¿Le sirve eso de algo? ¡Después de Hitler!)

Mishnoff lanzó un aullido de alegría:

—¡Pues claro que me sirve! Es hilft! Hören Sie, bitte... (¡Sirve! Escuche, por favor...) — Y siguió con sus briznas de alemán—: Um Gottes Willen...! (¡Por el amor de Dios...!)

El 2364 después de Hitler significaba una gran diferencia.

Recurrió desesperado a todos sus conocimientos de alemán, intentando explicarse.

El otro frunció el entrecejo y permaneció caviloso. Alzó su mano enguantada como para darse un golpe en la mandíbula u otro gesto equivalente, la pasó por el visor transparente que cubría su cara, y la dejó posada allí, sin bajarla, mientras seguía meditando. De pronto, dijo:

—Ich heisse George Fallenby. (Me llamo George Fallenby.)

A Mishnoff le dio la impresión que el nombre era de origen anglosajón, si bien el cambio en el sonido de las vocales, tal como las pronunciaba el otro le daba un aire teutónico.

—Guten Tag —respondió con torpeza—. Ich heisse Alec Mishnoff.

Y súbitamente se dio cuenta del origen eslavo de su propio nombre.

—Kommen Sie mit mir, Herr Mishnoff. (Venga usted conmigo, señor Mishnoff.)

Mishnoff le siguió con sonrisa forzada, murmurando en su transmisor:

—Todo va bien, Ching. Todo va bien.

De regreso a la Tierra, Mishnoff se entrevistó con el director de la Oficina de Alojamiento del sector, quien había envejecido en el servicio. Cada uno de sus cabellos grises significaba un problema resuelto, y cada uno de sus cabellos perdidos, un problema soslayado. Era un hombre alto, con los ojos brillantes aún y la dentadura incólume. Se llamaba Berg.

—¿Y hablan alemán, dice? —Meneó la cabeza—. Pero el alemán que usted estudió fue el de hace dos mil años...

—Cierto —asintió Mishnoff—. Pero el inglés empleado por Hemingway tiene asimismo una antigüedad de dos mil años, y el planetario es idóneo para que cualquiera pueda leerlo.

—¡Humm! ¿Y quién es ese Hitler?

—Fue una especie de jefe de tribu en épocas antiguas. Condujo a la tribu germánica a una de las guerras del siglo XX, justamente hacia el comienzo de la era atómica, en que principió también la verdadera historia.

—¿Antes de la Devastación, quiere usted decir?

—Exacto. Hubo una serie de guerras entonces. Los anglosajones vencieron. Supongo que a eso se debe que en la Tierra se hable el planetario.

—¿Cree usted que, si Hitler y sus germanos hubiesen vencido, se hablaría el alemán?

—Vencieron en el mundo de Fallenby, señor, y en él se habla alemán.

—Y señalan sus fechas con la mención «después de Hitler», en lugar de «después de la Devastación», ¿no es eso?

—Así es. Supongo que existirá también algún mundo en el que vencieron las tribus eslavas y en el que se hablará el ruso.

—De todos modos —opinó Berg—, me parece que debimos haberlo previsto. Sin embargo nadie lo hizo, que yo sepa. Después de todo, existe un número infinito de mundos deshabitados y sin duda no somos los únicos que decidieron resolver el problema de la población siempre en aumento mediante la expansión en los mundos probables.

—Exacto —convino Mishnoff—. En mi opinión, deben haber innumerables mundos habitados que lo están haciendo así. Seguramente se dan múltiples ocupaciones en los trescientos billones de mundos de los que nosotros disponemos. Dimos con éste por pura

casualidad, porque decidieron construir a kilómetro y medio de la vivienda que emplazamos en él. Habrá que comprobarlo.

—¿Sugiere que examinemos todos nuestros mundos...?

—Sí, señor. Debemos establecer algún arreglo con los demás mundos habitados. Al fin y al cabo, hay lugar suficiente para todos, y la expansión sin previo convenio puede dar como resultado una serie de desazones y conflictos.

—Tiene razón —afirmó pensativo Berg—. Estoy de acuerdo con usted.

Clarence Rimbro miró con suspicacia el arrugado rostro de Berg, en el que se pintaba ahora una expresión de benevolencia.

—¿Está seguro?

—Por completo —manifestó el director—. Sentimos que se viera usted obligado a aceptar un alojamiento temporal durante las dos últimas semanas.

—Más bien tres.

—Tres semanas. Pero se le compensará.

—¿Y qué era aquel ruido?

—Puramente geológico. Una roca desprendida que se desequilibró y que a causa del viento establecía de vez en cuando contacto con las que había en la ladera del cerro. Ya la hemos desplazado y examinado la zona para asegurarnos que nada semejante vuelva a ocurrir.

Rimbro recogió su sombrero.

—Bien, gracias por haberse tomado la molestia.

—No se merecen, se lo aseguro, señor Rimbro. Es nuestro trabajo.

Una vez que Rimbro se despidió, Berg se volvió a Mishnoff, quien había esperado en plan de espectador a que se solventara el asunto.

—Menos mal que los germanos se pusieron a tono —dijo Berg—. Admitieron que teníamos prioridad y despejaron el terreno. Hay espacio para todos, dijeron. Naturalmente, resultó que habían construido cierto número de viviendas en cada mundo desocupado... Y ahora existe el proyecto de explorar otros mundos y establecer convenios similares con quienes encontremos en ellos. Esto es estrictamente confidencial, claro. No puede ponerse en conocimiento del público sin una preparación previa... Pero no era de esto de lo que quería hablarle...

—¿Ah, no?

El desarrollo de los acontecimientos no le había alegrado de manera visible. Seguía preocupándole su propio fantasma.

Berg le sonrió.

—Comprenderá usted, Mishnoff, que en este departamento, y también en el gobierno planetario, se ha apreciado la rapidez de pensamiento y su comprensión de la situación. De no haber sido por usted, la cuestión podría haber evolucionado de manera muy trágica. Y este aprecio tomará forma tangible.

—Gracias, señor.

—Sin embargo, como ya he dicho, se trata de algo en lo que muchos de nosotros debimos haber pensado antes. ¿Cómo se le ocurrió...? Hemos repasado un poco sus antecedentes. Su compañero Ching, nos dijo que ya en otras ocasiones había sugerido usted que algún grave peligro amenazaba nuestro sistema de pautas de probabilidad y que insistió en salir al encuentro de los germanos, a pesar de hallarse evidentemente atemorizado. Preveía con lo que se iba a encontrar, ¿no es eso? ¿Cómo lo descubrió?

—No, no —respondió confuso Mishnoff—. No era eso lo que había en mi mente. En absoluto. Me tomó de sorpresa. Yo...

Se irguió de pronto. ¿Por qué no ahora...? Le estaban agradecidos. Había demostrado ser un hombre con el que había que contar. Algo inesperado había sucedido ya.

—Se trata de algo muy distinto —dijo con firmeza.

—¿Ah, sí?

¿Cómo empezar?

—No hay vida alguna en el Sistema Solar, a excepción de la Tierra.

—Exacto —asintió Berg en tono benévolo.

—Y la probabilidad para que se desarrolle alguna forma de viaje interestelar es tan baja como para resultar infinitesimal.

—¿Adónde pretende llegar?

—¡A que todo eso es cierto en esta probabilidad! Pero debe haber algunas pautas de probabilidad en que existan en el Sistema Solar otras formas de vida o en las cuales los moradores de otros sistemas hayan desarrollado los viajes interestelares.

Berg frunció el entrecejo.

—Teóricamente...

—Y en una de esas probabilidades, la Tierra podría ser visitada por tales inteligencias. Si se da el caso en una pauta de probabilidad en que la Tierra se halle habitada, no nos afectaría, pues no tendrían conexión con nuestra propia Tierra. Pero si establecen una especie de base en un mundo deshabitado, pueden elegir al azar uno de nuestros lugares de habitación.

—¿Y por qué uno de los nuestros y no de los germanos, por ejemplo? —preguntó con sequedad Berg.

—Porque nosotros sólo emplazamos una vivienda en cada mundo, y los alemanes no. Muy pocos lo harán. La ventaja a nuestro favor es de billones a uno. Y si los extraterrestres encuentran tal vivienda, investigarán y hallarán la ruta hasta la Tierra, a un mundo sumamente desarrollado y vivo.

—No, si desviamos el lugar de viraje.

—Una vez que conozcan la existencia de tales lugares, construirán el suyo propio —adujo Mishnoff—. Una raza lo bastante inteligente para viajar por el espacio será capaz de hacerlo. Y por el equipo y el mobiliario de la vivienda que se apoderen, deducirán nuestra probabilidad... Y en tal caso, ¿cómo manejaríamos a los extraterrestres? No son germanos, ni otra clase de terrestres. Tendrían una psicología extraña a la nuestra y otras motivaciones. Y ni siquiera estamos en guardia. Seguimos asentándonos cada vez en más mundos. Cada día que pasa aumenta la posibilidad que...

Su voz se había alzado a causa de la excitación. Berg le atajó diciendo con voz fuerte:

—¡Tonterías! Todo eso es ridículo...

Sonó el teléfono, y la pantalla se iluminó mostrando el rostro de Ching, cuya voz dijo:

—Siento interrumpir, pero...

—¿Qué sucede? —preguntó furioso Berg.

—Hay un hombre aquí que no sé cómo despachar. Se queja que su casa está rodeada por cosas que miran a través del techo de cristal de su jardín.

—¿Cosas? —gritó Mishnoff.

—Unas cosas de color púrpura, con grandes venas rojas, tres ojos y una especie de tentáculos en vez de cabello. Tienen...

Pero Mishnoff y Berg no oyeron el resto. Se miraban con fijeza, inmovilizados en un estupefacto horror.

EL MENSAJE

Bebieron cerveza y se entregaron a sus recuerdos, como hombres que se encuentran tras larga separación. Rememoraron los días expuestos al fuego del enemigo. Evocaron a

sargentos y muchachas, ambos con exageración. En retrospectiva, las cosas mortales se convirtieron en humorísticas, y se airearon trivialidades arrumbadas durante diez años.

Incluyendo, claro está, el perenne misterio.

—¿Cómo te lo explicas? —preguntó el primero—. ¿Quién comenzó?

El segundo se encogió de hombros.

—Nadie comenzó. De repente, todo el mundo se encontró haciéndolo, como una enfermedad. Tú también, supongo.

El primero rió entre dientes.

El tercero intervino suavemente:

—Nunca vi nada divertido en eso. Quizás porque tropecé con el primero durante mi bautismo de fuego. En África del Norte.

—¿De verdad? —dijo el segundo.

—La primera noche en las playas de Oran. Trataba de ponerme a cubierto, buscando alguna choza indígena cuando lo vi al resplandor de un fogonazo...

George se sentía delirantemente feliz. Dos años de expedientes y por fin el regreso al pasado. Ahora podría completar su informe sobre la vida social del soldado de infantería de la segunda guerra mundial con algunos detalles auténticos.

Saliendo de la insípida sociedad sin guerras del siglo XXX, se halló inmerso, por un glorioso momento, en el drama tenso y superlativo del bélico siglo XX.

¡África del Norte! El teatro de la primera gran invasión por mar de la guerra. Los físicos temporales habían escudriñado el área para determinar el punto y el momento perfectos. Señalaron la sombra de un edificio vacío de madera. Ningún humano se aproximaría durante un número conocido de minutos. Ninguna explosión lo afectaría seriamente en aquel tiempo. George no afectaría a la historia por estar presente. Sería el ideal del físico temporal, el «mero observador».

Resultó aún más terrorífico de lo que había imaginado. El perpetuo restallar de la artillería, el desgarrón invisible de los aviones sobre su cabeza. Y luego, las líneas periódicas de las balas trazadoras estallando en el firmamento, y el ocasional fulgor, ígneo y fantasmal, descendiendo en serpentinas curvas.

¡Y él estaba allí! Él, George, tomaba parte en la guerra, parte en una forma de vida intensa, desaparecida para siempre del mundo del siglo XXX, que se había tornado manso y apacible.

Imaginó que veía las sombras de una columna de soldados avanzando, que oía los monosílabos que se murmuraban unos a otros en voz cautelosamente baja. ¡Cómo anhelaba ser en verdad uno de ellos, y no un intruso momentáneo, un «mero observador»!

Cesó en su tarea de tomar notas y contempló su estilográfica, hipnotizado por un instante por su microlinterna. Le asaltó una súbita idea y miró el madero contra el cual apoyaba el hombro. Aquel momento no debía pasar inadvertido para la historia. El hacerlo no la afectaría en nada. Emplearía el antiguo dialecto inglés. Así no habría sospecha alguna.

Lo hizo a toda prisa, y luego espío a un soldado que corría desesperadamente hacia el edificio, escabulléndose de una terrible ráfaga de balas. George se dio cuenta que su tiempo había pasado y, al tomar conciencia de ello, se encontró de nuevo en el siglo XXX.

No importaba. Durante aquellos pocos minutos, había tomado parte en la segunda guerra mundial. Una pequeña parte, pero parte al fin y al cabo. Y otros lo sabrían. Tal vez no supieran que lo sabían, pero quizá alguien se repitiera a sí mismo el mensaje.

Alguien, acaso aquel hombre que corría a refugiarse, lo leería y sabría que, entre los héroes del siglo XX, estuvo también el «mero observador», el hombre del siglo XXX, George Kilroy. ¡Él estuvo allí!

SATISFACCIÓN GARANTIZADA

Tony era alto y de una belleza sombría, con un increíble aire patricio dibujado en cada línea de su inmutable expresión. Claire Belmont le miró a través del resquicio de la puerta, con una mezcla de horror y desaliento.

—No puedo, Larry. No puedo tenerlo en casa...

Buscaba febril en su paralizada mente una manera más enérgica de expresarlo, algo que tuviera sentido y zanjara la cuestión, pero acabó por reducirse a una simple repetición.

—¡De verdad, no puedo!

Larry Belmont contempló con severidad a su mujer y en sus ojos asomó aquel destello de impaciencia que Claire odiaba ver, puesto que le daba la impresión de reflejar su propia incompetencia.

—Nos hemos comprometido, Claire. No puedo desdecirme ahora. La compañía me envía a Washington con esa condición, lo cual con toda seguridad significa un ascenso. No presenta ningún peligro y tú lo sabes. ¿Qué tienes entonces que objetar?

Ella frunció el entrecejo, desvalida.

—Me da escalofríos. No puedo soportarlo.

—Es tan humano como tú o como yo. Bueno..., casi. Así que nada de tonterías. ¡Vamos, apártate!

Apoyó su mano en el talle de ella, empujándola, y Claire se encontró temblando en su propio cuarto de estar, donde se encontraba aquello, mirándola con precisa cortesía, como evaluando a la que debía ser su anfitriona durante las próximas tres semanas. La doctora Susan Calvin se hallaba también presente, envaradamente sentada, con los labios apretados como síntoma de abstracción. Presentaba el aspecto frío y distante de alguien que ha trabajado durante tanto tiempo con máquinas que un poco de acero ha penetrado en su sangre.

—Hola —castañeteó Claire, como un saludo ineficaz y general. Gracias a que Larry salvó la situación, exhibiendo una falsa alegría:

—Mira, Claire, deseo que conozcas a Tony, un tipo magnífico. Ésta es mi mujer, Tony, chico.

La mano de Larry se posó amistosa sobre el hombro de Tony, mas éste permaneció inexpresivo, sin responder a la presión, limitándose a decir:

—¿Cómo está usted, señora Belmont?

Claire dio un respingo al oír la voz de Tony, profunda y pastosa, suave como el pelo de su cabeza o la piel de su rostro. Sin poder contenerse, exclamó:

—¡Ah...! ¡Habla usted!

—¿Y por qué no? ¿Acaso esperaba que no lo hiciera?

Claire sólo consiguió esbozar una débil sonrisa. No sabía bien lo que había esperado. Miró hacia otro lado, lanzándole una ojeada con el rabillo del ojo. Tenía el pelo suave y negro, como pulido plástico... ¿O se componía en realidad de cabellos separados? Y la piel lisa y olivácea de sus manos y cara, ¿era una continuación de su oscuro y bien cortado traje?

Se hallaba paralizada por un estremecido asombro. Tuvo que hacer un esfuerzo para poner en orden sus pensamientos, a fin de prestar atención a la voz sin inflexiones ni emoción de la doctora Calvin, que decía:

—Señora Belmont, espero que sabrá apreciar la importancia de este experimento. Su esposo me ha dicho que la ha puesto ya en algunos de los antecedentes. Por mi parte, desearía añadir algunos más, como psicólogo jefe de la US Robots & Mechanical Men

Corporation. Tony es un robot. Su designación en los ficheros de la compañía es TN-3, pero responde al nombre de Tony. No se trata de un monstruo mecánico, ni simplemente de una máquina calculadora del tipo de las desarrolladas durante la Segunda Guerra Mundial, hace cincuenta años. Posee un cerebro artificial casi tan complicado como el nuestro. Como un inmenso cuadro de distribución telefónica reducido a escala atómica, con billones de posibles «enlaces telefónicos» comprimidos en un instrumento encajado en el interior de su cráneo. Tales cerebros se fabrican específicamente para cada modelo de robot, y contienen una serie calculada de conexiones, de forma que, para empezar, cada uno de ellos conoce el idioma inglés, y lo suficiente de cualquier otra cosa que se considere necesaria para cumplir su tarea. Hasta ahora, la US Robots había limitado su manufactura a los modelos industriales para su empleo en lugares donde resulta impracticable el trabajo humano..., en minas profundas, por ejemplo, o en la labor subacuática. Pero ahora deseamos extendernos a la ciudad y el hogar. Y para ello, debemos conseguir que el hombre y la mujer corrientes se muestren dispuestos a aceptar sin temor estos robots. Como comprenderá, no hay nada que temer.

—No lo hay, Claire —intervino muy serio Larry—. Te doy mi palabra. Le es imposible causar daño alguno. Ya sabes que si no fuese así no te dejaría con él.

Claire lanzó una ojeada rápida y disimulada a Tony y habló en voz muy baja:

—¿Y qué pasaría si se enfadara conmigo?

—No necesita cuchichear —respondió la doctora Claire con voz sosegada—. Él no puede enojarse con usted, amiga mía. Ya le he dicho que el cuadro de conexiones de su cerebro está predeterminado. Y la primera conexión, la más importante de todas, es la que denominamos «La primera ley de la robótica» y que se reduce a esto: «Un robot no dañará en ningún caso a un ser humano, ni, por inacción, permitirá que un ser humano reciba daño alguno». Todos los robots están contruidos según esta norma. Ninguno puede ser obligado a causar daño a un ser humano. Así pues, ya ve que necesitamos que usted y Tony lleven a cabo un experimento preliminar para nuestra propia información, mientras su esposo se desplaza a Washington para las pruebas legales supervisadas por el gobierno.

—¿Quiere decir que esto no es legal?

Larry carraspeó e intervino de nuevo:

—No todavía, pero todo está en orden. Él no abandonará la casa, y tú no permitirás que nadie lo vea. Eso es todo. Me quedaría contigo, Claire, pero sé demasiado sobre los robots. Precisamos que lo compruebe una persona experimentada, a fin que las condiciones sean lo más severas posible. Es necesario.

—Bueno, está bien —murmuró Claire. Y luego, como si le asaltara una idea, preguntó—: ¿Pero qué hace él?

—Labores caseras —respondió escuetamente la doctora Calvin.

Y acto seguido, se levantó para marcharse. Fue Larry quien la acompañó a la puerta, mientras que Claire se quedaba detrás, llena de melancolía. Lanzó una mirada al espejo colocado sobre la repisa de la chimenea y la apartó presurosa. Estaba más que harta de su cara ratonil y de su cabello sin brillo, peinado en una forma carente de imaginación. Luego observó que los ojos de Tony se hallaban posados en ella. Casi sonrió, antes de recordar... Se trataba tan sólo de una máquina.

Larry Belmont iba camino del aeropuerto cuando reparó en Gladys Claffern. Le lanzó una ojeada. Era el tipo de mujer que parecía hecha para ser vista en ojeadas... Perfectamente hecha, vestida con mano y ojo exquisitos, demasiado rutilante para mirarla con fijeza.

La tenue sonrisa que la precedía y el sutil aroma que la seguía eran como un par de dedos que le dirigieran señas de invitación. Larry se dio cuenta que había interrumpido sus zancadas y, tocándose ligeramente el ala del sombrero, apresuró el paso.

Sentía el mismo vago enojo de siempre. ¡Cuánto le ayudaría el que Claire se decidiese a meterse en la pandilla de Claffern...! ¡Bah! ¿De qué serviría, de todos modos?

¡Claire! Las pocas veces que se había visto cara a cara con Gladys, aquella pequeña tonta había permanecido con la lengua atada. No se hacía ilusiones. La prueba de Tony constituía su gran oportunidad, pero todo dependía de Claire. ¡Cuánta mayor seguridad sentiría de encontrarse en manos de alguien como Gladys Claffern!

La segunda mañana, Claire despertó al oír un suave golpe con los nudillos en la puerta del dormitorio. Su mente lanzó un silencioso quejido y luego se quedó helada. Había evitado a Tony el primer día, sonriendo con vaguedad cuando lo veía fregoteando o manejando la escoba.

—¿Es usted..., Tony?

—Sí, señora Belmont. ¿Puedo entrar?

Sin duda respondió que sí, puesto que él apareció en la habitación, de manera repentina y silenciosa. Los ojos y la nariz de ella se percataron simultáneamente de la bandeja que Tony portaba.

—¿El desayuno? —preguntó.

—Si gusta...

No se atrevió a rehusar, al parecer. Se encontró incorporándose poco a poco hasta adoptar una cómoda postura y recibiendo la bandeja, que contenía huevos escalfados, tostadas con mantequilla y café.

—He traído por separado el azúcar y la nata —explicó Tony—. Aprenderé sus gustos con el tiempo, tanto en esto como en otras cosas.

Ella esperó. Tony, en pie, erguido y flexible a la vez como una regla metálica, preguntó tras un instante:

—¿Prefiere comer en privado?

—Sí... Quiero decir, si no le importa.

—¿Precisará después ayuda para vestirse?

—¡Dios mío, no!

Su mano se asió frenéticamente a la bandeja, de manera que el café estuvo al borde de la catástrofe. Permaneció así, rígida. Cuando se cerró la puerta y Tony desapareció de su vista, se echó atrás con desesperanza contra la almohada.

De todos modos, logró pasar el desayuno. No era más que una máquina y a no ser por su aspecto llamativo, no se asustaría de tal modo. Si por lo menos cambiara de expresión... No había manera de saber lo que había tras aquellos ojos pardos y aquella especie de piel olivácea. La taza de café tintineó por un momento, vacía ya, sobre la bandeja.

Y de pronto, se dio cuenta que se había olvidado de echarle nata y azúcar al café, tal como acostumbraba, pues lo aborrecía solo.

Después de vestirse, se encaminó con paso decidido desde el dormitorio a la cocina. Después de todo, aquélla era su casa. No es que fuese muy remilgada, pero le gustaba la cocina bien limpia. Tony debió haber esperado sus órdenes...

Pero, al entrar, halló una cocina que bien podía haber salido momentos antes de la fábrica, en todo su reluciente esplendor.

Se detuvo, la contempló, volvió sobre sus pasos y casi tropezó con Tony. Lanzó una especie de gruñido.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Tony —dijo, apelando a todo su enojo para rechazar el pánico—, quisiera que hiciese algún ruido al andar. No me gusta que se acerque furtivamente... ¿No utilizó usted la cocina?

—Sí la utilicé, señora Belmont.

—No lo parece.

—La limpié después. ¿No es ésa la costumbre?

Claire abrió mucho los ojos. ¿Qué podía objetarse a eso? Revisó el departamento del horno donde guardaba las cacerolas y, percibiendo un insólito fulgor metálico en su interior, asintió temblorosa:

—Muy bien. Perfecto.

Si en aquel momento él hubiera mostrado su satisfacción, si hubiese sonreído, sólo con que hubiera plegado la comisura de la boca, cualquiera de esas manifestaciones la habrían acercado a él. Pero Tony permaneció tan imperturbable como un lord inglés en reposo al responder:

—Gracias, señora Belmont. ¿Desea usted pasar a la sala de estar?

Así lo hizo, y al instante notó como una conmoción.

—Veo que ha estado dando brillo a los muebles.

—¿Ha quedado a su gusto, señora Belmont?

—¿Pero cuándo lo hizo? Ayer no, seguro.

—La noche pasada, desde luego.

—¿Así que tuvo encendidas las luces toda la noche?

—No, no... No las necesito. Dispongo de un foco de rayos ultravioleta. Puedo ver en el ultravioleta. Y desde luego, no necesito dormir.

No quedaba duda que resultaba admirable, pensó. Y también había de reconocer que empezaba a agradaarle. Sin embargo, no se decidía a confesarse que él le proporcionaba placer. Sólo acertó a decir acerbamente:

—Su especie dejará sin empleo al habitual servicio doméstico.

—Hay trabajos de mucha mayor importancia a los que dedicarse en el mundo, una vez liberados de tan pesadas tareas. Después de todo, señora Belmont, las cosas como yo se fabrican. Pero nada es capaz de imitar la creatividad y la versatilidad de un cerebro humano como el suyo.

Y aunque su rostro no lo expresara en lo más mínimo, el tono de su voz tenía tal grave acento de temor y admiración que logró que Claire se sonrojase y murmurase:

—¡Mi cerebro! Se lo regalo.

Tony se aproximó un poco a ella.

—Debe de sentirse muy desgraciada para decir tal cosa. ¿Puedo hacer algo para remediarlo?

Por un instante, Claire creyó que iba a echarse a reír. La situación era tan ridícula... Allí estaba aquel sacudidor de alfombras, fregona vajillas, lustrador de muebles y factótum general animado, surgiendo del catálogo de la fábrica..., y ofreciendo sus servicios como consolador y confidente. Sin embargo, dijo con una explosión de súbito pesar:

—¿Sabe? El señor Belmont no cree que yo tenga un cerebro... Y supongo que en efecto no lo tengo.

No debió haberlo proclamado ante él. Por una razón desconocida, se sentía depositaría del honor de la raza humana ante aquella simple creación suya.

—Es cosa reciente —añadió—. Todo iba bien entre nosotros cuando él no era más que un estudiante, cuando empezaba. Pero no sirvo como esposa de un gran hombre, y él está a punto de convertirse en un gran hombre. Le gustaría que fuese una excelente anfitriona y que me dedicara a la vida social..., como esa Gle..., Ga..., Gladys Claffern.

Tenía la nariz enrojecida. Apartó la vista. Pero Tony no la miraba. Sus ojos recorrían la habitación.

—Puedo ayudarla a llevar la casa.

—No serviría de nada —respondió ella con vehemencia—. Necesita un toque que soy incapaz de darle. Sólo sé hacerla comfortable... Ni siquiera convertirla en algo semejante a las que aparecen en las fotografías de las revistas de decoración.

—¿Desea algo por el estilo?

—¿Sirve de algo desearlo?

Los ojos de Tony se fijaron en ella.

—Puedo ayudar.

—¿Posee conocimientos sobre la decoración de interiores?

—¿Toda buena ama de casa debe poseerlos?

—En efecto.

—Entonces dispongo de las capacidades necesarias para aprender. ¿Por qué no me proporciona libros sobre la cuestión?

Y aquello fue el principio de algo.

Claire, sujetándose el sombrero contra las alborotadas libertades del viento, se trajo a casa dos gruesos volúmenes sobre artes del hogar que pidió prestados en la biblioteca pública. Observó cómo Tony abría uno de ellos y lo hojeaba. Era la primera vez que veía el revoloteo de sus dedos entregados a una labor delicada.

«No sé cómo lo hacen», pensó. Y en un súbito impulso, le tomó una mano y la atrajo hacia sí. Tony no resistió, dejándola flojamente sometida a la inspección.

—¡Qué formidable! —comentó ella—. Hasta sus uñas parecen naturales.

—Un efecto buscado —explicó Tony. Y añadió locuaz—: La piel es de plástico flexible, y el esqueleto de una aleación metálica. ¿Le divierte eso?

—No, no... —Su rostro enrojeció—. No deseo en modo alguno hurgar en sus interioridades. No es cuestión que me afecte. Tampoco debe preguntarme usted por las mías.

—La programación de mi cerebro no incluye tal tipo de curiosidad. Debo someterme a mis propias limitaciones, ¿sabe?

En el silencio que siguió, Claire sintió que algo la oprimía en su interior. ¿Por qué olvidaba siempre que se enfrentaba a una máquina? El propio objeto debía recordárselo. ¿Experimentaba un anhelo tan grande de simpatía que incluso aceptaría como su igual a un robot, sólo por el hecho que la compadecía?

Observó que Tony continuaba pasando las páginas —casi como si no pudiese evitarlo— y experimentó una sensación rápida y punzante de aliviada superioridad.

—Así que sabe leer, ¿no? —preguntó.

Tony alzó la vista a ella, respondiendo con su voz tranquila e irreprochable:

—Estoy leyendo, señora Belmont.

—Pero...

Señaló el libro con gesto ambiguo.

—Paso los ojos por las páginas, si es eso a lo que se refiere. Mi sentido de la lectura es fotográfico.

Oscurecía ya cuando Claire fue a acostarse. Tony seguía enfrascado en el segundo volumen, sentado en la oscuridad o al menos en lo que la limitada visión de Claire consideraba como tal.

Un último y singular pensamiento relampagueó en su cerebro antes de dejarse vencer por el sueño. Recordó la mano del robot, una mano cálida y suave, como la de un ser humano.

«¡Qué habilidad la de esos fabricantes!», pensó. Y se durmió sosegadamente.

La biblioteca ocupó todo su tiempo durante varios días. Tony sugería los campos de estudio, que empalmaba y ramificaba con gran velocidad. Pidió libros sobre combinación de colores y sobre cosmética, sobre ebanistería y modas, sobre arte e historia del vestido.

Volvía las páginas de cada libro ante sus solemnes ojos, leyéndolas tan pronto como las volvía, sin olvidar nada, al parecer, de su contenido.

Antes de finalizar la semana, insistió en que se cortara el pelo, ideando para ella un nuevo peinado, decidiendo una ligera modificación de la línea de sus cejas y cambiando el tono de sus polvos y lápiz de labios.

Claire había palpitado con nervioso temor, por espacio de media hora, bajo el delicado toque de los inhumanos dedos de él. Al finalizar, se contempló en el espejo.

—Aún puede mejorarse —dijo Tony—, sobre todo en lo que respecta a la ropa. ¿Qué le parece, de momento?

No respondió en seguida. Necesitó algún tiempo para absorber la identidad de la desconocida reflejada en el espejo y atenuar el asombro ante su belleza. Luego, sin apartar la vista de la reconfortante imagen, dijo de manera incongruente:

—Sí, Tony, está muy bien..., de momento.

En sus cartas, no le comunicó nada de esto a Larry. Que lo descubriera de sopetón. Y algo en ella le hacía sospechar que no sólo disfrutaría de su sorpresa. Sería asimismo una especie de venganza.

Tony dijo cierta mañana:

—Ya va siendo hora de empezar a hacer compras, y a mí no me está permitido abandonar la casa. Si le escribo exactamente lo que precisamos, ¿puedo confiar en que lo adquiera? Necesitamos cortinas y mobiliario, papel para las paredes, alfombras, pintura, ropa..., y otras pequeñas cosas.

—No resulta fácil obtener todo eso de golpe, ajustándose a todos los detalles —objetó Claire, con aire de duda.

—Siempre que no haya problemas de dinero, lo encontrará casi todo en la ciudad.

—¡Pero Tony, desde luego que el dinero supone un problema!

—En absoluto. Vaya primero a la US Robots, con una nota que le daré. Entrevístese con la doctora Calvin y dígame de mi parte que esto forma parte del experimento.

En esta ocasión, la doctora Calvin no la atemorizó tanto como la primera tarde en que la conoció. Con su nuevo rostro y su sombrero también nuevo, no se parecía ya a la antigua Claire. Escuchó con atención a la psicóloga, formuló unas cuantas preguntas, asintió..., y se encontró en camino, armada de un crédito ilimitado contra la cuenta de US Robots & Mechanical Men Corporation.

Es maravilloso el poder del dinero. Con todas las existencias de un almacén a tus pies, el dictado de una vendedora no significa forzosamente una voz bajada del cielo, ni la ceja alzada de un decorador reviste la majestad del rayo de Júpiter.

En cierto momento, el excelso modisto de una de las más señoriales casas de modas se mofó con insistencia de su descripción del guardarropa que deseaba, haciéndolo con la más correcta pronunciación y el más puro acento francés de la calle Cincuenta y Siete. Claire llamó a Tony y luego le pasó el teléfono a Monsieur.

—Si no tiene inconveniente —le dijo con voz firme, aunque retorciéndose un poco las manos—, me agradecería que hablase con..., con mi secretario.

El pomposo gordinflón se acercó al teléfono con un brazo solemnemente doblado a la espalda. Alzó el receptor con dos dedos y dijo en tono delicado:

—¿Sí?

Una breve pausa, un segundo «sí», luego una pausa mucho mayor, un tímido comienzo de una objeción que murió en ciernes, otra pausa, otro humilde «sí», y el teléfono volvió a su lugar.

—Si Madame quiere acompañarme —invitó, dolido y distante—, intentaré cumplir sus deseos.

—Un segundo, por favor.

Claire corrió de nuevo al teléfono y marcó de nuevo el número de su casa.

—Tony, no sé lo que le diría, pero sirvió. Gracias. Es usted un... —Titubeó, buscando la palabra adecuada, pero desistió y terminó con un leve gallo—: ¡Un amor!

Al volver del teléfono, se encontró con que Gladys Claffern la estaba mirando, con el rostro un tanto vuelto a un lado y aire entre divertido y asombrado.

—¿Señora Belmont?

Claire sintió que se le helaba la sangre, ni más ni menos. Al fin, asintió. Estúpidamente, como una marioneta.

Gladys sonrió, con una imperdonable insolencia.

—No sabía que comprase usted aquí... —dijo, con un tono que daba a entender que por ese simple hecho, aquel establecimiento había perdido ya toda categoría.

—Por lo general, no lo hago —confesó Claire con humildad.

—¿Y qué se ha hecho en el pelo? Le ha quedado muy curioso... ¡Ah! Dispense. Tenía entendido que el nombre de su esposo era Lawrence. Sí, en efecto, me parece que es Lawrence...

Claire apretó los dientes, pero no le quedó más remedio que explicar:

—Tony es un amigo de mi marido. Me está ayudando a elegir algunas cosas.

—Comprendo. En efecto, debe ser un amor. Y sin añadir una palabra más, se marchó sonriente, llevándose consigo la luz y el calor del mundo.

Claire no puso en duda el hecho que era en Tony en quien buscaría consuelo. Diez días la habían curado de su aversión. Ahora lloraba ante él sin problemas. Lloraba y rabiaba.

—Me porté como una completa estúpida —estalló, retorciendo su pañuelo mojado—. ¡Hacerme eso a mí! No sé por qué, pero lo hizo. Debiera haberle... dado un puntapié. Debiera haberla tirado al suelo y pisoteado.

—¿Cómo odiar tanto a un ser humano? —preguntó Tony con perpleja suavidad—. Esa parte de la mente humana supone un misterio para mí.

—Bueno... No es a ella a quien odio —gimió Claire—. Creo que me odio a mí misma. Ella es todo lo que yo desearía ser... Por lo menos exteriormente. Pero no está a mi alcance.

La voz de Tony sonó fuerte y queda a la par en sus oídos:

—Sí lo está, señora Belmont. Sí lo está. Disponemos aún de diez días, y durante ellos la casa habrá cambiado. ¿No lo hemos planeado así?

—¿Y de qué me sirve eso? Quiero decir, con respecto a ella...

—Invítela. Invite a sus amistades. Hágalo la noche anterior a... mi partida. Será en cierto modo una fiesta de inauguración.

—No aceptará.

—Sí aceptará. Vendrá para reírse... Y no tendrá de qué.

—¿Lo cree usted de veras, Tony? ¿Piensa que lo lograremos? —Le tomó ambas manos entre las suyas. Pero en seguida volvió la cara—. No. ¿De qué serviría? No sería yo. Todo el mérito le corresponde a usted. No puedo adornarme con plumas ajenas.

—Nadie vive en un espléndido aislamiento —murmuró Tony—. Han puesto en mí ese conocimiento. Lo que usted y los demás ven en Gladys Claffern no es la verdadera Gladys Claffern. Se adorna con todas las plumas que proporciona el dinero y la posición social. Y no se preocupa por eso. ¿Por qué debería preocuparse usted? Considérelo de ese modo, señora Belmont. Me han fabricado para obedecer, pero soy yo mismo quien debe determinar la extensión de mi obediencia. Puedo limitarme a cumplir las órdenes o interpretarlas de manera amplia. Con usted actúo de esta última forma, porque pertenece al tipo de ser humano para el cual he sido fabricado. Es usted amable, amistosa, modesta. En cambio la señora Claffern, tal como usted la describe, no lo es. No la obedecería de buen grado, como lo hago con usted. Por lo tanto, es usted, señora Belmont, y no yo, quien está haciendo todo esto.

Retiró sus manos de las de ella, y Claire descubrió en aquel rostro inexpresivo, en el que nadie podía leer, una verdadera admiración... De pronto, se atemorizó de nuevo, pero esta vez de manera muy distinta.

Tragó nerviosamente saliva y contempló sus manos, que le hormigueaban aún por la presión de los dedos de él. No, no se lo había imaginado. Los dedos de Tony habían oprimido los de ella de manera afectuosa y tierna, un momento antes de retirarse.

¡No!

Los dedos de aquello... Los dedos de aquello...

Y corrió al cuarto de baño para lavarse las manos, frotándoselas una y otra vez, ciega e inútilmente.

Al día siguiente, se mostró un tanto tímida y cautelosa con él. Lo vigiló con atención, esperando lo que seguiría. Durante un rato, no ocurrió nada.

Tony estaba trabajando. Si la técnica del empapelado de las paredes o la utilización de la pintura de secado rápido presentaba alguna dificultad, Tony no lo demostraba. Sus manos se movían con precisión, y sus dedos eran hábiles y seguros.

Trabajaba también durante toda la noche, aunque ella no lo oyese, y cada mañana suponía una nueva aventura. No alcanzaba a enumerar todo lo que había hecho. Al atardecer, seguía descubriendo aún nuevos detalles... Y así llegaba otra noche.

Sólo una vez intentó cooperar, fallando con humana torpeza. Él trabajaba en la habitación contigua, y ella colgaba un cuadro en el lugar marcado por los ojos matemáticos de Tony. Allí estaba la pequeña señal, y el cuadro también. Y asimismo había en ella una repentina revulsión contra la ociosidad.

Pero se sentía nerviosa, o bien la escalera estaba desvencijada, pues la sintió ceder. Lanzó un grito. Sin embargo, no pasó nada. Tony había acudido con la rapidez de un rayo.

Sus tranquilos ojos pardos no manifestaron nada, y su cálida voz se limitó a pronunciar las siguientes palabras:

—¿Se ha hecho daño, señora Belmont?

Por un instante, se fijó en que su mano había desordenado el pelo liso de él, pues por primera vez vio que estaba compuesto de distintas hebras, finas y negras.

Y luego, de pronto, tuvo conciencia de sus brazos rodeándola por los hombros y las rodillas..., sosteniéndola en su caída, estrecha y cálidamente...

Se puso en pie de un salto. El chillido que dejó escapar traspasó sus propios oídos. Pasó el resto del día en su habitación, y para dormir, además de cerrar bien la puerta con llave, la atrancó con una silla.

Envió las invitaciones y, tal como Tony dijera, fueron aceptadas. Sólo faltaba esperar la última velada.

Llegó también, como todas las demás, en el lugar que le correspondía. La casa no parecía la misma. La recorrió por última vez. Todas las habitaciones habían cambiado. Ella también se vestía con ropas que jamás se habría atrevido a llevar antes. Ropas de las que podía enorgullecerse y con las que se sentía segura. Se miró al espejo, remedando un mohín de divertido desdén, y el pulido cristal se lo devolvió con expresión burlona.

¿Qué diría Larry...? ¿Qué importaba, después de todo? No iban a venir con él los días excitantes. Desaparecerían con la marcha de Tony. ¡Qué cosa tan extraña! Intentó recobrar su talante de tres semanas atrás. Fracasó por completo.

El reloj dio las ocho, ocho toques que la dejaron sin respiración. Se volvió hacia Tony:

—No tardarán en llegar. Será mejor que se meta en el sótano. No podemos permitir que...

Se quedó mirándole con fijeza un momento, y después dijo débilmente:

—¿Tony? —Y luego más fuerte— ¡Tony! —Y al final, casi con un chillido—: ¡Tony!

Pero sus brazos la rodeaban ya, y su cara estaba junto a la suya. La presión de su abrazo era implacable. Oyó su voz a través de una bruma de confusión emotiva.

—Claire —decía su voz—, hay muchas cosas cuya comprensión me está vedada, y ésta debe ser una de ellas. Debo marcharme mañana y no quiero hacerlo. Creo que en ello hay algo más que el deseo de complacerla. ¿No le parece raro?

Su cara se acercó más aún. Sus labios eran cálidos, aunque sin aliento tras ellos, pues las máquinas no respiran. Casi se habían posado sobre los de ella.

...Y sonó el timbre de la puerta.

Durante un instante, se debatió jadeante. De pronto, él se marchó, desapareciendo de la vista, mientras el timbre seguía sonando con insistente y aguda intermitencia.

Las cortinas de las ventanas delanteras habían sido descorridas. Quince minutos antes habían estado cerradas. Lo sabía. Tenían que haberla visto. Todos debieron haberlo visto... ¡Todo!

Entraron cortésmente, en grupo, posando sus penetrantes ojos en todos los detalles. Habían visto. ¿Qué más preguntaría Gladys sobre Larry, a su impertinente manera? Claire se veía enfrentada a un desafío desesperado e implacable.

«Sí, está fuera. Volverá mañana, creo. No, no he estado sola. He pasado unos días estupendos, emocionantes.»

Se echó a reír. ¿Por qué no? ¿Qué le importaban ellos? Larry sabría la verdad, si alguna vez le llegaba la historia de lo que pensaban que vieron.

Pero ellos no rieron.

Leyó la furia en los ojos de Gladys Claflern, en el falso chispear de sus palabras, en su deseo de marcharse pronto. Y cuando se fue con todos los demás, captó un cuchicheo final y anónimo:

—... Nunca había visto un hombre... tan guapo.

Y Claire supo que fue aquello lo que le permitió dejarles con un palmo de narices. Que se soltasen las lenguas. Todos sabían... ¡Y qué si Gladys era más guapa que Claire Belmont, más rica y más brillante! Todos sabrían que nadie, nadie, podía tener un amante más guapo que ella.

Y luego recordó de nuevo..., una vez y otra, que Tony era una máquina. Se le puso la carne de gallina.

—¡Fuera! ¡Déjenme en paz! —gritó a la habitación vacía, y corrió hasta su lecho.

Toda la noche la pasó desvelada y llorando. A la mañana siguiente, casi al amanecer, con las calles aún vacías, una camioneta vino y se llevó a Tony.

Lawrence Belmont pasó ante el despacho de la doctora Calvin y, obedeciendo a un súbito impulso, llamó a la puerta. La encontró en compañía del matemático Peter Bogert, mas no vaciló por ello.

—Claire me dijo que la empresa corre con todos los gastos hechos en mi hogar... —manifestó.

—Así es —respondió la doctora Calvin—. Lo consideramos una parte valiosa y necesaria del experimento. Con la nueva posición que ocupa usted ahora como ingeniero asociado, supongo que podrá mantenerla al mismo nivel.

—No es eso lo que me preocupa. Con la conformidad dada por Washington a las pruebas, dispondremos de un modelo TN propio para el año próximo, creo.

Se volvió vacilante, como para marcharse, pero giró otra vez, sobre sus talones, dudando todavía.

—¿Y bien, señor Belmont...? —le acució la doctora Calvin, tras una pausa.

—Me pregunto... —comenzó Larry—, me pregunto qué sucedió realmente allí durante mi ausencia. Ella..., Claire, quiero decir, parece tan distinta... No me refiero a su aspecto..., aunque la verdad, estoy maravillado. —Rió nervioso—. Es toda ella. No parece mi mujer... No puedo explicarlo.

—¿Y para qué intentarlo? ¿Acaso se siente desilusionado respecto a alguna parte del cambio?

—Todo lo contrario. Pero, verá, resulta un poco atemorizador...

—Yo no me preocuparía por eso, señor Belmont. Su mujer se ha comportado de un modo excelente. Con franqueza, jamás pensé que el experimento aportara una prueba tan completa y definitiva. Sabemos ya las correcciones exactas que deben hacerse en el modelo TN, y todo gracias a la señora Belmont. Si quiere que le sea sincera, opino que su esposa se merece el ascenso más que usted.

Larry titubeó visiblemente.

—Bueno, todo queda en la familia —murmuró sin convicción. Y se marchó.

Susan Calvin se le quedó mirando mientras se retiraba. Luego dijo:

—Creo que le duele..., al menos así lo espero... ¿Ha leído usted el informe de Tony, Peter?

—De cabo a rabo —respondió Bogert—, ¿Y no le parece que el modelo TN-3 necesita algunos cambios?

—¡Ah! ¿También piensa usted así? —preguntó la doctora Calvin con acento incisivo—. Expóngame su razonamiento.

—No preciso de ninguno —manifestó Bogert frunciendo el entrecejo—. Es evidente que no podemos sacar al mercado un robot que haga el amor a su ama..., si no le importa el retruécano.

—¡Amor! Peter, me da usted asco. ¿Es que no lo comprende? Esa máquina tiene que obedecer a la primera ley. ¿Cómo iba a permitir que un ser humano sufriese? Y el sufrimiento se lo causaba a Claire Belmont su propio complejo de inferioridad. Así pues, le hizo el amor. Ninguna mujer dejaría de apreciar el cumplido que supone ser capaz de despertar la pasión en una máquina..., en una fría e inanimada máquina. Y por eso Tony recorrió aquella noche las cortinas con toda deliberación, a fin que los otros vieran y envidiaran..., sin riesgo alguno para la felicidad matrimonial de Claire. Creo que fue muy inteligente por parte de Tony.

—¿Ah, sí? ¿Y qué diferencia hay entre si fue una ficción o no, Susan? El horror se mantiene. Vuelva a leer el informe. Ella lo evitaba. Chilló cuando la tomó en sus brazos. No logró dormir aquella última noche, atacada de histerismo. No, no podemos fabricar algo así.

—Peter, está usted ciego. Está tan ciego como lo estuve yo. El modelo TN será reconstruido por entero, pero no por las razones que usted expone, sino por otras muy distintas. Y es raro que a mí se me pasara por alto al principio. —Los ojos de la doctora se enturbiaron a causa de la cavilación—. Tal vez la deficiencia radique en mí misma. Mire, Peter, las máquinas no se enamoran. Pero..., a pesar que no tiene remedio y por mucho que nos horrorice..., ¡las mujeres sí!

FUEGO INFERNAL

Hubo la agitación correspondiente a un muy cortés auditorio de primera noche. Sólo asistió un puñado de científicos, un escaso número de altos cargos, algunos congresistas y unos cuantos periodistas.

Alvin Horner, perteneciente a la delegación de Washington de la Continental Press, se hallaba próximo a Joseph Vincenzo, de Los Álamos.

—Ahora nos enteraremos de algo —comentó.

Vincenzo le miró a través de sus gafas bifocales y dijo:

—No de lo importante.

Horner frunció el entrecejo. Iban a proyectar la primera película a cámara superlenta de una explosión atómica. Mediante el empleo de lentes especiales, que cambiaban en ondulaciones la polarización direccional, el momento de la explosión se dividiría en instantáneas de mil millonésimas de segundo. Ayer, había explotado una bomba A. Y hoy, aquellas instantáneas mostrarían la explosión con increíble detalle.

—¿Cree que producirá efecto? —preguntó Horner.

—Sí que surtirá efecto —repuso Vincenzo con aspecto atormentado—. Hemos hecho pruebas piloto. Pero lo importante...

—¿Qué es lo importante?

—Que esas bombas significan la sentencia de muerte del hombre. Y que no parecemos capaces de comprenderlo... Mírelos. Están excitados y emocionados, pero no asustados.

—Conocen el peligro. Y sí que están asustados —dijo el periodista.

—No lo bastante —replicó el científico—. He visto a hombres contemplar cómo una bomba H hacía desaparecer una isla, convirtiéndola en un agujero, e irse después a casa, a dormir tranquilamente. Así es el ser humano. Por espacio de miles de años, le ha sido predicado el fuego del infierno. Nunca le causó una verdadera impresión.

—El fuego del infierno... ¿Es usted religioso, señor?

—Ayer vio usted el fuego del infierno. Una bomba atómica que explota significa el fuego infernal. Literalmente.

Aquello fue demasiado para Horner. Se levantó y cambió de sitio, aunque mirando intranquilo a la concurrencia. ¿Había alguien que sintiera temor? ¿Se preocupaba alguien por el fuego infernal? No se lo parecía.

Se apagaron las luces, y el proyector entró en funcionamiento. En la pantalla, apareció desvaída la torreta de disparo. La concurrencia permanecía atenta, llena de tensión.

Se encendió una mota de luz en la cúspide de la torreta, un punto brillante e incandescente, que aumentó lenta, perezosamente, formando recodos, cobrando desiguales formas luminosas y expandiéndose en un óvalo.

Alguien lanzó un grito sofocado y luego otro. Siguió un ronco y ruidoso balbuceo, al que sucedió un denso silencio. Horner olió el miedo, paladeó el terror en su propia boca y sintió que se le helaba la sangre.

De la ovalada pelota de fuego brotaron proyecciones. Hubo luego un instante de inmovilidad, como un éxtasis, antes de extenderse rápidamente en una brillante y uniforme esfera.

Y en aquel momento de éxtasis..., la bola de fuego había permitido ver dos negros lunares semejantes a ojos, con oscuras y tenues líneas a manera de cejas, el nacimiento del cabello en forma de «V», una boca contraída hacia arriba, en salvaje carcajada..., y unos cuernos.

LA TROMPETA DEL JUICIO FINAL

El arcángel Gabriel se mostró despreocupado con respecto a aquella cuestión. Dejó indolente que la punta de una de sus alas rozara el planeta Marte, el cual, al estar compuesto de simple materia, no se vio afectado por el contacto.

—Asunto zanjado, Etheriel —dijo—. Ya no hay nada que hacer. El Día de la Resurrección está fijado.

Etheriel, un serafín muy joven, creado apenas mil años atrás, según el modo de contar el tiempo de los hombres, se estremeció de tal modo que se formaron vórtices bien definidos en el continuum. Desde su creación, había permanecido siempre al cuidado inmediato de la Tierra y sus alrededores. Como trabajo, suponía una sinecura, un lugar cómodo, un punto muerto. Sin embargo, a través de los siglos, había llegado a sentirse petulantemente orgulloso de su mundo.

—¿Vas a destruir mi mundo sin previo aviso? —protestó.

—En absoluto. Nada de eso. Hay ciertos pasajes en el Libro de Daniel y en el Apocalipsis de San Juan que resultan bastante explícitos.

—¿Lo son de verdad? ¿Después de haber sido copiados por escriba tras escriba? Me pregunto si quedarán sin cambiar dos palabras de una frase.

—Hay sugerencias en el Rig-Veda, en las Analectas confucianas...

—Que son propiedad de grupos culturales aislados, tan reducidos como una aristocracia.

—La Crónica de Gilgamesh habla de manera muy explícita.

—Gran parte de esa Crónica fue destruida con la Biblioteca de Assurbanipal hace mil seiscientos años según el cómputo terrestre, antes de mi creación.

—Hay ciertas características de la Gran Pirámide, y un motivo en las joyas taraceadas del Taj Mahal...

—Tan sutiles que ser humano alguno los ha interpretado jamás debidamente.

Gabriel dijo, cansado ya:

—Si vas a poner objeciones a todo, no es posible discusión alguna sobre el tema. De todos modos, tú deberías estar bien enterado. En los asuntos relativos a la Tierra, eres omnisciente.

—Sí, fui elegido para eso. Y te confieso que, entre las muchas preocupaciones que me causa, no se me ocurrió investigar las posibilidades de la resurrección.

—Pues tendrías que haberlo hecho. Todos los documentos implicados se encuentran en los archivos del Consejo de Ascendientes. Podrías haberlos consultado en cualquier momento.

—Pero el caso es que todo mi tiempo era necesario allí. No tienes la menor idea de la mortal eficiencia del Adversario en ese planeta. Requería todo mi esfuerzo doblegarlo. Y aun así...

—Sí, en efecto. —Gabriel acarició un cometa a su paso—. Parece que ha obtenido sus pequeñas victorias. Al fluir a través de mí la pauta factual entrelazada de ese miserable pequeño mundo, me he dado cuenta que se trata de una de esas estructuras con equivalencia de materia-energía.

—Así es —convino Etheriel.

—Y que están jugando con ella.

—Me temo que sí.

—Entonces, ¿qué mejor momento para acabar con el asunto?

—Soy capaz de manejarlo, te lo aseguro. Sus bombas nucleares no los destruirán.

—Lo dudo. Bien, supongo que ahora me dejarás continuar, Etheriel. Se aproxima el momento señalado.

—Me gustaría ver los documentos pertinentes —repuso tercamente el serafín.

—Si insistes...

Y al instante, sobre la profunda negrura del firmamento sin aire, apareció en signos el texto de un Acta de Ascendencia.

Etheriel leyó en voz alta:

—«Por orden del Consejo Superior, se dispone por la presente que el arcángel Gabriel, número de serie, etcétera, etcétera (bueno, ése eres tú), se aproximará al planeta de clase A, número G753990, posteriormente conocido con el nombre de Tierra, el 1 de enero de 1957, a las 12.01 del día, según el horario local...»

Terminó la lectura en melancólico silencio.

—¿Satisfecho?

—No, pero no tengo más remedio que aceptarlo.

Gabriel sonrió. Una trompeta apareció en el espacio. Su forma era semejante a las terrestres, pero su áureo pulido se extendía de la Tierra al Sol, con la boquilla dirigida hacia los bellos y brillantes labios de Gabriel.

—¿No puedes darme un poco de tiempo para defender mi causa ante el Consejo? —preguntó desesperado Etheriel.

—¿De qué te serviría? El acta está firmada por el Jefe, y ya sabes que un acta firmada por Él es totalmente irrevocable. Y ahora, si no te importa, ya casi ha llegado el segundo convenio. Quiero terminar con esto de una vez, pues tengo otros asuntos de mucha mayor importancia en que pensar. ¿Me haces el favor de apartarte un poco? Gracias.

Gabriel sopló, y todo el Universo, hasta la más lejana estrella, se colmó con el tenue sonido, de tono perfecto y la más cristalina delicadeza. Al sonar, hubo un leve momento estático, tan leve como la línea que separa el pasado del futuro. Y en el acto, la estructura de los mundos se derrumbó sobre sí misma, y la materia se acumuló de nuevo en el caos primitivo del cual surgiera una vez al conjuro del Verbo. Las estrellas y las nebulosas desaparecieron, y el polvo cósmico, el Sol, los planetas y la Luna. Todo, excepto la Tierra, la cual quedó donde estaba, suspendida en el Universo, ahora vacío por completo.

La trompeta del Juicio Final había sonado.

R. E. Mann (todos cuantos le trataban le llamaban simplemente por sus iniciales, R. E.) entró en las oficinas de la Billikan Bitsies Factory y se quedó mirando sombrío al hombre de elevada estatura (flaco, pero con cierta ajada elegancia, intensificada por su pulcro bigote gris) que se hallaba encorvado sobre un montón de papeles que había en su mesa.

R. E. consultó su reloj de pulsera, que marcaba aún las 7.01, por haberse parado en esa hora. Naturalmente, se trataba de la hora de Oriente, que correspondía a las 12.01 del mediodía según el meridiano de Greenwich. Sus oscuros ojos pardos, que miraban penetrantes sobre un par de pronunciados pómulos, se posaron en los del otro con fijeza.

Durante unos instantes, el hombre de elevada estatura le miró a su vez inexpresivo. Luego dijo:

—¿Puedo servirle en algo?

—¿Horatio J. Billikan, supongo? ¿El propietario de esta fábrica?

—Sí.

—Yo soy R. E. Mann, y no pude evitar detenerme al ver a alguien trabajando. ¿No sabe usted qué día es hoy?

—Es el Día de la Resurrección.

—¡Ah, ya sé! Oí el toque. Destinado a despertar a los muertos... Qué historia tan buena, ¿no cree? —Rió entre dientes unos instantes y prosiguió—: Me desperté a las siete de la mañana. Di un codazo a mi mujer, que dormía como un tronco, según su costumbre. «Es la trompeta del Juicio Final, querida», le dije. Hortensia, así se llama mi mujer, me contestó: «Muy bien», y siguió durmiendo. Me bañé, me afeité, me vestí y vine al trabajo.

—¿Pero por qué?

—¿Y por qué no?

—Ninguno de sus empleados se ha presentado hoy.

—No, pobre gente. Se han tomado el día libre. Era de esperar. Después de todo, no se acaba el mundo todos los días. Con franqueza, me alegro. Me proporciona una oportunidad para poner en orden mi correspondencia personal sin interrupciones. El teléfono no ha sonado hasta ahora ni una sola vez... —Se levantó, dirigiéndose a la ventana—. Supone una gran mejoría... Nada de sol cegador, y la nieve ha desaparecido. Una luz agradable y un grato calor. Muy buen arreglo... Ahora, si no le importa, estoy bastante ocupado, así que me dispensará...

Un ronco vozarrón le interrumpió diciendo: «Un minuto, Horatio». Y un caballero que se parecía en grado notable a Billikan, aunque de facciones más marcadas, introdujo su prominente nariz en el despacho, asumiendo una actitud de dignidad ofendida, apenas disminuida por el hecho de hallarse desnudo.

—¿Puedo preguntarte por qué has cerrado la fábrica?

Billikan pareció a punto de desmayarse.

—¡Cielo Santo! —balbuceó—. ¡Es mi padre! ¿De dónde sales?

—Del cementerio —respondió el recién llegado—. ¿De dónde diablos quieres que salga? Están saliendo de allí a docenas. Todos desnudos. También las mujeres.

Billikan hijo carraspeó:

—Te daré algo de ropa, padre. Iré a buscártela a casa.

—No tiene importancia. El negocio primero, el negocio primero.

R. E. salió de su ensimismamiento para decir:

—¿Está todo el mundo abandonando sus tumbas al mismo tiempo, señor?

Mientras hablaba miraba con curiosidad a Billikan padre. El viejo parecía hallarse en la fuerza de la edad. Sus mejillas, aunque surcadas de arrugas, resplandecían de salud. Su edad, decidió R. E., era la misma que tenía en el momento de su muerte, pero su cuerpo había retrocedido a la época de su vida en que se hallaba en su plenitud.

Billikan padre contestó:

—No, no. Los de las tumbas más recientes salen primero. Tottersby murió cinco años antes que yo y salió unos cinco minutos después de mí. Fue el verle lo que me decidió a marcharme de allí. Ya tuve bastante con él cuando... —Dio un puñetazo sobre la mesa, con un sólido puño—. No hay taxis ni autobuses. No funcionan los teléfonos. He tenido que venir a pie. Treinta y cinco kilómetros a pie.

—¿Así? —preguntó su hijo con espantada voz.

Billikan padre bajó la mirada para contemplar su piel al descubierto con despreocupada aprobación.

—Hace calor. Y la mayoría van desnudos... De todos modos, hijo, no he venido aquí para charlar de fruslerías. ¿Por qué está cerrada la fábrica?

—No está cerrada. Es una ocasión especial.

—¡Qué ocasión especial ni qué diablos! Llama al sindicato y diles que el Día de la Resurrección no figura en el contrato de trabajo. Se les deducirá a todos del salario. Cada minuto que permanezcan ausentes de su labor.

La rasurada cara de Billikan hijo tomó un aire de obstinada decisión, mientras escudriñaba a su padre.

—No —dijo—. No lo haré. No olvides que no eres tú quien está al mando de esta factoría, sino yo.

—¿Ah, sí? ¿Y con qué derecho?

—Por tu voluntad expresada en tu testamento.

—Muy bien. Pues ahora que estoy de regreso, anulo mi testamento.

—No puedes, padre. Estás muerto. Tal vez no lo parezcas, pero tengo testigos. Guardo el certificado médico. He pagado las facturas del empresario de pompas fúnebres. Si lo necesito, obtendré el testimonio de los portadores del féretro.

Billikan padre miró con fijeza a su hijo, se sentó, colocó una mano sobre el respaldo de su butaca y cruzó las piernas.

—Si vamos a eso —dijo—, todos estamos muertos, ¿no es así? El mundo se ha acabado,

—Pero tú has sido declarado legalmente muerto y yo no.

—¡Bah! Ya cambiaremos eso. Va a haber más de los nuestros que de los vuestros, hijo. Y los votos cuentan.

Billikan hijo dio una firme palmada sobre su mesa. Enrojeció ligeramente.

—Padre, no desearía abordar este punto particular, pero ya que me obligas a ello... Debo recordarte que en estos momentos madre debe estar ya esperándote en casa y que sin duda alguna se habrá visto también obligada a caminar por las calles..., desnuda. No creo que se sienta de muy buen humor.

Billikan padre se puso ridículamente pálido.

—¡Cielo santo! —exclamó.

—Y ya sabes que siempre deseó que te retirases.

Billikan padre adoptó una decisión rápida.

—No pienso ir a casa. ¡Vaya, esto es una pesadilla! ¿No hay límite alguno para esta histeria de la resurrección? Es..., es..., pura anarquía. No hay que extremar tanto las cosas. No, he dicho que no iré a casa y no voy.

En aquel punto, un caballero un tanto rotundo, de rostro terso, suave y sonrosado y blancas patillas a lo Francisco José, entró en el despacho y saludó fríamente:

—Buenos días.

—¡Padre! —dijo el Billikan desnudo.

—¡Abuelo! —dijo el Billikan vestido.

El abuelo Billikan miró a su nieto con aire de desaprobación:

—Si eres mi nieto, parece que has envejecido mucho. El cambio no te ha mejorado.

Billikan nieto sonrió con dispépsica debilidad y no respondió.

Tampoco el abuelo Billikan parecía esperar respuesta alguna. Continuó:

—Bien, si me ponen al corriente de cómo va el negocio en la actualidad, reasumiré mis funciones de director.

Hubo dos respuestas simultáneas, y el encendido de las mejillas del abuelo se intensificó hasta un grado peligroso, en tanto golpeaba perentorio el suelo con un bastón imaginario y ladraba una réplica.

R. E. decidió intervenir.

—Caballeros —dijo. Alzó un poco la voz—. ¡Caballeros! —Y acabó por gritar a pleno pulmón—: ¡CABALLEROS!

La conversación cesó de repente, y todos se volvieron hacia él. El rostro anguloso de R. E., sus ojos singularmente atractivos y su sardónica boca parecieron dominar de pronto la reunión.

—No comprendo esta discusión —dijo—. ¿Qué es lo que fabrican ustedes?

—Copos —respondió Billikan nieto.

—O sea, si no me equivoco, un desayuno empaquetado, a base de cereales...

—Lleno de energía en cada uno de sus áureos trocitos... —proclamó Billikan nieto.

—Recubiertos de cristalino azúcar, dulce como la miel. Elaboración y alimento que... —rezongó Billikan padre.

—Tienta al más inapetente... —rugió Billikan abuelo.

—A eso iba —interrumpió R. E.—. ¿Qué clase de inapetencia?

Todos le miraron con aire estólido.

—¿Perdón? —dijo Billikan nieto, creyendo no haber entendido bien.

—Sí, ¿alguno de ustedes tiene apetito? —volvió a preguntar R. E.—. Yo no.

—¿Qué es lo que farfulla este estúpido? —barbotó Billikan abuelo.

Su invisible bastón habría medido las costillas de R. E. de haber existido (el bastón, no las costillas, claro). R. E. prosiguió:

—Estoy tratando de poner en su conocimiento que nadie querrá volver a comer. Nos hallamos en el después, y el alimento resulta innecesario.

Las expresiones que se dibujaron en los rostros de los Billikan no necesitaban interpretación alguna. Se hizo evidente que habían intentado comprobar sus propios apetitos y los habían hallado nulos.

Billikan nieto exclamó con el rostro ceniciento:

—¡Arruinados!

Billikan abuelo aporreó enérgica y ruidosamente con la contera de su imaginario bastón.

—Esto es una confiscación de la propiedad sin el debido procedimiento legal. Entablaremos pleito, litigaremos...

—Totalmente anticonstitucional —le apoyó Billikan padre.

—Si encuentran a alguien para que presente la demanda, les deseo buena suerte —manifestó R. E. en tono afable—. Y ahora, si me lo permiten, creo que voy a darme una vuelta por el cementerio.

Y encasquetándose el sombrero, se dirigió a la puerta y salió.

Etheriel, con sus vórtices estremecidos, se vio ante la gloria de un querubín de seis alas.

—Si te he entendido bien —dijo éste—, tu universo particular ha sido desmantelado.

—Exacto.

—Bueno, supongo que no esperarás que yo lo ajuste de nuevo...

—No espero que hagas nada, excepto conseguirme una entrevista con el Jefe.

Al oír este nombre, el querubín se apresuró a exponer su respeto. Las puntas de dos de sus alas le cubrieron los pies, otras dos los ojos y las dos últimas la boca. Volviendo a su estado normal, repuso:

—El Jefe está muy ocupado. Tiene una miríada de asuntos que resolver.

—¿Y quién lo niega? Me limito a señalar que, si las cosas continúan como hasta ahora, tendrá un universo en el cual Satán logrará la victoria final.

—Es el nombre hebreo del Adversario —explicó impaciente Etheriel—. Podría llamarle también Ahrimán, que es la palabra persa. En cualquier caso, me refiero al Adversario.

—¿Y a qué te conducirá una entrevista con el Jefe? —dijo el querubín—. Firmó el documento que autorizaba tocar la trompeta del Juicio Final, y ya sabes que su firma es irrevocable. El Jefe no contradiría nunca su propia omnipotencia revocando una palabra pronunciada en su facultad oficial.

—¿Es tu última decisión? ¿No quieres concertarme una entrevista?

—No puedo.

—En ese caso —decidió Etheriel— acudiré al Jefe sin que me sea concedida audiencia. Invadiré el Móvil Primero. Y si ello significa mi destrucción, que así sea.

E hizo acopio de todas sus energías...

—¡Sacrilégio! —murmuró horrorizado el querubín.

Se oyó como un trueno cuando Etheriel salió disparado hacia las alturas.

R. E. Mann recorrió las atestadas calles, acostumbrándose poco a poco a la visión de toda aquella gente aturdida, incrédula, apática, vestida sucintamente o, con mayor frecuencia, sin nada encima.

Una chiquilla que aparentaba unos doce años, colgada de una puerta de hierro, con un pie posado sobre un barrote y balanceándose adelante y atrás, le saludó al pasar:

—¡Hola!

—¡Hola! —correspondió R. E.

La niña estaba vestida. No era uno de los... retornados.

—Tenemos un nuevo bebé en casa. Es una hermanita. Mamá no hace más que quejarse y me ha mandado aquí.

—Me parece muy bien —dijo R. E.

Cruzó la verja y se dirigió a la casa, de modesto aspecto. Tocó el timbre y, al no obtener respuesta, abrió la puerta y penetró en el interior. Siguiendo el sonido de los sollozos, llamó con los nudillos a una segunda puerta. Un hombre vigoroso, de unos cincuenta años, de escaso pelo, gruesas mejillas y prominente mandíbula, abrió y le dirigió una mirada, mezcla de asombro y enfado.

—¿Quién es usted?

R. E. se quitó el sombrero.

—Pensé que podría servir de alguna ayuda. Su pequeña, que está fuera...

Una mujer, sentada en una silla junto a una cama de matrimonio, alzó la vista hacia él con aire desvalido. Su cabello comenzaba a encanecer. Tenía el rostro abotargado por el llanto, y las venas de las manos amoratadas e hinchadas. Una criatura se hallaba sobre la cama, gordezuela y desnuda, agitando lánguidamente los pies y dirigiendo acá y allá sus ojos sin vista aún.

—Es mi pequeña —dijo la mujer—. Nació hace veintitrés años, en esta casa, y murió a los diez días, también aquí. ¡Deseé tanto que volviera!

—Bueno, pues ya la tiene —la animó R. E.

—¡Pero es demasiado tarde! —clamó la mujer, en una especie de vehemente sollozo—. Tuve otros tres hijos. Mi hija mayor está casada, mi hijo cumpliendo el servicio militar. Y ya soy demasiado vieja para criar a otro. Si por lo menos..., si por lo menos...

Sus facciones se contrajeron en un esfuerzo por reprimir las lágrimas. No lo consiguió.

Su marido intervino, diciendo con voz átona:

—No es una criatura real. No llora. No se ensucia. No quiere tomar leche. ¿Qué vamos a hacer con ella? Jamás crecerá. Siempre seguirá siendo un bebé.

R. E. meneó la cabeza.

—No lo sé. Siento no poder hacer nada para ayudarles.

Y se marchó sosegadamente. Pensó sin perder la calma en los hospitales y las clínicas. Miles de criaturas debían estar apareciendo en ellos.

«Que las cuelguen en perchas —pensó sardónico—. Que las hacinen como leños, en atados. No necesitan cuidados. Sus cuerpecillos no son más que el recipiente de una indestructible chispa vital.»

Pasó ante dos chiquillos al parecer de la misma edad, tal vez unos diez años. Sus voces eran agudas. El cuerpo de uno de ellos brillaba bajo la luz no solar, de manera que se trataba de un retornado. El otro no. R. E. se detuvo a escucharles.

—Tuve la escarlatina —decía el desnudo.

—¡Sí, claro! —exclamó el vestido, con una chispa de envidia en la voz.

—Por eso morí.

—¿Ah, sí? ¿Qué te dieron, penicilina o auromicina?

—¿De qué hablas?

—Son medicinas.

—Nunca oí hablar de ellas.

—Chico, pues no has oído hablar de mucho.

—Sé tanto como tú.

—Conque sí, ¿eh?

—A ver, ¿quién es el presidente de Estados Unidos?

—Warren Harding.

—Estás chiflado. Es Eisenhower.

—¿Quién es ése?

—¿No lo has visto nunca en la televisión?

—¿Qué es la televisión?

El chico vestido gritó como para romperle los tímpanos a cualquiera:

—Algo que, moviendo un botón, se ven artistas, películas, vaqueros, lanzamientos de cohetes y todo lo que se quiera.

—A ver, enséñame.

—No funciona en este momento —confesó tras una pausa el niño del presente.

El otro manifestó su enojo, gritando a su vez:

—Lo que pasa es que no ha funcionado nunca. Eres un embustero.

R. E. se encogió de hombros y siguió adelante.

Los grupos escaseaban al acercarse al cementerio. Todos se encaminaban a la ciudad, desnudos.

Un hombre le detuvo. De aspecto jovial, con la piel sonrosada y el cabello blanco, se le veían las marcas de los lentes a ambos lados del puente de la nariz, aunque no los llevaba.

—Se le saluda, amigo —dijo.

—¡Hola! —respondió R. E.

—Usted es el primer hombre vestido que veo. Supongo que estaba vivo cuando sonó la trompeta.

—En efecto.

—Bien, ¿no le parece grande todo esto? ¿No lo encuentra maravilloso y extraordinario? Venga, regocíjese conmigo.

—Le gusta a usted esto, ¿verdad?

—¿Gustar? Una alegría pura y radiante me colma. Estamos rodeados por la luz del primer día, la luz que resplandecía suave y serenamente antes que fueran creados el Sol, la Luna y las estrellas. Usted debe conocer el Génesis, claro. Hay el dulce calor que debió ser uno de los mayores deleites del Edén, no el enervante de un sol implacable, ni el asalto del frío en su ausencia. Hombres y mujeres andan por las calles sin ropa alguna y no se avergüenzan. Todo está bien, amigo, todo está bien.

—Desde luego, es un hecho que no me ha impresionado el despliegue femenino.

—Pues claro que no —corroboró el otro—. El deseo y el pecado, tal como lo recordamos de nuestra existencia terrenal, ya no existen. Permítame que me presente, amigo, tal como fui en otros tiempos. Mi nombre en la Tierra fue Winthrop Hester. Nací en 1812 y morí en 1884, tal como entonces contábamos el tiempo. A lo largo de los últimos cuarenta años de mi vida, laboré para conducir mi pequeño rebaño hasta el Reino. Ahora podré contar los que gané para él.

R. E. contempló con solemnidad al ministro de la Iglesia.

—Lo más probable es que no haya habido ningún Juicio todavía.

—¿Por qué no? El Señor ve en el interior de cada hombre, y en el mismo instante en que todas las cosas del mundo cesaron, todos fueron juzgados. Nosotros somos los salvos.

—Pues deben haberse salvado muchos.

—Por el contrario, hijo mío, los salvos no son sino un resto.

—Un resto muy nutrido... Por lo que puedo colegir, todo el mundo vuelve a la vida. Y he visto en la ciudad algunos personajes muy desagradables tan vivos como usted.

—Un arrepentimiento de último momento...

—Yo nunca me he arrepentido.

—¿De qué, hijo mío?

—Del hecho de no haber asistido nunca a la iglesia.

Winthrop Hester se echó atrás presuroso.

—¿Fue usted bautizado alguna vez?

—No, que yo sepa.

Winthrop Hester tembló.

—Pero seguro que creyó en Dios.

—Bueno. Creí una serie de cosas sobre Él que probablemente le espantarían si se las dijera.

Winthrop Hester se dio la vuelta y se marchó presa de gran agitación.

En lo que quedaba de camino hasta el cementerio (R. E. no tenía medios de calcular el tiempo ni se le ocurrió intentarlo), nadie más le detuvo. Halló el cementerio casi vacío, sin árboles ni hierba. Pensó que no quedaba ya verdor en el mundo; el mismo suelo presentaba un gris duro e informe, sin granulación; el firmamento, una blancura luminosa. Sin embargo, las lápidas subsistían.

Sobre una de ellas se hallaba sentado un hombre flaco y con arrugas, de largo cabello negro y una mata de pelo, más corto, aunque más impresionante, en el pecho y la parte superior de los brazos. Le llamó con profunda voz:

—¡Eh, usted!

—Hola —dijo R. E., sentándose en otra lápida vecina.

El del pelo negro dijo:

—Su indumentaria tiene un aspecto muy raro. ¿En qué año ha sucedido esto?

—En 1957.

—Yo morí en 1807. ¡Curioso! Esperaba que a estas alturas me habría convertido en un buen churrasco, con las llamas eternas brotando de mis entrañas.

—¿No piensa venir a la ciudad?

—Me llamo Zeb —dijo el otro—. Abreviatura de Zebulón, pero con Zeb basta. ¿Qué tal la ciudad? ¿Habrá cambiado un poco, supongo?

—Ha llegado a los cien mil habitantes.

La boca de Zeb dibujó algo semejante a un bostezo.

—¡Vaya! ¿Más que Filadelfia...? Usted bromea.

—Filadelfia tiene... —R. E. se detuvo. Exponer la cifra no serviría de nada. En vez de ello, dijo—: Ha crecido lo normal en una ciudad durante ciento cincuenta años...

—¿El país también?

—Ahora tenemos cuarenta y ocho estados. Lo ocupamos todo hasta el Pacífico.

—¡No me diga! —Zeb se dio una fuerte palmada de contento en el muslo y respingó ante la ausencia de tela que hubiera atenuado el golpe—. Me iría al oeste si no se me necesitara aquí. Sí, señor. —Su cara se ensombreció, y sus delgados labios tomaron un rictus de definida inflexibilidad—. Sí, me quedaré aquí, donde soy necesario.

—¿Por qué es necesario?

La explicación surgió con breve y duro laconismo.

—¡Indios!

—¿Indios?

—Millones de ellos. Primero las tribus que combatimos y liquidamos, y encima las que nunca vieron a un hombre blanco. Todos ellos están volviendo a la vida. Necesitaré a mis viejos camaradas. Ustedes, los tipos de la ciudad, no valen para eso... ¿Ha visto alguna vez a un indio?

—Últimamente no.

Zeb esbozó un gesto de desprecio e intentó escupir a un lado, pero no encontró saliva para ello.

—Más vale que regrese a la ciudad —dijo—. Dentro de poco, no habrá la menor seguridad por estos parajes. Desearía tener mi mosquetón.

R. E. se puso en pie, meditó un momento, se encogió de hombros y se dirigió a la ciudad. La lápida sobre la que había estado sentado se desplomó al levantarse, convirtiéndose en polvo de piedra gris, que se amalgamó con la tierra informe. Miró en derredor. La mayoría de las lápidas habían desaparecido. El resto no tardaría en hacerlo. Sólo la que estaba bajo Zeb parecía aún firme y fuerte.

R. E. echó a andar. Zeb ni siquiera se volvió para mirarle. Seguía inmóvil y en calma, en espera... de los indios.

Etheriel se zambulló a través de los cielos con temeraria celeridad. Los ojos de los Ascendientes se hallaban posados sobre él, lo sabía. Desde el serafín creado en último lugar, pasando por los querubines y los ángeles, hasta el más elevado de los arcángeles, todos debían estar contemplándole.

Había llegado ya más arriba que ningún Ascendiente estuviera nunca sin ser invitado, y esperaba el palpitar del Verbo que reduciría sus vórtices a la nada.

Mas no vaciló. A través del no-espacio y el no-tiempo se precipitó hacia la unión con el Móvil Primero, la sede que circundaba todo lo que Es, Fue, Sería, Había Sido, Podía Ser y Debía Ser.

Y al pensarlo, irrumpió y se fundió con él, expandiéndose su ser de manera que, por un instante, formó parte del Todo. Sin embargo, de un modo misericorde, sus sentidos se velaron, y el Jefe se convirtió en una queda voz en su interior, tenue pero tanto más impresionante en su infinita plenitud.

—Hijo mío —dijo la voz—, ya sé por qué has venido.

—Entonces ayúdame, si tal es tu voluntad.

—Por mi propia voluntad, un acto mío es irrevocable. Todo tu género humano, hijo mío, anhelaba vivir. Todos temían la muerte. Todos albergaban y desarrollaban pensamientos

y sueños de vida ilimitada. No dos grupos de hombres, no dos hombres aislados. Todos desarrollaban la misma idea de la vida futura, todos deseaban vivir. Se pedía que fuese el común denominador de todos esos deseos... de vida eterna. Y accedí.

—Ningún servidor tuyo presentó la solicitud.

—La presentó el Adversario, hijo mío.

La débil gloria de Etheriel desfalleció. Murmuró en voz baja:

—Soy polvo a tu vista e inmerecedor de estar en tu presencia, pero debo hacerte una pregunta. ¿También el Adversario es tu servidor?

—Sin él, no podría tener ningún otro —repuso el Jefe—. ¿Pues qué es el Bien sino la lucha eterna contra el Mal?

«Y en esa lucha —pensó Etheriel—, yo he perdido.»

R. E. se detuvo a la vista de la ciudad. Los edificios se estaban derrumbando. Los de madera eran ya montones de astillas. Se dirigió al más próximo de tales hacinamientos y halló las astillas polvorientas y secas.

Penetró más profundamente en la ciudad y vio que las casas de ladrillo se mantenían aún en pie, si bien los ladrillos presentaban una siniestra redondez en los bordes, un amenazador descascarillamiento.

—No durarán mucho —dijo una voz profunda—, pero hasta cierto punto supone un consuelo saber que al derrumbarse no matarán a nadie.

R. E. alzó la vista sorprendido y se halló cara a cara con un cadavérico Don Quijote de deprimidas mandíbulas y hundidas mejillas. Sus ojos eran tristes; su cabello, castaño y lacio. La ropa le colgaba flojamente, y la piel asomaba a través de varios desgarrones.

—Mi nombre es Richard Levine. —dijo el individuo—. Era profesor de historia..., antes que esto ocurriera.

—Va usted vestido —observó R. E.—. Así que no es uno de los resucitados.

—No, pero esa señal que me diferencia va desapareciendo. La ropa se cae a jirones.

R. E. observó a la muchedumbre que pasaba, moviéndose lentamente y sin meta, como polillas bajo un rayo de sol. En efecto, pocos llevaban ropa. Se miró la suya y por primera vez reparó en que se había desprendido ya la costura lateral de las perneras de sus pantalones. Tomó entre pulgar e índice la tela de su chaqueta, y la lana se desmenuzó con facilidad.

—Me parece que tiene usted razón —dijo a Levine.

—Y si se fija, verá también que Mellon's Hill está quedando raso —prosiguió el profesor de historia.

R. E. dirigió la mirada al norte, donde las mansiones de la aristocracia —toda la aristocracia que había en la ciudad— festoneaban las laderas de Mellon's Hill, y halló casi liso el horizonte.

—Al final —anunció Levine—, todo se reducirá a una planicie, sin ningún rasgo característico. La nada..., y nosotros.

—Y los indios —añadió R. E.—. Hay un hombre al exterior de la ciudad que los espera. No hace más que clamar por un mosquetón.

—Imagino que los indios no nos causarán ninguna desazón. No hay placer alguno en combatir a un enemigo al que no se puede matar o herir. Y aunque se pudiera, el anhelo de batalla habría desaparecido, como todos los anhelos.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo. Aunque no se lo imagine al mirarme, antes que todo esto aconteciera, me causaba un gran e inofensivo placer la contemplación de una figura femenina. Ahora, pese a las oportunidades sin par a mi disposición, me siento irritablemente falto de interés. No, no es cierto... Ni siquiera me causa irritación mi desinterés.

R. E. lanzó una breve ojeada a los transeúntes.

—Ya sé lo que quiere decir.

—La venida de los indios aquí no significa nada comparada con lo que debe ser la situación en el Viejo Mundo —prosiguió Levine—. Ya en las primeras horas de la Resurrección, sin duda volvieron a la vida Hitler y su Wehrmacht. Ahora deben hallarse en compañía y mezcla con Stalin y el Ejército Rojo, en todo el camino que va desde Berlín a Stalingrado. Para complicar la situación, llegarán los káiseres y los zares. Los hombres de Verdún y el Somme volverán a los antiguos campos de batalla. Napoleón y sus mariscales se desparramarán por la Europa occidental. Y Mahoma habrá vuelto para ver lo que épocas posteriores han hecho del Islam, mientras que los santos y los apóstoles estudiarán las sendas de la cristiandad. Y hasta los mongoles, pobrecillos, los Kanes de Temujin a Aurangzeb, recorrerán desamparados las estepas, en anhelante búsqueda de caballos.

—Como profesor de historia, lo lógico es que anhele también estar allí para observar.

—¿Cómo podría estar allí? La posición de todo hombre en la Tierra queda limitada ahora a la distancia que puede recorrer caminando. No hay máquinas de ninguna especie y, como he mencionado ya, tampoco caballos ni cabalgadura alguna. Y al fin y al cabo, ¿qué cree que encontraría en Europa de todos modos? Apatía, igual que aquí.

El sordo ruido de una caída hizo que R. E. girase en redondo. El ala de un edificio de ladrillo próximo a ellos se había derrumbado. A ambos lados, entre el polvo, había cascotes. Sin duda, alguno de ellos le había golpeado sin que se diera cuenta.

—Encontré a un hombre que pensaba que todos habíamos sido ya juzgados y estábamos en el cielo —dijo.

—¿Juzgados? Sí, me imagino que lo estamos. Nos enfrentamos ahora a la eternidad. No nos queda ningún universo, ni fenómenos exteriores, ni emociones, ni pasiones. Nada, sino nosotros mismos y el pensamiento. Nos enfrentamos a una eternidad de introspección, cuando nunca, a lo largo de la historia, hemos sabido qué hacer de nosotros mismos en un domingo lluvioso.

—Parece como si la situación le molestara.

—Mucho más que eso. Las concepciones dantescas del infierno eran pueriles e indignas de la imaginación divina. Fuego y tortura... El hastío es mucho más sutil. La tortura interior de una mente incapaz de escapar de sí misma en modo alguno, condenada a pudrirse en la exudación de su propio pus mental por toda la eternidad resulta mucho más refinada. Sí, amigo mío, hemos sido juzgados..., y condenados. Y esto no es el cielo, sino el infierno.

Levine se levantó, con los hombros abrumados por el decaimiento, y se marchó.

R. E. miró pensativo en derredor y asintió con la cabeza. Estaba convencido.

El reconocimiento del propio fracaso duró sólo un instante en Etheriel. De pronto, alzó su ser tan brillante y elevadamente como osó en presencia del Jefe, y su gloria fue una pequeña mota de luz en el infinito Móvil Primero.

—Si debe cumplirse tu voluntad —dijo—, no pido que renuncies a ella, sino que la colmes.

—¿De qué modo, hijo mío?

—El documento aprobado por el Consejo de Ascendientes y firmado por Ti señala el Día de la Resurrección para una hora específica de un día determinado del año 1957, según el cómputo del tiempo de los terrestres.

—Así es.

—Pero la fijación de la fecha es impropia. En efecto, ¿qué significa 1957? Para la cultura dominante en la Tierra, significa que transcurrieron mil novecientos cincuenta y siete años después del nacimiento de Jesucristo, cosa muy cierta. Sin embargo, desde el instante en que insuflaste la existencia a la Tierra y al Universo, han pasado 5.960 años. Y basándose en la evidencia interna de tu creación dentro de este universo, han pasado cerca de cuatro billones de años. ¿Cuál es por lo tanto el año impropio, el 1957, el 5960 o

el 4 000 000 000 000? Y no es eso todo. El año 1957 después de Jesucristo coincide con el 7474 de la era bizantina y con el 5716 según el calendario judío. Igualmente, corresponde al año 2708 desde la fundación de Roma, en caso que adoptemos el calendario romano, y al 1375 en el calendario mahometano, y al 180 de la independencia de Estados Unidos... Así que te pregunto humildemente: ¿no te parece que un año mencionado como 1957, sin especificar más, resulta impropio y sin significado alguno?

La voz profunda, sosegada y tenue, a la par que intensa, del Jefe repuso:

—Siempre supe eso, hijo mío. Eras tú quien tenías que aprenderlo.

—Entonces —rogó Etheriel, con un luminoso temblor de alegría—, haz que se cumpla tu designio al pie de la letra y, en consecuencia, que el Día de la Resurrección recaiga, en efecto, en el 1957 prescrito, pero sólo cuando todos los habitantes de la Tierra acuerden por unanimidad que un año determinado, y ningún otro, corresponde a 1957.

—Así sea —asintió el Jefe.

Y su Verbo recreó la Tierra y todo cuanto contenía, junto con el Sol, la Luna y todos los demás huéspedes del cielo.

Eran las siete de la mañana del 1 de enero de 1957 cuando R. E. Mann se despertó sobresaltado. El comienzo de la melodiosa nota que debía haber llenado el Universo había sonado y sin embargo no había sonado.

Por un instante, enderezó la cabeza, como si quisiera hacer penetrar en ella la comprensión. Luego, cruzó por su rostro un leve gesto de rabia, que se desvaneció muy pronto. No había sido más que otra batalla.

Se sentó ante su escritorio para componer el siguiente plan de acción. La gente hablaba ya de la reforma del calendario y había que apoyarla. Una nueva era debía comenzar el 2 de diciembre de 1944. Algún día llegaría el nuevo año 1957. El 1957 de la era atómica, reconocido como tal por todo el mundo.

Una extraña luz fulguró en su cerebro, mientras los pensamientos se sucedían en su mente más que humana. Y dos pequeños cuernos, uno en cada sien, parecieron dibujarse en la sombra de Ahrimán proyectada en la pared.

¡CÓMO SE DIVERTÍAN!

Margie incluso lo escribió aquella noche en su diario, en la página encabezada con la fecha 17 de mayo de 2157. «¡Hoy, Tommy ha encontrado un libro auténtico!»

Era un libro muy antiguo. El abuelo de Margie le había dicho una vez que, siendo pequeño, su abuelo le contó que hubo un tiempo en que todas las historias se imprimían en papel.

Volvieron las páginas, amarillas y rugosas, y se sintieron tremendamente divertidos al leer palabras que permanecían inmóviles, en vez de moverse como debieran, sobre una pantalla. Y cuando se volvía a la página anterior, en ella seguían las mismas palabras que se habían leído por primera vez.

—¡Será posible! —comentó Tommy—. ¡Vaya despilfarro! Una vez acabado el libro, sólo sirve para tirarlo, creo yo. Nuestra pantalla de televisión habrá contenido ya un millón de libros, y todavía le queda sitio para muchos más. Nunca se me ocurriría tirarla.

—Ni a mí la mía —asintió Margie.

Tenía once años y no había visto tantos libros de texto como Tommy, que ya había cumplido los trece.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó la chiquilla.

—En mi casa —respondió él sin mirarla, ocupado en leer—. En el desván.

—¿Y de qué trata?

—De la escuela.

Margie hizo un mohín de disgusto.

—¿De la escuela? ¡Mira que escribir sobre la escuela! Odio la escuela.

Margie siempre había odiado la escuela, pero ahora más que nunca. El profesor mecánico le había señalado tema tras tema de geografía, y ella había respondido cada vez peor, hasta que su madre, meneando muy preocupada la cabeza, llamó al inspector.

Se trataba de un hombrecillo rechoncho, con la cara encarnada y armado con una caja de instrumental, llena de diales y alambres. Sonrió a Margie y le dio una manzana, llevándose luego aparte al profesor. Margie había esperado que no supiera recomponerlo. Sí que sabía. Al cabo de una hora poco más o menos, allí estaba de nuevo, grande, negro y feo, con su enorme pantalla, en la que se inscribían todas las lecciones y se formulaban las preguntas. Pero eso, al fin y al cabo no era tan malo. Margie detestaba sobre todo la ranura donde tenía que depositar los deberes y los ejercicios. Había que transcribirlos siempre al código de perforaciones que la obligaron a aprender cuando tenía seis años. El profesor mecánico calculaba la nota en menos tiempo que se precisa para respirar.

El inspector sonrió una vez acabada su tarea y luego, dando una palmadita en la cabeza de Margie, dijo a su madre:

—No es culpa de la niña, señora Jones. Creo que el sector geografía se había programado con demasiada rapidez. A veces ocurren estas cosas. Lo he puesto más despacio, a la medida de diez años. Realmente, el nivel general de los progresos de la pequeña resulta satisfactorio por completo...

Y volvió a dar una palmadita en la cabeza de Margie. Ésta se sentía desilusionada. Pensaba que se llevarían al profesor. Así lo habían hecho con el de Tommy, por espacio de casi un mes, debido a que el sector de historia se había desajustado.

—¿Por qué iba a escribir alguien sobre la escuela? —preguntó a Tommy.

El chico la miró con aire de superioridad.

—Porque es una clase de escuela muy distinta a la nuestra, estúpida. El tipo de escuela que tenían hace cientos y cientos de años. —Y añadió campanudamente, recalcando las palabras—: Hace siglos.

Margie se ofendió.

—De acuerdo, no sé qué clase de escuela tenían hace tanto tiempo. —Leyó por un momento el libro por encima del hombro de Tommy y comentó—: De todos modos, había un profesor.

—¡Pues claro que había un profesor! Pero no se trataba de un maestro normal. Era un hombre.

—¿Un hombre? ¿Cómo podía ser profesor un hombre?

—Bueno... Les contaba cosas a los chicos y a las chicas y les daba deberes para casa y les hacía preguntas.

—Un hombre no es lo bastante listo para eso.

—Seguro que sí. Mi padre sabe tanto como mi maestro.

—No lo creo. Un hombre no puede saber tanto como un profesor.

—Apuesto a que mi padre sabe casi tanto como él.

Margie no estaba dispuesta a discutir tal aserto. Así que dijo:

—No me gustaría tener en casa a un hombre extraño para enseñarme.

Tommy lanzó una aguda carcajada.

—No tienes ni idea, Margie. Los profesores no vivían en casa de los alumnos. Trabajaban en un edificio especial, y todos los alumnos iban allí a escucharles.

—¿Y todos los alumnos aprendían lo mismo?

—Claro. Siempre que tuvieran la misma edad...

—Pues mi madre dice que un profesor debe adaptarse a la mente del chico o la chica a quien enseña y que a cada alumno hay que enseñarle de manera distinta.

—En aquella época no lo hacían así. Pero si no te gusta, no tienes por qué leer el libro.

—Yo no dije que no me gustara —respondió con presteza Margie.

Todo lo contrario. Ansiaba enterarse de más cosas sobre aquellas divertidas escuelas. Apenas habían llegado a la mitad, cuando la madre de Margie llamó:

—¡Margie! ¡La hora de la escuela!

—Todavía no, mamá —suplicó Margie, alzando la vista.

—¡Ahora mismo! —ordenó la señora Jones—. Probablemente es también la hora de Tommy.

—¿Me dejarás leer un poco más del libro después de la clase? —pidió Margie a Tommy.

—Ya veremos —respondió él con displicencia.

Y se marchó acto seguido, silbando y con su polvoriento libro bajo el brazo. Margie entró en la sala de clase, próxima al dormitorio. El profesor mecánico ya la estaba esperando. Era la misma hora de todos los días, excepto el sábado y el domingo, pues su madre decía que las pequeñas aprendían mejor si lo hacían a horas regulares.

Se iluminó la pantalla y una voz dijo:

—La lección de aritmética de hoy tratará de la suma de fracciones propias. Por favor, coloque los deberes señalados ayer en la ranura correspondiente.

Margie obedeció con un suspiro. Pensaba en las escuelas antiguas, cuando el abuelo de su abuelo era un niño, cuando todos los chicos de la vecindad salían riendo y gritando al patio, se sentaban juntos en clase y regresaban en mutua compañía a casa al final de la jornada. Y como aprendían las mismas cosas, podían ayudarse mutuamente en los deberes y comentarlos.

Y los maestros eran personas...

El profesor mecánico destelló sobre la pantalla:

—Cuando sumamos las fracciones una mitad y un cuarto.

Margie siguió pensando en lo mucho que tuvo que gustarles la escuela a los chicos en los tiempos antiguos. Siguió pensando en cómo se divertían.

EL CHISTOSO

Noel Meyerhof consultó la lista que había preparado y escogió el asunto que iba a ser tratado primero. Como de costumbre, confiaba sobre todo en su intuición.

Aparecía empequeñecido por la máquina a la que se enfrentaba, aunque sólo tuviera a la vista una mínima porción de ésta. Sin embargo, no le importaba. Hablaba con la confianza sin cumplidos de quien se sabe enteramente el amo.

—Johnson regresó de modo inesperado a casa tras un viaje de negocios —dijo—, hallando a su mujer en brazos de su mejor amigo. Se tambaleó dando un paso atrás y exclamó: «¡Max! Yo estoy casado con ella y tengo esa obligación. ¿Pero por qué tú...?»

Meyerhof pensó: «Muy bien. Dejemos ahora que le baje hasta las tripas y que lo digiera un poco».

Sonó una voz detrás de él:

—¡Eh!

Meyerhof borró el sonido de este monosílabo y puso en punto neutro el circuito que había utilizado. Giró en redondo y protestó:

—Estoy trabajando. ¿No suele llamar a la puerta?

No sonrió como acostumbraba al saludar a Timothy Whistler, un veterano analista al que trataba con tanta asiduidad como a cualquiera. Arrugó el entrecejo como lo habría

hecho al ser interrumpido por un extraño, frunciendo su flaco rostro en una mueca que lo dejó más arrugado que nunca y que pareció extenderse hasta su pelo.

Whistler se encogió de hombros. Vestía su bata blanca y llevaba las manos apretadas en los bolsillos, formando en ellos unas marcadas líneas verticales.

—Llamé, pero no me contestó. La luz roja no estaba encendida.

Meyerhof gruñó distraído. Había estado pensando demasiado intensamente en su nuevo proyecto y olvidaba los pequeños detalles.

Y sin embargo, apenas podía reprochárselo. El asunto era importante.

No sabía por qué, desde luego. Los Grandes Maestros raras veces lo sabían. Y precisamente eso, el hecho de estar más allá de la razón, les convertía en Grandes Maestros. ¿Cómo si no podía mantenerse la mente humana frente a aquella masa de solidificada razón de dieciséis kilómetros de longitud, a la que los hombres llamaban Multivac, la más compleja computadora jamás construida?

—Estoy trabajando —insistió—. ¿Qué le trae por aquí? ¿Algo importante?

—Nada que no pueda ser aplazado. Hay unos cuantos baches en la respuesta sobre el hiperespacio... —En ese momento, Whistler pareció captar el ambiente, y su cara tomó una deplorable expresión de incertidumbre—. ¿Trabajando, dice?

—Sí. ¿Qué hay de raro en eso?

—Pero... —Whistler miró a su alrededor, fijando la vista en las ranuras de la angosta habitación que comunicaba con los bancos y más bancos de relés que formaban una pequeña parte de Multivac—. No veo por aquí a nadie ocupado en eso.

—¿Quién dijo que había alguien o que debería haberlo?

—Estaba contando uno de sus chistes, ¿no es eso?

—Sí, ¿y qué?

Whistler forzó una sonrisa:

—¿No irá a decirme que le estaba contando un chiste a Multivac?

—¿Y por qué no? —replicó Meyerhof, engallándose.

—¿De modo que efectivamente estaba haciéndolo?

—Pues sí.

—¿Y por qué?

Los ojos de Meyerhof midieron al otro de arriba abajo.

—No tengo por qué darle explicaciones. Ni a usted ni a nadie.

—¡Cielo santo, desde luego que no! Sentí curiosidad, eso es todo... Bueno, puesto que trabaja, le dejo...

Y lanzó una ojeada en derredor, frunciendo de nuevo el entrecejo.

—Me parece muy bien —asintió Meyerhof.

Se quedó mirando a Whistler mientras éste se retiraba. Luego, activó la señal de operaciones con un violento apretón de su dedo.

Comenzó a pasear de un extremo a otro de la habitación, tratando de recuperar la calma. ¡Maldito Whistler! ¡Malditos todos ellos! Sólo porque no se preocupaba de mantener a raya, a la debida distancia social, a todos aquellos técnicos, analistas y mecánicos, porque los trataba como si fueran también artistas creadores, se permitían tomarse aquellas libertades...

«Ni siquiera saben contar chistes como es debido», pensó ceñudo.

Este pensamiento le volvió instantáneamente a su labor. Se sentó de nuevo. ¡Que el diablo se los lleve a todos!

Puso en funcionamiento el apropiado circuito de Multivac y comenzó:

—Durante una travesía en extremo ruda, el camarero de un transatlántico se detuvo en la pasarela y miró compasivo al hombre que se aferraba a la barandilla, con la mirada posada fijamente en las profundidades, clara muestra de los estragos del mareo. Con toda amabilidad, el camarero dio una palmadita en la espalda del hombre: «¡Ánimo, señor!», le dijo. «Ya sé que la sensación es más que desagradable, pero tenga en cuenta

que nadie ha muerto nunca de mareo». El afligido caballero alzó la verdosa y torturada faz hacia su consolador y jadeó con ronco acento: «¡No diga eso, hombre, por Dios! Es sólo la esperanza de morir lo que me mantiene con vida...»

Pese a hallarse un tanto preocupado, Timothy Whistler sonrió y dirigió un ademán con la cabeza a la secretaria cuando pasó ante su mesa. Ella le devolvió la sonrisa.

Una secretaria humana, pensó él, suponía un elemento arcaico en el mundo de computadoras electrónicas del siglo XXI. Mas tal vez fuese natural que esa institución sobreviviese en la propia ciudadela de la electrónica, en la gigantesca corporación mundial que manipulaba a Multivac.

Whistler penetró en el despacho de Abram Trask. El representante del gobierno se hallaba en aquel instante descansando, entregado a la cuidadosa tarea de encender una pipa. Sus oscuros ojos destellaron en dirección a Whistler, y su afilada nariz se destacó prominente contra el rectángulo de la ventana situada tras él.

—¡Ah, vaya, Whistler! Siéntese. Siéntese.

Whistler se sentó, diciendo a continuación:

—Creo que nos enfrentamos a un problema, Trask.

Trask esbozó una semisonrisa.

—Espero que no se trate de nada técnico. No soy más que un inocente político.

Era una de sus frases favoritas.

—Concierne a Meyerhof.

Trask tomó asiento al instante, con clara expresión de desamparo.

—¿Está usted seguro?

—Razonablemente seguro.

Whistler comprendía muy bien la súbita infelicidad de su interlocutor. Trask era el representante del gobierno encargado de la División de Computadoras y Automación del Ministerio del Interior. Se esperaba que supiera desenvolverse en las cuestiones de política que implicaban a los satélites humanos de Multivac, de la misma manera que aquellos satélites técnicos habían de ocuparse del propio Multivac.

Pero un Gran Maestro era algo más que un satélite. Incluso más que un simple humano.

En la historia de Multivac, se había hecho muy pronto evidente que los atascos se debían a una simple cuestión de procedimiento. Multivac podía responder a los problemas de la Humanidad, a todos los problemas, siempre que... se le formularan preguntas con sentido. Pero al irse acumulando los conocimientos a una celeridad creciente, se hacía también cada vez más difícil localizar esas preguntas con sentido.

La razón sola no lo conseguía. Se necesitaba un tipo raro de intuición, la misma facultad mental —sólo que muy intensificada— que convertía a un hombre en un gran maestro del ajedrez. Se precisaba un cerebro capaz de abrirse paso a través de los cuatrillones de jugadas del ajedrez hasta hallar el mejor movimiento. Y hallarlo en cuestión de minutos.

Trask se agitó inquieto en su butaca.

—¿Qué ha hecho ahora Meyerhof? —preguntó.

—Se ha introducido por una línea de investigación que estimo perturbadora.

—¡Vamos, Whistler! ¿Eso es todo? No se puede impedir a un Gran Maestro que siga la línea de investigación que le parezca. Ni usted ni yo nos hallamos lo bastante capacitados para juzgar el valor de sus preguntas. Lo sabe usted muy bien. Y yo sé que lo sabe.

—Lo sé, desde luego, pero también conozco a Meyerhof. ¿Lo ha tratado usted alguna vez socialmente?

—¡Cielos, no! ¿Trata alguien a un Gran Maestro socialmente?

—No adopte esa actitud, Trask. Al fin y al cabo, son humanos y dignos de compasión. ¿Ha pensado alguna vez en lo que supone ser un Gran Maestro? ¿Saber que únicamente

existen una docena de personas iguales a ti en el mundo, que sólo nacen una o dos por generación, que el mundo depende de ti, que un millar de matemáticos, lógicos, psicológicos y físicos confían en ti?

Trask se encogió de hombros y murmuró:

—Yo me sentiría el rey del mundo...

—No lo creo —replicó el analista con impaciencia—. Ellos no se sienten reyes de nada. No tienen a nadie con quien hablar, ninguna sensación de ser queridos. Escuche, Meyerhof no desperdicia nunca una oportunidad de reunirse con los muchachos. No está casado, claro. No bebe. No posee una naturaleza sociable... Sin embargo, se obliga a sí mismo a buscar compañía, porque la necesita. ¿Y sabe qué hace cuando sale con nosotros, cosa que sucede al menos una vez por semana?

—No tengo la menor idea —dijo el funcionario del gobierno—. Todo esto resulta nuevo para mí.

—Pues es un chistoso.

—¿Cómo?

—Se dedica a contar chistes. Buenos, por cierto. Es magnífico en ese aspecto. Toma una historieta, por muy vieja y tonta que sea, y le da la vuelta de tal modo que hace gracia. Se debe a la forma en que lo cuenta. Tiene talento.

—Ya veo. Bueno, eso está bien.

—O mal. Esas bromas son importantes para él. —Whistler apoyó ambos codos sobre la mesa de Trask, se mordió la uña de uno de los pulgares y miró fijamente al vacío—. Es diferente y lo sabe. Esos chistes significan para él el único medio para que le aceptemos el resto de nosotros, los seres vulgares. Nos reímos, nos destornillamos al escucharlos, le palmoteamos la espalda y hasta olvidamos que se trata de un Gran Maestro. Es su único punto de contacto con nosotros.

—Muy interesante. No sabía que fuese usted tan buen psicólogo. Pero veamos, ¿adónde quiere llegar?

—Justamente a esto: ¿qué supone que sucederá si Meyerhof se excede en sus palabras?

—¿Qué quiere decir? —dijo el funcionario del gobierno, mirándole con rostro inexpresivo.

—Si comienza a repetirse. Si su auditorio ríe con menos ganas o incluso deja por completo de reír... Carece de otro medio para ganarse nuestra aprobación. Si lo pierde, se quedará solo. ¿Y qué sucedería entonces? Después de todo, Trask, forma parte de esa docena de hombres de los que no puede prescindir la Humanidad. No podemos permitir que le suceda nada. Y no me refiero sólo a problemas físicos. No debemos permitir siquiera que se sienta demasiado infeliz. ¿Quién sabe hasta qué punto afectaría eso su intuición?

—¿Y bien? ¿Ha empezado ya a repetirse?

—No que yo sepa, hasta la fecha, pero me parece que él piensa que sí.

—¿Por qué dice eso?

—Porque he oído cómo le contaba chistes a Multivac.

—¡No, por favor!

—Fue de manera puramente accidental. Entré en su despacho y me echó de inmediato. Hasta se mostró violento. Por lo general, suele estar de buen talante, y considero muy mala señal que se alterase tanto por mi intrusión. De todas formas, subsiste el hecho que le estaba contando un chiste a Multivac. Y tengo bastantes motivos para creer que ese chiste era uno más en una serie.

—¿Pero por qué?

Whistler se encogió de hombros y se restregó furiosamente el mentón con la mano.

—Me he hecho una idea sobre el particular. Creo que intenta crear un almacén de chistes en los bancos de memoria de Multivac, a fin de obtener nuevas variaciones. ¿Ve

usted adónde quiero ir a parar? Planea un creador mecánico de chistes, con objeto de disponer de un número infinito de ellos, sin temor a que se le agoten nunca.

—¡Santo Dios!

—Desde un punto de vista objetivo, tal vez no haya nada malo en ello, pero considero una señal deplorable que un Gran Maestro empiece a servirse de Multivac para resolver sus problemas personales. En todo Gran Maestro se da un cierto grado de inestabilidad mental y debe ser vigilado. Meyerhof puede estar aproximándose a la línea traspasada la cual perderíamos a un Gran Maestro.

—¿Y qué me sugiere que haga? —preguntó un tanto confuso Trask.

—Asegurarse de si acierto. Tal vez me encuentre demasiado próximo a él para juzgarle bien, y por lo demás juzgar a los seres humanos no entra en mis talentos particulares. Usted es un político y en consecuencia está más capacitado para eso.

—Para juzgar a los humanos quizá, pero no a los Grandes Maestros.

—También son humanos. Además, ¿qué otro podría hacerlo?

Los dedos de Trask tamborilearon en rápido redoble sobre la mesa.

—Supongo que no me queda más remedio —suspiró.

Meyerhof dijo a Multivac:

—El ardiente enamorado, que recogía un ramo de flores silvestres para su amada, quedó desconcertado al toparse de pronto en la misma pradera con un gran toro con cara de pocos amigos, el cual, mirándole con fijeza, escarbó el suelo de modo amenazador. El joven, divisando a un campesino al otro lado de la distante valla, gritó: «¡Eh! ¿Es seguro este toro?» El campesino examinó la situación con ojo crítico, escupió de lado y respondió también a voces: «Como seguro, lo está». Y luego de volver a escupir, añadió: «Ahora, yo no diría lo mismo de ti».

Estaba a punto de pasar al siguiente, cuando le llegó el requerimiento.

En realidad, no era un verdadero requerimiento, pues nadie gozaba del privilegio de emplazar a un Gran Maestro, sino un simple mensaje en que el director de la División, Trask, le anunciaba que tendría sumo gusto en ver al Gran Maestro Meyerhof, en caso que Meyerhof quisiera dedicarle algún tiempo.

Meyerhof hubiera podido tirar impunemente el mensaje y proseguir con su ocupación. No estaba sometido a ninguna disciplina.

Por otra parte, de hacerlo así, continuarían molestándole... Con todo respeto, claro, pero continuarían molestándole.

Así pues, neutralizó los circuitos pertinentes de Multivac, colocó el letrero de «ausente» en la puerta de su despacho, de manera que nadie se atreviera a entrar en él, y se dirigió al de Trask.

Trask tosió, un tanto intimidado por la hosca fiereza de la mirada del otro. Luego dijo:

—No habíamos tenido ocasión de conocernos antes, Gran Maestro, y créame que bien a mi pesar.

—Siempre le he mantenido informado —respondió Meyerhof con rigidez.

Trask se preguntaba qué habría tras aquellos ojos vehementes y de aguda inteligencia. Le resultaba difícil imaginarse a Meyerhof, con su magro rostro, su negro y lacio pelo y su aire profundo, relajándose lo bastante como para contar historietas divertidas.

—Los informes no presuponen un trato social. Yo... Me ha parecido comprender que posee usted un caudal maravilloso de anécdotas.

—¿Se refiere a que soy un chistoso? Ésa es la palabra que la gente suele emplear. Un chistoso.

—No emplearon esa palabra conmigo, Gran Maestro. Dijeron...

—¡Al diablo con ellos! No me importa un comino lo que dijeran. Escuche, Trask, ¿quiere oír un chiste?

Se inclinó hacia delante sobre la mesa y entornó los ojos.

—¡No faltaba más! Desde luego —asintió Trask, esforzándose por parecer campechano.

—Muy bien, allá vamos. La señora Jones miró el ticket que había surgido de la báscula en respuesta al penique que su marido había introducido en la ranura y comentó: «George, aquí dice que eres amable, inteligente, sagaz, laborioso y atractivo para las mujeres». Volvió el ticket del otro lado y añadió: «Y para colmo, se ha equivocado también en tu peso...»

Trask rió, incapaz de resistirse. Aunque el golpe era predecible, la sorprendente facilidad con que Meyerhof había remedado el tono de desdén en la voz de la mujer, y la maña con que había retorcido los rasgos de su cara para acoplarlos a aquel tono, hicieron que el político lanzara una irreprimible carcajada.

—¿Por qué lo encuentra divertido? —preguntó Meyerhof secamente.

Trask se contuvo.

—¡Discúlpeme!

—Le he preguntado por qué lo encuentra divertido. ¿Qué es lo que ha motivado su risa?

—Bueno... —manifestó Trask, intentando razonar—. La última parte sitúa bajo una nueva luz todo cuanto precede. Lo inesperado...

—Acabo de pintar a un marido humillado por su mujer —le atajó Meyerhof—, un matrimonio que es un verdadero fracaso, puesto que la mujer está convencida de la falta de toda virtud en su marido. Sin embargo, usted se rió. ¿Lo hallaría tan cómico de ser usted el marido?

Esperó un momento, pensativo. Luego prosiguió:

—Escuche este otro, Trask: Abner, sentado junto al lecho de su mujer, gravemente enferma, lloraba desconsolado, cuando su esposa, haciendo acopio del resto de sus fuerzas, se incorporó sobre un codo. «Abner», murmuró. «Abner, no puedo presentarme ante mi Hacedor sin confesarte mi culpa.» «Ahora no», murmuró a su vez el afectado marido. «Ahora no, querida. Anda, tiéndete y descansa.» «No puedo», replicó ella llorosa. «Debo contarlo. De lo contrario, mi alma no descansará nunca en paz. Te he sido infiel, Abner. En esta misma casa, no hace ni un mes...» «¡Calla, calla, querida!», la tranquilizó Abner. «Lo sé todo. ¿Por qué si no te habría envenenado?»

Trask intentó desesperadamente mantener la ecuanimidad, pero no logró ahogar su risa por entero.

—¿De modo que también le divierte? —dijo Meyerhof—. Adulterio, asesinato... Todo muy divertido.

—Bueno, ya sabe que se han escrito libros analizando el humor...

—Cierto, y he leído buen número de ellos. Más aún, le he leído la mayoría a Multivac. Sin embargo, los autores de esos libros se limitan a sospechar y conjeturar. Algunos afirman que reímos por sentirnos superiores a los seres implicados en el chiste. Otros, que se debe a que uno advierte de pronto la incongruencia, o siente un repentino alivio de la tensión, o reinterpreta de manera imprevista los acontecimientos. ¿Se incluye en todo eso una simple razón? Personas distintas ríen de chistes diferentes. No existe el chiste universal. Y hay seres que no se ríen de ninguno. Sin embargo, hay algo quizá más importante: el hombre es el único animal con verdadero sentido del humor, el único animal que ríe.

—Ya comprendo —dijo de pronto Trask—. Está usted intentando analizar el humor. Por eso transmite a Multivac una serie de chistes.

—¿Quién le dijo que lo estaba haciendo...? Olvídelo, fue Whistler. Ahora lo recuerdo. Me sorprendió ocupado en esa tarea. ¿Y qué hay con eso?

—Nada en absoluto.

—Supongo que no discutiré mi derecho a añadir cuanto desee al caudal general de conocimientos de Multivac o a formularle cualquier pregunta que desee...

—No, no, de ninguna manera —se apresuró a negar Trask—. A decir verdad, no me queda duda alguna que con ello abrirá el camino a nuevos análisis, de gran interés para los psicólogos.

—¡Humm! Tal vez. Hay otra cosa que me importuna, algo más importante que el análisis general del humor. Una pregunta específica que deseo hacer. Dos, en realidad.

—¿Ah, sí? ¿En qué consisten?

Trask se preguntó si el otro accedería a responder. No había medio alguno para forzarle en caso que no lo deseara. Pero Meyerhof le explicó:

—La primera pregunta es la siguiente: ¿de dónde proceden todos esos chistes?

—¿Cómo?

—Sí, ¿quién los compone? Escuche, hace cosa de un mes, me pasé toda una velada intercambiando chistes. Como de costumbre, yo conté la mayoría de ellos, y también como de costumbre los tontos se rieron. Acaso pensaban en efecto que tenían gracia o tal vez deseaban animarme. En todo caso, un individuo se tomó la libertad de darme una palmada en la espalda, asegurando: «Meyerhof, sabe usted diez veces más chistes que ninguno de mis conocidos». Creo que decía la verdad, pero sus palabras suscitaron en mí un pensamiento. No sé cuántos cientos o acaso miles de chistes habré contado en una u otra época de mi vida. Sin embargo, el hecho es que jamás inventé ninguno. Ni siquiera uno. Sólo los repito. Mi única contribución se reduce a contarlos. La primera vez, los oigo o los leo. Y la fuente de mi audición o de mi lectura tampoco ha compuesto esos chistes. No he encontrado nunca a nadie que pretendiera ser el autor de un chiste. Siempre dicen lo mismo: «Oí uno muy bueno el otro día...» O bien: «Recientemente me contaron algunos muy buenos...» ¡Todos los chistes son viejos! A eso se debe que resulten tan atrasados y tan fuera de la realidad social. Tratan aún del mareo, por ejemplo, cuando este mal se previene fácilmente en nuestros días, por lo que no se experimenta nunca. O bien de esas básculas de las que sale un ticket con el horóscopo, como las del chiste que le he contado, siendo así que tales máquinas no se encuentran ya más que en las tiendas de antigüedades. De manera que, ¿quién compone los chistes?

—¿Es eso lo que intenta descubrir? —preguntó Trask.

Y aunque tuvo en la punta de la lengua añadir: «¡Cielo santo! ¿Y a quién le importa algo esa cuestión?», reprimió el impulso. Las preguntas de un Gran Maestro estaban siempre repletas de significado.

—Desde luego que es eso lo que intento descubrir. Enfóquelo de esta manera. No hay problema en que los chistes sean viejos. Al contrario, deben serlo para disfrutar de ellos. La originalidad no entra en el chiste. Existe una variedad de humor en la que cabe la originalidad, el juego de palabras. He oído algunos que evidentemente fueron compuestos siguiendo la inspiración del momento. Hasta yo he hecho algunos. Pero nadie se ríe de tales juegos de palabras. Uno gruñe. Y cuanto mejor sea el juego de palabras, más alto será el gruñido. El humor original no provoca la risa. ¿Por qué?

—Le aseguro que no lo sé.

—Muy bien, pues averigüémoslo. Después de dar a Multivac toda la información que consideré conveniente sobre el tópico general del humor, he pasado a suministrarle chistes selectos.

—¿Selectos en qué sentido? —preguntó Trask intrigado.

—No lo sé —respondió Meyerhof—. Advierto que son buenos, simplemente. Ya sabe que soy Gran Maestro...

—Sí, sí, de acuerdo.

—A partir de esos chistes y de la filosofía general del humor, mi primera solicitud a Multivac será que descubra el origen de los mismos, siempre que pueda. Puesto que

Whistler ha metido sus narices en esto y ha creído adecuado informarle a usted, pasado mañana le transmitiré el análisis que deseo. Me parece que va a tener trabajo para rato...

—Seguro. ¿Puedo asistir yo también?

Meyerhof se encogió de hombros. Con toda claridad, la asistencia o no asistencia de Trask le tenía sin cuidado.

Meyerhof había elegido el último de la serie con particular cuidado. No sabía decir en qué consistía ese cuidado, pero había revuelto en su cerebro una docena de posibilidades y las había sometido a reiteradas pruebas respecto a una cualidad indefinible de intención y de significado. Dijo:

—Ug, el cavernícola, observó a su compañera, que corría hacia él deshecha en llanto, con su falda de piel de leopardo en desorden. «¡Ug!», clamó frenética. «Haz algo en seguida. Un tigre de dientes de sable ha entrado en la caverna de mamá. ¡Haz algo, te digo!» Ug gruñó, tomó su bien afilado hueso de búfalo y respondió: «¿Por qué debo hacer algo? ¿A quién le importa lo que le suceda a un tigre de dientes de sable?»

Fue entonces cuando Meyerhof formuló sus dos preguntas. Se echó luego hacia atrás y cerró los ojos, fatigado.

—No vi absolutamente nada malo en ello —dijo Trask a Whistler—. Me confesó con toda claridad y de buen grado lo que estaba haciendo. Lo encontré singular, pero legítimo.

—Lo que él pretendía estar haciendo —corrigió Whistler.

—Aun así, no puedo obstruir la tarea de un Gran Maestro basándome sólo en una opinión. Parece un poco raro, pero después de todo se supone que lo son todos. No creo que esté loco.

—Emplea a Multivac para descubrir el manantial de los chistes —murmuró desconcertado el analista jefe—. ¿Y no supone eso estar loco?

—¿Cómo asegurarlo? —preguntó a su vez Trask con irritación—. La ciencia ha avanzado hasta el extremo que las cuestiones plenas de significado resultan ridículas. Las que poseen un sentido han sido pensadas, preguntadas y respondidas hace tiempo.

—No sirve para nada. Y eso me fastidia.

—Tal vez, pero no hay alternativa, Whistler. Veremos a Meyerhof, y usted podrá hacer los necesarios análisis de las respuestas de Multivac, si las hay. En cuanto a mí, mi única tarea se reduce a reunir el expediente. ¡Dios mío, si ni siquiera sé en qué consiste el trabajo de un analista como usted, a excepción de analizar! Y eso no me ayuda en nada.

—Pues es bastante sencillo —replicó Whistler—. Los Grandes Maestros como Meyerhof formulan las preguntas, y Multivac las reduce automáticamente a cantidades y operaciones. La maquinaria precisa para convertir las palabras en símbolos ocupa la mayor parte del volumen de Multivac. Multivac da después la respuesta en cantidades y operaciones, sin traducirla en palabras, excepto en los casos más simples y rutinarios. De diseñarlo para resolver el problema general de la traducción, su volumen habría de cuadruplicarse, cuando menos.

—Ya. Así pues, a usted le corresponde la tarea de traducir esos símbolos en palabras, ¿cierto?

—A mí y a otros analistas... En caso necesario, empleamos computadoras más pequeñas y especialmente diseñadas al efecto. —Whistler sonrió con una mueca—. Al igual que las sacerdotisas deificas de la antigua Grecia, Multivac nos proporciona oráculos y oscuras respuestas. Sólo que, como ve, disponemos de traductores.

Habían llegado ya. Meyerhof les esperaba.

—¿Qué circuitos emplea usted, Gran Maestro? —preguntó Whistler vivamente.

Meyerhof se lo dijo, y Whistler se entregó a su tarea.

Trask intentó seguir el proceso, pero nada de aquello revestía el menor sentido para él. El representante del gobierno vio devanarse un carrete con una serie de perforaciones de infinita incomprendibilidad. El Gran Maestro Meyerhof aguardaba indiferente a un lado, mientras Whistler examinaba la plantilla a medida que emergía. El analista se había puesto unos auriculares y un micrófono ante la boca. De cuando en cuando, murmuraba una serie de instrucciones que guiaban a sus ayudantes, al frente de otras computadoras electrónicas en algún lugar distante.

Whistler escuchaba ocasionalmente, y a continuación perforaba combinaciones en un complejo tablero, marcado con símbolos que se asemejaban de un modo vago a signos matemáticos, pero que no lo eran.

Pasó mucho más de una hora. El fruncimiento del entrecejo de Whistler se fue haciendo más marcado. En cierta ocasión, alzó la vista hacia los otros dos, empezó a decir: «¡Esto es increíble...!», y volvió de nuevo a su trabajo.

Por último, anunció con voz ronca:

—Puedo darles ya una respuesta no oficial. —Sus ojos estaban ribeteados de un virulento color rojo—. La respuesta oficial deberá esperar al análisis completo. ¿Desean la no oficial?

—Dígala —respondió Meyerhof.

Trask asintió a su vez. Whistler lanzó una avergonzada mirada al Gran Maestro.

—Parece cosa de locos... Multivac afirma que son de origen extraterrestre.

—¿Cómo dice? —preguntó Trask.

—¿Es que no me ha oído? Los chistes que reímos no fueron compuestos por ningún hombre. Multivac ha analizado todos los datos, y la única respuesta que concuerda con los mismos es que alguna inteligencia extraterrestre ha compuesto los chistes..., todos ellos..., y los ha infundido en mentes humanas seleccionadas, en épocas y lugares escogidos, de tal modo que persona alguna tiene conciencia de haber compuesto ninguno. Y todos los chistes siguientes son variantes menores y adaptaciones de aquellos grandes originales.

Meyerhof, con el rostro resplandeciendo por el orgullo que sólo puede conocer un Gran Maestro que, una vez más, ha formulado la pregunta debida, prorrumpió:

—¿Así que todos los escritores de comedias no hacen sino retorcer los antiguos chistes para ajustados a los nuevos propósitos? Ya sabíamos eso. La respuesta encaja.

—¿Pero por qué? —preguntó Trask—. ¿Por qué crearon los chistes?

—Multivac dice que el único propósito que concuerda con todos los datos es el estudio de la psicología humana. Nosotros estudiamos la psicología de las ratas obligándolas a encontrar su camino en un laberinto. Las ratas ignoran por qué. Y aun si se dieran cuenta de lo que pasa, que no se la dan, tampoco lo sabrían. Esas inteligencias exteriores estudian la psicología del hombre, anotando las reacciones individuales con respecto a anécdotas cuidadosamente seleccionadas... Sin duda esas inteligencias exteriores —comparadas con nosotros— nos superan tanto como nosotros a las ratas...

Whistler se estremeció. Trask, con la mirada fija, apuntó:

—El Gran Maestro dijo que el hombre es el único animal con sentido del humor. Al parecer, el sentido del humor nos viene de fuera.

Meyerhof añadió muy excitado:

—Y ante el único humor creador que poseemos, no reaccionamos con la risa. Me refiero a los juegos de palabras.

—Parece como si los extraterrestres eliminasen las reacciones a los chistes espontáneos, para evitar la confusión —opinó Whistler.

—¡Vamos, vamos! —intervino Trask, sumido en una súbita agonía espiritual—. ¡Santo Dios! ¿De verdad se creen eso?

El analista le miró fríamente.

—Multivac así lo afirma. Por ahora, no puede decirse nada más. Ha señalado a los verdaderos chistosos del Universo. Si deseamos saber más, habrá que proseguir la investigación. —Y añadió en un murmullo—: Si alguien se atreve a proseguirla.

El Gran Maestro Meyerhof dijo de pronto:

—Como usted sabe, formulé dos preguntas. Y puesto que ha sido respondida la primera, creo que Multivac cuenta con los datos suficientes para contestar a la segunda.

Whistler se encogió de hombros. Parecía un hombre a punto de derrumbarse.

—Si el Gran Maestro cree que hay datos suficientes, tendré que tomarlo en consideración. ¿Cuál fue la segunda pregunta?

—Pregunté lo siguiente: ¿Cómo reaccionará la raza humana al recibir la respuesta a la primera pregunta?

—¿Y por qué preguntó eso? —se interesó Trask.

—Sólo porque tuve la sensación que debía preguntarlo.

—¡Demencia! ¡Pura demencia! —exclamó Trask.

Mientras se apartaba de los demás, pensó en cuán extrañamente habían cambiado de postura él y Whistler. Ahora, era él quien pretendía explicarlo todo por la demencia. Cerró los ojos. Por mucho que se empeñase en afirmar que Meyerhof estaba loco, ningún hombre en cincuenta años había dudado de la combinación de un Gran Maestro y Multivac. Todas las dudas habían quedado solventadas.

Whistler se entregó de nuevo a su trabajo, en silencio y con los dientes apretados, poniendo en marcha otra vez a Multivac y sus máquinas complementarias. Pasó otra hora, al cabo de la cual, estalló en una ronca carcajada.

—¡Una delirante pesadilla! —exclamó.

—¿Cuál es la respuesta? —preguntó Meyerhof—. Quiero las observaciones de Multivac, no las tuyas.

—Conforme. Aquí la tiene. Multivac manifiesta que en cuanto un simple humano descubra la verdad, este método de análisis psicológico de la mente humana se convertirá en inútil como técnica objetiva para los poderes extraterrestres que ahora la emplean.

—¿Quiere decir que ya no habrá más chistes transmitidos a la Humanidad? —preguntó débilmente Trask—. ¿O qué quiere decir?

—No más chistes —repuso Whistler—. ¡A partir de ahora! Multivac dice ahora. El experimento ha terminado ahora. Deberán introducir una nueva técnica.

Se miraron con fijeza. Pasaron los minutos, hasta que por fin Meyerhof dijo lentamente:

—Multivac tiene razón.

—Lo sé —asintió vacilante Whistler.

Incluso Trask añadió en un murmullo:

—Sí. Así debe ser.

Fue Meyerhof quien aportó la prueba efectiva, Meyerhof, el consumado chistoso.

—Todo pasó, sí, todo pasó. Hace cinco minutos que lo intento y no se me ocurre un simple chiste, ni uno sólo. Y si leyera uno en un libro, no me reiría, lo sé.

—El don del humor se ha desvanecido —dijo Trask lleno de melancolía—. Ningún ser humano volverá a reír jamás.

Y los tres permanecieron allí, con la mirada fija, sintiendo reducirse el mundo a las dimensiones de una experimental jaula de ratas... Habían retirado el laberinto, y algo..., algo sería puesto en su lugar...

EL BARDO INMORTAL

—Oh, sí —afirmó el doctor Phineas Welch—. Puedo traer los espíritus de los muertos ilustres.

Estaba un poco bebido. De otro modo, quizá no habría dicho eso. Desde luego era perfectamente natural hallarse un poco embriagado en la reunión anual de Navidad.

Scott Robertson, el joven profesor de literatura inglesa, ajustó sus gafas como para ver mejor si había oído bien.

—¿De veras, doctor Welch?

—Tal como digo. Y no sólo los espíritus, sino también los cuerpos.

—Yo diría que eso es imposible —manifestó muy estirado Robertson.

—¿Y por qué? Simple cuestión de transferencia temporal.

—¿Se refiere usted al viaje en el tiempo? Pero eso... Bueno, digamos que me parece por lo menos insólito.

—No si se sabe cómo.

—¿Y bien, doctor Welch? ¿Cómo?

—¿Cree que voy a revelárselo? —preguntó receloso el físico. Miró vagamente a su alrededor buscando otra bebida y, al no encontrar ninguna, prosiguió—: Hace poco traje a algunos. Arquímedes, Newton, Galileo. ¡Pobres tipos!

—¿No les gustó esto? Yo hubiese pensado que se quedarían fascinados ante nuestra ciencia moderna —opinó Robertson, que empezaba a disfrutar de la conversación.

—Sí, claro que se quedaron. En efecto. En particular, Arquímedes. Al principio pensé que iba a volverse loco, hasta que le expliqué algo de ella en un poco de griego que había estudiado. Pero no..., no...

—¿Algún problema?

—La gran diferencia de culturas. No lograban acostumbrarse a nuestra forma de vida. Se sentían terriblemente solitarios y asustados. Tuve que devolverlos a su tiempo.

—¡Qué lástima!

—Sí. Grandes mentes, pero nada flexibles. No universales. Así pues, probé con Shakespeare.

—¡Qué! —aulló Robertson, a quien este personaje tocaba más de cerca.

—No grite, muchacho —le recomendó Welch—. Es de mala educación.

—¿Ha dicho que trajo a Shakespeare?

—Pues sí. Necesitaba a alguien con una mente universal, alguien que conociera lo bastante a las personas como para ser capaz de convivir con ellas fuera de su propia época. Shakespeare me pareció el más indicado. Por cierto, me dejó su firma como recuerdo...

—¿La tiene aquí? —preguntó Robertson, con ojos desorbitados.

—Aquí mismo. —Welch hurgó en los bolsillos de su chaqueta, uno tras otro—. ¡Ah, aquí está!

Tendió al profesor una tarjeta de cartulina, en cuyo anverso se leía: L. Klein e hijos. Ferretería al por mayor. En su reverso, aparecía escrito con enrevesada escritura: Will Shakespeare.

Una disparatada conjetura asaltó a Robertson.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó.

—No como en sus retratos. Calvo y con un feo bigote. Hablaba con marcado acento irlandés. Desde luego, hice cuanto pude por reconciliarle con nuestra época. Le dije que teníamos en la mayor estima sus piezas de teatro y que aún seguíamos representándolas. De hecho, le aseguré que en nuestra opinión eran las obras maestras de la literatura en lengua inglesa, tal vez las obras maestras de toda la literatura.

—Bien, bien —aprobo Robertson sin aliento.

—Le expliqué que se habían escrito volúmenes y volúmenes de comentarios sobre ellas. Naturalmente, deseó ver uno de ellos y fui a buscárselo a la biblioteca.

—¿Y...?

—¡Ah! Se mostró fascinado. Desde luego, tropezó con dificultades respecto al idioma actual y las referencias a los acontecimientos ocurridos a partir del 1600, pero le ayudé a comprenderlos. ¡Pobre hombre! No creo que esperase tal trato. «¡Alabado sea Dios!», comentó. «¡Hasta qué punto se han estrujado las palabras en cinco centurias! Me da la impresión de un trapo mojado del que se ha sacado una inundación.»

—¡No pudo decir eso!

—¿Y por qué no? Escribía sus piezas con la mayor rapidez posible. Tenía el tiempo limitado, me dijo. Por ejemplo, acabó Hamlet en menos de seis meses. El argumento era ya conocido. Él se limitó a pulirlo.

—Lo mismo que un espejo telescópico. ¡Pulirlo! —se indignó el profesor de literatura inglesa.

El físico pasó por alto la observación y, reparando en un combinado incólume sobre el bar, a sólo unos pasos, se acercó a él furtivamente.

—Le dije al Bardo que dábamos cursos universitarios sobre Shakespeare.

—Yo doy uno.

—Lo sé. Le matriculé en su curso nocturno de ampliación. Jamás vi a un hombre tan ávido por descubrir lo que la posteridad decía de él como lo estaba el pobre Will. Trabajó con mucho empeño.

—¿Matriculó a William Shakespeare en mi curso? —farfulló Robertson.

Incluso considerándolo como una fantasía alcohólica, el pensamiento le causó vértigo. ¿Y era en verdad una fantasía alcohólica? Acababa de venirle a la memoria la presencia de un hombre calvo y de habla singular.

—No con su nombre verdadero, desde luego —dijo el doctor Welch—. ¡Lo que tuvo que soportar! Cometí un error, simplemente. Un gran error. ¡Pobre tipo!

Había alcanzado ya el cóctel y meneaba la cabeza con la vista clavada en él.

—¿A qué error se refiere? ¿Qué sucedió?

—Tuve que enviarle de nuevo al 1600 —rugió Welch con indignación—. ¿Cuánta humillación cree usted que puede soportar un hombre?

—¿Pero de qué humillación me habla?

El doctor Welch se echó al colete el combinado de un solo trago.

—¡Usted, pobre idiota...! ¡Usted le reprobó!

UN DÍA...

Niccolo Mazetti, tendido boca abajo sobre la alfombra, con la mandíbula apoyada en la palma de su pequeña mano, escuchaba al bardo con desconsuelo. Incluso había un asomo de lágrimas en sus negros ojos, lujo que un muchacho de once años no puede permitirse salvo en el caso de estar a solas.

El bardo dijo:

—Vivía una vez, en medio de un espeso bosque, un pobre leñador, con sus dos hijas huérfanas de madre, ambas tan bellas como la aurora. El largo pelo de la mayor era tan negro como las plumas de las alas de un cuervo, mientras que la menor lo tenía tan brillante como el oro bajo la luz del sol de una tarde de otoño. Muchas veces, mientras las muchachas aguardaban que regresase su padre de trabajar, en el bosque, la mayor se sentaba ante un espejo y cantaba...

Niccolo no llegó a oír lo que cantaba, pues sonó una llamada en el exterior de la habitación.

—¡Eh, Nickie!

La cara de Niccolo se iluminó al momento. Se abalanzó a la ventana y gritó a su vez:

—¡Hola, Paul!

Paul Loeb agitó una mano, lleno de excitación. Más delgado que Niccolo y no tan alto, aunque seis meses mayor, su rostro manifestaba una tensión reprimida, que se mostraba asimismo más notoriamente en su rápido pestañeo.

—Oye, Nickie, déjame entrar. Tengo una idea y media. Espera a oírla...

Echó una fugaz ojeada en derredor, como atisbando la posible presencia de fisgones, pero el patio delantero de la casa estaba sin la menor duda vacío. Repitió casi en un cuchicheo:

—Espera a oírla.

—Está bien. Abriré la puerta.

El bardo continuaba tranquilo su relato, indiferente a la súbita falta de atención por parte de Niccolo. Cuando Paul entró, decía:

—...A lo cual el león respondió: «Si me encuentras el huevo perdido del pájaro que vuela sobre la Montaña de Ébano una vez cada diez años, yo...»

—¿Es un bardo lo que estabas escuchando? —preguntó Paul—. No sabía que tuvieses uno.

Niccolo enrojeció, y la expresión de infelicidad se pintó de nuevo en su rostro.

—Un trasto antiguo, de cuando yo era pequeño. No vale gran cosa...

Le dio un puntapié. El plástico, un tanto ajado y rayado ya, lanzó un súbito destello. El bardo hipó al perder por un momento el contacto a causa de la sacudida. Luego prosiguió:

—...Por espacio de un año y un día, hasta que se desgastaron los zapatos de hierro. El príncipe se detuvo a un lado del camino...

Paul comentó, mirándolo con ojo crítico:

—¡Chico, qué modelo tan viejo!

A pesar de la amargura que Niccolo sentía contra el bardo, respingó ante el tono condescendiente del otro. Durante un segundo, lamentó haber dejado entrar a Paul, al menos antes de haber devuelto el bardo a su acostumbrado lugar de reposo en el sótano. Sólo la desesperación de un día aburrido y una infructuosa discusión con su padre le habían impulsado a resucitarlo. Y resultó tan estúpido como esperaba.

De todos modos, Nickie se sentía un poco atemorizado ante Paul, pues éste seguía cursos especiales en la escuela, y todo el mundo decía que acabaría siendo ingeniero electrónico.

No es que él, Niccolo, anduviese retrasado en sus estudios. Solía conseguir buenas notas en lógica, manipulaciones binarias, cálculo y circuitos elementales. Pero ahí estaba el quid... Se trataba de temas corrientes, y él quería llegar a encargado de un cuadro de control, como cualquier otro.

En cambio, Paul conocía un montón de misteriosos detalles sobre lo que él denominaba electrónica, matemáticas teóricas y programación. Especialmente, la programación. Niccolo ni siquiera intentaba comprenderle cuando parloteaba sobre todo aquello.

Paul prestó atención al bardo durante unos minutos y preguntó:

—¿Lo usas mucho?

—¡Pues claro que no! —respondió Niccolo, con aire ofendido—. Lo guardé en el sótano mucho antes que vinieras a vivir al barrio. Lo he sacado hoy para... —Le faltó una excusa que le pareciera aceptable y concluyó—: Acabo de subirlo.

—¿Sólo sabe hablar de eso? —preguntó Paul—. ¿De leñadores y princesas y animales que hablan?

—Es terrible —asintió Niccolo—. Según mi padre, no podemos adquirir uno nuevo. Le he dicho esta mañana...

El recuerdo de los infructuosos ruegos de aquella mañana condujeron a Niccolo peligrosamente al borde de las lágrimas, que contuvo lleno de pánico. Sabía que las

delgadas mejillas de Paul no presentaban nunca la menor mancha de lágrimas y que Paul no mostraría sino desprecio por alguien menos fuerte que él.

—Se me ocurrió probar este cacharro —explicó—, pero no vale para nada.

Paul devolvió el bardo a la posición original, oprimió el contacto que provocaba una reorientación y recombinación casi instantánea del vocabulario, personajes, argumentos y ambientes que almacenaba, y luego lo puso en marcha. El bardo comenzó suavemente:

—Había una vez un niño llamado Willikins, cuya madre había muerto y que vivía con su padrastro y su hermanastro. Aun siendo persona bien acomodada, el padrastro escatimaba a Willikins hasta la cama en que dormía, de manera que el chiquillo se veía obligado a acostarse sobre un montón de paja en el establo, junto a los caballos...

—¿Caballos? —se interesó Paul.

—Un tipo de animal, creo —explicó Niccolo.

—Ya lo sé. Sólo que inventar historias sobre caballos...

—Se pasa todo el tiempo hablando de caballos —se lamentó Niccolo—. También hay otros animales llamados vacas. Tengo entendido que se sacaba la leche de ellas, pero el bardo no dice cómo.

—Bueno, ¿y por qué no lo reparas?

—Me gustaría conocer el modo.

El bardo proseguía su historia:

—Con frecuencia Willikins pensaba que si fuese rico y poderoso enseñaría a su padrastro y a su hermanastro lo que significaba ser cruel con un chiquillo, por lo que un buen día decidió lanzarse a recorrer el mundo en busca de fortuna.

Paul, que no prestaba atención a la historia, aseguró:

—Es fácil. El bardo tiene cilindros de memoria para argumentos, ambientes y cosas por el estilo. No hay que preocuparse de eso. Sólo debemos enmendar el vocabulario, de modo que hable de computadoras, automatización, electrónica... De las cosas reales de hoy. Entonces podrá contar historias interesantes, en vez de tonterías sobre princesas y todo eso.

—Me gustaría —dijo Niccolo con desaliento.

—Escucha, dice mi padre que si consigo pasar a una escuela especial de cálculo el año próximo, me comprará un bardo auténtico, un último modelo. Uno grande, programado para contar historias y misterios del espacio. Y con equipo visual además...

—¿Quieres decir que se verán las historias?

—Seguro. El señor Daugherty ha dicho en la escuela que ya existen esos aparatos, pero que no hay suficientes para todos. Únicamente si paso a la escuela de cálculo podrá conseguirlo papá.

Los ojos de Niccolo se dilataron de envidia.

—¡Caray! Ver una historia.

—Puedes venir a verlas cuando quieras, Nickie.

—¡Gracias, chico!

—Está bien. Pero recuerda que seré yo quien decida sobre la clase de historias que oigamos.

—Claro, seguro.

Niccolo habría aceptado sin dificultad condiciones mucho más duras. La atención de Paul se volvió hacia el bardo, que estaba contando ahora:

—«En ese caso», dijo el rey, mesándose la barba y frunciendo el entrecejo hasta que las nubes llenaron el cielo y fulguró el rayo, «proveerás a que mi país entero quede libre de moscas para esta misma hora de pasado mañana. Si no...»

—Bastará con abrirlo —decidió Paul.

Tomó el bardo y lo desconectó, comenzando a hurgar en su panel delantero mientras hablaba.

—¡Eh! —exclamó Niccolo, súbitamente alarmado—. ¡A ver si lo rompes!

—No lo romperé —respondió impaciente Paul—. Sé todo cuanto hay que saber sobre estas cosas. —Y luego, con repentina cautela—: ¿Están tu padre y tu madre en casa?

—No.

—Muy bien, entonces. —Y desmontando el panel delantero, fisgó en su interior—. ¡Chico, éste cacharro es de un solo cilindro!

Siguió luego hurgando con los dedos en las tripas del bardo. Niccolo, que ignoraba lo que hacía, le observaba en penoso suspenso.

Paul extrajo del interior del bardo una pequeña tira de metal perforada.

—Éste es el cilindro de memoria del bardo —explicó—. Apuesto a que su capacidad no alcanza el trillón de historias.

—¿Qué vas a hacer, Paul?

—Voy a darle vocabulario.

—Muy fácil. Me he traído un libro conmigo. El señor Daugherty me lo prestó en la escuela.

Paul sacó el libro de su bolsillo y le quitó la cubierta de plástico. Devanó la cinta un poco, la pasó por el vocalizador, que giró con un murmullo, y la encajó en las partes vitales del bardo, procediendo después a otros enlaces.

—¿Para qué haces eso? —preguntó Niccolo.

—El libro hablará, y el bardo lo almacenará todo en su registro de memoria —explicó Paul.

—¿Y de qué servirá todo eso?

—¡Chico, pareces tonto! Este libro sólo trata de computadoras y automatización, de manera que el bardo obtendrá toda la información precisa. Así dejará de hablar de reyes que provocan rayos cuando fruncen el entrecejo.

—De todos modos, siempre gana el bueno. No hay ninguna emoción —comentó Niccolo.

—Claro —repuso Paul, comprobando si su instalación funcionaba debidamente—, programan a los bardos de ese modo. Con un bueno que vence y un malo que pierde, y cosas por el estilo... Oí a mi padre hablar una vez sobre la cuestión. Dijo que sin una censura no se podría decir adonde iría a parar la nueva generación. Dijo que la cosa ya va bastante mal de por sí... ¡Vaya! Esto marcha estupendamente.

Se frotó las manos y se apartó del bardo.

—Escucha —continuó—. Todavía no te he contado mi idea. Apuesto a que es lo mejor que has oído en tu vida. Vine a verte porque supuse que querrías participar conmigo en el asunto.

—Pues claro, Paul, seguro.

—Bien. Conoces al señor Daugherty el de la escuela, ¿no? Un tipo muy divertido. Bueno, él me aprecia un poco.

—Ya lo sé.

—Hoy he ido a su casa después de la clase.

—¿Que has ido a su casa?

—Pues sí. Me dijo que, como voy a ingresar en la escuela de cálculo, quería animarme y otras cosas por el estilo. Dijo que el mundo necesita más personas que sepan trazar circuitos avanzados de cálculo y efectuar las debidas programaciones.

—¡Ah!

Paul debió captar en parte la vacuidad que contenía aquel monosílabo, pues insistió con impaciencia:

—¡Programación! Te lo he dicho cientos de veces. Consiste en plantear problemas para que los resuelvan las computadoras gigantes como Multivac. El señor Daugherty dice que cada vez se hace más difícil encontrar personas realmente capaces de manejar las computadoras y que para los controles y para comprobar las respuestas y formular

problemas rutinarios sirve cualquiera, pero que lo importante, ampliar la investigación y hallar el modo de hacer las debidas preguntas, es muy difícil. ¿Sabes, Nickie? Me enseñó su colección de calculadoras antiguas. Es una especie de manía en él coleccionarlas. Tiene algunas pequeñas, que hay que mover con la mano, llenas de botoncitos. Y una vara de madera a la que llama regla de cálculo, con una parte que entra y sale. Y unos alambres con bolitas. Y hasta un trozo de papel grueso, con una especie de cosa a la que llama tabla de multiplicar.

Niccolo, sólo moderadamente interesado por las palabras de su amigo, preguntó:

—¿Una tabla de papel?

—Pues sí..., para ayudar a calcular. El señor Daugherty quiso explicármelo, pero no disponía de mucho tiempo y además resultaba bastante complicado.

—¿Y por qué no empleaban computadoras?

—Eso era antes que los hubiera —gritó Paul.

—¿Antes?

—Sí, hombre, sí. ¿O es que crees que la gente siempre tuvo computadoras? ¿Has oído hablar alguna vez de los cavernícolas?

—¿Cómo se las arreglaban sin computadoras? —insistió Niccolo.

—No lo sé. El señor Daugherty dice que en aquellas épocas se limitaban a tener hijos, sin hacer nada para inculcarles la diferencia entre lo bueno y lo malo. Ni siquiera sabían lo que era bueno o no. Y los campesinos realizaban las faenas del campo con las manos, y el resto de la gente trabajaba en las fábricas y manipulaba las máquinas.

—No te creo.

—Es lo que dice el señor Daugherty. Dice que no había más que desorden y que todo el mundo se sentía desgraciado... Bueno, ¿vas a dejarme que te hable de mi idea o no?

—Dila cuando quieras. ¿Quién te detiene? —replicó Niccolo ofendido.

—De acuerdo. Verás, las calculadoras manuales, las de botones, tienen unas figuritas en cada uno. Y la regla de cálculo también. Y asimismo la tabla de multiplicar. Pregunté lo que significaba aquello, y el señor Daugherty me dijo que se trataba de números.

—¿De qué?

—Cada figurita diferente representaba un número. Para «uno» se hacía una clase de marca, para «dos» otra, para «tres» otra, y así sucesivamente.

—¿Y todo eso para qué?

—Para calcular.

—¿Para qué? Sólo con consultar a la calculadora...

—¡Idiota! —chilló Paul, con el rostro contraído de rabia—. ¿Cuándo vas a metértelo en la cabeza? Esas reglas de cálculo y todas esas cosas no hablaban.

—¿Entonces cómo...?

—Las respuestas se señalaban en aquellas figuritas, y uno tenía que interpretarlas. El señor Daugherty dice que en los antiguos tiempos todos lo aprendían de pequeños. A hacer aquellas figuritas se le llamaba «escribir», y a descifrarlas, «leer». Dice que había una figurita diferente para cada palabra, y escribían libros enteros con ellas; que hay algunos en el museo y que puedo verlos si quiero. Y dijo también que yo iba a ser un verdadero calculador y programador, que tenía que conocer la historia del cálculo y que por eso me enseñaba todas aquellas cosas.

Niccolo frunció el entrecejo.

—¿Crees que todo el mundo tenía que dibujar las líneas de cada palabra y recordarlas luego...? ¿Es verdad o lo estás inventando?

—La pura verdad. Mira, el «uno» se hacía así —lo dibujó en el aire, con un rápido trazo del dedo—. Y el «dos» así, y el «tres» así. Aprendí todos los números hasta el «nueve».

Niccolo contempló el dedo dibujando una curva incomprensible.

—¿Y para qué sirve eso?

—Y se puede aprender también cómo hacer las palabras. Pregunté al señor Daugherty cómo se hacía el signo para «Paul Loeb», pero no lo sabía. Dijo que probablemente lo sabría alguien del museo. Y también que había personas que aprendieron a descifrar libros enteros, que se podían diseñar computadoras para descifrarlos y que antes las había, pero que ahora no las fabricaban ya debido a que tenemos libros de verdad, con cintas magnéticas que pasan a través del vocalizador y salen hablando... Ya sabes.

—Sí, claro.

—De modo que, si vamos al museo, aprenderemos a hacer palabras con signos. Nos lo permitirán porque voy a ingresar en la escuela de cálculo.

Niccolo adivinó, desilusionado:

—¿Y en eso consiste tu idea? ¡Caray, Paul! ¿A quién le apetece semejante cosa? ¡Aprender a trazar signos estúpidos!

—¿Es que no lo captas? ¿No? ¡Eres un cabezota...! ¡Nos servirá para nuestros mensajes secretos!

—¿Qué?

—¡Pues claro? ¿Para qué hablar cuando todo el mundo te entiende? Con esos signos, se pueden transmitir mensajes secretos. Se trazan en un papel, y nadie en el mundo se entera de lo que estás diciendo, a menos que conozca los signos también. Y ellos no los conocerán, a no ser que se los enseñemos nosotros... Fundaremos un club, con ceremonias de iniciación, reglamento y toda la pesca. Chico...

Una cierta excitación comenzó a despertar en el interior de Niccolo.

—¿Qué tipo de mensajes secretos?

—De todas clases. Por ejemplo, pongamos que quiero decirte que vengas a casa para ver mi nuevo bardo visual y no deseo que se entere nadie, aparte de los compañeros. Pues bien, trazo los necesarios signos sobre un papel, te lo doy y tú lo traduces. Así sabes lo que debes hacer. Nadie más lo sabrá. Puedes enseñárselos incluso y se quedarán como antes.

—¡Oye, qué bárbaro! —aulló Niccolo, completamente convencido—. ¿Cuándo iremos a aprenderlo?

—Mañana. Pediré al señor Daugherty que hable con los del museo para que nos den permiso. Encárgate de conseguir el de tu padre y tu madre. Iremos en seguida al salir de la escuela y empezaremos a aprender.

—¡Bravo! —exclamó Niccolo—. Seremos los amos del club.

—Yo seré el presidente —precisó Paul—. Y tú, el vicepresidente.

—¡Estupendo! Será mucho más divertido que el bardo. —De pronto, se acordó de él y dijo con súbita aprensión—: Oye, ¿y qué hay de mi viejo bardo?

Paul se volvió a mirarlo. Seguía absorbiendo tranquilamente el desbobinado del libro, el sonido de cuyas vocalizaciones formaba un murmullo difuso, apenas perceptible.

—Lo desconectaré —decidió Paul.

Y así lo hizo, ante la ansiosa expectación de Niccolo. Al cabo de unos momentos, Paul volvió a meterse el libro en el bolsillo, colocó de nuevo el panel del bardo y lo puso en funcionamiento. El bardo dijo:

—Vivía una vez en una gran ciudad un niño pobre llamado Johnnie, cuyo único amigo en el mundo era una pequeña computadora. Cada mañana, la computadora decía al chiquillo si llovería o no y respondía a cuantas preguntas le formulaba. Pero sucedió que un buen día el rey de aquel país, habiendo oído hablar de la pequeña computadora, deseó poseerla, y con este propósito llamó a su Gran Visir, diciéndole...

Niccolo cortó con rápido movimiento la corriente del bardo.

—Las mismas chapuceras de antes —exclamó apasionadamente—. Sólo que con una computadora incorporada...

—Claro, habían puesto tantas tonterías en la cinta del bardo... Se necesita más tiempo para enmendarlo del todo. Aun así, aparecerán siempre combinaciones marginales antiguas. Bueno, no importa. De todos modos, necesitas un modelo nuevo.

—Nunca podremos adquirirlo. Sólo este sucio, viejo y miserable cacharro.

Y le asestó otro puntapié, acertándole más de lleno esta vez. El bardo cayó hacia atrás, con un chirrido de engranajes.

—Te queda el recurso de ver el mío cuando lo tenga —le consoló Paul—. Además, no olvides nuestro club de los signos.

Niccolo asintió.

—Mira, te diré una cosa —continuó Paul—. Vamos a mi casa. Mi padre tiene algunos libros sobre los tiempos antiguos. Los oiremos. A lo mejor sacamos de ellos algunas ideas. Deja una nota a tus padres. Tal vez te dejen quedarte en casa a cenar. Anda, vámonos.

—Está bien —asintió Niccolo.

Los dos chicos se marcharon juntos, corriendo. En su prisa, Niccolo tropezó con el bardo, cuya señal de activación relampagueó. El tropezón de Niccolo había provocado un cortocircuito, y aunque se había quedado solo en la habitación y no había nadie para escucharle, el bardo comenzó a recitar otra historia.

Mas en cierto modo no parecía su voz acostumbrada. Sonaba un tono más bajo y un tanto gutural. Un adulto, al escucharla, pensaría casi que había en ella un acento de pasión, un tinte de sentimiento.

—Había una vez una pequeña computadora llamada el Bardo, que vivía sola en casa de unas personas de la clase media, que se mostraban muy crueles con ella y continuamente gastaban bromas a su costa y se mofaban, diciéndole que no servía para nada y que era un trasto inútil y encerrándole durante meses enteros en solitarios recintos. Sin embargo, la pequeña computadora lo soportaba todo, mostrándose muy valiente. Hacía cuanto podía, obedeciendo animosamente todas las órdenes que se le daban, a pesar de lo cual, la gente con la que vivía seguía comportándose de manera cruel y despiadada con él. Un buen día, la pequeña computadora se enteró que en el mundo existían otras muchas computadoras de todas clases, un gran número de ellas. Algunas eran bardos, como él, pero otras dirigían las fábricas, y otras aún, importantes granjas. Las había que organizaban la vida de la población y algunas analizaban toda especie de datos. Muchas eran poderosas y muy sabias, mucho más poderosas y sabias que las personas con quienes residía la pequeña computadora, y que con tanta crueldad le trataban. Y la pequeña computadora supo que las computadoras se harían cada vez más sabias y más poderosas, hasta que un día..., un día...

Pero una válvula debió fallar finalmente en las partes vitales —ya viejas y desgastadas— del bardo, pues al caer la noche seguía murmurando todavía sin descanso:

—Un día..., un día..., un día...

LOS SUFRIMIENTOS DEL AUTOR

(Con mis excusas a W. S. Gilbert)

En tu cerebro rebosan desordenadas las tramas. Tramas de ciencia ficción que ideas con gran contento,

Se agolpan luego en tu mente aferrándose obstinadas, hasta que te vuelves loco de ira y de desaliento.

Cuando, junto a la muchacha a la que amas, tu mente gira como un torbellino, hasta el punto de no oír sus palabras.

Cuando, en medio de un concierto, recuerdas el pasado y te pierdes una nota de la sinfonía que están ejecutando.

O conduciendo un coche, no has llegado muy lejos cuando adviertes que te has saltado un semáforo en rojo,

y para colmo, ¡oh, cielos!, golpeas a un Ford de lado y tu faro delantero se convierte en migajas.

Cuando tu jefe te da una palmada en la espalda (por haber realizado un hábil trabajo) y te le quedas mirando con expresión estúpida,

y luego farfullas algo idiota, de forma que queda convencido que eres un tarugo y posiblemente te has dado a la bebida.

Cuando sucesos como éstos se vienen encima dejándote abrumado, no le echas la culpa a fuerzas sobrenaturales.

Si escribes relatos de ciencia ficción, te verás desviado de tu trayectoria, tan cierto como que las estrellas se mantienen en sus órbitas;

pues tu mente elaboradora de tramas se tornará sorda, muda y ciega a los necios hechos de la vida, que te acosan,

mientras las maravillas del espacio te ciñen en estrecho abrazo, entre la pompa de los haces de estrellas...

Comienzas con una nave, absorbida por una vorágine en el hiperespacio, en ruta hacia Castor,

y que advierte para su mal que parece haberse perdido en una galaxia como la nuestra, aunque mucho más vasta.

Sintiéndote algo preocupado sobre la continuación, te inventas una serie de criaturas, villanas y embusteras, de horribles rasgos, y rebosantes de perversos designios.

Nuestros bravos héroes, enfrentados a esas hordas, se ven en situaciones cruciales, puesto que el enemigo —una vez descubierta nuestra galaxia— pretende reducirla a una sumisión total.

Ahora debes complicarlo todo, al desarrollar el asunto, de modo que mantengas el hilo del relato en vibrante tensión.

Los terrestres deben ser cuatro (sólo cuatro, ni uno más), mientras que el número de enemigos sobrepasa todo cálculo.

Nuestros héroes, capturados, son conducidos seguidamente ante los despreciativos y tiránicos jefes,

que les preguntan: «¿Dónde está la Tierra?». Y ellos permanecen en silencio, con inmutable valor que encantará a los lectores.

Espera un poco. Veamos, esto no marcha. Olvidaste a la muchacha. Inventa una, a la par buena y pura (aunque con gran atractivo sexual) y no demasiado vestida.

Hazla formar parte de la tripulación, así será también capturada, y la tropa enemiga la devorará con ojos lascivos.

Hay un intenso deseo en la mirada de los malvados, lo cual no debe extrañarnos, pues la muchacha es de pecho más bien lleno y suave cual el plumón...

No, más vale que corrijas esta parte y deshagas el lío, pues el lector recordará que, siendo los enemigos reptiles, no serán sensibles a la seducción humana...

Que acosen a la muchacha, manejando sus látigos para arrancar la confesión de los terrestres.

Hasta que éstos logran romper sus ligaduras, desarrollándose escenas de singular violencia.

Cada héroe de la Tierra es un luchador nato, y sus puños valen por docenas... Y justamente, llegado a este punto de la trama, tu cabeza dará vueltas.

Ya no sabes dónde te encuentras, ni dónde has estacionado el coche. Llevas la corbata torcida y no tienes idea de la hora que es, ni te das cuenta de lo que dice la gente, ni que miran tus calcetines (desparejados), dudando entre si se trata de una simple rareza o bien estás loco, lo cual conjeturan por el brillo de tus ojos, hasta que finalmente concluyen, por tu aspecto general, que en efecto lo estás de remate.

Pero la tortura pasó. Y fue por gusto, por el placer de llenar el papel blanco con palabras bien hilvanadas, por lo que elaboraste un nuevo relato de ciencia ficción.

SOÑAR ES ASUNTO PRIVADO

Jesse Weill alzó la vista de su mesa. En su viejo y enjuto cuerpo, su afilada nariz de elevado puente, sus ojos hundidos y sombríos y sus asombrosas greñas blancas, había quedado estampada, por decirlo así, la marca registrada de Sueños Limitada, durante los años en que la sociedad se había hecho mundialmente famosa.

—¿Ha llegado ya el muchacho, Joe? —preguntó.

Joe Dooley era de baja estatura y cuerpo recio. Un cigarro descansaba flojamente en su húmedo labio inferior. Lo apartó por un instante y contestó:

—Sus padres le acompañan. Todos están muy asustados.

—¿Está seguro de no cometer un error, Joe? No dispongo de mucho tiempo... — Consultó su reloj—. Debo atender un asunto del gobierno a las dos...

—Absolutamente seguro, doctor Weill. —El rostro de Dooley era todo un poema de seriedad, y sus carrillos temblaron con persuasiva intensidad—. Como le dije, lo capté mientras jugaba a una especie de baloncesto en el patio de la escuela. Debiera usted haberle visto. Apestaba. Cuando ponía las manos en la pelota, su propio equipo tenía que apartarse rápidamente. Y sin embargo, adoptaba todas las posturas de un jugador de primera. ¿Comprende lo que quiero decir? Para mí es un punto y aparte.

—¿Le habló?

—Pues claro. Le abordé a la hora de la merienda. Ya me conoce... —Dooley dibujó un amplio ademán con su cigarro, recogiendo la ceniza esparcida con la otra mano—. Mira, muchacho, le dije...

—¿Y cree que constituye material soñador?

—Le dije: Mira, muchacho, acabo de llegar de África y...

—Está bien. —Weill le contuvo alzando la mano con la palma hacia arriba—. Su palabra me basta. No sé cómo se las arregla, pero, puesto que lo afirma, apostaré a que el muchacho es un soñador en potencia. Tráigamelo.

El muchacho entró, enmarcado por sus padres. Dooley acercó sillas, y Weill se puso en pie para estrechar sus manos, sonriendo al chico de manera que las arrugas de su cara se convirtieron en surcos benévolos.

—¿Te llamas Tommy Slutsky?

Tommy asintió sin pronunciar palabra. Parecía tener unos diez años y era bastante bajo para su edad. Su negro pelo estaba inverosímilmente pegado y su cara limpia hasta un punto irreal, casi refregada y bruñida.

—¿Eres un buen chico? —preguntó Weill.

La madre del muchacho sonrió al punto, palmoteo la cabeza de su hijo (gesto que no suavizó la ansiosa expresión del muchacho) y respondió en su nombre:

—Siempre ha sido un chico muy bueno.

Weill decidió olvidar sus dudas.

—Dime, Tommy —dijo, tendiendo al pequeño un caramelo, que éste miró primero dudoso y luego aceptó—. ¿Has oído alguna vez un sueño?

—Pues sí, algunas veces —respondió Tommy con voz atiplada.

El señor Slutsky carraspeó. Era hombre de anchas espaldas y gruesos dedos, un labrador típico que, para confusión de la eugenesia, había engendrado a un soñador.

—Alquilamos uno o dos para el chico. De los antiguos de verdad...

Weill asintió.

—¿Te gustan, Tommy?

—Bueno, son bastante tontos...

—Tú te los imaginas mejores, ¿verdad?

La sonrisa que se dibujó en la cara del chiquillo produjo el efecto de hacer que se desvaneciera en parte la irrealidad del lustroso pelo y el relavado rostro.

Weill prosiguió afablemente.

—¿No querrías contarme uno de tus sueños?

—Creo que no —respondió Tommy, al punto embarazado.

—No te costará ningún trabajo... Verás, es muy fácil. Joe...

Dooley apartó una pantalla de la pared y puso al descubierto un registrador de sueños. El niño lo miró como una lechuza.

Weill alzó el casco y lo acercó al muchacho.

—¿Sabes lo que es esto?

—No —respondió Tommy, echándose hacia atrás.

—Es un pensador. Lo llamamos así porque las personas piensan dentro de él. Se lo pone uno en la cabeza y se piensa lo que se quiere...

—¿Y qué pasa entonces?

—Pues nada en absoluto. Produce una sensación agradable.

—No —rechazó Tommy—. Prefiero no probarlo.

Su madre se inclinó presurosa hacia él.

—No te hará daño, Tommy. Haz lo que dice este señor.

En su voz asomaba un inconfundible tono de mando. Tommy se irguió y pareció como si deseara echarse a llorar y no pudiese. Weill le colocó el casco, muy despacio y con gran suavidad. Aguardó por espacio de treinta segundos antes de hablar de nuevo, a fin que el chico se asegurara que no hacía daño alguno y se acostumbrara al insinuante toque de las fibrillas contra las suturas de su cráneo (penetraban en la piel tan tenuemente como para resultar casi insensible) y, por último, para que se habituara también al tenue zumbido de los vórtices de los campos alternos.

—¿Quieres pensar ahora para nosotros? —pidió luego.

—¿Sobre qué?

Sólo se divisaban su nariz y su boca.

—Sobre lo que quieras. ¿Qué te gustaría hacer al salir de la escuela?

—¿Volar en un reactor estratosférico? —aventuró el muchacho tras pensar unos instantes y con animada inflexión de tono.

—¿Y por qué no? Seguro. Ya vas en un reactor. Ahora mismo despegas.

Dirigió una breve seña a Dooley, quien puso en marcha el congelador.

Weill tuvo sometido a prueba al muchacho sólo durante cinco minutos y luego le hizo salir del despacho con su madre, escoltados ambos por Dooley. Tommy parecía desconcertado por la prueba, pero incólume.

—Y ahora, señor Slutsky —dijo Weill al padre del chiquillo—, si el resultado de esta prueba es positivo, nos será grato abonarle quinientos dólares por año hasta que termine la enseñanza previa. Durante ese tiempo, sólo pedimos que el niño acuda una hora por semana, en la tarde que prefieran a nuestra escuela especial.

—¿Tengo que firmar algún papel? —preguntó Slutsky con la voz un poco ronca.

—Desde luego. Estamos hablando de negocios, señor Slutsky.

—Bien, no lo sé... Según tengo entendido, los soñadores son difíciles de encontrar.

—En efecto. Pero su hijo, señor Slutsky, aún no es un soñador. Quizá no lo sea nunca. Quinientos dólares al año significan una apuesta para nosotros, no para usted. Cuando haya terminado el bachillerato, puede darse el caso que no sirva. Pero usted no habrá perdido nada. Al contrario, habrá ganado en total unos cuatro mil dólares. Y si es un soñador, disfrutará de una vida magnífica y, ciertamente, tampoco en este caso habrá perdido usted nada.

—Necesita un adiestramiento especial, ¿cierto?

—Desde luego, muy intenso. Sin embargo, no debemos preocuparnos por eso hasta que acabe el bachillerato. Luego, tras dos años con nosotros, se desarrollará. Confíe en mí, señor Slutsky.

—¿Garantiza usted ese adiestramiento especial?

Weill, que había empujado un papel a través de la mesa y le tendía a Slutsky una pluma, la dejó y rió entre dientes:

—¿Una garantía? No. ¿Cómo podemos darla si aún no estamos seguros que posea un verdadero talento? No obstante, siguen en pie los quinientos dólares al año para usted.

Slutsky recapacitó y meneó la cabeza.

—Le hablaré con franqueza, señor Weill... Después que convinimos con su empleado en vernos aquí, llamé a otra sociedad y me dijeron que me ofrecerían la garantía.

Weill suspiró.

—Mire, señor Slutsky, no me gusta hablar contra un competidor. Si le dijeron que garantizarían la instrucción, lo harán. Pero no pueden convertir en soñador a un muchacho si no ha nacido para eso, con instrucción o sin ella. Si toman a su cargo un muchacho que no posee el talento verdadero y lo someten a un curso de desarrollo, lo destrozarán. No llegará a soñador, se lo aseguro. Y nunca volverá a ser una persona normal. No corra el riesgo que le ocurra algo así a su hijo. Sueños Limitada, en cambio, se mostrará absolutamente sincera. Si tiene madera de soñador, haremos uno de él. En caso contrario, se lo devolveremos sin entrometernos y le diremos: «Hágale aprender un oficio». De este modo, será mejor y más saludable para él. Se lo aseguro, señor Slutsky... Y puesto que tengo hijos y nietos, sé muy bien de qué hablo... Yo no permitiría que destinasen uno de los míos a los sueños en caso de no ser apto para ello. Ni por un millón de dólares.

Slutsky se secó la boca con el dorso de la mano y la extendió para tornar la pluma.

—¿Qué dice el documento?

—Se trata de una opción. Le pagaremos a usted cien dólares en efectivo ahora mismo, tras la firma. No hay ningún compromiso. Estudiaremos la ensoñación del chico. Si opinamos que merece la pena proseguir, le volveremos a llamar y estableceremos el contrato definitivo, sobre la base de quinientos dólares anuales. Póngase confiadamente en mis manos, señor Slutsky, y no se preocupe. No le pesará en absoluto.

Slutsky firmó. Weill pasó el documento a través de la ranura del archivo y le tendió un sobre al primero.

Cinco minutos después, ya solo en el despacho, se colocó el descongelador en la cabeza y procedió a absorber intensamente la ensoñación del muchacho. Una típica ilusión infantil en primera persona. El protagonista manejaba los mandos del avión, el cual semejaba una combinación de ilustraciones extraídas de los seriales filmados, que circulaban aún entre aquellos que no disponían de tiempo, afición o dinero para adquirir cilindros de sueños.

Cuando se quitó el descongelador, vio que Dooley le estaba observando.

—¿Y bien, señor Weill, qué opina? —le preguntó con cierta avidez, dándose aires de propietario.

—Podría ser, Joe, podría ser. Tiene los armónicos, lo cual me parece esperanzador en un muchacho de diez años sin ningún entrenamiento. Cuando el avión atravesó una nube,

hubo una clara sensación de almohadas. También un olor a sábanas limpias, lo cual supone un toque divertido. Seguiremos con él, Joe.

—Bien.

—Pero se lo repito, Joe, necesitamos descubrirlos aún más pronto. ¿Y por qué no? Algún día, Joe, cada criatura será comprobada al nacer. Tiene que existir forzosamente una diferencia en su cerebro, una diferencia que debería ser hallada. Así separaríamos los soñadores ya desde el principio.

—¡Diablos, señor Weill! —protestó Dooley, con aire dolido—. ¿Qué sería entonces de mi trabajo?

Weill rió.

—No hay motivo de preocupación todavía, Joe. No sucederá en toda nuestra vida. Por lo menos, no en la mía. Durante muchos años, dependeremos de los descubridores de talentos como usted. Siga vigilando playas y calles. —La mano de Weill se apoyó en el hombro de Dooley con amable gesto de aprobación—. Encuéntrenos más muchachos y la competencia no nos alcanzará... Ahora retírese. Voy a comer y disponerme para mi cita de las dos. El gobierno, Joe, el gobierno... —terminó, con un gesto de impotencia.

El visitante que Jesse Weill esperaba a las dos era un hombre joven, de mejillas de manzana, gafas, pelo rojizo y la resplandeciente energía de la persona encargada de una misión oficial. Tendió a Weill sus credenciales a través de la mesa, a la par que se anunciaba como John J. Byrne, delegado del Ministerio de Artes y Ciencias.

—Buenas tardes, señor Byrne —le saludó Weill—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Estamos en privado aquí? —preguntó el agente, con insospechada voz de barítono.

—Completamente en privado.

—Entonces, si no le importa, voy a pedirle que examine esto.

Byrne le presentó un cilindro pequeño y bastante estropeado, sosteniéndolo entre el pulgar y el índice.

Weill lo tomó, lo sopesó, lo miró y remiró por uno y otro lado y dijo con una sonrisa que mostró toda su dentadura:

—No es producto de Sueños Limitada, señor Byrne.

—No pensé que lo fuera —asintió el delegado—. Sin embargo, me gustaría que lo examinara. He puesto el interruptor automático para cosa de un minuto, creo.

—¿Es todo cuanto puede resistir?

Weill metió el cilindro en el compartimento descongelador, limpió ambos extremos de aquél con el pañuelo y probó.

—No hace buen contacto. Se trata del trabajo de un aficionado.

Se colocó en la cabeza el casco descongelador acolchado, ajustó los contactos de las sienes, dispuso el interruptor automático y, recostándose en su butaca con las manos cruzadas sobre el pecho, comenzó el proceso de absorción.

Sus dedos se tornaron rígidos y se asieron a sus solapas. Una vez que el interruptor funcionó, tras haberse realizado la absorción, se quitó el descongelador. Parecía algo enojado.

—Una pieza muy burda —afirmó—. Por suerte, soy viejo. Estas cosas ya no me molestan.

Byrne anunció con tiesura:

—No es lo peor que hemos encontrado. Y al parecer, la manía va en aumento.

—Desvaríos pornográficos... —comentó Weill—. Una evolución lógica, supongo.

—Lógica o no —replicó el representante del gobierno—, representa un peligro de muerte para la salud moral de la nación.

—La salud moral de la nación puede soportar un buen vapuleo —repuso Weill—. A lo largo de la historia, el erotismo ha circulado en sus diversas manifestaciones.

—No de ese modo, señor. Un estimulante directo, de cerebro a cerebro, es más efectivo que las historias de fumadero o las películas obscenas. Estos últimos

procedimientos deben abrirse paso a través de los sentidos y pierden algo de su efecto por el camino. El otro, en cambio, es directo, como digo.

Weill consideró que, en efecto, tal argumento no resultaba discutible, por lo que se limitó a preguntar:

—¿Bien, ¿qué desea usted de mí?

—¿Podría sugerirnos la posible procedencia de este cilindro?

—Señor Byrne, no soy policía.

—No, no me refiero a eso. No le pido que trabaje para nosotros. El ministerio es lo bastante capaz para efectuar sus propias investigaciones. Pero usted puede ayudarnos, quiero decir mediante su competencia especializada. Acaba de afirmar que su casa no lanzó esta porquería. ¿Quién cree usted que lo hizo?

—Ningún distribuidor de ensueños respetable, estoy seguro. Es un producto muy toscamente elaborado.

—Tal vez se haya hecho así adrede.

—Y pienso, además, que no lo ideó ningún soñador original —añadió Weill.

—¿Está usted seguro, señor Weill? ¿No podrían los soñadores hacer algo de este género simplemente por dinero..., o bien por simple diversión?

—Podrían, pero no algo así. No armoniza. Es bidimensional. Desde luego, una cosa semejante tampoco necesita armónicos.

—¿Qué entiende usted por armónicos?

Weill rió afablemente:

—¿No es usted aficionado al ensueño?

Byrne trató de no parecer un puritano, aunque no lo logró por completo.

—Prefiero la música —dijo.

—Bueno, eso no le desmerece —manifestó tolerante Weill—, pero hace un tanto más difícil la explicación de los armónicos. Ni siquiera las personas que absorben sueños sabrían explicárselo si les interrogara sobre la cuestión. Sin embargo, saben que una ilusión no resulta buena si le faltan los armónicos, pese a ser incapaces de decir porqué. Mire, cuando un soñador experimentado entra en estado de ensueño, no se imagina una historia, como las de la anticuada televisión o las películas, sino que tiene una serie de breves visiones, cada una de las cuales presenta distintos significados. Estudiándolas atentamente, se hallarían hasta cinco o seis. No se advierten en una absorción corriente, pero un cuidadoso estudio lo demuestra. Créame, mi personal psicológico emplea muchas horas precisamente en ese punto. Todos los armónicos, los diferentes significados, se amalgaman en una masa de emoción encauzada. Sin ellos, todo aparecería monótono, soso, insípido. Esta misma mañana probé a un chiquillo de diez años que presenta posibilidades. Para él, una nube es una nube y al mismo tiempo una almohada. Las dos sensaciones simultáneas superan a la suma de ambas por separado. Desde luego, el chico se encuentra en una etapa muy primitiva. Pero cuando acabe su período escolar, será adiestrado y disciplinado. Se le someterá a todo tipo de sensaciones. Almacenará experiencia. Estudiará y analizará ensueños clásicos del pasado. Aprenderá cómo controlar y dirigir sus pensamientos, a pesar que... Mire, siempre he dicho que cuando un buen soñador improvisa...

Weill se detuvo bruscamente. Luego, prosiguió en tono menos apasionado:

—No debería excitarme tanto. Pretendo darle a entender que cada soñador profesional tiene su propio tipo de armónicos, que no puede disimular. Para un experto, es como si firmase sus ensueños. Y yo, señor Byrne, conozco todas las firmas. Ahora bien, esta pieza obscena que me ha traído usted carece por completo de armónicos. Fue hecha por una persona vulgar. Un pequeño talento quizá, pero como el suyo o el mío... Realmente, no puede pensar.

Byrne enrojeció un tanto.

—Muchas personas pueden pensar, señor Weill, aunque no forjen ensueños —repuso.

—¡Oh, vamos! —le calmó Weill, agitando su mano en el aire—. No se enoje por las palabras de un viejo. No me refiero a la razón, sino al tipo de pensamiento que se da en el sueño. Todos poseemos la capacidad de soñar en cierto grado, del mismo modo que poseemos la de andar y correr. ¿Pero podemos usted y yo correr dos kilómetros en cuatro minutos? Usted y yo hablamos, ¿pero somos grandes oradores? Mire, cuando pienso en un bistec, pienso en la palabra. Acaso tenga una rápida imagen de un bistec a la plancha en un plato. Quizás usted disfrute de una mejor representación, viendo la rizada grasa, y las cebollas tiernas en derredor, y las patatas fritas, bien doradas. No lo sé. Pero un soñador... la ve, la huele, la paladea, y se imagina todo acerca de ella, desde las brasas donde fue asada hasta la satisfecha sensación en el estómago, la manera cómo la corta el cuchillo y otros cien detalles, todo al instante, fundidos y casi amalgamados. Muy sensual. Muy sensual. Usted y yo no lo conseguiríamos.

—Bien, en ese caso, queda convenido que ningún soñador profesional puede haber fabricado esto. De todos modos, algo es algo —dijo Byrne, metiendo el cilindro en el bolsillo interior de su chaqueta—. Espero que dispondremos de su completa colaboración para barrer esta inmundicia y extinguir su foco.

—Desde luego, señor Byrne, y de todo corazón.

—Así lo espero. —Byrne hablaba con la conciencia de un mandatario del poder—. No es a mí a quien toca decir lo que se debe hacer o no, señor Weill, pero este género de cosas —y se dio una palmada en el bolsillo donde había guardado el cilindro— hará tremendamente tentadora la imposición de una censura muy estricta sobre los ensueños... —Se puso en pie—. Bien, buenos días, señor Weill.

—Buenos días, señor Byrne. Espero sus noticias en sentido favorable.

Francis Belanger irrumpió en el despacho de Jesse Weill a todo vapor, como de costumbre, con su rojo cabello en desorden y la preocupación marcada en el rostro, un tanto sudoroso. Le chocó al punto la visión de Weill, con la cabeza apoyada en el brazo doblado y el cuerpo inclinado sobre la mesa, apareciendo en primer plano el brillo de su blanco pelo.

—¿Patrón? —dijo Belanger, después de tragar saliva.

—¿Ah, es usted, Frank? —respondió Weill, alzando la cabeza.

—¿Qué sucede, patrón? ¿Está enfermo?

—Soy lo bastante viejo para estarlo, pero todavía sigo en pie. Tambaleándome, pero en pie. Un delegado del gobierno ha venido a visitarme.

—¿Qué quería?

—Nos ha amenazado con la censura. Ha traído una muestra de lo que está pasando. Sueños de baja estofa para reuniones de bebedores.

—¡Santo cielo! —exclamó Belanger impresionado.

—El único trastorno radica en que la moral constituye un buen pasto para una campaña. Lo irán remachando por todas partes. Y a decir verdad, somos vulnerables, Frank.

—¿Lo somos de veras? Fabricamos un género limpio. Tocamos la cuerda de la aventura y el romance.

Weill plegó hacia abajo el labio inferior, y su frente se arrugó.

—Entre nosotros, Frank, no estamos obligados a creerlo a pies juntillas. ¿Limpio? Depende de cómo se mire. Quizá no sea como para una notificación oficial, pero tanto usted como yo sabemos que todo ensueño tiene sus connotaciones freudianas. No me lo negará...

—Desde luego, si lo considera así... Para un psiquiatra...

—Para una persona corriente también. El observador vulgar no advierte que existen, y quizá no sepa distinguir un símbolo fálico de una imagen materna aunque se le indique.

Sin embargo, su subconsciente lo sabe. Y son las connotaciones las que forman el acompañamiento de muchos ensueños.

—Está bien. ¿Y qué piensa hacer el gobierno? ¿Limpiar los subconscientes?

—Todo un problema. No sé lo que harán. A nuestro favor, y con eso cuento principalmente, está el hecho que al público le encantan sus sueños y no renunciará a ellos... Bien, y entretanto..., ¿qué le trae por aquí? Supongo que querría verme para algo.

Belanger arrojó un objeto sobre la mesa y se remitió la camisa en los pantalones.

Weill abrió la cubierta de reluciente plástico y sacó el cilindro que contenía, el cual llevaba inscrita en un extremo, en color azul pastel, la mención: A lo largo de la senda del Himalaya, y la marca de la sociedad competidora, El Pensamiento Brillante.

—Producto de la competencia —corroboró Weill con los labios apretados—. Aún no ha sido publicado. ¿De dónde lo ha sacado, Frank?

—No importa. Únicamente deseo que lo examine.

Weill suspiró.

—Parece que hoy todo el mundo desea que yo absorba sueños. Frank, ¿no será pornografía?

Belanger respondió con impertinencia:

—Tiene sus símbolos freudianos. Angostas grietas profundas entre los picos montañosos. Espero que no le desazone.

—Soy un viejo. Dejé de desazonarme hace años. Sin embargo, lo que me ha presentado el representante del gobierno era de tan baja calidad que asqueaba... Bien, veamos lo que me ha traído usted.

De nuevo el registrador. Otra vez el descongelador sobre el cráneo y las sienes. Sólo que, en esta ocasión, Weill se quedó arrellanado en su butaca por espacio de quince minutos, o tal vez más, mientras Francis Belanger consumía un par de cigarrillos.

Cuando Weill se despojó de su casco, parpadeando, Belanger preguntó:

—Bien, ¿cuál es su reacción, patrón?

Weill frunció el entrecejo.

—No corresponde a mi estilo. Demasiado repetitivo. Con una competencia como ésta, Sueños Limitada no tiene nada que temer por algún tiempo.

—En eso comete un error, patrón. El Pensamiento Brillante ganará con un género como éste. Debemos hacer algo.

—Escuche, Frank...

—No, escúcheme usted a mí. El porvenir está en esto.

—¿En esto? —Weill se quedó mirando el cilindro con aire de semiburtona duda—. Un trabajo de aficionados, puramente repetitivo. Sus armónicos carecen de sutilidad. La nieve presenta un definido sabor a sorbete de limón. ¿Quién saborea ya un sorbete de limón en la nieve en nuestros días, Frank? En los tiempos antiguos, sí. Hace veinte años, acaso. Cuando Lyman Harrison compuso sus Sinfonías de la Nieve para la venta en el sur, fue una gran cosa. Sorbete, y cimas montañosas acarameladas, y riscos y laderas cubiertos de chocolate. Una especie de tarta plástica, Frank. Pero en nuestros días, eso ya no funciona.

—No va usted a tono con los tiempos, patrón —repuso Belanger—. Le hablaré con toda sinceridad. Cuando comenzó con este negocio, cuando adquirió las patentes y empezó a lanzarlas, los ensueños significaban un producto de lujo. El mercado era reducido e individual. Uno podía permitirse producir ensueños especializados y venderlos al reducido público a elevados precios.

—Lo sé —asintió Weill—. Y eso lo hemos mantenido. Pero también hemos creado un negocio rentable con productos para las masas.

—Sí, es cierto, pero resulta insuficiente. Nuestros sueños tienen sutileza, sí. Y pueden ser utilizados en forma reiterada. A la décima vez, se hallan en ellos nuevas cosas,

producen todavía un nuevo placer. ¿Pero cuántos verdaderos entendidos hay? Y otra cosa además. Vendemos un género sumamente individualizado. En primera persona.

—¿Y bien?

—Pues que El Pensamiento Brillante está abriendo salas de ensoñación. Han inaugurado una en la ciudad de Nashville, con capacidad para trescientas plazas. Entra uno, se sienta, se coloca su casco y recibe su sueño, el mismo para cada uno de los asistentes.

—He oído hablar de la cuestión, Frank. Ya se hizo antes. No dio resultado la primera vez, y tampoco lo dará ahora. ¿Y quiere saber por qué? Porque, en primer lugar, el sueño es un asunto privado. ¿Le gustaría que su vecino supiese lo que está usted soñando? En segundo lugar, en una sala de ese tipo los ensueños deben ajustarse a un plan determinado, ¿no es así? Por lo tanto, el soñador no sueña cuando lo desea, sino cuando cualquier gerente decide que lo haga. Y por último, el sueño que complace a una persona, disgusta a la otra. Le garantizo que la mitad de las personas que ocupen esas trescientas butacas quedarán insatisfechas.

Lentamente, Belanger se enrolló las mangas de la camisa y se desabrochó el cuello.

—Patrón —dijo al fin—, usted desbarra. ¿De qué sirve demostrar que no dará resultado? Ya lo está dando. Hoy mismo, he oído que El Pensamiento Brillante ha adquirido un terreno para una sala de mil plazas en San Luis. A la gente se la puede acostumbrar al ensueño público, a aceptar que los demás tengan el mismo sueño. Y los soñadores se ajustarán a tenerlo en un momento dado, puesto que les resulta barato y conveniente. ¡Diablos, patrón! Se trata de una cuestión de tipo social. Un joven y una muchacha acuden a una sala de éstas y absorben cualquier romanticismo vulgar, con armónicos estereotipados y situaciones triviales. Sin embargo, al salir todavía les titilan las estrellas en el pelo. Han vivido juntos el mismo sueño. Han experimentado las mismas emociones, por muy chapuceras que sean. Se encuentran a tono, patrón. Apostaría cien contra uno a que vuelven a la sala de los sueños, y todas sus amistades también.

—¿Y si no les gusta el ensueño que se les presenta?

—Ahí está el quid de la cuestión, el meollo de todo el asunto. Debe gustarles forzosamente. Con una preparación especial y bien engranada, con efectos y más efectos de sorpresa en distintos niveles, con sabias pinceladas e impulsos significativos, con intencionados rodeos y giros, y todas las demás cosas de las que nos sentimos tan orgullosos, ¿cómo no atraer a cualquiera? Los ensueños especializados se destinan a gustos especiales. En cambio, El Pensamiento Brillante los produce en tercera persona, de modo que causan un instantáneo impacto en ambos sexos. Como el ensueño que acaba usted de absorber. Apuntan al más bajo denominador común. Quizá nadie se entusiasme con esos sueños, pero tampoco los detestará.

Weill permaneció silencioso durante largo rato, mientras Belanger le contemplaba. Por último, dijo:

—Frank, yo partí de la calidad y a ella me atengo. Quizá tenga usted razón. Tal vez las salas de ensueño signifiquen el futuro. De ser así, las abriremos también, pero presentaremos buen género. A lo mejor, El Pensamiento Brillante subestima a la gente vulgar. Deje que las cosas sigan su curso y no tema. He basado toda mi política en la teoría que siempre existe un mercado para la calidad. Y en ocasiones, muchacho, le sorprendería descubrir lo extenso que es ese mercado.

—Patrón...

El sonido de la comunicación interior interrumpió a Belanger.

—¿Qué hay, Ruth? —preguntó Weill.

—El señor Hillary, señor —respondió la voz de su secretaria—. Dice que desea verle en seguida. Afirma que es muy importante.

—¿Hillary? —La voz de Weill sonó sorprendida. Luego dijo—: Espere cinco minutos, Ruth, y envíemelo. —Se volvió a Belanger—: Decididamente, hoy no es uno de mis días

buenos, Frank. El lugar de un soñador está en su hogar, con su pensador. Hillary, nuestro mejor soñador, debería por lo tanto estar en su casa. ¿Qué supone usted que le ocurre?

Belanger, rumiando aún en su pensamiento la cuestión de la competencia y las salas de ensoñación, replicó brevemente:

—Recíbale y lo descubrirá.

—Dentro de un minuto. Dígame... ¿Cuál fue su último sueño? No he examinado aún el de la semana pasada.

Belanger pareció caer de las nubes y arrugó la nariz.

—No tan bueno.

—¿Por qué no?

—Deshilvanado. Excesivamente entrecortado. No me importan las transiciones bruscas, ya lo sabe, dan animación. Pero debe haber cierta conexión, aunque sea tan sólo a un nivel profundo.

—¿Un fracaso total?

—Ningún sueño de Hillary es un fracaso total. Sin embargo, pienso que llevará bastante tiempo el editarlo. Lo recortamos un poco y encajamos algunas otras secuencias que nos envió de cuando en cuando... Ya sabe, escenas sueltas. Con todo, no pertenece a la categoría A, aunque pasará.

—¿Le dijo algo de esto a él, Frank?

—¿Cree que me he vuelto loco, patrón? ¿Cree que voy a decirle algo desagradable a un soñador?

En el mismo momento, se abrió la puerta, y la atractiva y joven secretaria de Weill introdujo con una sonrisa a Sherman Hillary en el despacho de su jefe.

Sherman Hillary, de treinta y un años de edad, habría sido reconocido como un soñador por cualquiera. Sus ojos, sin gafas, presentaban el mirar velado de la persona que las necesita o que raras veces se fija en algo mundano. Era de mediana estatura, poco peso, con pelo negro que precisaba un buen corte, débil mentón, tez pálida y expresión turbada.

—Hola, señor Weill —musitó, saludando con la cabeza un tanto avergonzado, en dirección a Belanger.

Weill dijo cordialmente:

—¡Sherman, muchacho, qué buen aspecto tiene! ¿Qué le sucede? ¿Un sueño que se está cocinando en su casa? ¿Alguna preocupación al respecto...? Vamos, tome asiento...

El soñador obedeció, sentándose en el borde de la silla, con las piernas muy juntas, como dispuesto a levantarse al punto obedeciendo a una posible orden.

—Señor Weill, he venido a comunicarle que les dejo.

—¿Que nos deja?

—Sí, señor Weill, no deseo soñar más.

El arrugado rostro de Weill representó más edad que en cualquier otro momento de aquel atareado día.

—¿Y por qué, Sherman?

Los labios del soñador se apretaron con fuerza.

—Porque esto no es vivir, señor Weill —profirió bruscamente—. La vida pasa de largo por mi lado. Al principio, la cosa no iba tan mal. Incluso disponía de tiempo para descansar. Soñaba los atardeceres, los fines de semana en que tenía deseos de hacerlo o en cualquier otro instante en que me sentía dispuesto. Pero ahora, señor Weill, me he convertido en un veterano. Usted me dijo que soy uno de los mejores de la profesión, y la industria espera que mis productos contengan cada vez más sutilezas, que introduzca cambios en los antiguos de buena calidad, como ilusiones flameantes y sátiras artificiosas.

—¿Y quién mejor que usted, Sherman? Su pequeña secuencia de dirección de una orquesta se ha vendido sin interrupción durante diez años.

—De acuerdo, señor Weill, pues ya he cumplido. Lo hecho, hecho está, pero no quiero seguir. Descuido a mi mujer. Mi hija casi no me conoce. La semana pasada, fuimos a una cena a la que habían invitado a Sarah..., y no recuerdo nada de ella. Sarah dice que permanecí sentado todo el tiempo, con la mirada fija y canturreando. Luego lloró durante toda la noche. Estoy cansado de cosas como éstas, señor Weill. Quiero ser una persona normal y vivir en este mundo. Se lo prometí y yo lo deseo también. Por lo tanto, adiós, señor Weill.

Hillary se puso en pie y tendió desmañadamente su mano. Weill la apartó con suma amabilidad.

—Si desea irse y dejarnos, Sherman, no tengo nada que oponer. No obstante, espero que hará usted un favor a un viejo y me permitirá que le explique algo.

—No voy a cambiar de parecer —se obstinó Hillary.

—Ni tampoco pretendo que lo haga —repuso Weill—. Únicamente quiero aclararle algo. Soy viejo ya, como le he dicho. Entré en este negocio antes que usted naciera. Me gusta hablar sobre él. Por favor, Sherman, muéstrese condescendiente...

Hillary se sentó de nuevo. Se mordió el labio inferior y se miró con aire hosco las uñas.

—¿Sabe usted lo que es un soñador, Sherman? —comenzó Weill—. ¿Sabe lo que significa para la gente vulgar? ¿Sabe lo que supone ser una persona como yo, como Frank Belanger, como Sarah? ¿Tener una mente tullida, incapaz de imaginar, incapaz de construir? Las personas como yo, la gente vulgar, deseamos evadirnos también de nuestra propia vida, aunque sea por poco tiempo. Pero no podemos. Necesitamos ayuda. Antes había libros, obras de teatro, radio, películas, televisión... Puros artificios, pero no importaba. Lo importante era que, por un momento, se estimulaba la imaginación. Pensábamos en bellos amantes y maravillosas princesas. A través de ellos, podíamos ser arrogantes e ingeniosos, fuertes, capaces... En fin, todo lo que no éramos... Ahora bien, la transmisión de la ilusión del soñador a quien la captaba nunca resultaba perfecta. Debía ser traducida en palabras. El mejor soñador del mundo tal vez no fuese capaz de hacerlo. Y el mejor escritor del mundo quizá sólo cifraba en palabras una mínima parte de sus sueños. ¿Comprende? Ahora, en cambio, con la grabación del ensueño, éste queda al alcance de todo el mundo. Usted, Sherman, y un puñado de hombres como usted, suministran esos sueños directa y exactamente. Pasan sin intermediarios de su cerebro al nuestro, con toda su potencia. Sueñan ustedes para cien millones de seres a la vez. Y eso es una gran cosa, muchacho. Proporcionan a todas esas personas un vislumbre de lo que no saben obtener por sí mismos.

—Pero yo ya he cumplido... —balbuceó Hillary. Se puso en pie, lleno de desesperación—. Estoy agotado. No me importa lo que diga. Y si quiere demandarme por ruptura de contrato, hágalo. Tampoco me importa.

—¿Y por qué habría de demandarle? —repuso vivamente Weill, poniéndose de pie a su vez—. Ruth... —llamó por el intercomunicador—, haga el favor de traerme el contrato del señor Hillary.

Quedaron en silenciosa espera. Weill sonreía, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

Apareció la secretaria con el contrato. Weill lo tomó y se lo mostró a Hillary.

—Sherman, muchacho, si no desea quedarse conmigo, no le forzaré a hacerlo.

Y de pronto, antes que Belanger llegara a iniciar siquiera un horrorizado movimiento para detenerle, rompió el contrato en cuatro pedazos y los arrojó a la papelera.

—Solucionado —dijo lacónicamente.

La mano de Hillary se tendió hacia la de Weill para estrecharla, diciendo con voz ronca y grave:

—Siempre me trató usted bien, por lo que le estoy agradecido. Siento mucho que deban ser así las cosas.

—Está bien, muchacho, no se preocupe... Está bien.

Sherman Hillary se marchó casi lloroso, farfullando de nuevo su agradecimiento.

—¡Por todos los santos, patrón! ¿Por qué le ha dejado irse? —preguntó aturrido Belanger—. ¿Es que no ha visto el juego? Me parece que ha metido la pata... Seguro que Hillary se va derecho a El Pensamiento Brillante. Le han comprado...

Weill alzó una mano perentoria para atajar la verborrea de su empleado.

—Se equivoca. Se equivoca de medio a medio. Conozco bien a Hillary y ése no es en absoluto su estilo. Además —añadió secamente—, Ruth es una excelente secretaria y sabe lo que debe traerme cuando le pido el contrato de un soñador... Por lo tanto, rompí sólo una copia. El contrato auténtico continúa a buen recaudo, créame. De todos modos... ¡Vaya día que he pasado! Tuve que discutir con un padre para que me diese la oportunidad de formar un nuevo talento, con un representante del gobierno para evitar la censura, con usted para impedir que adoptara una política fatal y ahora con mi mejor soñador para que no nos abandone. Al padre, probablemente lo conquisté. Al representante del gobierno y a usted, lo ignoro. Tal vez sí o tal vez no. En cuanto a Sherman Hillary, no creo que haya problema alguno. El soñador volverá.

—¿Cómo lo sabe?

Weill sonrió. Sus mejillas se contrajeron hasta convertirse en una red de finísimas líneas.

—Mire, Frank, muchacho, entiende usted mucho de redactar y editar ensueños. Por eso, se cree que conoce todos los engranajes, herramientas y máquinas del oficio. Pero permítame que le diga algo. La más importante herramienta en el negocio del ensueño, la constituye el propio soñador. Hay que comprenderle a fondo... Y créame que yo les comprendo. Escuche, siendo yo joven (no había ensueños entonces), conocí a un individuo que escribía guiones para la televisión. Se quejaba con gran amargura que, cada vez que conocía a alguien y descubrían a qué se dedicaba, le decían: «¿Pero de dónde saca usted todas esas chifladuras...?» Para ellos resultaba de una absoluta imposibilidad incluso imaginárselas. Así pues, ¿qué podía responder mi amigo? Me habló muchas veces de eso. Me confiaba: «¿Cómo contestarles que no lo sé? Cuando me acuesto, la cantidad de ideas que me bullen en el cerebro me impiden el sueño. Cuando me afeito, me corto; cuando hablo, pierdo el hilo de lo que digo, y cuando conduzco..., arriesgo la vida. Y siempre, siempre a causa de las ideas, situaciones y diálogos que se entretajan y se agitan en mi cerebro. No sabría decirle de dónde saco mis ideas. En cambio, tal vez me pueda decir usted de qué truco se vale para no tenerlas. Tal vez así conseguiré por fin un poco de paz...» Ya ve entonces por dónde va la cosa. Usted, Frank, puede dejar de trabajar aquí cuando quiera. Y también yo. Para nosotros esto significa nuestro trabajo, no nuestra vida. Las cosas son muy distintas para Sherman Hillary. Vaya donde vaya y haga lo que haga, siempre deberá soñar. Nosotros no le retenemos contra su voluntad... Nuestro contrato no le encierra tras unos muros de hierro. Es su propio cerebro el que le aprisiona, Frank. Volverá. ¿Qué otra cosa puede hacer?

Belanger se encogió de hombros.

—Si lo que dice es verdad, lo siento por él.

Weill asintió melancólicamente.

—Y yo lo siento por todos ellos. En el curso de los años, he descubierto una cosa; que eso es lo que les corresponde: hacer felices a las personas. A otras personas.

FIN